



ae

EL OASIS DE TODOS MIS DESEOS

THE ARABIAN
Wolf

KELLY DREAMS

Lectulandia

El brusco e infernal suceso acontecido un año atrás empujó a Brenda Santoro a hacer las maletas y mudarse a Londres con su hermano. Lo que debía ser un arreglo temporal se convirtió en algo más permanente, un callejón sin salida que motivó una reacción por parte de Blake; enviarla a una pequeña región de Arabia, al cuidado de un buen amigo suyo al que no conocía, esperando que la paz del apacible oasis la ayudase a encontrarse de nuevo a sí misma.

Khalid AlRashid supo que tendría problemas en el mismo instante en que aceptó la petición de su mejor amigo; acoger a su hermana pequeña y ayudarla a liberarse de las pesadillas nacidas del pasado ataque a la clínica veterinaria de Nebraska. Sin embargo, la mujer que encontró en el aeropuerto no era solo la hermanita de Blake... era alguien salida de una noche de pasión, una compañera que olía demasiado bien y una promesa que no estaba seguro de poder mantener.

Dos almas en conflicto, una pasión beduina y un oasis dónde los deseos pueden hacerse realidad.

Lectulandia

Kelly Dreams

The Arabian Wolf

El oasis de todos mis deseos

American Wolf - 4

ePub r1.0

Titivillus 01-11-2017

Título original: *The Arabian Wolf*
Kelly Dreams, 2017

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

A mis **Facebookeras**, mis lobas psicóticas y adorables que hacen que cada día sea una nueva aventura, me recargan las pilas y me empujan a hacer realidad los sueños.

Y como no, agradecer especialmente a **Elena Sánchez**, mi *brujis*, que me da el visto bueno en cada loca aventura literaria.

A **Vero**, amiga y compañera de faenas, que se presta a pasar revista a cada nuevo lobo que nace y a hacerle la prueba más dura de todas; gracias por todos tus consejos.

A mi **gente**, que son parte de mi corazón y de mi alma, que sin importar la distancia están ahí para mí, me obsequian con su cariño y amistad.

Y por supuesto, gracias a ti **lector**, que has apostado una vez más por uno de mis libros. Te deseo el más feliz de los viajes al corazón de mi mundo lupino.

Kelly Dreams

CAPÍTULO 1

Brenda tenía ganas de darse de cabezazos contra la pared y quizá se hubiese puesto manos a la obra si con ello consiguiese algún cambio significativo.

—No puedo creer que me estés haciendo esto —masculló mirando por enésima vez el mensaje que aparecía en la pantalla del móvil.

Su vida se había ido a la mierda hacía un año, dos meses y nueve días. Un día de trabajo en la clínica en la que hacía sus prácticas como auxiliar de veterinaria, se convirtió en una pesadilla de la que era incapaz de despertar por completo. Ante sus ojos, las fantasías y el material que solo existía en los libros de ficción cobró vida asustándola hasta la médula. Disparos, amenazas, la seguridad de que tu vida terminará, el miedo y la incredulidad al ver cómo un chalado se transformaba de hombre a lobo... Todo se fue a la mierda en ese preciso momento.

Dejó su trabajo. Ni siquiera los ruegos y las explicaciones de Cleo, su jefa en la clínica, habían conseguido convencerla de lo contrario. Sencillamente no podía concentrarse. Estar en ese ambiente esterilizado la dejaba temblando y nerviosa, demasiadas veces se había petrificado al ver a un nuevo paciente sobre la mesa de operaciones, en especial si dicho paciente pertenecía a la raza canina.

Ella, que siempre había sido una amante de los perros grandes, ahora les tenía un miedo atroz. Era como si esperase que se metamorfoseasen y la apuntasen con un arma de un momento a otro.

No. Ese episodio había destrozado su presente y su futuro, la había convertido en una criatura asustadiza, recelosa e insegura. En cierto modo, le había robado parte de la vida con la que siempre había soñado.

El último año se lo había pasado dando tumbos. Incapaz de quedarse mucho tiempo en el mismo lugar había optado por viajar a su Inglaterra natal con la excusa de visitar a su hermano Blake.

Blake Santoro no era un hombre al que se le podía engañar con facilidad. Era como un perro con un hueso, siempre alerta, siempre receloso y lo suficiente altruista y seguro de sí mismo como para dedicar su carrera como cirujano a la ONG Médicos del Mundo. Once años mayor que ella, el primogénito de la familia siempre había sido un nómada por naturaleza, no paraba demasiado en ningún sitio y, si bien tenía su domicilio en Londres, pasaba más tiempo viajando por el mundo que en su hogar.

Durante su infancia habían estado bastante unidos, él fue quien la apoyó durante el complicado divorcio de sus padres el cual derivó en una separación no solo de la pareja sino también de los hermanos. Mientras ella se quedaba con su madre, él se iba con su padre.

A pesar de la distancia, siempre había intentado mantenerse en contacto con ella, aunque fuese de manera esporádica, así que no le sorprendió el comentario que surgió

de sus labios nada más cerrar la puerta de su casa en Tottenham Court Road.

—De acuerdo, Brenda Rose, desembucha.

Se había contenido hasta ese momento en hacerle preguntas. La había recogido en el aeropuerto y se habían limitado a charlar, preguntando por sus distintos padres, sus actuales vidas y cosas sin importancia. Pero sabía que aquello no sería más que un indulto.

—Siempre me alegra verte, hermanita, pero, ¿qué es eso de que has dejado las prácticas? Y, cito textualmente «ha perdido la cabeza hasta el punto de no comer y se niega a tratar su problema de nervios».

Hizo una mueca ante las palabras que habían salido de la boca de su madre no hacía ni cuarenta y ocho horas.

—¿Mamá se fue de la lengua?

Solo había una persona que sabía que había dejado las prácticas en la clínica veterinaria. Al principio lo había justificado como la necesidad de disponer de un tiempo sabático, pero las pesadillas y los ataques de nervios no eran fáciles de ocultar; en especial a su madre.

—Permíteme que omita todo lo que dijo, no es políticamente correcto y me importa una mierda —aseguró poniendo los ojos en blanco. Ambos sabían que la relación entre madre e hijo no era ideal y no podía culpar a Blake por mantenerse al margen, ella intentaba hacer lo mismo—. Por otro lado, me tiene en ascuas el hecho de que te hayas hecho diez horas de avión de la noche a la mañana solo para venir a verme. ¿Qué ha pasado, Brenda?

Bajó la mirada a sus manos y se mordió el labio inferior. No podía contárselo, no era algo que pudiese decirle a otra persona sin que quisieran ingresarla en un psiquiátrico.

Lo había intentado, buscó ayuda allí dónde pensó que podía encontrarla, pero todo lo que encontró fueron vagas e irónicas miradas, una sugerencia para que se hiciese un escáner cerebral o ingresase en una clínica de descanso.

—Necesitaba un cambio de aires...

—¿Vas a empezar a torearne o vas a ir al grano?

Se cruzó de brazos y la miró a los ojos.

—No me creerías si te lo contase, Blake, pensarías que me he vuelto loca —aseguró con un resoplido—. Yo misma estoy dudando de mi cordura.

Ladeó la cabeza y la contempló, entonces chasqueó la lengua.

—Por mucho que lo digan, la locura no es contagiosa, así que por mucho tiempo que hayas estado al lado de nuestra madre, no te habrá contagiado —sentenció. Se tomó unos segundos para recorrerla de los pies a la cabeza y le soltó—. ¿Te has hecho lesbiana? ¿Es eso?

Hizo una mueca y optó por la vía rápida.

—Eso habría sido más sencillo de aceptar y explicar que el hecho de haber visto cómo un hombre se convertía en lobo delante de mis narices.

Ese día solo estaba haciendo su trabajo. Acababa de empezar con el recuento de los suministros y la comprobación de los medicamentos cuando se encontró, junto a su jefa Cleo, en el quirófano, con un lobo medio destrozado sobre la mesa, otro desangrándose en una esquina de la habitación y un lunático apuntándoles con un arma.

El asaltante había entrado a punta de escopeta, cargando con uno de los animales al hombro y arrastrando a otro para luego dispararle delante de ellas cuando este intentó soltarse.

Su reacción había sido inmediata, a pesar del miedo y las lágrimas que no podía evitar, se había lanzado sobre el animal, taponando la herida con las manos para evitar que se desangrase. Apenas pudo ver a Cleo ante la mesa de operaciones, atendía al otro animal mientras el hombre se deshacía en juramentos y amenazas.

El lunático pasaba de la rabia a la desesperación, de las amenazas a las dulces palabras dirigidas al can al cual se refería como «hermano». Su conducta no era más que la de un completo chalado, alguien lo suficiente loco y peligroso como para matarlas en un abrir y cerrar de ojos.

Toda aquella locura la superó, se olvidó de su paciente, el miedo se apoderó de ella y terminó acurrucada en una esquina, empapada en sangre y cubriéndose la cabeza.

«Por favor, no nos mate, por favor, no nos mate, por favor, no nos mate...».

Pero lo peor todavía estaba por llegar y lo hizo con arrolladora fuerza. La puerta se abrió golpeando contra la pared, las luces titilaron y se apagaron arrancándole un grito que fue amortiguado por un nuevo disparo y un agónico gruñido perruno.

Incluso ahora se negaba a aceptar lo que había visto, a reconocer que el hombre que las había retenido a punta de escopeta había cambiado ante sus ojos. Se había transformado en un enorme lobo marrón que atacaba al recién llegado, solo para que un borrón de pelo blanco atravesase la habitación derribándolo y convirtiéndose después en una atractiva mujer.

Aquello había desbaratado su mente por completo, había sido incapaz de procesar lo que veía y terminó sucumbiendo a la negrura para despertarse horas después en su casa sin saber siquiera como había llegado allí.

Su hermano se limitó a parpadear, abrió los ojos y hubo un ligero cambio en su mirada.

—¿Cómo?

Se lamió los labios. No la creería, nadie la creería jamás.

—En realidad fueron dos, un hombre y una mujer —continuó. Necesitaba que alguien la escuchase, que no la mirasen como si estuviese loca—. Mira, sé lo que parece. No hace falta que me digas nada, ya se ha encargado de ello nuestra madre y el imbécil de su nuevo marido.

Ese idiota había sugerido internarla en una clínica de reposo. Estaba convencido de que sus episodios psicóticos y alucinaciones no eran más que producto del estrés.

Blake entrecerró los ojos al escuchar sus últimas palabras.

—¿El psicoterapeuta?

Se encogió de hombros. A su hermano nunca le había caído bien ese hombre.

—No quieras saber lo que le llamé yo —musitó, entonces sacudió la cabeza—.

Mira, él piensa que... lo que vi ha podido ser causa del estrés, pero...

Levantó la mano interrumpiéndola.

—Explícame eso del hombre, la mujer y los lobos.

Respiró profundamente, iba a necesitar aire para dar salida a todo aquello.

—Vas a pensar que estoy loca y también querrás internarme.

—Cariño, a lo largo de mi vida he visto algunas cosas que habrían hecho que yo mismo me internase en un psiquiátrico, pero al mismo tiempo, si algo he aprendido, es que la mayoría de las veces existe una explicación —le aseguró, cogiéndole la mano, apretándosela—. Aunque a veces sean... difíciles de digerir.

Sacudió la cabeza y le contó todo lo ocurrido, haciendo las pausas necesarias para respirar al tiempo que agradecía que él no la interrumpiese.

—Estaba armado, decía que el lobo era su hermano y hablaba de cosas que no tenían sentido —comentó tras finalizar su relato—. Cleo se ocupó de la operación, yo no pude... no pude hacer nada. Estaba tan asustada, tan... dios... ese animalito podría haber muerto y yo no hice nada.

Y aquello era algo que también la atormentaba, el haber fallado en su trabajo, el haber permitido que el miedo se impusiese por encima de su deber como veterinaria.

—Estoy segura de que tuve que clavarle algún medicamento, o quizá me drogaron, eso explicaría el porqué vi lo que vi.

Blake dejó escapar entonces un profundo suspiro, pero no se burló, su voz era... seria.

—Es una historia... rocambolesca.

—A mí me lo vas a decir.

—¿Tú estás bien? —empezó a examinarla como si esperase verla desangrarse o algo.

Le cogió las manos y lo obligó a mirarle.

—Estoy bien —le aseguró—. Lo suficiente como para haberme hecho esas diez horas de avión para venir a verte.

—Pues ya que estás aquí, ¿qué te parece si comes algo y luego te vas a descansar?

Ese era su hermano, no la juzgaba, no la interrogaba, se limitaba a apoyarla, a servirle de soporte y dejarla a su aire. No era de los que se entrometían en la vida de nadie, quizá, porque él mismo era bastante hermético con la suya.

Debido a su trabajo se pasaba gran parte del año viajando de un lado a otro, visitando zonas en conflicto o aldeas de necesidades primarias, así que no tuvo inconveniente en dejarle su propia vivienda por todo el tiempo que necesitase quedarse.

A pesar de ello, ese autoimpuesto cambio de aires no fue suficiente para alejar las

pesadillas que parecían dispuestas a perseguirla hasta el fin de sus días. El dormir empezó a convertirse en una quimera, le cambió el humor, así como el carácter, al principio eran pequeñas cosas, pero a medida que pasaba el tiempo esas menudencias crecían hasta llegar al punto de rechazar cualquier posible puesto de trabajo que tuviese que ver con su profesión.

No se sentía preparada, de algún modo, aquel día, había perdido la confianza en sí misma.

Incapaz de quedarse con los brazos cruzados y vivir a expensas de su hermano, optó por dar un giro radical y aprovechar sus noches de insomnio para algo de provecho; bailar.

Había empezado a dar clases en la universidad, un trabajo con el que podía sacarse algo de dinero extra para sus gastos y pagar las matrículas. Si bien tanto Blake como su madre se habían ofrecido a costearle los estudios, quería depender de ellos lo menos posible, demostrarse a sí misma que podía salir adelante por sus propios medios y que las interminables y odiosas clases de *ballet* a las que asistió de pequeña, habían servido de algo.

Cuando consiguió sacarse el título y empezó las prácticas, su mundo se abrió a nuevas perspectivas; había dejado de lado la chica que había sido durante la universidad para adquirir nuevas responsabilidades y dirigir su vida hacia la profesión que había elegido. Pero su sueño se había truncado en el mismo lugar en el que deseaba hacerlo realidad.

Dejó escapar un resoplido y miró una vez más el mensaje que se reproducía en la pantalla del móvil, por más que lo miraba el contenido no cambiaba.

—Bren, te toca.

Alzó la mirada y se encontró con una de las bailarinas que había terminado su *performance*.

Aquello no era igual que dar clases, pero le ofrecía lo que necesitaba; aislarse completamente del mundo en el que vivía. Mientras estaba en el escenario su mente se vaciaba y las pesadillas dejaban de existir. Este era el refugio en el que se había ocultado los últimos seis meses, el único lugar que le había ofrecido algo de paz y ahora, tendría que dejarlo.

Apretó el móvil y rechinó los dientes al leer el texto.

«Te he enviado el billete de avión y toda la información necesaria por correo electrónico. Te vas quince días a Al-Hasa (Por si quieres buscarla en Google: región oriental de Mufasa, Arabia Saudí). Mi amigo Khalid y su familia te acogerán en su hogar (Conocen las costumbres occidentales, así que no empieces a tirarte de los pelos). Estaré en la zona la última semana del mes, nos veremos entonces».

Blake

El muy cabronazo ni siquiera le había contestado al teléfono cuando le llamó,

llegó incluso a amanazarle con toda la creatividad de la que creyó posible, pero todo lo que obtuvo fue un nuevo mensaje contra el que no podía luchar.

*«Tienes que dejar de esconderte, Brenda Rose, el mundo seguirá estando ahí fuera cuando salgas y te aseguro que será el mismo que dejaste.
La única manera en que puedes recuperar lo que has perdido es haciéndole frente a tus temores.
Ya es hora de que dejes de huir».*

Y por si todavía se le pasaba por la cabeza replicar, lo sentenció con:

«PD: Si me entero de que no has cogido el vuelo, iré a buscarte yo mismo, te depositaré en el umbral de Khalid y le diré que te ponga a ordeñar las cabras».

¿Y quién diablos era ese Khalid?

Le había escuchado a Blake alguna que otra vez hablar de él, lo había escuchado reírse cuando estaba al teléfono y siempre mostraba un profundo afecto y respeto hacia ese hombre, pero no tenía la menor idea de quién era.

Todo lo que sabía era lo poco que había dejado caer su hermano cuando estaba en casa y el árabe le llamaba.

«Es un viejo amigo, alguien que me da buenos consejos, aunque yo no los sigo. Es... parte de mi familia».

Mi familia. La manera en que lo había dicho le había escocido un poco, era como si ella no formase parte de dicha unidad. Por otra parte, tenía que tener ese tipo de confianza para haber decidido mandarla a un país extranjero, cuyo idioma y costumbres no conocía y al hogar de un hombre cuya única aspiración debía de ser cuidar unas cabras. La imagen de uno de esos ancianos pastores del desierto le vino a la mente e hizo una mueca. Sí, su hermano hacía amistad con toda clase de personas y no dudaba que un sencillo y humilde pastor de cabras entraría entre ellos.

Si no supiese que Blake nunca hacía las cosas al azar y con plena seguridad de sus posibilidades, estaría preocupada.

¿A quién quería engañar? ¡Estaba desquiciada! No le cabía la menor duda de que si no se subía a ese maldito avión, su jodido hermano se presentaría allí, así tuviese que coger dos aviones, y la llevaría él mismo.

Los primeros compases de la música y la atenuación de las luces le recordaron que le tocaba trabajar. Dejó el teléfono sobre uno de los muebles con una mueca y salió al escenario. Respiró profundamente e intentó concentrarse en su actuación.

Como cada jueves, el local estaba a rebosar, las mesas que rodeaban el escenario estaban todas ocupadas. Parejas, grupos, a la gente le gustaba salir, disfrutar de la cena y del espectáculo de música, baile o teatro que se ofrecía después.

Al menos esto es más seguro que alternar en una fiesta de disfraces.

Su conciencia la aguijoneó trayendo el recuerdo de una bochornosa y lejana noche; una en la que se había ido a la cama con un completo desconocido. Eso no habría sido tan preocupante de no ser porque lo había hecho durante la jodida fiesta

de disfraces a la que la arrastró su hermano y en la que terminó atando a su amante casual a la cama.

«*Nunca sospeché que te gustasen esta clase de juegos*».

Su voz emergió de un rincón de su mente con la misma intensidad que lo había hecho aquella noche y trajo consigo viejos recuerdos. Tuvo que hacer un verdadero esfuerzo para no perder el equilibrio y concentrarse en cada paso. Sus pies volvieron a posarse sobre el suelo un instante antes de ejecutar un nuevo giro, cayendo sobre el suelo con gracia mientras la música subía de intensidad, marcando que había llegado a la mitad de su actuación. Respiró una vez más y giró estirando los brazos, siguiendo con lo establecido en su número y aprovechando así mismo el escenario en su beneficio para cambiar de ángulo y sumergirse en la penumbra.

Diablos, ¿quién iba a pensar que su reciente celebración por obtener este trabajo y unas cuantas copas de champán la conducirían a la mayor locura de su vida? ¿Cómo podía tener alguien tan buen aspecto desnudo de la cintura para arriba y atado al maldito cabecero de una cama?

¿Por qué había aceptado ir para empezar? No es que Blake le hubiese dado otra opción, según él, quedarse un sábado por la tarde tirada en el sofá cuando podía salir y divertirse, no era una opción.

—Venga, Brenda, será divertido —la animó, instándola a cambiarse—. ¿Cuánto hace que no te corres una juerga como dios manda?

Sus palabras la hicieron parpadear. Sin duda aquella no era una pregunta que esperase escuchar de sus labios.

—No soy chica de juergas —rezongó en voz baja—, y no estoy de humor para fiestas.

—Demasiado tarde, tesoro —le aseguró y le indicó la habitación—. Tienes un par de disfraces encima de la cama, mira a ver si te sirve alguno.

Ladeó la cabeza.

—¿Tienes alguna afición que no me has contado?

Sonrió de medio lado.

—Son de una vieja amiga —respondió con un ligero encogimiento de hombros—. No le importará que los uses.

Entrecerró los ojos.

—Si es de alguna de tus conquistas...

—Ella no es una conquista... era... da igual —se quitó de encima la pregunta—. Cámbiate. Necesitas que te dé el aire y a mí también.

Y así había terminado acompañándole a dicha fiesta, se había relacionado con la gente e incluso había participado en algunos corrillos.

—Ese es material para un polvo-fiesta.

Se giró hacia la mujer que había hecho el comentario.

—¿Polvo fiesta?

La mujer le guiñó el ojo y bajó el tono al responder.

—Un polvo de reconocimiento, un polvo de diversión y un polvo de despedida.

Puso los ojos en blanco.

—Esos son demasiados polvos...

—¿Y? Eso es precisamente lo que lo hace interesante y toda una aventura — aseguró bajando el contenido de su copa para luego señalar con un gesto de la mano al objeto de atención—, y ese principito es la víctima perfecta.

Siguió su mirada con disimulo. Sabía de quién le hablaba, no había podido sacarle la mirada de encima desde el mismo instante en que lo había visto. No sabía quién era, pero todo en él gritaba sexo del bueno.

Había necesitado que un par de copas más le diesen fuerzas, que su hermano no estuviese a la vista para perder todo el sentido del ridículo e ir a por él.

La música cambió el tempo anunciando el trayecto final y adecuó sus pasos para dar por finalizada su actuación. Las luces se fueron atenuando de nuevo hasta terminar en total penumbra permitiéndole retirarse detrás del telón.

—Al-Hasa —leyó una vez más tras recuperar su teléfono—. ¿Y dónde demonios está eso?

Bufó, vaciló unos instantes entonces presionó el botón de grabación de voz y emitió su respuesta.

—Tú ganas —rezongó—. Más te vale que vengan a recogerme. Si me dejan en medio del desierto y me muero deshidratada volveré en forma de fantasma para atormentarte eternamente.

Hizo una pausa y añadió.

—PD: Más te vale que lo de las cabras sea algo metafórico.

Le dio a enviar y resopló. Una nueva respuesta entró casi al momento.

«Te recogerán en el aeropuerto internacional de Al-Hasa.

Procura no matar a nadie hasta que yo llegue, ¿vale?

Sé buena.

TQ Blake

PD: ¿Sabes de verdad lo que es una cabra?».

Siseó. Cuando le pusiera por fin las manos encima al gracioso de su hermano, iba a quedarle muy claro lo que opinaba de su sentido del humor y las encerronas que traían consigo.

—Más te vale que sobreviva a estos quince días, Blake Santoro, o serás hombre muerto.

CAPÍTULO 2

El hielo empezaba a diluirse mezclándose con el líquido lechoso de su vaso, el *mezza* que le habían servido seguía tan intacto como en el instante en que lo dejaron encima de la mesa. Había preferido dedicarse a beber y, tras dos vasos de *arak*, todavía no estaba seguro de si buscaba emborracharse o aclararse las ideas.

Khalid se pasó una mano por el revuelto pelo negro y dio otro sorbo a la anisada bebida. Sobre la mesa, estaba el telegrama que le había enviado su mejor amigo desde algún punto de África, un occidental afincado en el Reino Unido al que quería como a un hermano y que le arrancaría la cabeza cuando supiese la manera en que había sido traicionado.

*«Al pomposo Sheikh Khalid Wadi AlRashid, de la tribu beduina AlRashid de Al-Hasa.
Brenda Rose va en camino, tiene previsto llegar el día 12 a las seis de la tarde. Aeropuerto internacional de Al-Hasa.
Juro que te compensaré.*

Blake Santoro».

El escueto contenido del mensaje no le había causado sorpresa, de hecho, era algo que esperaba después de la conversación que había tenido un par de semanas atrás con él.

—Tienes todo el derecho a mandarme a paseo y no te guardaré rencor, pero necesito tu ayuda.

Khalid había estado en casa cuando recibió la llamada, se había encerrado en el despacho y había puesto el manos libres.

—Sabes que haría cualquier cosa por ti, hermano, pero si se trata de ella...

Escuchó un suspiro al otro lado de la línea.

—No, no se trata de ella, Khal —negó—, aunque puede que lo encuentres bastante irónico. Se trata de mi hermana pequeña.

La aclaración lo cogió por sorpresa.

—Nunca me comentaste que tuvieses una hermana.

—Eso es porque hacía años que no la veía —explicó—. En el divorcio, mis padres lucharon por algo más que la piscina. Ella ha vivido con mi madre y yo con mi padre. Y ahora me doy cuenta de que tenía que haberme preocupado más por ella.

Frunció el ceño y pensó en algo tan común como una adolescente problemática.

—¿Qué edad tiene?

—Veinticinco.

Bueno, estaba lejos de ser una adolescente lo que la llevaba al punto de tener que lidiar con una veinteañera. Teniendo uno en su propia casa, no sabía qué era peor.

—¿Qué necesitas?

Tenía la obligación de ayudarle, más allá de los problemas que pudiese haber entre Blake y su compañera, eran familia.

—Que la acojas unas cuantas semanas en tu hogar —pidió—. Necesito que comprenda que tu pueblo no es como esos lunáticos que la asaltaron.

Se echó hacia delante al escuchar su tono de voz. Su lobo movió las orejas.

—¿Cómo? ¿De qué estás hablando?

—Brenda Rose estaba haciendo unas prácticas en una clínica veterinaria en Nebraska cuando fue atacada por alguien de tu raza —le comunicó sin alterarse lo más mínimo—. He hecho algo de investigación y esa clínica está bajo la protección del alfa de Nebraska.

Blake estaba hablando del ataque ocurrido hacía algo más de un año a la compañera de Jeremy Macoy y dónde había resultado herido Mikel, el alfa de Texas.

—Conozco el episodio —replicó ahorrándole el tener que dar explicaciones al respecto—. Mi... El líder de mi raza nos mantiene al tanto de lo ocurrido en el mundo de los lobos.

En especial cuando al parecer, alguien había emergido de una sangrienta y horrible noche del pasado para cobrar algún tipo de malsana venganza. Velkan procuraba mantener a toda la red informada, si bien el problema se había instalado en territorio de los Alfas de América, nunca se sabía lo que podía desencadenar.

—Y ese ataque parece que no ha sido más que el principio.

Recientemente, Odin, el alfa de Nevada, había sido atacado, de hecho, de no ser por su compañera, ahora no estaría con vida.

—Brenda ha quedado tocada por lo ocurrido en la clínica —continuó Blake—. La ha afectado mucho más de lo que deja traslucir. Está aterrada, señor, tiembla incluso cuando ve un perro y salta con los ruidos fuertes. La muy tonta cree que no me doy cuenta, pero mis sentidos...

—Se han agudizado, lo sé —asintió consciente del significado—. Eso es lo que pasa cuando te emparejas, hermano.

Un silencio. Obviamente su amigo no quería hablar sobre ello.

—¿Quieres enviar a una niña al seno de una manada de lobos cuando ha pasado por todo eso?

—Esperaba que Zulema pudiese... acompañarla, explicarle... no sé...

Ahora fue su turno de resoplar.

—Ella tampoco sabe que tienes una hermana.

Su amigo optó por irse por la tangente.

—Tú eres el que lleva toda la vida lidiando con mujeres de la familia.

Sacudió la cabeza.

—Sí, pero son lobas y tú me estás pidiendo que me haga cargo de una criatura que lo más seguro es que se eche a gritar o a llorar en cuanto vea un culo peludo paseando por mi casa.

—Necesito sacarla de esa jaula en la que se ha metido, Khalid —insistió—. Antes no era así. Incluso cuando las cosas iban mal, se las arreglaba para poner buena cara y animarnos a los demás. Y es una auxiliar de clínica veterinaria muy buena, adora su carrera y estaba entusiasmada con las prácticas. Ahora no puedes mencionarle nada de eso sin que se ponga blanca o eluda el asunto. Necesita ver las cosas con otros ojos, encontrarse de nuevo a sí misma y si hay un lugar donde puede contribuir a ello es el oasis Al-Hasa.

Resopló, sabía que no iba a decirle que no, ambos eran conscientes de ello.

—Avísame cuando quieras que la reciba.

No, el problema no había sido aceptar a una completa extraña en su propio hogar, lo era la foto que le había enviado al teléfono, una que lo había llevado de vuelta a unos meses atrás, a la visita que había hecho a los Estados Unidos para asistir a un par de reuniones de negocios.

Durante su estancia en el país anglosajón había tenido tiempo para asistir a alguna que otra fiesta y en una de ellas, la conoció.

—Que los demonios del desierto me lleven —murmuró mirando una vez más la instantánea que retrataba a una joven mujer, vestida con sencillez—, soy lobo muerto.

Había sido un encuentro fortuito que comenzó como un juego, propiciado por el ambiente festivo y el alcohol que corría sin medida, un momento que le había puesto en bandeja a una bonita y dispuesta hembra cuya identidad no se había molestado en descifrar.

El código de vestimenta de la fiesta le había permitido mezclarse sin levantar expectación por su forma de vestir, el color de su piel o su obvia ascendencia árabe y dar rienda suelta a una actitud que no tendría en circunstancias normales. Y ella había sido como la realización de sus sueños más eróticos. Vestida con un sensual corsé rojo que le apretaba y erguía los senos, una falda larga negra recogida en uno de los lados y una media máscara veneciana ocultando su identidad, lo había fascinado tanto o más que el aroma que la envolvía o la forma en la que contoneaba las caderas.

Su espíritu lupino había levantado las orejas, sacudido el pelo y la había visto a través de sus ojos con renovada curiosidad. En un principio pensó que era ella, su elegida, pues ver sus coqueteos y esa bonita sonrisa dirigida a otros hombres lo había hecho gruñir. Su malestar al verla restregarse en un sensual baile con uno de los invitados humanos había llevado al lobo a reflejarse en sus ojos, provocándole unas irracionales ganas de pegarle un puñetazo al idiota y arrebatársela, pero esas emociones habían sido pasajeras y no tan demandantes como para desear ponerse a desgarrar cuellos.

La vigiló como un cazador que vigila a su presa, correspondió a sus miradas y sostuvo su atención mientras confraternizaba con otros invitados y conocidos. Las mujeres para él eran algo secundario, un entretenimiento pasajero y estaba decidido a que siguiesen como tal mientras no apareciese su compañera predestinada. Tontear, divertirse, disfrutar del sexo, todo ello siempre y cuando no entrase en conflicto con

sus deberes para con la tribu y todas las familias que dependían de él.

Los vínculos de sangre eran importantes en su cultura, tanto o más aun siendo lobos, pero teniendo hermanas que lo habían vuelto loco con sus lloriqueos y peticiones antes de que encontrasen a sus respectivos compañeros y pasasen sus quejas a estos, estaba decidido a dejar que las mujeres se quedasen en el lugar que debían; su cama o, en el caso de su compañera, bajo sus estrictas normas.

Sí, la honraría y protegería como correspondía, pero no permitiría que ninguna hembra lo gobernase como su madre había hecho con su padre, que se colase en su corazón al punto de dejarse morir cuando la enfermedad se la llevó de su lado.

No. Él no era su padre y sabía con exactitud el lugar que su compañera ocuparía en su vida.

Su deserción de la sala principal no le había pasado por alto, dejó la copa a medio beber en una bandeja cercana y salió tras ella. Apenas había deambulado por el hotel en el que se estaba llevando a cabo la recepción cuando notó su presencia.

—*Sayidd* —escuchó su suave y meloso tono de voz antes de notar la pequeña mano resbalando sobre su hombro—. Habéis abandonado la velada antes de que pudiese llegar a vos... ¡qué falta de cortesía!

Sus labios rojos por el carmín se habían curvado en un mohín mientras presionaba los comprimidos senos contra su pecho y alzaba el rostro hasta que sus ojos se encontraron a través de las máscaras que ocultaban sus identidades.

—Imperdonable por mi parte haberte descuidado, pequeña *kadi* —correspondió con media sonrisa, rozando sin poder evitarlo esas llenas y sonrojadas mejillas—, pero ya veo que has decidido tomar cartas en el asunto para evitar que siga ocurriendo.

Se echó a reír, un sonido claro y musical, su aliento le llegó con un ligero olor a vino, el cual, unido a la manera en que le brillaban los ojos, el sonrojo de sus mejillas y la manera desinhibida en la que se comportaba, era obvio que había bebido más de la cuenta.

—Un beso y estáis perdonado, *sayidd* —ronroneó ella, sonrió nuevamente y se apoyó en sus antebrazos para alcanzar su boca.

No le dio tiempo para echarse atrás, tomó lo que le ofrecía y lo hizo a conciencia. Había pasado demasiado tiempo fantaseando con su sabor, en cómo sería tocar sus labios, hundir la lengua en su boca y ahora cualquier fantasía quedaba en pañales ante la caliente realidad. Su lobo alzó las orejas y gimió al unísono ante el pecaminoso placer que encontraba en su boca.

—Um... —se lamió los labios al separarse, sus ojos destellaban de deseo a través de los huecos de la máscara tan coqueta como traviesa—, quizá un beso no sea suficiente.

Enarcó una ceja con cierta diversión. Aquella era una reflexión que tanto él como su lobo sin duda compartían. Su espíritu lupino se relamió deseoso de probarla.

—Una opinión que sin duda comparto.

Ese primer coqueteo lo motivó a arrastrarla hasta la propia habitación que ocupaba en el hotel. Le devoró la boca, probó su cuello, mordisqueó cada centímetro de piel mientras sus manos la moldeaban, se deleitó con su sabor y con los pequeños ruiditos que escapaban de sus labios y la sedujo, del mismo modo que ella lo sedujo a él y a su bestia al conducirlo a la cama y permitirle, en un caliente y arrogante insensato intercambio de poder, que lo atase con los cordones de las cortinas.

Había estado tan excitado, su erección empujando contra el pantalón mientras ella le miraba con esos ojos de gacela, su mente confusa por la necesidad que crecía en su interior, el aroma que le arrebatava el sentido y tiraba de su bestia, que había perdido la noción de todo excepto ella y el sabor de sus besos.

Ah, era una mujer realmente traviesa. La inteligencia y diversión bailaban en esos sensuales ojos que jugaban tras su propia máscara, la que no había dudado en quitarle desvelando su identidad.

—Deberías acercarte un poquito más para poder disfrutar de una visión mucho más cercana... pequeña.

Se acomodó y tiró una vez más de los cordones sonriendo al sentir cómo se aflojaban, su deliciosa presa podía ser una fantástica seductora, pero no tenía ni idea de cómo hacer un nudo decente.

—¿No quieres otro beso? —la tentó bajando el tono de voz, atento a cada una de sus respuestas.

Vio cómo vacilaba, su cuerpo parecía desear una cosa mientras su mente, todavía obnubilada, intentaba procesar otra.

—Solo... solo un beso más...

Reprimió una sonrisa, permaneció inmóvil y a la espera, cada movimiento femenino parecía contribuir a su excitación, una que no escondía ni se molestaba en disimular. El colchón se movió bajo el peso femenino, una de esas delicadas manos se posó sobre la almohada, lo suficiente cerca de él, pero sin llegar a tocarle. Sintió su aliento cuando acercó el rostro, los labios entreabiertos húmedos y dispuestos a escasos centímetros de los suyos eran una tentación demasiado grande para resistirse y él ya estaba cansado de hacerlo. La deseaba y esa mujer iba a ser suya.

—Eres pura tentación —murmuró lamiéndole los labios—, pero ya me he cansado de jugar bajo tus reglas. Ahora, lo haremos bajo las mías.

Cualquier posible gesto o respuesta por parte de ella quedó eclipsada bajo el asalto de su boca, la penetró con la lengua y degustó su sabor, librándose de sus ataduras y dándose un festín con esa provocadora hembra.

Khalid levantó el vaso y se bebió el resto de la anisada bebida de golpe. En honor a la verdad, hacía tiempo que no pensaba en aquella noche, se había obligado a hacerla a un lado, como todo lo innecesario en su vida, sobre todo porque el resultado de la misma lo había dejado insatisfecho y bastante molesto.

Oh, ella había estado a la altura, un bocado delicioso, pero que no se había quedado dónde debería estar; allí dónde él la había dejado.

Recordaba haberse despertado por el sonido de su teléfono, un oportuno recordatorio de que tenía que atender unos asuntos esa misma mañana antes de coger el avión privado y volver a casa. Odiaba tener que abandonar el lecho después de una noche tan intensa y agradable, pero había cosas que no podían evitarse. Se había detenido al lado de la cama para contemplarla durante unos instantes en su apacible sueño. Desnuda, el pelo suelto sobre la almohada, el dulce y tierno cuerpo envuelto en las sábanas... era una hembra mucho más joven de lo que había pensado en un primer momento, demasiado joven. Se inclinó y le apartó el pelo del rostro despertándola, vio cómo parpadeaba, su mirada todavía somnolienta y negó con la cabeza.

—Shh, duerme —le ordenó—, hablaremos después.

Ella se revolvió contrariando su orden, se incorporó y la sábana resbaló de su cuerpo dejándole degustar una vez más esa adorable y apetecible visión mientras los somnolientos ojos se posaban en él.

—¿Tenemos que hacerlo? —La extrañeza en su voz le dijo que todavía estaba medio dormida. Le cogió la barbilla y le acarició el labio inferior con el pulgar.

Por norma general se habría levantado, vestido e ido sin más, pero esa jovencita se merecía más, no sabía muy bien el porqué, pero seguía teniendo ganas de ella y esas ganas le molestaban tanto como despertaban su curiosidad.

—Sí —respondió y le sujetó la cabeza para besarla de nuevo en la boca—, porque así lo deseo.

Pero ella no había estado allí cuando volvió a buscarla tiempo después, no había quedado nada más que la máscara tras la que se había ocultado.

Bajó la mirada a la foto que parecía burlarse de él, el retrato de la hermana de su mejor amigo, la misma con la que había tenido aquella inesperada aventura de una noche y a la cual tendría que recibir en pocas horas.

Sí, iba a pedir su pellejo como poco.

CAPÍTULO 3

—A ver si lo he entendido. ¿Vamos a recibir a una americanita, con perpetuo síndrome premenstrual y fobia a los perros porque necesita sacar la cabeza del culo?

Khalid ladeó la cabeza al tiempo que dejaba escapar un gruñido de advertencia. A su lobo le gustaba tan poco como a él que se hablase así de la mujer. Por otro lado, ese felpudo era el único que tenía permitido hablarle de manera irrespetuosa. El joven lobo pertenecía a su tribu, era algo así como un primo lejano con el que compartía una visión abierta del mundo y, recientemente, lo había nombrado su beta.

Al contrario que su padre, no creía que la edad fuese un indicativo de sabiduría, los tiempos cambiaban y era necesario avanzar. Sí, respetaba las tradiciones, pero también era muy consciente del progreso y de lo que esto podía significar para su ciudad.

Su pueblo era nómada de corazón, sus comerciantes seguían haciendo las rutas del pasado a través del desierto manteniendo viva la tradición, pero sabía que para mantener a su gente hacía falta mucho más que tradiciones.

Las casas, los nuevos sistemas de regadío, el cuidado de las cosechas, todo obedecía a mejoras, a avances en la maquinaria y a los nuevos conocimientos que aportaban los ingenieros agrónomos que se habían formado en el seno del clan. El que una de ellos fuese su hermana pequeña, era un orgullo añadido, uno que había provocado al mismo tiempo una apoplejía entre los más ancianos.

Todo era cuestión de adaptarse y mantener la esencia de su cultura, una de las premisas que lo movían y que hacían de Hakim en el beta adecuado.

—No es americana, es británica —puntualizó al tiempo que volvía el rostro hacia la ventanilla del coche. Hoy el sol volvía a lucir en todo su esplendor lo que traería consigo un día bastante caluroso.

—¿Y eso supone una mejora porque...?

—¿Me estás incordiando a propósito o es tu nueva forma de exponer las quejas?
—preguntó mirándole de reojo.

Sonrió de soslayo.

—Alguien tiene que hacer que mantengas el cargo, *sheikh* Khalid.

—Creía que eso lo hacía yo mismo.

—Sigue con ese optimismo, *sayyid*^[1] y llegarás lejos.

Puso los ojos en blanco y continuó disfrutando del paisaje.

—Ahora en serio. Esa mujer tiene un jodido problema, no creo que meterla en una casa llena de culos peludos sea una buena idea. A menos que quieras llevar a cabo una jodida terapia de choque.

Y esa idea encajaba con los motivos que él mismo había alegado ante la llamada

de Blake. Pero el caso era que la mujer que su amigo le había retratado, no tenía nada que ver con el recuerdo que él mismo conservaba.

«Antes no era así. Incluso cuando las cosas iban mal, se las arreglaba para poner buena cara y animarnos a los demás. Y es una auxiliar de clínica veterinaria muy buena, adora su carrera y estaba entusiasmada con las prácticas. Ahora no puedes mencionarle nada de eso sin que se ponga blanca o eluda el asunto. Necesita ver las cosas con otros ojos, encontrarse de nuevo a sí misma y si hay un lugar donde puede contribuir a ello es el oasis Al-Hasa».

Sabía que hablaba por experiencia propia. El oasis de Al-Hasa le había cambiado y para bien. Había llegado a su hogar en un momento crítico y allí había encontrado no solo la paz que necesitaba su alma sino un motivo para continuar adelante. Se había convertido en su hermano, en parte de su familia y ahora depositaba en sus manos algo de sumo valor; su hermana. Quería que cuidase de ella y su tierra la ayudase a sanar.

—Nuestra raza le mostró su cara más amarga —comentó pensando en lo que sabía del suceso—. Es hora de que vea la otra cara...

Hakim resopló.

—¿Vas a ejercer de niñera entonces?

Lo miró y sonrió de soslayo.

—No, vas a hacerlo tú.

Él se limitaría a darle la bienvenida, acogerla en su casa y dejaría que su místico hogar hiciese el resto. Y, por encima de todo, se mantendría alejado de ella, no deshonraría a Blake otra vez.

—¿Estás de broma?

—No.

—Pues no tiene la más mínima gracia.

—¿No me digas?

Sacudió la cabeza y se llevó las manos a las caderas.

—¿Y qué pasará si esa mujer te gusta más de lo que debería? —insistió—. ¿Tendré que prepararte un nidito de amor?

Le miró de soslayo. Ambos sabían el motivo de esa pregunta, aquel por el que llevaba chinchándolo meses.

—No lo hará.

No, ella no sería otra cosa que una invitada en su casa y la respetaría como tal.

—Un día vas a comerte esa seguridad con patatas.

Se encogió de hombros.

—Supongo que lo haré cuando esté delante de mi compañera.

Resopló, un sonido largo y cansado.

—Khalid, cuando esa mujer aparezca, me teñiré el pelo de azul —le soltó—. Te lo juro.

Lo miró con palpable diversión, pues el ondulado pelo castaño era su orgullo.

—Te lo recordaré llegado el momento.

Bufó y habría respondido de no ser por la interrupción del chofer que los llevaba al aeropuerto.

—Ya hemos llegado, *sayyid* —le informó entrando en el aparcamiento—. ¿Os llevo al lugar de siempre?

—Sí —asintió—. Gracias.

—¿A qué hora has dicho que llegaba la chica?

—Su vuelo debería estar aquí a las seis.

Asintió, abrió la puerta y bajó.

—Quédate aquí, te la traeré y podrás ejercer de gran jeque —se burló su amigo.

Puso los ojos en blanco y bajó también del coche.

—Te estás ganando un billete directo a los viveros...

Hakim se rio.

—No me lo digas dos veces, tengo repertorio más que suficiente —aseguró jocoso—. Cualquier cosa con tal de no tener que hacer de niñera.

Le ignoró, lo dejó atrás y entró en la pequeña terminal del aeropuerto internacional de la región.

Su lobo levantó las orejas nada más traspasar las puertas, algo captó su atención, algo que no había sentido antes y que prometía enormes problemas.

—¿Khalid?

—¿Qué?

—Abajo, chico, estás gruñendo.

Y aquello, no hacía sino aumentar su seguridad de que el infierno estaba a punto de desatarse sobre él.

Brenda no veía el momento de poder estirar las piernas. Después de nueve horas y media de avión y dos escalas, se le habían terminado los epítetos con los que insultar a su hermano y a todo el personal de los jodidos aeropuertos que había pisado. Estaba cansada, agobiada y de un humor de perros; el carácter perfecto para conocer a un pastor de cabras.

Dejó escapar un profundo suspiro cuando vio aparecer la maleta por la cinta transportadora, la recogió y se encaminó hacia la zona central en la que esperaba hubiese alguien para recogerla. La idea de quedarse varada en aquel lugar no era un aliciente para su actual cabreo.

Tonos suaves y mucha luz, con un ambiente menos estresante del que había encontrado en el aeropuerto de Dubái al hacer su primera escala —apenas sí podía recordar la segunda en Doha pues había tenido que correr como una loca para no perder el enlace—, la recibieron en el pequeño aeropuerto de Al-Hasa. Al igual que en sus paradas anteriores, el cambio de indumentaria, el idioma, así como los símbolos de los paneles informativos, aumentaban la sensación de haber recalado en

otro mundo.

Arrastró tras de sí el maltratado *trolley* y buscó las pequeñas indicaciones escritas en inglés en cada uno de los enormes paneles. Dejó atrás la aduana sin incidencias y traspasó las puertas automáticas que permitían acceder a la parte central de la terminal. Un pequeño contingente de personas estiraba el cuello tratando de localizar a los pasajeros que venían a esperar, divisó algunos cartelitos con nombres, esquivó a algunos viajeros y buscó entre los presentes el suyo.

—Como no hayan venido a buscarme, me cargo a Blake.

Y lo haría despacio, muy despacio, para que sufriera y se enterase de una vez y por todas que no era una niña pequeña a la que pudiese manejar a su antojo. Si estaba ahora allí era porque confiaba en él y estaba tan desesperada que necesitaba una maldita alternativa a su actual vida.

Se detuvo para echar un vistazo alrededor y entonces lo vio, un cartel con su nombre en manos de un obvio residente del lugar. Aliviada, sorteó a los últimos pasajeros y caminó en su dirección levantando la mano al tiempo que se presentaba.

—Brenda Rose Santoro, esa soy... —su canturreo se detuvo en seco, al igual que sus pasos cuando reparó en el hombre que acompañaba al que sujetaba el cartel—. Yo.

El corazón se le paró casi en el acto para empezar a latir con mayor rapidez. Vestido con una túnica larga y pantalones de algodón, con una especie de guardapolvo por encima, un pañuelo cubriéndole la cabeza y esos inquietantes y misteriosos ojos fijos en ella, estaba el último hombre que esperaba volver a ver.

—¿Señorita Santoro? —preguntó el que sujetaba el cartel.

Hizo un verdadero esfuerzo para arrancar la mirada de la de él y prestarle atención al otro hombre.

Aquel no era un pastor de cabras, ninguno de los dos parecía, ni remotamente, un jodido pastor.

—Soy yo —consiguió articular. Se lamió los labios y se obligó a concentrar su atención en el portador del cartel—. Soy Brenda, ¿trabaja para Khalid AlRashid?

El hombre enarcó una ceja con visible sorpresa ante la repentina interrupción, parpadeó un par de veces y sonrió con pereza al tiempo que levantaba el pulgar y señalaba a su acompañante.

—Sí, trabajo para el *sheikh* AlRashid —le soltó sin dejar de señalar a su acompañante—. Soy su... administrador. Bienvenida a Al-Hasa.

¿*Sheikh*? ¿Acababa de llamarle «jeque»?

Se giró de inmediato a su acompañante cuya intensa mirada podía notar sobre ella, sus ojos habían adquirido un tono claro, suavizando el castaño oscuro con pequeñas motas doradas.

—Pero... pero tú... tú no eres un pastor de cabras —afirmó con rotundidad—. Yo estaba esperando un pastor de cabras. Y... ¿*Sheikh*? No, aquí tiene que haber un error...

—No hay ningún error —respondió dando un par de pasos hacia ella para coger su mano con una firmeza que la estremeció—. Solo una inesperada sorpresa, creo que por ambos lados. Bienvenida a mi hogar, Brenda Rose.

Miró su mano y tiró de ella como si le quemase su contacto, sacudió la cabeza y dio un paso atrás.

—Ah, no. Ni hablar. De eso nada —sacudió la cabeza—. Esto no formaba parte del acuerdo. Me vuelvo a casa...

Dicho aquello dio media vuelta con intención de acercarse a una de las ventanillas y pedir que le cambiasen el vuelo de regreso para ya mismo.

—¿No dijiste que no la conocías, *sayyid*? —Escuchó la diversión en la voz del hombre, una que no se molestó en ocultar. No parecía tener reparos en que ella lo escuchase.

—Nunca conocí a la hermana de Blake —declaró con lo que le pareció un gruñido—. Y ella no era su hermana cuando la conocí.

—Um, creo que eso de los lazos de sangre no son de quita y pon —se burló su compañero—. Si lo es ahora, lo era entonces.

—No para mí.

Carraspeó en un obvio tono de aviso.

—Khalid, estás gruñendo —canturreó el hombre antes de echarse a reír.

La respuesta fue emitir un nuevo gruñido, más animal que humano que la hizo saltar, la carne se le puso de gallina y un enfermizo miedo empezó a recorrerla por entero. Se giró hacia él como un resorte, con los ojos abiertos y temblando ya de miedo ante lo que solo podía haber imaginado escuchar.

—Bien —escuchó su respuesta y vio cómo esos ojos se aclaraban adquiriendo un tono inhumano—, así sabrás lo que no tienes que hacer.

—¿Vacilarte, *sheikh*?

—No tocar lo que me pertenece.

Sus palabras encerraban tal fuerza y contundencia que al instante reaccionó de la única manera en que podía hacerlo; soltó la maleta y echó a correr como alma que persigue el diablo.

CAPÍTULO 4

El ver salir corriendo a una mujer era una experiencia nueva para Khalid. No podía recordar un solo momento en su vida en el que una hembra hubiese huido de él; por lo general era siempre lo contrario. Las mujeres solían acercársele, buscaban captar su atención, por lo que ver huir a esa pequeña gacela lo había sorprendido tanto como indignado. Su lobo estaba irritado, casi podía verse a sí mismo alzando el hocico en modo altivo y resoplado. Quería pegarle un mordisco, aleccionarla y enseñarle cuál era el comportamiento adecuado en una loba.

Solo había un problema. Brenda Rose no era una loba. Se había acostado con ella y no había sentido la conexión y atracción que ahora lo empujaba a salir corriendo tras ella y morderla. La mujer que había despertado el hambre lupina en su interior le tenía un miedo atroz a su raza, uno que vio en sus ojos cuando le escuchó gruñir.

—Entonces, sí la conoces...

Dejó escapar un resoplido.

—No sabía que *ella* era la hermana de Blake cuando la conocí —gruñó.

Ladeó la cabeza.

—¿Y tampoco fuiste consciente de que esa mujer estaba destinada a ti?

Se giró hacia él y fue sincero.

—No.

Entonces señaló a la huidiza mujer con un gesto de la barbilla.

—Tráemela.

Hakim enarcó una ceja.

—¿Qué te la traiga? —se jactó—. ¿Después de haberte escuchado gruñir con solo verla? No es por nada, Khal, pero, ¿hasta qué base has llegado con esa hembra? Solo para saber si debo comprarme una armadura o salir corriendo.

Lo fulminó con la mirada.

—Me tiene miedo así que tendrás que ir tú —gruñó de nuevo—. ¿Tengo que repetirlo?

Hizo una mueca.

—¿Tendré que teñirme el pelo de azul?

Respiró profundamente, dio media vuelta e hizo todo lo posible para no gruñir o aullar de frustración. El emascular a su beta tampoco le serviría de nada. Su lobo estaba de mal humor, quería salir en *post* de ella, darle caza y someterla, quería que comprendiese quién era el señor del desierto y se moría por hacerlo ya.

—Ve a por ella y tráela al coche —ordenó. Miró la maleta que la chica había dejado atrás y cogió el asa—. Le prometí a Blake que cuidaría de ella y eso es lo que haré.

—Yep. Le prometiste unas semanas, cómo vas a explicarle que dicho espacio de

tiempo se ha alargado digamos... ¿hasta el infinito?

Se limitó a ignorarlo, la respuesta a esa pregunta era cuando menos complicada.

—Tráela, Hakim, no lo repetiré.

—Sí, sí, sí, mi *sheikh* —se inclinó con sorna—. Pero no te quejes si viene pataleando.

Ni siquiera se molestó en mirarlo, dio media vuelta y echó a caminar arrastrando consigo el exiguo equipaje que esa mujer había traído consigo. No necesitaba echar un vistazo para saber que la gente lo estaría mirando, la escena que habían presenciado era lo suficiente surrealista por aquellos lares como para que pasase desapercibida. Acostumbrado como estaba a las mujeres occidentales, la actual situación no lo sorprendía en demasía, pero sí lo molestaba, especialmente porque la hembra que lo había desafiado en público estaba destinada a ser suya.

—¿Cómo he podido pasarlo por alto? Habría jurado que ella no... —resopló y sacudió la cabeza—. Nuestra lejanía no me ha causado mayor preocupación que una ocasional molestia cuando la he recordado...

La había tenido, su lobo la había probado y a pesar de ello en ningún momento había sentido la creciente necesidad que padecía ahora. Sí, la había deseado, se había sentido atraído por ella, le había gustado más de lo esperado, pero no de una forma especial, de esa manera única que le diría, al igual que ahora y sin necesidad de palabras, que esa mujer era suya.

Con cada paso que daba en sentido contrario le dolían las muelas, se le retorcía el estómago y sentía la absoluta necesidad de mandar el protocolo a la mierda e ir por ella él mismo. Esos eran los síntomas de un lobo que encontraba a su compañera y que todavía no la había reclamado, lo había visto en algunos miembros de su manada a lo largo de los años y casi había rogado porque no le sucediese a él.

«Eres el jefe de la tribu, no puedes mostrar debilidad jamás, especialmente no por una mujer. Si deseas consolar a tu hembra, hazlo en privado, quírela en privado, hazla sentir como una auténtica reina para que permanezca a tu lado, pero recuérdale que su lugar está junto a ti, no por encima de ti».

Las palabras de su padre hicieron eco en su mente, trayendo a su memoria la estrecha relación que tenían sus progenitores la cual solo se apreciaba en privado. En público eran consortes, su esposa a su lado cuando el momento así lo requería, pero sin interferir, al menos no demasiado.

No podía permitirse perder la cabeza por una mujer, ni siquiera, aunque esta fuese su pareja.

—Una compañera.

Una mujer destinada a estar a su lado, a ser la madre de sus hijos, su consorte y, quizá, incluso su amiga. Una que había sufrido por la mano de su propia raza al punto de estar atemorizada de los suyos, de haber perdido el brillo que había visto una vez en sus ojos.

—¿*Sayyid*?

Sin darse cuenta había llegado ya al aparcamiento, el silencioso chófer le abrió la puerta del coche. Necesitaba recuperar la compostura, pensar con claridad su pequeño huésped...

Compañera.

Huésped, se inculcó a sí mismo y a su lobo. Necesitaba verla como un huésped, como la hermana de su amigo.

—¿Dónde demonios se ha metido? —rezongó Hakim olfateando el aire.

No podía haberse ido muy lejos, solo era una pequeña humana y el aeropuerto no tenía muchos recovecos en los que poder ocultarse. Siguió su aroma hasta la salida. La chica parecía correr sin rumbo fijo, algo lógico dadas las circunstancias.

Lo último que le apetecía era tener que hacer de niñera de una humana, especialmente de esa en particular, pero tal y como estaban las cosas no tenía muchas opciones al respecto.

Ignoraba que clase de relación la unía con su alfa, pero el reconocimiento había estado en ambos, lo que lo llevaba a una pregunta más interesante si cabía. ¿Cómo diablos no había reconocido Khalid, en primera instancia, a su propia compañera?

Su mundo era un misterio, como lo eran sus emparejamientos. Él lo sabía muy bien, había pasado por toda esa crisis hacía poco más de dos años.

Sus sensibles oídos captaron un grito seguido del chirrido de las ruedas de un coche.

—Mierda.

«¿Hakim?».

Pudo sentir la preocupación y el enfado en la voz de su alfa, sabía que estaba atento, posiblemente había desnudado también los dientes y gruñía; su lobo estaba muy en la superficie.

«¿Dónde está ella?».

Puso los ojos en blanco y resopló.

—Estoy en ello, jefe, estoy en ello.

«Encuéntrala. ¡Ya!».

No tuvo ni que responder, el ansioso lobo cortó la comunicación y él mismo terminó saliendo a la calle, buscando su rastro.

Salió corriendo, no miró atrás, no quería hacerlo y encontrárselo. Sus ojos, había visto el cambio en sus ojos, escuchando ese lupino gruñido y el terror había vuelto a toda velocidad.

La luz del día, el inesperado calor, todo contribuyó a sofocarla, tropezó con sus propios pies, esquivó a duras penas un solitario vehículo solo para ser casi atropellada por otro. Gritos en árabe, palabras que no entendía, giró sobre sí misma sin saber qué

hacer o a dónde ir y entonces alguien la cogió del brazo y la sacó de la calzada.

—¡No! ¡Suéltame! ¡Socorro! ¡Soy ciudadana británica! ¡Quieren secuestrarme!

—Eres muy ruidosa.

Las palabras tardaron en penetrar en su mente, porque esta vez las entendió.

—¿Acabas de hablar en inglés?

Él parpadeó, tenía unos ojos marrones color café impresionantes.

—Sí, eso creo —aseguró y tiró de ella una vez más—. Sería todo un detalle de tu parte si no saltas delante de los coches, lo normal es que te pasen por encima.

Siguió su mirada y sacudió la cabeza.

—Tengo que irme de aquí.

No podía volver a vivir algo parecido a lo ocurrido el año pasado. Sus ojos, esos ojos que la habían mirado no eran humanos. Tiró con fuerza para soltarse.

—Tengo que alejarme de este lugar, tengo que evitar que me encuentre, tengo que irme, tengo que...

—Tranquila, lobita —le habló con suavidad, calmándola. Le rodeó la cintura impidiéndole la huida y la empujó en sentido contrario—. Vamos, deberías sentarte un momento y aclararte las ideas.

—¡No! ¡Me matarán! ¡Ya lo han intentado! —batalló con él y empezó a vigilar sus alrededores, consciente de que no tenía la menor idea de hacia dónde debía ir—. La embajada británica, tengo que ir a la embajada...

Aquello pareció despertar su interés. Con algo más de un metro ochenta y complexión delgada, el chico debía tener su misma edad.

—¿Eres diplomática? —le preguntó—. ¿Trabajas allí?

Lo miró, parecía inofensivo y acababa de evitar que la atropellasen. Además, hablaba su mismo idioma.

—Necesito llegar a la embajada.

Su vehemencia lo llevó a dar un respingo, pero asintió.

—De acuerdo, te llevaré.

No tenía opción, de todos los males posibles, parecía el más inofensivo, sobre todo en comparación a lo que podría pasarle si él la encontraba.

Aferró el bolso y, tras echar un vistazo a su alrededor, lo siguió hasta el coche.

«Vale. Nadie con un coche tan viejo secuestraría a una chica tonta y británica, ¿verdad?».

Como si necesitase un último empujón para decidirse, escuchó lo que sin duda era un sonoro aullido.

—Vámonos, ¡ahora!

No esperó, abrió la puerta del copiloto, se metió dentro, echó el cerrojo y se puso el cinturón. El corazón le iba a mil.

—Vamos, vamos, vamos —lo urgía—. Date prisa.

Frunció el ceño, chasqueó la lengua y echó un vistazo hacia atrás, como si buscara el origen del sonido.

—Tranquila, pequeña, la embajada no se va a mover del lugar.

No podía quedarse allí, no podía enfrentarse de nuevo con aquello.

—Arranca el puto coche —siseó golpeando el salpicadero con las manos.

Su nerviosismo lo llevó a mirarla como si se estuviese arrepintiendo de haberle permitido subir.

—Menudo lenguaje.

Le señaló la calle e insistió.

—Vámonos, por favor, vámonos ya.

—Eres un poco nerviosilla, ¿no? —insistió al tiempo que rodeaba el vehículo y ocupaba su lugar detrás del volante.

No le escuchó, todo lo que podía hacer era mirar por la ventanilla de un lado a otro rogando que él no apareciese.

—Vámonos pues.

El motor arrancó y el alivio empezó a filtrarse en su cuerpo.

Khalid no había sentido tal cantidad de estrés y desesperación en la vida. Sus sensibles oídos habían escuchado el chirrido de los neumáticos ahogado con el grito femenino y su lobo había tomado el mando. Se giró como un resorte, los dientes desnudos, su bestia gruñendo a través de su garganta y viéndolo ya todo rojo. En un instante estaba a punto de subirse al coche y al siguiente se adentraba de nuevo en la terminal, rodeando el edificio mientras contactaba con su beta para finalmente verla, al otro lado de la calle subiendo a un vehículo con la última persona que esperaba ver por allí.

—No me jodas —jadeó Hakim, apareciendo a su lado—. ¿Ese es...?

Dejó que el lobo se reflejase en su voz, replicando el creciente cabreo que nacía en su interior, uno que no tenía nada que ver con chiquilladas y sí mucho con el deseo de arrancarle los miembros al imbécil que se había atrevido a robarle lo que era suyo y hacerlo delante de sus narices.

—Un hombre muerto.

Hakim chasqueó la lengua.

—Alguien debería decirle a ese cachorro que no es sabio jugar con la comida del jeque.

Lo ignoró. No estaba de humor para su sarcasmo, su lobo estaba arañando la superficie, quería salir de su férreo control, deseaba correr detrás del maldito vehículo y destripar al incauto que se había atrevido a tocar a su compañera.

—¿*Sheikh*? ¿Khalid?

No contestó, no podía encontrar las palabras, su parte humana estaba desapareciendo bajo la fiebre lupina. La rabia era demasiado grande y que el culpable fuese ese molesto chico, lo hacía aún peor.

—Vuelve y dile a Zulema que, si quiere ver a su hermano pequeño con vida, se

prepare para atender sus heridas.

Su beta se puso delante de él a sabiendas de que podía llevarse un mordisco.

—¿Tengo que recordarte que también es tu hermano pequeño? —canturreó su amigo—. Entiendo que estés cabreado, pero...

—No lo mataré —repuso en voz baja, mortal—, al menos no hasta que haya escuchado el motivo por el que ha subido a mi compañera a su coche sin mi consentimiento.

Sin más, se quitó el sobretodo que llevaba, al que siguieron los zapatos y el *thawb* y cambió allí mismo a su forma lupina, deshaciéndose con ello del pantalón y el *slip*. Se sacudió desde el morro a la cola, levantó la nariz y olfateó el aire antes de emprender una rápida carrera que lo llevase a interceptar al ladrón de su hembra.

—Lobos, jeques y sus mujeres —miró hacia el cielo y chasqueó la lengua—. *Alá* dame paciencia.

CAPÍTULO 5

Brenda estaba segura de que, con lo de hoy, había batido toda clase de récords. Había pisado el aeropuerto, se había encontrado con su último polvazo solo para salir corriendo como alma que lleva el diablo al escucharle gruñir. Su elección de hombres era sin duda memorable, ya no se limitaba a los gilipollas, no, ahora también se tiraba a engendros. Y por si eso no fuese suficiente, acababa de subirse al coche de un completo desconocido obligándole a llevarla a la embajada británica.

Pero, ¿para qué? ¿Qué esperaba hacer? ¿Qué iba a decir en la embajada?

«Disculpe, señor embajador, pero necesito que me busque una escolta, a poder ser del ejército y me meta en un avión de vuelta a casa».

Sí, ya podía ver lo bien que le iba a sentar la camisa de fuerza.

—No me puede estar pasando todo esto, otra vez no.

Cogió el bolso y hurgó en su interior en busca del móvil.

—No me jodas, ¿sin cobertura? —rezongó y miró a su alrededor—. ¿Qué pasa? ¿No le ponéis antenas a las cabras o algo?

Su conductor se limitó a mirarla de soslayo y contener lo que sin duda era una carcajada.

—Somos un poquito más sofisticados que eso —replicó y la miró de nuevo—. Entonces, ¿qué te ha traído hasta Al-Hasa? ¿Una visita diplomática? ¿Tienes una reunión con el *sheikh* AlRashid?

Se giró en el asiento como un resorte.

—Ni siquiera menciones ese nombre —se estremeció y se frotó los brazos—. Voy a matarle, te juro que voy a matarle.

—¿Al *sheikh*? ¿Ha tenido tiempo de insultarte en tan poco tiempo? Eso sería un nuevo récord para él.

—No, a mi hermano —replicó con un siseo—. Él es el único culpable de que esté hoy aquí. El muy gilipollas pensó que sería una fantástica idea el que pasase una temporada de vacaciones en casa de su amigo el cabrero.

—¿Cómo? —Había cierto tono jocoso en su voz.

Puso los ojos en blanco y resopló.

—El caso es que no existe ningún cabrero, el hijo de puta no es un pastor de cabras, es un puñetero demonio sacado de mis pesadillas —continuó con su discurso sin darse cuenta siquiera de que el coche había empezado a perder velocidad—. Maldito seas, Blake Santoro, cuando te ponga las manos encima... ¡te emascularé, hermano o no!

El coche empezó a frenar de golpe, la inercia hizo que se impulsase hacia delante, reteniéndola solo el cinturón.

—La madre que te... —jadeó volviéndose hacia el conductor—. ¿Dónde has

aprendido a conducir? ¿En una carrera secundaria?

—En Yale —le respondió al tiempo que detenía el vehículo por completo en el inexistente arcén y se volvía hacia ella—. ¿Has dicho Santoro? ¿Blake Santoro?

Frunció el ceño, el repentino cambio en esa mirada y la seriedad que de repente adquirió su rostro, la puso sobre aviso.

—¿Qué pasa si he dicho ese nombre?

A juzgar por el juramento que soltó en árabe, la rapidez con la que se quitó el cinturón y bajó del coche, más de lo que ella podía suponer.

—Eres la hermanita de Blake —le escuchó farfullar un instante antes de que diese la vuelta y abriese la puerta del copiloto—. Eres la jodida invitada del *sheikh*.

Se aferró al cinturón como si fuese su tabla de salvación.

—¿Quién eres? No me has dicho tu nombre.

Y aquello era un punto bastante importante.

—Me llamo Malik —respondió al tiempo que se inclinaba sobre ella, le soltaba el cinturón y la obligaba a bajar—. Y acabas de meterme en un buen lío. ¿Qué demonios ha pasado? ¿Por qué no estás con Khalid? ¿No llegó a recogerte?

Se soltó de su agarre a la velocidad de la luz, dio un par de pasos atrás y se fijó en sus ojos, en sus facciones y en la manera en que hablaba.

—¿Quién eres? —insistió, pero no era eso lo que quería saber—. ¿Cómo sabes quién soy? ¿Conoces a mi hermano?

Resopló y se pasó la mano por el pelo, revolviéndolo.

—Sí, conozco a tu hermano —respondió con un bufido—, por supuesto que lo conozco. Él está emparejado con mi hermana.

Arrugó la nariz y frunció el ceño.

—¿Qué?

Decidió ignorar su pregunta.

—¿Qué demonios ha pasado en el aeropuerto? —Volvió sobre sus pasos—. Estabas huyendo. ¿Por qué? ¿De quién?

Se llevó las manos a las caderas.

—No me lo creerías aunque te lo dijese.

Parpadeó sorprendido por su respuesta o su pose, no lo sabía.

—Haz la prueba.

Optó por seguir el mismo camino que él e ignoró su pregunta.

—¿Por qué no me llevas a la embajada, me dejas allí y te olvidas siquiera de que me has visto?

Se echó a reír pero no parecía en absoluto divertido.

—Oh sí, por supuesto —resopló—. Si tuviese ánimo suicida quizás lo hiciese, princesa.

Abrió la boca para protestar pero él la calló con un gesto.

—Vas a decirme ahora mismo qué demonios ha pasado y por qué no estás con Khalid —declaró con voz seria, ya no había rastro del cálido y afable chico que la

había auxiliado—. ¡Si no hubiese estado allí, habrías terminado bajo las ruedas de un coche!

Parpadeó y dio un paso atrás ante ese tono dominante y acusador.

—¿Y qué querías que hiciera? ¡No puedo volver a pasar de nuevo por aquello! ¡Me matarán!

Su rápida y ferviente defensa lo frenó, la incredulidad y la incomprensión se reflejaron en su rostro.

—¿De qué diablos estás hablando? ¿Quién va a matarte?

—¡Los lobos! —estalló desesperada—. ¡Sé que pueden cambiar de forma a su antojo! ¡Lo he visto! ¡No estoy loca! ¡Los he visto! ¡Y me matarán! Sé que lo harán... sé que lo harán.

Y aquel era su mayor temor, el que alguien volviese a terminar con el trabajo de aquella tarde. Sabía que no era racional, nada de aquella pesadilla lo era, pero tenía pesadillas en las que volvían para matarla.

Empezó a temblar sin control, los recuerdos volvieron a hacer mella en ella y terminó abrazándose a sí misma con fuerza.

—Volverán a terminar con lo que empezaron, lo sé.

El tono masculino perdió dureza cuando posó con suavidad la mano sobre su hombro de manera reconfortante.

—¿Qué te han hecho? ¿Qué te ha pasado para que hables de esa forma de mi...?

«*Malik, por tu propio bien y seguridad, retira ahora mismo las manos de mi compañera y da un paso atrás*».

Si bien ella no fue consciente de ese rabioso aviso, sí captó al instante el profundo y bajo gruñido que retumbó en la solitaria carretera.

Giró con aire contenido y lo vio ante ella, enorme, peligroso y con unos profundos ojos dorados clavados en su persona.

Sacudió la cabeza, las palabras se le atascaron en la garganta y el miedo volvió a adueñarse de su mente.

—No, no, no, no...

La pesadilla estaba cobrando vida una vez más.

CAPÍTULO 6

«*Malik. Retrocede. Ahora*».

Khalid quería lanzarse a la yugular, destrozar a ese cachorro estúpido y darle una lección, pero no podía patearle el culo delante de Brenda por más que lo desease. Ella ya estaba bastante desquiciada en aquel momento sin tener que añadir sus ansias de sangre y desmembramiento a todo el estrés que estaba sufriendo.

Blake iba a matarle y tenía razones para hacerlo, su hermana no llevaba ni un par de horas en su país natal y ya la habían aterrado y secuestrado.

Y él se estaba coronando como compañero. El primer deber de un lobo era siempre para con su compañera, tenía que cuidar de ella y había fallado.

La sorpresa en los ojos de su hermano fue un pequeño indulto que evitó que se le lanzase a la yugular.

—Espera... ella... es la hermana de Blake —comentó intentando comprender la magnitud de sus palabras.

«*Lo es*».

—¿Y dices que además es tu compañera?

Su respuesta fue enseñar los dientes y gruñir en voz baja al tiempo que caminaba hacia ellos. El chico comprendió al momento la situación de peligro en la que se encontraba y dio un paso atrás, con todo, seguía pendiente de la mujer, como si no se fiase de él en esos momentos; no podía culparle.

—Khalid...

Lo ignoró, su atención y la de su lobo estaban en la muchacha que lo miraba aterrada, con lágrimas en los ojos y empezaba a perder la batalla para conseguir meter aire en los pulmones.

«*Brenda Rose, respira profundamente y deja salir el aire despacio*».

Fue una orden instintiva, que obedecía a su propia naturaleza como alfa, pero no fue consciente de las implicaciones que traían consigo y sobre esa hembra hasta que la vio sobresaltarse, emitir un pequeño gemido y llevarse las manos a los oídos. Lo había escuchado, un indicativo de que su vínculo de pareja se había instaurado. Pero, ¿cuándo y cómo no se había dado cuenta?

—¡Sal de mi cabeza! —se encogió, podía oler su miedo así como sentirla temblar.

«*No voy a hacerte daño, pequeña*».

Gimió de nuevo, sacudió la cabeza y levantó la mirada con gesto angustiado y acusativo.

—¡No te creo! ¡Márchate! Oh, dios, márchate.

Un bajo gimoteo escapó de su garganta lupina. A su lobo no le gustaba verla así, su miedo le dolía tanto como a él mismo.

«*Está aterrada. Nunca he visto una reacción así antes en una compañera. ¿Estás*

seguro de que ella...?».

El gruñido amenazador que surgió de nuevo de su garganta fue suficiente aviso para su hermano, pero también contribuyó a que la chica se echase a llorar.

—¿Era necesario que hicieses eso? —Lo censuró ahora en voz alta y dio un paso hacia él solo para que su bestia desnudase toda la dentadura en una abierta invitación a perder algún miembro.

«Tócala y te destrozo».

Sorpresa, vacilación y por fin la sumisión que esperaba en los miembros de su clan. El cachorro bajó la cabeza y dio un paso atrás.

—Está asustada, Khalid —continuó a pesar de todo, su voz suave, calmante como lo era su presencia lupina. Malik era un raro ejemplar, más pequeño que la media en su forma lobuna, poseía un aura de paz y tranquilidad que transmitía paz; era un sanador—. Y esa actitud tuya no le está haciendo precisamente un favor. Ha salido huyendo. Por todos los profetas, ¿qué diablos ha pasado?

Lo miró con sus ojos lupinos.

«La atacaron. En el atentado de hace más de un año al alfa de Nebraska y a su compañera. Blake me la envió para que cuidase de ella, para que le mostrase la otra cara de la moneda. No sabía hasta qué punto la había afectado ese episodio».

Ahora fue el turno de su hermano para gruñir. A pesar de hacerlo en su forma humana, la chica se sobresaltó y giró la cabeza en su dirección. La ansiedad recorría sus venas, manaba de cada poro de su piel, si no se calmaba empezaría a hiperventilar en cualquier momento.

«Respira. Profundamente. Hazlo».

Su voz se filtró en ella como una suave pero firme orden, un privilegio de ser alfa y de la conexión que tenía ya con esa mujer. Con dificultad siguió sus directrices, se atragantó, tosió y volvió a respirar. Podía ver en sus ojos la sorpresa ante su ciega obediencia, la incompreensión y la creciente irritación.

—Deja de hacer eso —lloriqueó, atragantándose con las palabras, buscando el aire que él le obligaba a recibir—. ¡Basta! ¡Sal de mi cabeza! ¡Sal! ¡Sal! ¡Sal!

«Khalid, será mejor que cambies a forma humana o le dará una apoplejía».

Desplegó de nuevo los dientes y fulminó a su hermano. No le quería cerca de su mujer, no quería ningún otro macho cerca de su hembra, hermano o no.

«¡Retrocede!».

Su orden vino acompañada por un ladrido que hizo que la chica gimiese y trastabillase, retrocedió con tanta premura que terminó cayendo sentada en el suelo.

«Vete ahora, Malik. Sal de mi jodida vista o juro por Alá que derramaré tu sangre sobre este mismo suelo».

Su hermano tuvo el buen sentido común de no protestar, agachó la cabeza y retrocedió un par de pasos más. Con todo, seguía sin fiarse de él. En otras

circunstancias probablemente se hubiese sentido ofendido por esa falta de confianza, pero ahora, incluso con su lobo dispuesto a destrozar a cualquiera que se interpusiese entre esa mujer y él mismo, agradecía su preocupación.

«*Es mi compañera, cachorro, ella está a salvo conmigo incluso ahora. Tú, por otro lado, no lo estás*».

Lo vio hacer un mohín pero dio un paso atrás, luego otro y asintió.

—Necesitarás un calmante para camellos con ella.

Su lobo optó por ignorarlo y proceder con una aproximación hacia esa aterrorizada niña. A su espíritu solo le preocupaba la mujer y su miedo. Quería lamerla, quería borrar a besos cada resquicio de temor de su cuerpo y mente, quería envolverse a su alrededor, sentir sus manos hundiéndose en su pelo, acariciándole, aceptándole...

—Por favor... —Brenda temblaba, las lágrimas resbalaban por su cara y mojaban el suelo. Sus ojos reflejaban el horror, el miedo atroz y desmedido, pero su lobo no cedió—. No te acerques... no me hagas daño...

Se detuvo delante de ella, invadiendo su espacio personal, buscó su mirada y la sostuvo.

«*Ya es suficiente. Deja de llorar ahora mismo*».

La vio aspirar con fuerza, prácticamente retuvo el aliento cuando le vio levantar la cabeza y deslizar la lengua sobre sus temblorosas manos.

—Eres... eres como ellos —tartamudeó, las lágrimas bañándole el rostro, confundiendo con sus palabras—. Quieres... quieres comerme, ¿no? ¡Pues hazlo de una maldita vez! ¡Ya estoy harta! ¡No aguanto más! No puedo más con...

La acalló a lametones. No le permitió retirarse, la avasalló, se restregó contra ella y siguió lamiéndola hasta que rompió a llorar como una niña; la niña que era.

Podía notar sus temblores, sentía su miedo y eso lo molestaba. Tenerla de nuevo cerca y oler su aroma le recordó a esa noche, a cómo había sido tenerla y lo que ahora significaba. Le prodigó un último lametón y se retiró solo para cambiar a su forma humana pues sentía la imperiosa necesidad de abrazarla. Quería acunarla, tranquilizarla, pues su dolor se reflejaba en su propia alma de una manera que lo asustaba y le dolía por igual.

—No quiero matarte, niña tonta —aseguró dejando que su lobo estuviese presente en su voz. Buscó su mirada y vio el miedo, pero también el reconocimiento—. Quiero devorarte, comerte entera otra vez.

La vio tragar, no podía dejar de temblar y estaba tan aterrada como indignada, algo que lo sorprendió. No algo que esperase encontrar en esa mujer al borde de la locura.

—¿Esa te parece una respuesta tranquilizadora? ¡Porque a mí no! Ni un poco —se quejó y tembló incluso más cuando le incrustó el índice en el pecho—. ¿Devorarme? ¡Devorarme! Le tengo un miedo atroz a los chuchos pulgosos, estoy a punto de volverme loca y... —miró su propio dedo y la piel que había debajo. Siguió

descendiendo y emitió un ahogado jadeo—. ¿Y por qué coño estás desnudo?

—No esperaba que lo fuese, solo me limitaba a exponer un hecho —respondió a su primera pregunta, entonces se miró—. Y estoy desnudo porque estaba demasiado preocupado por ti como para formar algo de ropa durante el cambio.

Aquella sincera admisión lo sorprendió casi tanto como a ella. Ese no era el camino a seguir, no eran las normas que se había establecido.

—Tengo ropa de repuesto en el coche —comentó Malik, quién se había limitado a permanecer apoyado al capó del coche, lo suficiente lejos de la pareja como para que su lobo estuviese cómodo—. Te la traeré.

Se obligó a mantener la voz tranquila y a no gruñir.

—Déjala y vete —ordenó, dejándole claro que en esos momentos no lo quería cerca ni de él ni de su compañera.

—¿Quieres que te deje el coche?

Lo miró y su hermano levantó las manos a modo de rendición. Fue a la parte de atrás, abrió el maletero y sacó una mochila que le lanzó.

—Me largo.

Sí, eso era lo que quería que hiciese y a poder ser a la velocidad de la luz. No le quitó los ojos de encima y tampoco aflojó el agarre sobre esa temblorosa mujer hasta que el vehículo arrancó y se perdió por la carretera.

—Esto es una pesadilla —murmuró entonces ella. Su mirada vagaba a su alrededor, como si no quisiera posarla sobre él—, una maldita pesadilla de la que soy incapaz de despertarme.

—No es ninguna pesadilla, Brenda Rose, es la realidad —declaró con voz firme, capturando su atención—, y es tu camino.

Frunció el ceño, sus ojos enrojecidos por las lágrimas.

—No es un hecho apreciable el que me lleves la contraria cuando estoy al borde del desmayo —lo acusó.

Alzó la barbilla con gesto desafiante.

—No te desmayarás.

La vio entrecerrar los ojos, estaba bastante asombrada y también irritada.

—¿Porque tú lo digas?

Asintió.

—Exacto.

La dejó sin palabras, justo lo que necesitaba para arrancarla de ese episodio psicótico en el que se había sumergido debido a los recientes acontecimientos.

—No me gusta tu actitud, pero es que no me gusta ni un pelo.

Sonrió de soslayo y cogió la mochila que había dejado a sus pies.

—Te acostumbrarás a ella —declaró con sencillez, se levantó y se vistió sin pudor alguno. Entonces le tendió la mano y esperó a que la cogiese—, como te acostumbrarás también a mí.

Esperó paciente su aceptación, pues sería la primera muestra de que esa joven

mujer podía hacer frente a sus pesadillas, a sus miedos y emerger de la oscura pesadilla en la que había caído. Ya no podía mantenerse alejado de ella, tampoco lo deseaba.

Su respuesta fue lenta, cautelosa, pero su mano se posó sobre la suya concediéndole un gramo de confianza.

—Eres... eres como ellos... ¿por qué?

Era más una acusación que una pregunta.

—No soy como ellos, no soy un asesino —puntualizó—. No puedes condenar a toda una raza por los actos de algún psicótico.

Abrió la boca para responder, pero la calló poniéndole un dedo sobre los labios.

—No busques excusas, pequeña, tienes un largo camino por delante, así que empieza dando unos pasos.

CAPÍTULO 7

No podía hablar, apenas si podía pensar y por más que lo intentaba las manos le temblaban como estaba segura temblaba toda ella. El hombre que iba sentado a su lado en el asiento trasero del coche pertenecía a ese mundo de pesadillas que la había perseguido durante este último año y pico. Pero también era su encuentro de una noche, aquella inesperada locura que la había hecho sentirse más mujer que nunca, el único que había conseguido llegar lo suficiente lejos como para dejar una huella.

Un lobo.

Su amante de una noche.

El amigo de su hermano.

—Tenías que ser pastor de cabras.

Notó su movimiento más que verlo, vestido ahora con una sencilla camiseta negra y un pantalón de hilo del mismo color, parecía una sombra silenciosa pero totalmente humana.

—¿Cómo?

Sí, se suponía que Khalid AlRashid tenía que ser un pastor de cabras, un hombre mayor, con la piel ajada, larga barba y poco pelo, pero no el hombre que estaba sentado a su lado. Esa no era la imagen que se había formado del amigo de su hermano.

Ladeó la cabeza lo justo para mirarle, temiendo encontrarse con esa mirada inhumana que llevaba ahora grabada a fuego en la mente.

—Mi hermano... esa rata almizclera... me la ha jugado.

Ladeó la cabeza, un gesto bastante mono en alguien tan enorme y oscuro.

—Sé que hablamos el mismo idioma, Brenda Rose, pero no entiendo una sola palabra.

La manera en que pronunciaba su nombre «Brín-da Roux» la ponía nerviosa, su voz la estremecía lo que hacía que no supiese si era de miedo o de otra cosa, ya que no podía dejar de temblar.

Sacudió la cabeza, tampoco podría explicarle algo que ni ella misma entendía.

—Mi hermano, ¿cómo es posible que os conozcáis?

—Es un buen amigo de hace años —le informó, no tenía problema en ofrecerle las respuestas que requería—. Es... parte de la familia.

«*Está emparejado con mi hermana*».

Las palabras de Malik penetraron en su mente trayendo consigo aquel inesperado misterio. Ahora sabía que el joven que la había ayudado era el hermano menor del hombre sentado a su lado. Había estado por la zona de paso, no tenía la menor idea de quién era ella, al menos no hasta que escuchó el nombre de Blake.

Ahora se daba cuenta de que no sabía quién era su hermano. Una vez habían sido

cercanos, sí, pero estaba claro que esa cercanía se había perdido, así como la confianza.

—Malik dijo que estaba... emparejado con su hermana... lo cual la hace también tuya...

La miró, esos ojos parecían contener tantos misterios como el hombre que los poseía.

—Hay cosas que deben ser explicadas por las personas involucradas, no me corresponde a mí hablar de algo que Blake ha decidido guardarse para sí mismo.

Arrugó la nariz, sus palabras trajeron consigo una verdad a medias, un recordatorio que no hacía sino todo aquello más rocambolesco y, al mismo tiempo, que ciertas piezas de un antiguo puzle encajasen en su lugar.

Lo sabía. Siempre lo había sabido. Cuando le habló del ataque, del hombre que se convirtió en lobo, de la loba que se convirtió en mujer ante sus propios ojos... él lo sabía. Su falta de extrañeza, su paciencia mientras hablaba, su apoyo y esa inesperada paciencia... no se había comportado como los demás, no la había cuestionado su salud mental... Pero, ¿por qué hacerlo cuando él estaba al tanto de toda aquella locura?

—¿Ella también es...? Es...

—Respira. —La inesperada mano en su espalda la hizo saltar, jadeó y habría huido de no estar atada con el cinturón de seguridad—. Tranquila, solo soy yo.

Sacudió la cabeza.

—Eso no es ningún consuelo —se las ingenió para farfullar—. No me toques, solo... no lo hagas...

Pero no retiró la mano, por el contrario, empezó a deslizarla de arriba abajo calentándole la piel.

—Te estás poniendo azul.

—No es verdad.

—Morada, entonces.

Apretó los labios y entrecerró los ojos.

—¿Quieres quitarme la mano de encima?

—No.

Alto y claro. No tenía la menor intención de hacerlo.

—Demonios, ¿siempre eres tan irritante?

—Siempre.

La respuesta llegó de la parte delantera del coche. El hombre que la había recibido en el aeropuerto y que había sostenido el cartel con su nombre, ocupaba el asiento de copiloto. Se había mantenido en silencio hasta ese momento.

—Hakim... —Un aviso a ser tomado en cuenta.

—¿Qué? Es verdad. Más le vale que se vaya acostumbrando, especialmente para no salir corriendo y terminar bajo las ruedas de un coche.

Él gruñó, un sonido muy lobuno que la sobresaltó e hizo que el corazón le fuese a

mil.

—¡No hagas eso!

Sabía que había gritado, pero no podía evitarlo. Dios, estaba a punto de un ataque de nervios.

—Esto va a ser muy divertido —sonrió el tal Hakim y volvió a prestar atención a la carretera.

—El corazón te está latiendo demasiado rápido, estás asustada.

—Tú también lo estarías si hubieses pasado por el mismo infierno que yo —escupió. Le temblaba la voz, empezaban a picarle los ojos y estaba segura de que las lágrimas aparecerían de nuevo.

—Pronto estaremos en casa y podrás descansar —le dijo con ese tono suave, uno que le recordaba a esas breves horas que había pasado con él meses atrás.

Diablos, no había esperado volver a verle. Se había tratado de una sola noche, de un polvo y punto. Pero ahí estaba, entrando como una apisonadora en su vida, haciendo realidad sus demonios una vez más y disfrutando de ello.

—Preferiría que me pusieses en un avión de vuelta al Reino Unido —replicó con un mohín—. Nunca debí dejarme convencer...

—Estás en el lugar que tienes que estar —declaró sin más—, dónde necesitas estar, solo tienes que mantener la mente abierta y el corazón en calma.

Lo miró con palpable ironía.

—Sí, claro. Dame un *Valium* y es posible que lo consigas.

Enarcó una ceja en respuesta.

—No voy a drogarte, Brenda Rose, no será necesario.

Lo miró a los ojos y sacudió la cabeza.

—Yo no estaría tan segura.

—¿Ey? ¿Dónde te habías metido?

Zulema se detuvo en el trajín en el que estaba sumergida desde hacía horas al ver entrar a su hermano pequeño.

—¿Y qué haces todavía así? —lo miró de arriba abajo—. Ve, dúchate y cámbiate. Khalid llegará de un momento a otro con nuestra invitada.

Lo vio hacer una mueca.

—Espero que tengas agua fría de sobra.

—¿Para qué?

—El *sheikh* viene calentito.

Caminó hacia ella y la abrazó, para luego besarla en la frente. De los cuatro hermanos, él era el menor y, a pesar de tener ya veinticinco años, seguía siendo su bebé.

—¿De qué estás hablando?

Suspiró de manera cansada e hizo una mueca.

—De que tu compañero va a despellejar a nuestro hermano cuando se entere de que ha enviado a una dulce corderita a la casa del lobo feroz —canturreó. Entonces, ante la obvia sorpresa e incomprensión que se debía reflejar en sus ojos añadió—. Nuestro hermano acaba de conocer a su compañera... por decirlo de alguna manera.

Las palabras tardaron unos segundos en penetrar en su mente.

—¿Qué...? ¡Cómo!

Sonrió de soslayo, esa sonrisa rompía corazones y a ella la hacía querer salir corriendo pues sabía que implicaba problemas.

—Brenda Rose Santoro es la compañera de Khalid —le explicó al tiempo que le rodeaba los hombros con el brazo y la giraba en dirección al salón—. Y nuestro lobo alfa tiene un agudo síndrome premenstrual ahora mismo con ella. No conozco todos los detalles, de hecho, a ella la conocí por casualidad... o mejor dicho, evité que terminase debajo de las ruedas de un coche por casualidad antes de ofrecerme a llevarla a la embajada británica.

Empezó a perder el color.

—¿De qué estás hablando? ¿Qué ha pasado?

Se encogió de hombros.

—Le tiene miedo a Khalid o puede que a toda nuestra raza en general.

Sacudió la cabeza, lo que estaba diciendo era una completa locura. Pero entonces, desde que Khalid la había citado un par de semanas atrás para hablarle de la llegada de una invitada especial, todo lo había sido.

Blake tenía una hermana y jamás le había hablado de ella. Ni siquiera Khalid supo de su existencia hasta el momento en que se puso en contacto para pedirle un favor. Pero lo que más la había impactado no era que ese cabronazo le hubiese ocultado su existencia, sino lo que al parecer había pasado la muchacha.

Siempre había creído en la igualdad, en que no importaba que fueses lobo o humano pues podía darse una comunión y amistad entre ambos. De hecho, ella misma se había visto sorprendida años atrás al conocer a un médico humano de la ONG Médicos del Mundo y descubrir que era su compañero predestinado. Un hombre malherido, un encuentro fortuito y la pasión desatada hicieron que un nuevo mundo se abriese ante ambos.

Su encuentro no había sido planeado, de hecho, Blake no había sabido nada sobre su raza pero la había aceptado, como lo hizo con ella al principio, antes de que las cosas cambiaran y sus vidas se separasen.

Y ahora, en cierto modo, la historia se repetía, pero había una salvedad, la humana no había llegado a su mundo de la forma adecuada y el lobo al que pertenecía era un alfa cuya vida estaba regida por unas normas muy estrictas.

—No sé muy bien qué ha podido pasar, de hecho, ni siquiera supe quién era ella cuando la vi pasar corriendo y prácticamente lanzarse delante de un vehículo —aceptó Malik con un ligero encogimiento de hombros—, la detuve a duras penas. Y la verdad, al escucharla hablar en inglés y con ese acento, cuando me dijo que

necesitaba llegar a la embajada británica, pensé que sería una diplomática o algo que venía a tratar algún asunto con el *sheikh*. ¡No tenía la menor idea de que era la chica de Khalid, Zule! Ni siquiera me di cuenta de que él estaba en el aeropuerto.

Y había bastante vergüenza en aquella admisión, lo cual solo podía deberse al hecho de que, o había perdido la nariz o la había tenido en... otros asuntos.

—El caso es que la vi tan nerviosa y angustiada, que le dije que la llevaría —continuó con un ligero encogimiento de hombros.

Khalid iba a matarle. Fue el primer pensamiento razonable que penetró en su mente en ese momento.

—¿Te llevaste a la hermana de Blake sin decirle nada?

Hizo una mueca.

—En realidad, diría que él cree que rapté a su compañera delante de sus propias narices.

Se cubrió el rostro con las manos y gimió.

—Vete, emigra al norte, déjate crecer la barba y cambia de nombre —le soltó con profunda simpatía—. Pero, ¿en qué diablos estabas pensando?

El joven lobo resopló.

—Ni siquiera sabía quién era ella —se justificó—. No lo supe hasta que dejé escapar el nombre de Blake Santoro mientras íbamos en el coche. En ese momento frené en seco y aparqué a un lado de la carretera.

—Oh señor —se cubrió la boca con los dedos—. Khalid va a matarte.

—Sí, eso pensé yo cuando escuché a nuestro hermano amenazar con arrancarme la piel a tiras y cortarme en juliana —canturreó—. Y la verdad es que a Brenda no le hizo mucha más ilusión. Casi se lo hace encima cuando el *sheikh* me gruñó. Esa chica tiene un jodido problema con los animalitos peludos de cuatro patas y que aúllan a la luna.

Se dejó caer en una silla, ya no podía mantenerse en pie.

—Así que te sugiero que pongas en la mesa mucha agua con hielo —continuó su hermano—. ¿Y podría sugerirte una habitación sin ventanas para la invitada? Por eso de que le dé por saltar desde el balcón y partirse la crisma.

—Dime que estás exagerando.

—Un poquito —juntó el índice y el pulgar—, pero sí estaba asustada, Zule, muy asustada y el origen de ese miedo era Khalid.

Suspiró, aquella no era la manera en la que había pensado que pasarían las cosas. A su previo enfado con Blake por ocultarle algo tan importante como el que tuviese una hermana, le había seguido la ilusión de poder conocerla, de conocer a alguien que quizá pudiese ayudarla a comprender por qué ese maldito hombre había aceptado con tanta tranquilidad su separación.

Sabía que la única culpa de que no estuviesen juntos era suya, si hubiese sido más fuerte y, sobre todo, más egoísta, todavía tendría a su lado a su compañero.

—Pues habrá que enseñarle que no hay motivo alguno para que deba temer a su

nueva familia —decidió levantándose con gesto decidido—. Así que ve a ducharte, ponte presentable y...

—¿Quieres que Khalid me mate?

Puso los ojos en blanco.

—No te hará nada mientras mantengas las manos alejadas de tu nueva hermana —le aseguró, le palmeó la mejilla y lo besó—. Ve, tengo que terminar con los preparativos.

—¿Y Charisma?

Como si la hubiese convocado, la puerta principal de la casa se abrió y una cantarina voz femenina atravesó la casa.

—¡Zulema! ¡Ayúdame con esto! ¡Pesa una tonelada!

Ambos se miraron y suspiraron.

—Si es un camello relleno, la mando de vuelta con él —la previno Malik, saliendo delante de ella.

—Si lo es, te ayudaré a hacerlo.

CAPÍTULO 8

Y la imagen del pastor de cabras, con su casa de estilo sencillo y hogareño se fue a la mierda nada más aparcaron delante de una bonita casa de tres pisos lo suficiente grande como para dar alojamiento a todo un equipo de fútbol.

Ese hombre no era un pobre granjero, ni de lejos. El título de *sheikh* no era una broma como había rogado que fuese, era muy real y ahora estaba en el recibidor de su hogar, frente a dos mujeres desconocidas y silencioso Malik, quien a pesar de todo no dudó en guiñarle el ojo al verla.

—*Salamu aleikum* —la saludó una de las dos mujeres, una guapísima morena de ojos claros muy parecida a Khalid—. Bienvenida a nuestro hogar, Brenda Rose.

—*Wa aleikumu salam* —correspondió al saludo sorprendiendo a la mujer, quién asintió y le sonrió.

—Eres toda una caja de sorpresas, hermanita —canturreó Malik y se limitó a inclinar la cabeza a modo de respeto—. Bienvenida.

—Es la única frase que conoces, ¿no? —la pregunta llegó de Hakim. El hombre había bajado del coche el primero, le había abierto la puerta a Khalid y luego a ella.

Lo miró y luego a su acompañante, quién se mantenía a su lado en silenciosa expectación.

—Bienvenida a mi hogar —le dijo sin más, extendió la mano e indicó a la mujer que le había hablado. Al contrario que la que la seguía, vestía de forma actual y elegante—. Mi hermana Zulema te enseñará tu habitación, puedes asearte y descansar un poco antes de la cena.

Miró a la mujer, quién le sonrió a su vez. La forma en que la miraba era entre curiosa y cálida.

—Ella es Charisma, mi otra hermana —le presentó a la siguiente mujer en la fila, la cual vestía con el típico atuendo de la zona, pero a cara descubierta—. Y a Malik ya le conoces.

—Bienvenida —la saludó con calidez y, para su sorpresa y bufido de Khalid, la enlazó del brazo y asintiendo a Zulema, la secuestró—. Ven, deja que los hombres se maten entre ellos si quieres y cuéntanos todo sobre ti.

Gimió, por primera vez desde que toda aquella locura había dado comienzo, empezaba a pensar que estaría más segura con él que junto a esta mujer.

—Zule, no dejes que Char se la coma —pidió su anfitrión y, cuando se giró a mirarle con los ojos abiertos ante su tono de voz, lo vio sonriendo—. Te veré en la cena, Brenda Rose.

Dicho eso, los tres hombres continuaron por otro pasillo y se perdieron en una casa inmensa.

—No te preocupes, no se perdería esa cena ni aunque estuviese a reventar.

—Charisma.

La mujer chasqueó la lengua ante lo que solo podía ser una reprimenda.

—Mejor que se acostumbre cuanto antes al *sheikh* o la volverá loca —replicó y se volvió de nuevo hacia ella—. Khalid es un cacho de pan, pero puede ser jodidamente terco en según qué cosas.

—¿Por ejemplo?

La mujer la miró con cierto interés.

—Le encanta salirse con la suya.

Enarcó una ceja ante la respuesta y no pudo evitar responderle.

—Mira por dónde, a mí también.

La mujer se echó a reír.

—Sí, es sin duda hermana de tu compañero, Zulema —declaró palmeando el brazo de la otra mujer, quién pareció bastante incómoda ante el comentario—. ¿No es toda una ironía que haya ido a caer precisamente en esta casa?

La miró, no pudo evitarlo. Esa mujer era la pareja de su hermano, en cierto modo podría ser incluso su cuñada y no la conocía de nada.

—Supongo que no sabías de mi existencia.

Su directo comentario la llevó a sonrojarse. Se aclaró la voz, le sostuvo la mirada y negó con la cabeza.

—Hay muchas cosas que no sé sobre mi hermano —aceptó con un ligero encogimiento de hombros—. Y parece que cada momento que pasa son más.

La miró durante unos instantes y entonces asintió.

—En ese caso, creo que este es un buen momento para descubrir algunas.

—Genial, charla de chicas —añadió Charisma arrancándole una tímida sonrisa—. Me gusta un buen cotilleo como a la que más. Prepararé un té mientras tú le enseñas su habitación, Zulema.

Dicho eso, las dejó a solas y se marchó canturreando.

—Me disculpo por ella, puede ser un poco...

—¿Efusiva?

—Dicho con suavidad —aceptó con una sonrisa.

Le devolvió la sonrisa con cierto recelo.

—Sí, bueno. Creo que esto es, hasta ahora, lo más normal que me ha pasado en las últimas horas.

Ladeó la cabeza y le sugirió.

—¿Quieres hablar de ello?

Negó con la cabeza. No quería tocar ese palo todavía, sus nervios no lo soportarían.

—Preferiría hablar de otras cosas, como mi hermano.

Ella asintió y la invitó a seguirla.

—Sí, a mí también me gustaría.

Brenda estaba agotada. Los nervios, la tensión, la llegada a un lugar nuevo y, sobre todo, la enorme cantidad de emociones por las que había pasado le habían minado las fuerzas.

Zulema y Charisma la habían hecho bienvenida, un rico té y la ausencia de los hombres que habían vuelto a poner su mundo del revés, contribuyó a que empezase a relajarse. La mujer de su hermano le habló brevemente de la relación que habían mantenido durante un tiempo y que ahora, por un motivo que solo ellos parecían conocer, se estaban dando un tiempo.

Pero si bien se aclararon algunas cosas sobre uno de los misterios que se había presentado ante sus narices, había otro que seguía siendo un enigma; Khalid AlRashid.

—Esto es una locura.

Ya a solas en su habitación, se dejó caer sobre la cama y se giró de lado. Se encogió, subió las rodillas y se las rodeó con los brazos. Lo había visto cambiar de lobo a humano, había visto la mutación con sus propios ojos y había sentido su lengua acariciándola, activando su miedo y llevándose también.

—Va a volverme loca por completo.

Sabía que lo haría, antes o después su mente se rompería y dejaría de ser consciente de todo a su alrededor.

Cerró los ojos y se obligó a respirar lentamente, recuperar la compostura para luego suspirar.

—¿Y ahora qué?

No tenía la menor idea de qué hacer, de si debía permanecer allí a merced de la locura o coger el primer avión de vuelta a casa.

—Esa sin duda sería la opción más razonable.

Le echó un vistazo al reloj que había dejado sobre la mesilla e hizo un rápido cálculo mental. Blake le había comentado que estaría esa semana en algún lugar de África. Buscó el teléfono móvil que se había acostumbrado a llevar consigo incluso al baño y marcó.

Lo que tenía que decirle no podía resumirse en un wasap ni en un mensaje de texto. Ninguna onomatopeya o emoticono podría explicar las emociones que la recorrían.

Buscó una posición más cómoda, se acurrucó contra los cojines y mantuvo el teléfono en la oreja esperando a que lo cogiese.

—Hola dulzura, ¿ya has llegado?

De fondo podía escuchar una especie de cánticos apagados, así como una voz hablando en francés.

Se obligó a respirar una vez más y responder con un tono que esperaba fuese al menos lineal.

—Llegué hace algunas horas —le informó echando un nuevo vistazo al reloj.

—¿Qué tal el viaje? ¿Se te ha hecho pesado?

Su hermano estaba tranquilo, casi contento a juzgar por su tono de voz. El muy maldito.

—Nueve horas y media de vuelo y dos escalas dan para mucho —le aseguró intentando no rechinar los dientes—. Y este sofocante calor... es agobiante...

—En un par de días te acostumbrarás —se rio—. En esta época del año es de lo más soportable.

—Si tenemos en cuenta que el calor es el mínimo de mis males, hasta puedo darte la razón. —No pudo erradicar la ironía en sus palabras.

—Vamos, vamos, un poco de calor seco no ha matado a nadie todavía —respondió con tranquilidad—. Y Khal tiene aire acondicionado en casa.

—Sí, el pastor de cabras y su sencilla casucha.

Una carcajada atravesó la línea de teléfono.

—Fuiste tú la que sacó tal conclusión, cariño, yo nunca te dije...

—¿Qué me enviabas con una manada de lobos? —soltó de repente—. Y no lo digo en forma figurativa.

Hubo un repentino silencio en la línea seguida de un jadeo y algo que podía interpretarse como «mierda».

—Brenda, ¿qué...?

Apretó el teléfono como si de ese modo pudiese hacer lo mismo con la garganta de su hermano.

—¿Sabes? He tenido un comité de bienvenida de lo más interesante —lo interrumpió—. Un antiguo amante, un perro... el hermano pequeño del perro... un coche que casi me hace un masaje exprés... Sí. Me emocioné tanto con la comitiva que no pude evitar salir corriendo.

Un nuevo siseo y unas cuantas palabras mal sonantes.

—Dime que te estás quedando conmigo —pidió. La diversión y el buen humor se habían esfumado de su voz, ahora solo había preocupación—. ¿Dónde estás? ¿Te han ido a recoger al aeropuerto? ¿Khalid está contigo?

—Si tengo suerte y mis deseos se hacen realidad, estará ahogándose en la arena de su jodido desierto —siseó incapaz de contenerse más—. Aunque dado que no tengo tanta suerte, lo más seguro es que ande por ahí, corriendo a cuatro patas... porque, ¿hola? ¡Es parte de mis pesadillas! ¡Un jodido lobo! ¡Cambió delante de mí! ¡Y eso fue después de llenarme de babas con una enorme lengua perruna!

—Brenda, ¿dónde estás? —su voz se tornó fría, seria—. Pásame con Khalid.

—Estoy en el infierno, en el caliente agujero en medio de ningún lado a dónde me has mandado —estalló—. ¡Me has enviado al seno de una manada de lobos! ¡Y lo digo de forma literal! ¡Tú lo sabías! ¡Lo sabías desde el principio! Por amor de dios, ¡si incluso tienes una novia peluda!

Vale, aquello era pasarse. Zulema no le había mostrado otra cosa que respeto y aceptación, pero estaba superada y Blake tenía la culpa de que hubiese acabado allí.

—¿Pastor de cabras? ¡Es un maldito *sheikh*! ¡Un maldito sultán! —le espetó. A

estas alturas la conversación se había convertido en un monólogo a gritos—. ¡Eres un cabrón hijo de puta y mentiroso! ¿Por qué no me lo dijiste? ¿Por qué callaste? ¿Tienes idea de lo que han sido para mí estos últimos meses?

—Claro que lo sé —alzó también la voz—. He visto cómo te has ido consumiendo, cómo enloquecías con tus pesadillas, cómo culpabas a toda una raza por los actos de dos únicos individuos... Y también he visto cómo te consumías ante mis ojos y te perdías a ti misma. Si te lo hubiese dicho, no me habrías creído, necesitabas ver que ellos son como tú y como yo y no...

—¡No son como yo! —gritó a viva voz—. ¡Yo no soy un maldito engendro! ¡Yo no asesino!

Una vez más se hizo el silencio, podía escuchar su propia respiración, los jadeos que emergían de su garganta.

—El miedo nunca ha sido un buen consejero —comentó Blake con suavidad—, y tú tienes demasiado miedo, Brenda. Miedo de lo que no conoces, miedo por lo que te ha pasado y que eres incapaz de dejar atrás.

Apretó los dientes.

—No lo entiendes ni lo entenderás nunca —murmuró a su vez, las lágrimas corriendo ya por sus mejillas—. No sabes lo que es que la muerte te mire a la cara...

Un bajo suspiro.

—En eso estás equivocada, hermanita —respondió con voz fría—. Sé lo que es y si estoy hoy aquí, es porque esa raza a la que desprecias evitó que no volviese a despertar.

Aquello la golpeó.

—¿De qué estás hablando?

—Trabajar en zona de guerra suele traer complicaciones y a menudo caen inocentes en medio del intercambio de fuego —replicó en voz baja, medida, no había ni pizca de diversión o broma en él ahora mismo—. No te he enviado a Al-Hasa para enloquecerte, Bren, sino para que veas con tus propios ojos quienes son en realidad aquellos a los que desprecias. De no ser por Khalid y su familia hoy ni siquiera estaríamos hablando.

Y esa admisión la desarmó por completo.

—Así que por favor, dime que estás bajo el techo del *sheikh* y no perdida en algún lugar remoto...

Se lamió los labios.

—Voy a volver a casa —le informó—. Tan pronto pueda cambiar el billete, me iré al aeropuerto y volveré a *mi* casa. Ya no tendrás que preocuparte nunca más por mí... pues olvidar incluso que existo.

—Brenda Rose...

No esperó a escuchar su réplica, cortó la llamada y tiró el teléfono al otro lado de la habitación donde empezó a sonar.

—Esta vez no, Blake —farfulló, se secó las lágrimas y bajó de la cama—, esta

vez no.

No quería escucharle, no quería que le diese argumentos convincentes, no quería saber de más misterios, todo lo que necesitaba ahora era aire y esperaba poder encontrarlo en alguna terraza de aquella enorme casa.

CAPÍTULO 9

La pantalla del teléfono se iluminó al tiempo que vibraba sobre la mesa. Khalid llevaba observándola unos segundos, preparándose mentalmente para lo que sabía sería una de las batallas de su vida. Ahora comprendía cómo se había sentido Blake, lo que significaba que un miembro de tu familia terminase en las manos de un amigo y las dudas que surgían cuando se trataba de vínculos interraciales.

Respiró hondo y se preparó para lo que sin duda iba a ser una conversación incómoda. Si bien había instalado a su invitada en el ala contraria de la casa que él habitaba, su fino oído había captado los gritos y el tono de su voz mientras hablaba por teléfono; dudaba que alguno de los miembros de la casa lo hubiese pasado por alto.

Estiró la mano y contestó a la llamada.

—¿Qué demonios le has hecho a mi hermana, maldito cabrón?

La pregunta surgió de manera inmediata y no había ni pizca de simpatía en la voz del compañero de Zulema.

—¿Quieres decir aparte de recogerla personalmente en el aeropuerto e instalarla para que esté lo más cómoda posible en mi hogar?

Un bajo siseo atravesó la línea.

—No me vengas con esa clase de respuestas, *hermano*, a mí no.

Suspiró al escuchar de su voz el parentesco que les unía, uno que ahora iba mucho más allá.

—Brenda Rose está sana y salva entre las paredes de mi casa —le confirmó—, de hecho, habrás podido confirmar tú mismo lo bien que funcionan sus pulmones por los gritos que te estaba pegando.

—¡Te transformaste delante de ella!

Puso los ojos en blanco ante la infantil acusación.

—Algo que no tenía planeado hacer de momento, pero tampoco me dejó otra opción —replicó tranquilo—. Debiste avisarme que tu... hermanita... tenía una encendida predisposición a salir corriendo a la mínima oportunidad.

—¿Qué demonios le has hecho?

—Nada.

—Si no le hubieses hecho nada no habría salido corriendo, Khalid —gruñó, un sonido humano que podía competir con el de su lobo.

—Tiene la sensibilidad demasiado a flor de piel con respecto a nosotros —declaró buscando las palabras adecuadas—, y mi lobo, bueno, digamos que... se alegró tanto al verla que no pudo evitar gruñir y mostrarse en mis ojos. Suma dos y dos y tendrás una pequeña hembra a la carrera.

Un nuevo resoplido, pero ahora parecía un poco más calmado. Solo esperaba que

siguiese así un poco más para poder terminar esa conversación de la mejor manera posible.

—Quiere coger un avión y largarse...

«*Por encima de mi cadáver*».

—No se lo permitiré.

—No tienes la más mínima idea de la polvorilla que tienes entre manos.

—Será toda una aventura descubrirlo.

Una que la vida y el destino le había puesto delante sin posibilidad de retractarse.

—No me jodas, Khal, estamos hablando de mi hermana —rezongó su amigo y su voz adquirió un tono de advertencia que conocía a la perfección. Era el mismo que había adoptado él cuando supo que su Blake estaba interesado en Zulema—. Ni se te ocurra ponerle un solo dedo encima...

Puso los ojos en blanco y se preparó para la explosión que estaba a punto de caer sobre él.

—Un poco tarde para eso.

Lo oyó maldecir.

—La madre que... joder, Khalid. Ella es...

—Mi compañera.

—... mi hermana.

Se pisaron las palabras, pero a juzgar por el silencio que invadió la línea telefónica y tras comprobar que no se había cortado la llamada, escuchó una puerta que se cerraba y el ruido ambiental que había escuchado de fondo cesó.

—Dime que es una broma.

Su voz ahora sonaba clara, profunda y clara.

—No bromearía con algo así. Deberías saberlo.

Podía verlo sacudiendo la cabeza, mesándose el pelo, era un gesto que hacía a menudo cuando no sabía qué decir o cómo enfrentarse a un problema.

—No me jodas, Khalid...

—No tengo el más mínimo interés.

Lo escuchó resoplar y maldecir entre dientes.

—Te la envié para que la cuidaras y vigilaras mientras se recuperaba no para... *arg...* joder, es mi hermana, tío, mi jodida hermana.

Puso los ojos en blanco.

—No pienses en cosas que hacen que se te revuelvan las tripas, créeme, yo ya he estado ahí.

Resopló de manera audible.

—Debería matarte, de ese modo se acabarían mis problemas.

Bufó y sonrió, aquella era una broma a la que recurrían cuando las cosas se les iban de las manos y ya no sabían qué decir.

—No, tendrías mucho más —le recordó—, y tu hermana solo sería uno de ellos. Zulema te arrancaría los huevos...

Escuchó un chasqueo a través de la línea.

—Eres un lobo.

—Y tú humano, ¿cuándo ha sido eso un problema para nosotros o nuestras compañeras?

—No es lo mismo, mi hermana... —gimió—. Joder, esto se ha complicado de cojones.

—No tienes que preocuparte por ella, ese es ahora mi trabajo —aseguró con rotundidad—, esta es mi batalla.

Un nuevo silencio, el sonido del cuero de lo que sin duda era un asiento y finalmente su voz.

—Brenda no tiene la menor idea de cómo funciona vuestro mundo, no aceptará algo tan extraño e irracional como la vinculación de pareja. Lo que le ha pasado... su odio hacia tu raza...

—Es miedo lo que tiene, Blake, no odio —le aseguró. Lo había visto en sus ojos, la incomprensión, el miedo a lo desconocido, pero no había odio, no hacia él al menos.

—Es terca como una mula —le aseguró. Entonces dejó escapar un resoplido—. Joder, todo lo que yo quería era que volviese a ser la de siempre, que comprendiese que no puede volcar su rabia sobre todo el mundo por lo que le hizo una sola persona. Quería que conociese vuestras costumbres, que la ayudasen como me ayudaron a mí.

—Y eso es lo que va a aprender durante las próximas semanas —aseguró—, después tendrá tiempo más que suficiente para adaptarse a ello y luchar sus propias batallas.

—Ella es occidental, totalmente occidental, ¿has pensado en ello? —no se guardó ninguna de sus opiniones, algo que tampoco había hecho él en su momento. La barrera de la cultura estaba allí, ninguno de los dos podía ignorarla.

—Conoces nuestras costumbres, amigo mío y, por encima de todo, creo que me conoces a mí y a mi familia —le recordó, pues él mismo se había amoldado a ellas como ellos se habían amoldado a las de Blake—. El respeto es primordial entre mi pueblo, la familia lo primero y Brenda Rose es ahora mi familia.

—Esto no se trata de un cuento de hadas, *sheikh*, es la jodida realidad —le recordó su cargo y las responsabilidades que acarreaba—. Y tú tampoco eres un hombre libre, lo sabes.

—Cada escollo será tratado y superado a su debido momento —concluyó sin ambages—. Es mi compañera, Blake y siempre tendrá voz para expresar sus deseos. No considero que debas preocuparte...

—Por el contrario, Khal, eso es precisamente lo que me preocupa —aseguró con rotundidad—. Todavía no la conoces, no de verdad. Puede ser tímida, estar aterrada con todo esto que le ha pasado, pero tiene voz propia y sabe esgrimirla cuando realmente lo necesita.

—Me has enviado a Brenda Rose para que la cuide y la ayude a superar este

escollo —le recordó—. Si acepté acogerla y ayudarla por ti, la amistad y el vínculo que te une a mi familia, ahora también lo haré por ella y por su bienestar.

—Si le haces daño...

Esa era una amenaza en toda regla, una que él mismo había pronunciado años atrás.

—No se le puede hacer daño a la propia alma, hermano mío —aseguró con firmeza—. Solo cuidar de ella como el más preciado de los tesoros.

Lo escuchó resoplar.

—Te va a sacar de quicio, lo sé —rezongó él—. No es una mujer beduina, no es como Zulema...

No pudo evitar enarcar una ceja ante lo irónico de su respuesta.

—¿Me lo dices o me lo cuentas? —se burló con palpable ironía—. Yo soy el hermano aquí... tú el que se resiste a ser compañero.

Y aquel era un secreto a voces, uno que mantenía a las dos personas que más le importaban separadas por decisión propia.

De nuevo hubo un momento de silencio.

—¿Por qué me ha dado a entender que ya os conocíais? —preguntó, no era algo que desease saber, pero la curiosidad podía con su amigo—. ¿Cuándo? ¿Y cómo es que...?

Ahora fue su turno de bufar.

—No voy a darte detalles que ni yo quiero compartir, ni tú quieres escuchar —atajó—. Pero sí te juraré que no sabía que era tu hermana cuando la vi la primera vez, ni ella sabía que yo era tu amigo.

Lo escuchó resoplar, un gesto que decía que no veía motivo para seguir con esa lucha.

—Solo voy a pedirte una cosa, por la amistad que nos une —concluyó Blake con un suspiro—. Sé paciente con Brenda y ten presente siempre que ella no pertenece ni a tu raza ni a tu cultura.

Acogió las palabras con la misma diversión con la que las había pronunciado él una vez, la misma en la que se enteró que su mejor amigo era el compañero de su hermana mayor, el único que se resistía con uñas y dientes a reclamar lo que era suyo por derecho.

—Siempre tendré presente que esa niña es mi compañera y la honraré como tal —le aseguró con total sinceridad—. Ya no tienes que preocuparte por ella, Blake. Brenda Rose es ahora mi preocupación.

Sin deseos de alargar más aquella conversación, se despidió emplazándole a verle tal y como tenían previsto a finales de mes y cortó la llamada.

Era hora de empezar a dar voz a sus deseos y conocer los que ocultaba la mujer que había llegado a su vida para adueñarse de ella.

CAPÍTULO 10

El agobio y el cansancio de las últimas horas le habían afectado de tal manera que hacía que la tranquila cena estuviese resultándole incluso agradable. Tras la locura que se había desatado esa tarde y en la que había sido la protagonista principal, el estar ahora sentada a la mesa con todas esas personas resultaba incluso normal.

Pero no había nada normal en ese lugar, ni en esa gente, ni en el hombre que la miraba desde el otro lado de la mesa. Le costaba reunir todo lo que sabía de él en un solo cuadro. Por un lado, estaban sus recuerdos, la noche de pasión compartida y lo que solo había sido un momento de lujuria y, por otro, el aquí y el ahora, lo que representaba, quién era en realidad y lo que era.

—Brenda...

Parpadeó cuando el nombre penetró en su mente, despertándola de su ensoñación. Esos profundos ojos entre marrón y ámbar estaban clavados en ella, como si esperasen alguna respuesta a una pregunta que ni siquiera había escuchado. Esos eran los mismos ojos que había visto cambiar, las pupilas reducirse y su iris hacerse más intenso dotándole de un aura salvaje y animal.

—Brenda, ¿va todo bien?

Parpadeó para romper ese extraño hechizo y sacudió la cabeza.

—No —aceptó con sinceridad y frunció el ceño—. Nada va bien.

Una cálida y suave mano encontró la suya y la apretó con suavidad. Bajó la mirada sobre ella y luego la subió para ver a Zulema dedicándole un leve asentimiento.

—Y esto es el motivo por el que no va bien.

La sorpresa en los ojos de la mujer fue genuina. Retiró la mano de la de ella y la devolvió a su regazo.

—No debería estar aquí sentada, no debería estar disfrutando de la cena como si fuese algo... normal... —murmuró más para sí que para ellos. Entonces levantó la mirada y se encontró de nuevo con la de él—. ¿Me has drogado?

No se sobresaltó, ni siquiera acució sorpresa alguna, se limitó a mantener la misma expresión.

—¿Qué te hace pensar que podría haberlo hecho?

Miró a su alrededor, Malik y Charisma estaban sentados también a la mesa, sus ojos puestos sobre ella.

—Que sigo aquí sentada y no me he puesto a gritar todavía —contestó volviendo a mirarle a él—. Y debería haberlo hecho, debería haber hecho algo cuando sé... sé lo que eres.

No se inmutó, mantuvo el mismo tono de voz.

—¿Crees que te haría daño?

Esa era una pregunta que ni siquiera se le había pasado por la cabeza.

—¿Me lo harías?

—No —negó con gesto rotundo—. Pero no tienes motivos para creer en mis palabras o en las de cualquiera sentado a esta mesa, ¿no es así?

Buscó su mirada, sus ojos marrones fijos en ella, el pelo negro revuelto y ligeramente rizado. En la intimidad de su hogar no llevaba puesto el pañuelo, como tampoco lo hacían el resto de comensales. Lo cierto es que parecían una familia como otra cualquiera, amable y hospitalaria.

Pero no lo son.

Ninguno de ellos lo eran. Especialmente él. Ese hombre de mirada intensa, ojos marrones, ensortijado pelo negro y recortado bigote y barba, era un lobo en toda la peluda extensión de la palabra. Lo había visto cambiar, había visto cómo todo ese pelaje color arena salpicado de negro desaparecía y en su lugar emergía el hombre.

Se estremeció sin poder evitarlo y él lo notó.

—Dime, ¿qué se te acaba de pasar por la cabeza?

La pregunta invitaba a ser respondida, hacía que desease decir lo que pensaba, sin medir las palabras, solo soltarlo y ya.

—Que no eres humano.

Ladeó la cabeza y entonces negó.

—Te equivocas, Brenda, soy tan humano como tú —declaró y le mostró la muñeca—. Toda la gente que está sentada ahora mismo en esta mesa, son igual que tú.

Negó.

—No es verdad.

Lo vio entrecerrar los ojos y, para su sorpresa y el jadeo de alguno de los comensales, cogió un cuchillo y lo deslizó sobre la muñeca haciéndose un pequeño arañazo.

—¡Khalid!

—Lo tuyo no tiene nombre...

—Sangre, roja —le dijo él ignorando a todos los demás—, exactamente igual que la tuya.

La visión de ese diminuto corte le encogió el estómago, no era más que un rasguño, pero le molestaba lo que acababa de hacer. No por ella, sino por él y el posible dolor que podría estar sintiendo.

No lo pensó, ni siquiera sabía por qué reaccionaba de esa manera. En un momento estaba sentada y al siguiente había rodeado la mesa, se inclinaba sobre él y presionaba una servilleta sobre el corte.

—¿Por qué haces esto?

—Porque necesitas hechos —respondió sin moverse, limitándose a permanecer quieto, respirando a su lado, embriagándola con su aroma—, necesitas ver con tus propios ojos.

Levantó la mirada.

—No necesito que nadie se corte en pedacitos para eso —protestó y se echó hacia atrás, repentinamente consciente de su proximidad y de la conducta irracional que estaba teniendo—. No lo necesito.

—¿Estás segura de eso?

Esa plácida aceptación la ponía de los nervios. ¿Es que no podía enfadarse, indignarse, cualquier cosa que indicase emoción? Sabía que era capaz de ellas, había visto su mirada llena de deseo, había escuchado sus jadeos al oído y...

Y ese no era un buen camino para sus pensamientos.

—Eres un lobo —lo acusó alejándose de él—. Eso es lo único de lo que estoy segura.

Era incapaz de sacarse de la cabeza esa imagen, la de ese enorme y aterrador ejemplar color arena y medianoche cambiando ante sus ojos para adoptar forma humana.

—Lo soy —no lo ocultó, bajó la mirada sobre la muñeca y utilizó la servilleta que ella había presionado para comprobar el corte. La sangre ya había manchado el paño, pero no era grave—. Soy el alfa de mi tribu.

Alfa. El dirigente de la manada. El patriarca. El responsable del clan. Esa era la jerarquía lupina.

—El responsable del bienestar y el sustento de los míos, de la manada que se cobija bajo mi mando y mi nombre en el territorio de Al-Hasa.

—Eres el cabeza de familia —aceptó, comprendiendo lo que quería decir—. El *sheikh* de la región.

Asintió.

—Una palabra que parece provocarte inquietud —comentó con un ligero tono aterciopelado y casi divertido—. No debería. Para ti, solo soy Khalid.

—En realidad, para mí no tendrías que ser otra cosa que un viejo pastor de cabras —le soltó—, pero ni eso ha salido bien.

Su comentario arrancó algunas risas alrededor de la mesa.

—Si tanto interés tienes en ver cabras, no tengo problema en mostrarte la explotación ganadera de la tribu. —Había risa contenida en su voz, así como en sus ojos—. Encontrarás una amplia variedad de ganado bovino.

Parpadeó ante su respuesta.

—¿Te estás burlando de mí?

Negó con la cabeza y señaló a su familia.

—Charisma es nuestra principal y experta criadora —le indicó—. Ella y yo somos ingenieros agrónomos, en mi caso poseo además un Master en Finanzas —señaló entonces a la mujer sentada a su lado—. Y Zulema prefirió dedicarse a la enseñanza, trabaja como maestra en la escuela de Al-Hasa.

Y aquello era lo último que podía esperarse. Su mirada fue de una a otra mujer para luego caer sobre Malik, quien levantó las manos a modo de rendición.

—Yo soy el lobo negro de la familia, las ovejitas y los camellos no son lo mío — declaró con un ligero encogimiento de hombros—. Por otro lado, soy vegetariano, así que...

—¿Un lobo vegetariano?

—No le hagas caso, le gusta un filete más que un risotto de setas —aseguró Charisma poniendo los ojos en blanco.

—La botánica es una de mis pasiones y la homeopatía mi profesión —la sorprendió el chico—. Junta las dos cosas y me tienes a mí, el sanador de la tribu.

Sanador, un término un poco arcaico y que, sin embargo, sí encajaba en aquel lugar.

Sacudió la cabeza, todo aquello era un poco rocambolésco y se alejaba demasiado de la idea que tenía en la cabeza, esa que la llevaba de vuelta a esa horrible tarde.

—Como dije, no somos muy distintos a ti, Brenda Rose —insistió Khalid.

Sus miradas se encontraron de nuevo a través de la mesa. Ni siquiera había vuelto a ocupar su sitio, de hecho, estando de pie mientras los demás permanecían sentados; la hacía sentirse incómoda.

—Debería estar preocupada por todo esto, pero no encuentro las fuerzas para ello —aceptó y mantuvo su mirada sobre él—. Podrías... cualquiera de vosotros podría matarme y no podría hacer nada para evitarlo. Ni siquiera podría defenderme.

Alzó la barbilla, esos ojos marrones fijos en ella, como si la estuviese calibrando. Entonces bajó la mirada a la mesa y recuperó el cuchillo con el que se había arañado la piel, lo cogió por la hoja y se lo ofreció.

—Ten —le tendió el mango.

—Esto se pone cada vez más interesante —canturreó Charisma.

—Khalid, por favor...

—Cógelo, Brenda Rose.

Era una orden, una palabra firme y contundente que la empujaba a hacer exactamente eso.

—No.

Negó con la cabeza.

—Tienes miedo, no confías en mí, lo natural es que te protejas, ¿no es así? — insistió manteniendo la mirada en la suya y el cuchillo hacia ella.

Miró el utensilio y luego a él.

—Dijiste que no me harías daño.

Ladeó la cabeza y dejó de nuevo el objeto sobre la mesa.

—Y no lo haré, pequeña —aceptó con gesto serio—, pero no confías en mí ni crees en mis palabras o te habrías quedado dónde te indiqué.

Sus palabras traían consigo un doble significado, uno que hizo que se le encendieran las mejillas y se le secase la boca. Apartó la mirada, se movió inquieta y dudó entre marcharse o quedarse.

—No debías de ser tú.

Dicho eso, guardó silencio, momento que él aprovechó para intercambiar una mirada con los presentes. Sin más, cada uno de los comensales se levantaron y, para su sorpresa, se despidieron de ella.

—Se ha hecho muy tarde y mi compañero no está en casa con lo que me toca a mí vigilar el fuerte —declaró Charisma dirigiéndose a ella—. Me alegra mucho haberte conocido. Espero que vengas a hacerme una visita en mi hogar, Khalid puede traerte. Disfruta de tu estancia.

No le dio tiempo a más que despedirse rápidamente cuando Malik le dedicó un guiño y salió tras su hermana.

—Te llevo a casa, Char —la acompañó.

—Ahora siento que he dicho algo que no debía —murmuró cuando Zulema se acercó a ella.

—Él y tú necesitáis hablar —le dijo, entonces la besó en la frente y la abrazó—. Te veré por la mañana.

La mujer se despidió del cabeza de familia y se marchó dejándolos solos.

—Cuando Blake me pidió que me hiciese cargo de su hermana, lo último que podía imaginarme es que esa mujer sería la misma con la que pasé una interesante velada.

Se volvió hacia él y tuvo que darle la razón, pues eso era lo mismo que le había pasado a ella. No. La persona a la que tenía que encontrar, el hombre en quién confiaba Blake lo suficiente para enviarla a su hogar, no debía ser él. Su mente había recreado toda una escena, una muy distinta de la que había ocurrido en realidad.

Optó por volver a sentarse. A pesar de haber estado de pie y paseándose de un lado a otro, se había sentido igualmente en inferioridad de condiciones ante ese hombre.

—Cuando Blake me habló de su amigo, pensé... —sacudió la cabeza—. No eres a quién estaba esperando encontrarme... y ahora me doy cuenta de que esto es mucho peor de lo que podría haber sido.

—¿Peor?

—Eres tú —señaló lo obvio, refiriéndose a su noche juntos—. Y al mismo tiempo, también eres... una pesadilla.

—¿Y eso te decepciona?

La pregunta la pilló por sorpresa.

—¿Qué parte de todo ello?

—Dímelo tú.

Abrió la boca y se quedó así, sin saber qué decir o cómo responder a eso.

—La verdad es que no lo sé —aceptó entonces—. No tendría que haber sucedido nada de esto. Para empezar, ni siquiera debería haber viajado hasta aquí.

—El destino es todo un maestro con el azar —comentó con ese ligero acento que le provocaba suaves escalofríos—. Juega con las vidas, tira los dados y lo deja todo a la providencia.

Lo miró, pero él permanecía ahora con la mirada perdida a través de la ventana. Al estar abierta, permitía el paso al aire fresco de la noche, así como a los aromas típicos de la región.

—No sabía que eras amigo de mi hermano.

Volvió a mirarla y asintió.

—Ni yo que tú eras su hermana —aceptó con sencillez—. De hecho, jamás comenté que tuviese una.

Eso era algo que también le había dado a entender Zulema, pero no lograba entender el motivo por el que hubiese mantenido en secreto el hecho de que tuviese familia.

—¿Quieres que crea que Blake jamás te mencionó que tenía más familia?

Su mirada se agudizó y pareció ofendido por sus dudas.

—No gozo de la falsedad que traen consigo las mentiras —declaró con frialdad. Sí, lo había ofendido—. Su olor es acre, desagradable y nunca trae consigo nada bueno. No, Brenda Rose, mi amigo solo comparte aquello que necesita compartir y yo solo pregunto por aquello que creo que merezco saber.

—Él sabe qué eres.

Era casi una acusación, una que no debería esgrimir contra Khalid.

—Sí, lo sabe —aceptó sin más—. Y hubiese preferido que tú lo descubrieses de una manera menos... radical.

El gruñido que emergió de su garganta fue suave pero inequívocamente animal y la hizo saltar. El corazón se le aceleró y el miedo volvió rampante.

—No... no hagas eso... por favor.

Lo escuchó suspirar.

—Siéntate a mi lado.

Negó con la cabeza.

—No.

—Por favor.

La forma en que pronunció esas dos palabras la desarmó. No estaba siendo autoritario, era una sencilla petición.

—No puedo.

Aunque no quería, le tembló la voz.

—¿Me tienes miedo?

—Sí.

La contempló en silencio durante unos momentos entonces asintió y le tendió la mano.

—Más razón entonces para que te sientes a mi lado.

Parpadeó.

—Lo tuyo es la psicología inversa, ¿no?

Sonrió y negó con la cabeza.

—Solo quiero que veas que no tienes motivo alguno para temerme ni a mí ni a mi

lobo —aseguró como si fuese una conversación de lo más normal—. Intentaré no gruñir.

A la luz de las velas, pues a pesar de que había electricidad, habían estado disfrutando de ese ambiente tenue, el aterrador lobo que la había asustado a la luz del día se estaba convirtiendo ante sus ojos en un sexy y peligroso hombre del desierto.

—Siéntate conmigo.

Su insistencia y ese tono de voz hicieron que abandonase su lugar, rodease la mesa y aceptase su mano, para sentarse a su lado.

—Relájate, no muerdo —le aseguró sin soltar su mano.

—Estoy relajada —replicó—. Tan relajada que podría caer en coma de un momento a otro.

Bufó y chasqueó la lengua. Le giró la mano y le rozó la parte interior de la muñeca con el pulgar.

—Puedo notar cómo se te ha acelerado el pulso, escucho el rápido latido de tu corazón, así como de tu respiración —le dijo mirándola a los ojos—. No me mientas. Estás nerviosa y asustada, pero no hay nada malo en ello. Es normal dadas las circunstancias.

Tragó, fue incapaz de hacer otra cosa, la fricción de su pulgar sobre su piel la ponía si cabía más nerviosa.

—Estoy demasiado cansada para discutir...

—Lo estás incluso para lidiar con el deseo que sigo despertando en ti.

Retiró la mano de golpe de la suya.

—Me disculpo si te han ofendido mis palabras —le dijo, pero no parecía en absoluto arrepentido—, es solo que no me gusta que me tengas miedo.

Lo miró de soslayo, consciente de su presencia, de la forma relajada que permanecía sentada a su lado.

—No te tengo miedo —comentó, entonces añadió—, ahora mismo no. Puede que cuando no esté tan cansada y mi cerebro vuelva a funcionar, levante a toda la casa con mis gritos, pero... ahora y en este momento, no te temo.

Inclinó la cabeza hacia ella y no sabía si le estaba dando la razón o se burlaba.

—El miedo que vive aquí —comentó acariciándole la sien—, es fácil de erradicar. Pero cuando se instala aquí —bajó la mano sobre su corazón—, la oscuridad se apodera del alma. No es un buen miedo, así que nunca le permitas entrar.

Tragó saliva, se quedó rígida, mirándole con los ojos abiertos.

—Y ahora noto cómo tu corazón se ha acelerado aún más —murmuró con voz profunda y suave, sus labios curvándose muy ligeramente.

—Si me quitas la mano de la teta, quizá se calme —le soltó sin pensar.

Él no solo no retiró la mano, sino que extendió la palma y la acarició con el pulgar provocándole una inmediata corriente eléctrica que le arrancó un jadeo.

—¿Y si no lo hago?

Sacudió la cabeza despacio.

—No me pidas respuestas coherentes ahora mismo porque no puedo darlas — cogió su mano y se la quedó mirando cómo hipnotizada. Su piel era oscura mientras que la suya era clara, eran las manos de alguien acostumbrado a trabajar y no a estar sentado detrás de un escritorio—. Deberíamos... er... deberíamos poner fin a esta cena... ahora.

Dejó ir su mano solo para verse de nuevo sujeta ahora por él.

—¿Ese es tu deseo?

Parpadeó e intentó retirar la mano, pero no se lo permitió.

—Mis deseos ahora mismo no son razonables.

—¿Por qué?

—Porque lo digo yo —susurró inquieta—. ¿Puedes soltarme, por favor?

No lo hizo, de hecho, hizo todo lo contrario, le giró la mano, le extendió la palma y la lamió en el centro. El gritito que soltó y el salto que pegó a su lado la sonrojaron hasta la médula.

—No... no juegas limpio.

Sus ojos se oscurecieron, esas motitas doradas aparecieron de pronto y su mirada se volvió salvaje e inhumana durante unos segundos.

—Señor... esto es a lo que más temo —musitó sin dejar de mirarle—. Esto es a lo que tengo miedo, ¿por qué no habría de tenerlo? Puedes destrozarme, puedes despedazarme, puedes...

—Hacerte el amor muy lentamente hasta que todo en lo que pienses es en dónde empiezo yo y dónde terminas tú —musitó en voz muy baja, grave y tan sensual que sintió cómo se humedecía al instante—. Pero tienes razón, me tienes miedo, temes a lo desconocido, lo que no puedes controlar...

—Desde luego a ti no podría controlarte, aunque quisiera.

Sonrió de soslayo.

—La pregunta es, ¿quieres deshacerte de ese temor?

—Más que ninguna otra cosa en el mundo —respondió sin pensar. Era la verdad, la única que habitaba en su interior.

Volvió a llevarse su mano a la boca, pero esta vez se limitó a besársela.

—Y ese es un deseo que comparto, Brenda Rose —aseguró pronunciando su nombre con esa cadencia que la mojaba incluso más—, uno al que daremos forma poco a poco.

Dicho eso se levantó con gracilidad y tiró de ella arrastrándola consigo.

—Pero por hoy, dejaré que te retires y descanses —bajó la boca sobre la suave piel de su muñeca y le propinó un pequeño mordisquito—. *Laila Tiaba*^[2], mi dulce huésped. Que duermas bien.

Sin más, se llevó la mano al pecho y se inclinó en un último saludo antes de retirarse en silencio dejándola sola y temblorosa por un hombre que no le convenía en absoluto.

CAPÍTULO 11

La noche había caído ya sobre la región, los sonidos nocturnos se mezclaban con los murmullos de las casas adyacentes y la brisa del aire del desierto. A Khalid le gustaba esa hora de la noche, la tranquilidad que encontraba y la soledad que le permitía sintonizar con su espíritu lupino. Estaba nervioso, excitado, deseaba volver sobre sus pasos, buscar a esa deliciosa criatura y cumplir su promesa. Darle las buenas noches y dejarla sin probarla siquiera lo estaba enloqueciendo. Su aroma, su presencia, todo lo llamaba a ella con una intensidad que lo asustaba.

Él no era así, sus pasiones estaban siempre bajo control, decidía cómo, cuándo, dónde o con quién y su lobo estaba conforme o al menos lo había estado hasta hoy.

Inspiró profundamente empapándose de la brisa nocturna y de la calma que envolvía la pintoresca ciudad. Empezó a barajar la idea de salir a correr, de internarse en el oasis y correr hasta que lo venciese el agotamiento. Su compañera necesitaba ese indulto, necesitaba sentirse a salvo entre esas cuatro paredes y comprender que nadie le haría daño, sobre todo a raíz de su estresante llegada. Sí, sabía que lo deseaba, lo había visto en sus ojos, lo había olido en su cuerpo, pero también existía el recelo y presionarla no era el camino correcto para hacer las cosas.

Inspiró una vez más y le dio la espalda a la ventana de la galería solo para encontrarse con Zulema apoyada en el dintel de la puerta. Tan morena como él, con el pelo ondulado y largo cayéndole sobre el hombro que dejaba al desnudo la blusa, vestía unos cómodos *legins* y zapatos de tacón tan alto que alcanzaba su metro noventa y dos. Su aspecto occidental había sorprendido tanto a Brenda como el oriental de Charisma.

—¿No puedes dormir? —la recibió, volviéndose hacia ella.

Su hermana hizo una mueca y avanzó hacia él.

—Hoy es una de esas noches en las que el sueño decide eludirme —aseguró con un encogimiento de hombros—. ¿Y tu compañera? ¿Todo bien con ella?

La preocupación que no se reflejaba en su voz bailaba en sus ojos. Zulema se sentía doblemente responsable por la mujer que ahora moraba entre esas paredes, no solo era la hermana de su compañero, sino que ahora también era su propia hermana.

—Brenda necesita una buena noche de sueño después de su aventura de hoy —se justificó—. Debo procurársela.

Caminó hacia él y se apoyó en el alfeizar de la ventana dejando que el aire de la noche la refrescase.

—Hay un aire de soledad a su alrededor que me conmueve —comentó entonces —, oculta quién es detrás de la ironía y la desconfianza, pero tiene un alma noble. No entiendo cómo Blake no le dijo la verdad en el momento en que acudió a él. ¿Cómo ha podido quedar impasible? ¿Cómo ha permitido que el miedo y lo sucedido se

adueñasen de su alma de esa manera?

La mujer hablaba desde el desconsuelo, desde el dolor que habitaba en su propia alma y no era justo para ella.

—¿Cómo decirle a alguien a quién quieres, que las pesadillas que padece no son sueños y sí una inquietante realidad? —contestó con su practicidad de siempre—. ¿Cómo hacerlo si esa persona no quiere o no está preparada para escuchar?

Él mismo se había hecho esas preguntas cuando su amigo le contó lo ocurrido. Incluso teniendo toda la información de aquel asalto y el posible motivo que lo había generado, no era sino ahora, al ver a la mujer que había pasado por aquello, que comprendía el modo de actuar de Blake.

—Brenda es una mujer que necesitaba hechos, necesita comprobar las cosas con sus propios ojos para así poder aceptarlas —le dijo—. Tiene que ver por sí misma que los demonios que ha creado en su mente, son solo eso, demonios y que la realidad es otra.

Negó con la cabeza.

—A veces ni siquiera los hechos son suficientes —murmuró más para sí misma que para él.

Suspiró, pero optó por callar. No le correspondía meterse en sus asuntos, mucho menos cuando él mismo acababa de toparse con ese abismo y ni siquiera había empezado a ver el fondo. Pero eso no quitaba que le doliese verla así, que sufriese en silencio ante la infelicidad que padecían dos personas que deberían estar juntas y no separadas. Los compañeros vinculados pasaban por un verdadero infierno al estar separados, solo el profeta podía saber lo que tenían que estar padeciendo esos dos cabezotas.

—¿Has hablado últimamente con él?

Negó con la cabeza y soltó un bufido.

—¿Para qué? ¿Para escuchar las mismas respuestas que no quiero oír? —suspiró—. Este no es su mundo, Khalid, como el suyo tampoco es para mí.

No pudo evitar pensar en sí mismo y en la pequeña hembra que acababa de aterrizar en su vida.

—En ese caso tendrás que crear uno en el que encajéis los dos.

Los ojos de Zulema eran un duplicado de los suyos, la mayor de los cuatro hermanos, era quién los había mantenido juntos tras la muerte de sus padres. En ellos vio ahora la culpabilidad, el desasosiego, pero también esa entereza y fuerza interior de una mujer beduina.

—Lo siento, no debería de hablar así cuando tú acabas de encontrarla.

Negó con la cabeza y la rodeó con el brazo atrayéndola hacia él. El emparejamiento de Zule con Blake le había llenado de dicha, había sido inesperado, sí, pero su hermana era una loba y sabía quién le pertenecía y a quién pertenecía. Además, solo un ciego sería incapaz de ver la química que había habido y que todavía existía entre ambos.

Como todos los comienzos, el suyo no había sido fácil, Blake acababa de recuperarse del atentado que había padecido el convoy humanitario en el que viajaba. Su amigo se había salvado solo porque alguien allí arriba estaba cuidando de él. Había sido trasladado a Al-Hasa más muerto que vivo, sin demasiadas esperanzas de que pudiese volver a ver la luz del día, pero se había obstinado en vivir.

No sabía si había sido la curiosidad o algo que su dios había dispuesto para él, pero empezó a visitarle y con esas visitas llegaron las conversaciones y el florecimiento de una buena amistad. Había sido una de las familias nómadas de su tribu quién lo había encontrado y lo había llevado con ellos hasta el núcleo urbano más cercano.

«Eran lobos, Khalid. Te juro que eran lobos. Y entonces, caminaban sobre dos piernas. No sé si eran ángeles, demonios o producto de mi imaginación, pero estaré eternamente agradecido porque me hubiesen sacado de aquel infierno».

La confesión de un Blake enfermo y agradecido lo había llevado a depositar su confianza en el humano y mostrarle a su propio lobo.

«Bien. Gracias. Ahora ya sé que no tengo un tumor cerebral del qué preocuparme».

Recordaba haberse reído a carcajadas ante el abierto alivio del joven médico y escucharle a continuación hacer un sinfín de preguntas sobre él, su lobo y su propio pueblo.

El hospital dio paso a una breve convalecencia en su propio hogar. Zulema se había hecho cargo de él, de hecho, no recordaba haber escuchado a su hermana maldecir tanto como con ese hombre, pero lo que empezó como una típica pulla entre hombre y mujer, acabó convirtiéndose en la atracción y el desquiciamiento de una pareja a punto de emparejarse.

Se había alegrado por ellos, sabía que se querían, era algo imposible de no ver, pero entonces un día algo cambió y Zulema regresó solo a casa. Se negó a responder a sus preguntas, se negó a hablar de su compañero y le pidió que no interfiriese.

A partir de ese momento la pareja comenzó a hacer su vida por separado.

Blake había sido el primero en dar el paso, se acercó a él y le pidió que cuidase de ella. No quiso dar explicaciones y él no las pidió. A día de hoy, sabía que ambos seguían en contacto, viéndose cuando la separación se hacía demasiado dura para una pareja vinculada, pero estaba claro que lo que quiera que los hubiese llevado a esa situación seguía interponiéndose entre ellos como un cáncer indisoluble.

—Todo camino empieza dando unos pocos pasos —comentó entonces—, supongo que ahora es mi turno.

Ella sonrió y apoyó la cabeza en su hombro.

—Esa criatura es una dulzura, pero tan cabezota como su hermano —le aseguró con cierta diversión—. Va a poner tu paciencia a prueba, lo cual te reportará diversión y frustración a partes iguales.

Ladeó la cabeza y la contempló. Había algo en su voz que no expresaban sus

palabras.

—Tienes que buscarle, le necesitas.

Hizo una mueca.

—¿Cuándo no necesitamos a nuestros compañeros? —le besó la mejilla y se separó—. Cuida de la tuya y ten paciencia, la vas a necesitar.

Algo le decía que su hermana tenía más razón de la que pensaba.

—Iba a salir a correr, ¿quieres unirme a mí?

Le sonrió, dio un paso atrás y asintió.

—Sí —aceptó—. Creo que es una noche perfecta para hacerlo.

Lo era. La luna todavía no estaba llena, pero ya podía sentir los efluvios que su proximidad hacía a su lobo y a él mismo. Necesitaba correr, necesitaba abrazar su naturaleza lupina y salir al desierto que tanto amaba.

CAPÍTULO 12

Dos días después...

El sol se había levantado ya y brillaba con todo su esplendor, Brenda no podía evitar maravillarse con los aromas que llegaban a través de la ventana, la manta de edificios blancos de varios tamaños que se recortaba contra el verde de las palmeras en el horizonte. Había visto la peculiar urbe en fotos, pero ninguna hacía justicia con lo que veía por sí misma y tampoco la prepararon para el obvio calor que entraba por la ventana. El aire acondicionado dentro de la casa hacía que su estancia fuese más llevadera, pero no pudo mantener a raya las pesadillas.

Se pasó la mano por el pelo y suspiró, se había despertado en medio de la noche llorando, lo sabía como también sabía que había gritado al notar la garganta seca y rasposa.

Sacudió la cabeza y le dio la espalda a la ciudad, llevaba horas despierta, se había vestido y remoloneaba dando vueltas y más vueltas. Se le había pasado por la cabeza marcharse, pero entonces, Zulema estaba allí, tan amable y cálida como también convincente y no podía decidirse.

Los últimos dos días se había negado a ir a ningún sitio, se limitaba a permanecer en esa habitación o recorrer la casa. Había admirado el jardín con sus solitarios bancos y los altos árboles que le permitían escapar del sol de la calurosa región. Había respirado aromas que no conocía, que evocaban lugares que solo pensabas que existían en los sueños, pero había sido incapaz de enfrentarse de nuevo a él y a las pesadillas que la asolaban cada vez que cerraba los ojos.

Le había evitado. Se había negado a abandonar su habitación mientras estaba en la casa, le había esquivado tanto como había podido y, cuando le era imposible, se limitaba a saludarle con un seco gesto y dar media vuelta.

—Espero que se haya ido a vivir con las malditas cabras.

Dejó escapar el aire y miró de nuevo hacia la habitación y a la maleta que tan solo se había limitado a abrir y sacar de ella lo que había necesitado. No quería deshacerla, no quería guardar las cosas en el mucho espacio que tenía disponible para ello, pero esa necesidad acuciante de recoger todo y marcharse, se había diluido un poco.

No podía negar que él tenía la culpa, sus palabras habían arañado esa primera noche la superficie lo suficiente como para afectarla.

Sacudió la cabeza y caminó hacia la mesilla, dispuesta a coger el teléfono y salir por la puerta a estirar las piernas, pero una suave, casi perezosa llamada la interrumpió.

Frunció el ceño y se giró en dirección al sonido, procedía desde la puerta

principal y parecía como si estuviesen arañando la madera.

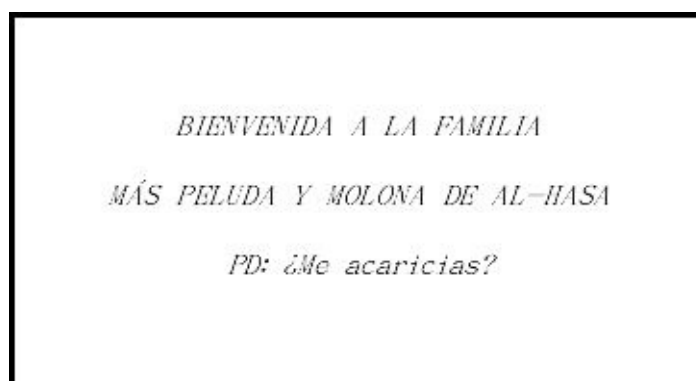
—Pero qué... —murmuró con cierto recelo—. Está abierto.

Esperó, pero el pomo no giró, la puerta siguió sin abrirse, sin embargo, el sonido volvió a escucharse.

Frunció el ceño, el sonido la ponía nerviosa pero la curiosidad era un mal extendido al que no era inmune. El ruido se hacía más intenso a medida que avanzaba, deteniéndose solo cuando abrió la puerta y miró hacia fuera sin ver a nadie.

—Pero...

No llegó a terminar la frase pues algo caliente y peludo la rozó al pasar por su lado. Se quedó sin respiración, su cerebro dejó de funcionar con coherencia cuando bajó la mirada y se encontró con un enorme can de pelo largo y gris claro, uno que llevaba al cuello una tablilla en la cual podía leerse:



El animal se sentó sobre los cuartos traseros, se lamió el hocico varias veces y empezó a mover la cola.

No podía dejar de mirarlo, ni a él ni ese absurdo cartel que llevaba colgado al cuello. Un sudor frío empezó a deslizarse por su espalda y perlarle la frente, no podía dejar de mirar esa enorme lengua colgando de unas fauces cuyos dientes podían cortar la carne como mantequilla. El corazón empezó a latirle en los oídos, no podía ni moverse, estaba petrificada y el miedo volvió a elevarse una vez más en su interior.

Intentó dominarse, se obligó a mirar a su alrededor, a comprender que no estaba en la clínica, que ese lobo no iba a matarla, que fuese quién fuese no era...

—Oh mierda...

No funcionaba, ese chucho la estaba mirando, se relamía y empezó a temblar.

—Oh joder, joder, joder... —gimoteó—. Otra vez no... tú no...

El animal ladeó la cabeza, echó las orejas hacia atrás y lloriqueó compungido por su reacción.

—¡No te muevas! —gritó. Sabía que su voz había salido como un agudo grito aterrado y, a juzgar por la forma en que ladeó las orejas, le molestó el sonido.

No la obedeció, de hecho, no le hizo el menor caso. Se levantó y no pudo evitar sentir que se quedaba sin aliento. El animal no era tan grande como el que le había lavado la cara dos días atrás, ni siquiera tenía el mismo color, así que sabía que no se

trataba de Khalid. Lo vio echar las orejas hacia atrás, agachar la cabeza y mover la cola en una manera perruna de decir: *Hola, soy un buen perro, acaríciame.*

—No... no te acerques... no te atrevas... —lo amenazó con la mano al tiempo que retrocedía un paso, otro hasta terminar por subirse a la cama—. No... no lo hagas... ¡siéntate! Oh, ¡puñetas!

El agudo y desesperado grito femenino le atravesó los tímpanos, reverberó en toda la casa rompiendo la paz matutina e hizo que le diese un vuelco al corazón.

«¿Brenda? ¿Qué ocurre?».

Todo lo que sintió en respuesta a su pregunta fue miedo y adrenalina seguido de un nuevo grito físico.

Saltó del asiento que había ocupado tras su escritorio mientras leía el periódico y se precipitó hacia el pasillo para ver a su Zulema saliendo de otra habitación con la misma cara de sorpresa y preocupación.

—¿Qué diablos ha sido eso?

—Creo que mi compañera...

Como si necesitase una confirmación a sus palabras, dicha mujer volvió a gritar, soltó algo parecido a un juramento, se oyó el sonido de algo al romperse y un gemido lobuno.

—Pero qué...

No tuvieron que dar más de dos pasos antes de ver a una desesperada muchacha corriendo descalza a través del pasillo y derrapando al girar la esquina. Estaba aterrada, tenía la cara roja por el esfuerzo de gritar y posiblemente por la inesperada carrera.

—Ay dios, ¡quiere comerme!

Detrás de ella venía trotando un peludo Malik, el cual no dejaba de rezongar y refunfuñar sin darse cuenta de que no podía escucharle.

«*Que conste que lo he intentado. Hasta me he colgado una estúpida pizarra dándole la bienvenida y he hecho lo más denigrante que puede hacer un lobo, ponerse patas arriba para que le froten la barriga. Desisto. Tu compañera es caso perdido. No puedo con ella. Transfórmate tú y siéntatele encima hasta que deje de gritar, eso si no te perfora los tímpanos. Dios, qué pulmones*».

Su hermano apenas acababa de decir las últimas palabras cuando esa pequeña y voluptuosa criatura impactó de golpe contra él, se aferró a su cintura y lo rodeó para ocultarse detrás.

—Él... él... ¡entró en mi habitación! —lo apuntó con el dedo desde la supuesta seguridad que le daba su espalda—. ¡Iba a atacarme!

«*No atacaría ni esa horrible chaqueta de colorines que tiene encima de la cama. Puaj. Tendrás que comprarle ropa nueva, ¿has visto cómo viste?*».

—Mi hermano tiene un extraño sentido del humor.

—¿Tú hermano?

Suspiró y lo señaló.

—Malik pensó que sería una buena forma de hacerte salir de ese estúpido encierro —declaró y tuvo que morderse la lengua para no decir nada más.

—No me jodas.

«No sé si darte las gracias o hacerte pedazos. Si no fuese porque estás ridículo con eso colgado al cuello, me inclinaría por la segunda opción».

Él respondió bufando y alzando el hocico.

«De nada, hermanito. De nada».

Dicho aquello se transformó allí mismo, delante de ellos, haciendo que la chica le diese un nuevo ataque.

—Brenda Rose, respira, por favor —no se molestó en mirarla—. Y tú, deja de jugar como si fueses un crío.

El aludido señaló lo obvio.

—Tengo su misma edad, ¿qué esperas?

Enarcó una ceja ante su respuesta.

—¿Un poco más de sentido común de tu parte?

—Vale, tiempo muerto, lobos —se interpuso Zulema entre los dos. Llegó a ponerse delante de su hermano pequeño, quién, había mantenido al menos los pantalones en el cambio—. Cada uno de vuelta a su esquina.

—Solo intenté hacerle ver que no somos peligrosos, que no somos animales salvajes, pero está claro que ella no ha apreciado el hecho —acusó sin más.

La acusación pareció hacerla reaccionar.

—¡Casi me matas del susto! —exclamó dando un paso adelante y enfrentándose a su hermano ahora que estaba en forma humana—. ¿No lo entiendes? No soporto a los lobos... ¡uno intentó matarme!

Él chasqueó la lengua y arrugó la nariz, entonces le señaló con un gesto.

—Pues, chica, tienes un problema así de gordo y peludo, porque eres la pareja de uno —le soltó sin más—. Y no todos somos los monstruos rabiosos con los que quiera que te hayas enfrentado.

La forma en que se tensó, en la que avanzó hacia su oponente no presagiaba nada bueno.

—¿Y qué esperas que piense cuando alguien rasca tu puerta, abres y te encuentras a un jodido chucho con una pizarra colgando al cuello?

—Pues lo normal sería que te pareciese mono o incluso que te echases a reír, niñaata, no que gritases como una *banshie*.

—¿Acabas de llamarme niñaata?

Y Malik acababa de cavarse su propia tumba, pudo verlo tan pronto ella hizo ademán de lanzarse sobre él. En otras circunstancias dejaría que se desquitase, pero a su lobo no le gustaba ni un pelo que otro hombre, aunque fuese un estúpido cachorro, estuviese cerca de su hembra y mucho menos la tocase.

Gruñó, un sonido que reverberó en el pasillo sofocando los ánimos y atrayendo la atención en su dirección.

—Ya basta —pronunció con voz lupina, profunda, su lobo al mando—. Los dos. Su hermano hizo una mueca, pero levantó las manos y dio un paso atrás.

—No volveré a acercarme a ella, no te preocupes —le dijo harto—. Quiero demasiado mis tímpanos.

Se giró entonces hacia la muchacha, quién lo miraba con ojos entrecerrados, si bien no mostraba su miedo, estaba claro que estaba asustada. La forma en la que temblaba, la ansiedad en sus ojos y la manera en que parecía buscar ya una salida, lo puso incluso de mal humor.

Estaba harto de su encierro, de que lo rehuyese, de que todo el mundo anduviese de puntillas por culpa de ella y su actitud. La paz que solía haber en su casa se había trastocado por causa de esa pequeña mujer y ya era hora de que le pusiese remedio.

—Te lo dije el mismo día en que llegaste —le recordó y no se midió a la hora de matizar su tono—. Nadie te hará daño bajo mi techo.

—Khalid... —lo llamó Zulema, pero él la ignoró.

—¿Que nadie me hará daño? ¡Un perro salvaje ha entrado en mi dormitorio! —jadeó señalando lo obvio—. ¿Qué clase de protección es esa?

—No es un perro salvaje, es un lobo —le sostuvo la mirada, afrontando su cercanía sin ceder ni intimidarla—. Igual que lo soy yo.

No vaciló, podía notar su nerviosismo, oler su miedo, pero también estaba enfadada y eso, parecía ser la llave para diluir su temor y sacarla de esa estúpida actitud que hacía que los rehuyese a todos.

—Motivo más que suficiente para que quiera largarme de aquí —replicó desesperada—. ¡Y hacerlo ahora mismo!

No se lo permitiría. No cuando acababa de encontrarla. Era su compañera. Su lugar estaba junto a él.

—No.

Su rotunda respuesta la sorprendió.

—¿No? —jadeó parpadeando como un búho—. ¿Cómo qué no? ¿Quién te crees que eres para decirme si puedo o no hacer algo? Si quiero irme, ni tú ni nadie podrá impedírmelo.

Se obligó a mantener el mismo tono.

—No te irás a ningún lado sin mi permiso.

Se rio, la muchachita había dejado el miedo a un lado y se había subido al carro de la irritabilidad.

—Intenta impedírmelo, capullo.

Gruñó al ver cómo retrocedía y su advertencia hizo que se detuviese en seco, sus ojos se abrieron y el miedo volvió a acariciar sus pupilas.

—No es una buena idea que pongas a prueba mi paciencia en estos momentos, Brenda Rose —declaró intentando mantener a su lobo con la correa.

La vio tragar, estaba asustada, pero seguía lo suficiente irritada como para no dejar que el miedo pudiese con ella.

—Eres un...

—Khalid, por favor —se interpuso Zulema ahora entre ellos, un movimiento poco inteligente, pero siendo mujer, estaba más a salvo de su lobo que su hermano pequeño—. Esta no es la forma adecuada...

La miró a los ojos.

—Está desafiando mi autoridad... —le respondió en su idioma natal.

—Es humana Khalid y ha pasado por algo que ningún ser vivo debería pasar. La han dejado caer en el seno de una manada de lobos, no entiende nuestra jerarquía, no conoce nuestro mundo —le habló con suavidad y coherencia, apelando a su raciocinio—. Necesita que seas paciente, comprensivo... no un alfa mandón.

Se obligó a respirar profundamente y dejar escapar el aire con lentitud.

—No puedes pasarte toda la vida huyendo de tus pesadillas —se pasó de nuevo al inglés y fijó su mirada en ella—. ¿Es que no lo entiendes? Ante ti está el resultado. ¿Eso es lo que deseas?

Sus ojos se empañaron, pero no lloró. Se limitó a sacudir la cabeza.

—Lo que deseo es ir al aeropuerto de modo que pueda coger el primer vuelo y largarme de aquí.

Aquella muchachita iba a sacarle canas.

—Respuesta incorrecta, compañera —gruñó. La cogió por la muñeca y la arrastró consigo por el pasillo.

No podía con los celos, no quería que ningún hombre, mujer o lobo estuviese cerca de ella, la quería para él y solo para él. Y esa misma necesidad lo cabreaba a un nivel que no reconocía.

Tiró de Brenda a pesar de sus protestas, la arrastró cuando intentó clavar los pies en el suelo para detenerse y terminó introduciéndola en la primera habitación abierta que encontró.

—No vas a irte a ningún lado —le informó al tiempo que la empujaba contra la pared, aprisionándola con su cuerpo, envolviendo la mano en su pelo para que no pudiese huir—. Hice una promesa y por todos los dioses de la antigüedad que la cumpliré, así tenga que atarte para mantenerte aquí.

La besó, poseyó su boca con dureza, como un castigo, pero su ira no fue demasiado lejos. El dulzor de sus labios, la calidez de su cuerpo, todo encajaba a la perfección y le recordaba sin necesidad de palabras que estaban hechos el uno para el otro. La quisiese o no, era su compañera, la mujer destinada a formar parte de su vida, convertirse en madre de sus hijos y pasar la eternidad a su lado.

Necesitaba quitarse de encima todo ese nerviosismo, el deseo y la irritabilidad que le provocaba esta nueva experiencia. Jamás se había sentido tan desesperado por una mujer, tan enfadado con el mundo y con él mismo, su aroma lo atraía como un imán, le aguaba la boca y lo ponía en jodida evidencia.

—¿Esta es la manera en que siempre arreglas las cosas?

Su pregunta lo sorprendió al punto de apartarse de ella, pero solo lo suficiente para mirarla a los ojos.

—No —negó con medida sinceridad—, pero evita que haga algo mucho peor, como arrancarte la ropa, separarte las piernas y follarte hasta que no puedas ni caminar.

Dicho eso dio un paso atrás, se recompuso y la miró de arriba abajo.

—Tienes veinte minutos para ponerte algo más cómodo y calzarte —le informó y no pudo evitar la tentación de acariciarle el pelo—. Cúbrete la cabeza con un pañuelo o...

Arrugó la nariz desafiante.

—No soy musulmana...

Enarcó una ceja ante su rápida réplica.

—No, pero puedes coger igualmente una insolación, por lo que busca un pañuelo o una gorra —le soltó, entonces dio media vuelta y empezó a alejarse—. Vamos a pasar el día fuera.

Aquello la sorprendió.

—¿Fuera? ¿Por qué?

—Porque ya es hora de que dejes este absurdo encierro y salgas a la vida que parece haber dejado atrás en algún momento —aseguró mirándola de soslayo—. Se acabó el indulto, Brenda.

Entrecerró esos bonitos ojos con un gesto desafiante que le ponía.

—Si piensas que voy a...

Se giró una última vez y se llevó la mano a la muñeca señalando el reloj.

—Diecinueve minutos, Brenda —pronunció su nombre con intención—, no hagas que tenga que entrar a buscarte.

CAPÍTULO 13

Khalid no se detuvo hasta llegar a la biblioteca, estaba temblando, le dolían los dientes de tanto apretarlos y era incapaz de dejar de echar furtivas miradas hacia atrás. Su lobo no estaba de mucho mejor humor, quería volver a ver a esa hembra, devorarla lentamente hasta saciar su hambre y después, volver a hacerlo otra vez.

Se dirigió al mini bar y cogió lo primero que tenía a mano, se sirvió medio vaso y lo bebió sin más reservas.

—Wow, ¿vas a empezar a beber tan temprano?

Levantó la mirada para ver entrar a Hakim solo para quedarse con el vaso a medio camino.

—¿Qué demonios has hecho?

El aludido se pasó la mano por el pelo con gesto desenfadado. El profundo color azul brillaba con fuerza bajo la luz de las lámparas.

—Me he teñido de azul —señaló lo obvio—. Una apuesta es una apuesta y yo siempre cumplo la palabra dada.

Alzó la mirada al techo y se tomó el resto de su bebida de golpe.

—Tienes un serio problema, amigo mío.

—Y no soy el único por lo que pudieron escuchar mis oídos antes de estallar —aseguró sacudiéndose uno con el dedo—. ¿Tan poca paciencia te inspira tu nueva compañera que has tenido que matarla?

—No fui yo el responsable de sus gritos.

—Déjame adivinar, es la típica chica que grita al ver una araña.

—Me temo que la araña en cuestión era un poco más grande, con orejas y cuatro patas; Malik.

Hizo una mueca.

—Bueno, sí, yo también gritaría la mayoría de las veces al ver a ese cachorro —aceptó sacudiendo la cabeza—. Aunque nunca con semejantes pulmones. ¡Qué tía!

Puso los ojos en blanco.

—¿Y bien? ¿Se va adaptando? ¿Ha dejado ya su estúpido encierro? Espero que no tenga más episodios de «rompámosles los tímpanos a los lobos».

—Es pronto para saberlo.

—¿Pronto? —se echó a reír—. No tanto como para que te pongas en modo «humor de perros» o tendría que decir, ¿humor de lobos? —sacudió la cabeza—. ¿Te has dado cuenta de que, desde que la viste y oliste en el aeropuerto, estás un poquito más irascible de lo normal?

—No más de lo que lo estoy cuando la gente tiende a joderme una y otra vez.

Resopló.

—Eso no te lo crees ni tú.

Optó por ignorarlo y señalar algo que era imposible no tener en cuenta.

—¿Has venido solo a enseñarme el desastre que te hizo el peluquero o tienes algo que decirme?

—Esta obra de arte es cosa de mi loba, *sheikh* —le informó pasándose de nuevo la mano por el pelo—. Podría haber salido mucho peor. Amina quería raparme la cabeza.

Hakim llevaba dos años emparejado, su loba era una bonita chica que trabajaba como asistente social en el vecino núcleo comercial de Al-Hofuf. Si había alguien que era capaz de hacer que un hombre bajase las orejas sin siquiera levantar la voz, era ella.

—No diré una palabra más.

—Chachi —replicó dedicándole un gesto con la mano—. Entonces, ¿qué vas a hacer con tu pequeña humana? ¿Vas a sacarla a paseo? Un poco de turismo quizá aplaque su garganta... más que nada por el bien de los oídos de esta familia y agregados.

Enarcó una ceja ante la abierta falta de respeto que contenían sus palabras.

—¿Y bien? —ignoró su mal humor—. ¿Necesitas alguna sugerencia? ¿Una ruta turística, quizá? Te sugeriría que la llevases al desierto, lo cual sin duda está bastante lejos, pero con la psicosis que tiene encima es capaz de pensar que quieres liquidarla o algo parecido.

—Y ese es el motivo principal de que mi interés por sacarla de estas cuatro paredes se centre en lugares más comunes y accesibles —resopló—. Necesita familiarizarse con su nuevo mundo...

—Por favor, grábame en vídeo, no quiero perderme ni un solo segundo —aleteó las pestañas, un gesto que se hacía más raro que de costumbre con ese vibrante pelo azul.

—No vuelvas a hacer eso. Jamás.

Sonrió de soslayo.

—Sabes, lo vas a tener muy difícil con esa muchachita —dejó el tono jocosos a un lado para hablarle con total sinceridad—, y, si bien no sé en qué punto estás —y tampoco me importa, todo hay que decirlo— en este emparejamiento, quizás fuese bueno para todos, y ten en cuenta que hago mucho énfasis en la palabra todos, que te la llevases un tiempo en plan...

Levantó la mano para detener su perorata, no quería escuchar nada en absoluto.

—Nos quedaremos dentro del territorio virgen del oasis, cerca del manantial —le informó. Cualquier cosa antes que escuchar sus rocambolescas ideas sobre cómo conquistar a una compañera o hacerle la cama.

—Tu coto de caza privado —canturreó—. Mola. Creo que pondré un enorme cartel al principio del territorio que diga: PROHIBIDO EL PASO. SHEIKH FOLLANDO.

Si tan solo pudiese matarlo... esconder su cadáver... decirle al pueblo que no

tenía la menor idea de qué había pasado con el chalado de su beta... Pero era mucho trabajo, especialmente porque tendría que buscar a alguien que lo sustituyese.

—Hoy no es un buen día para que pongas a prueba mi paciencia, Hakim.

Chasqueó.

—¿Y cuándo lo es? —se burló—. De hecho, eso es por lo que necesitas unas vacaciones. Y las necesitas ya. Unas que incluyan a esa churri debajo de ti.

—Habla con respecto de mi compañera.

Chasqueó la lengua una vez más.

—Necesitas un buen polvo, Khalid, así que échatelo y vuelve a ponerte el turbante —lo aleccionó—. Tienes una tribu de la que encargarte, lo cual, no estás en condiciones de hacer ahora mismo. Tú lo sabes, yo lo sé... Suma dos y dos, lobito bonito.

Resopló. Las cosas no eran tan sencillas, había podido comprobarlo hacía pocos minutos en el miedo que había bailado en sus ojos.

—No has visto el miedo en sus ojos... —puso en voz alta sus pensamientos—. No es... Ella no es lo que me esperaba.

—Por supuesto que no, nunca lo son —le aseguró su beta—, y en tu caso es incluso peor. Pero si hay alguien que puede guiar a esa muchacha y derribar esas barreras que ha levantado a su alrededor para protegerse, eres tú. Así que hazlo.

Resopló.

—Una compañera como ella no era algo que entrase en mis planes.

—Por experiencia puedo decirte que nunca son lo que esperamos, pero sí lo que necesitamos.

Se giró hacia él, encontrándose con su mirada.

—No quiero terminar como él.

No había necesidad de explicaciones, ambos sabían a qué se refería. De toda su familia, si había alguien que comprendía su forma de actuar, sus prioridades y normas era Hakim. Más que un primo lejano, era como alguien de la familia, tan cercano como Zulema o incluso Blake.

—Pues no te enamores de ella —comentó en voz baja, dando respuesta al pensamiento que no se había ni atrevido a formular—. No serías el primer lobo que se empareja y no ama a su mujer. Todo lo que necesitas es que ella sí lo haga, de ese modo tendrás también su lealtad y una cama calentita en la que pasarlo bien.

No podía darse el lujo de enamorarse, no quería terminar como su padre, obnubilado por la voluntad de una mujer.

«Es el mayor de mis deseos, Khalid. Ni toda la arena del desierto podría secar mi amor por ella. Decidí entregarle mi corazón y será suyo para cuidarlo o destruirlo».

Eso lo había hecho débil, lo había dejado a merced del corazón de una mujer y cuando la perdió, su corazón murió con ella.

Su madre había sido una compañera leal, una amorosa madre para sus vástagos, pero desde su punto de vista, había ejercido una influencia en su padre que lo llevó a

parecer débil ante sus ojos y los de su gente.

—Brenda está obligada a serme leal, es mi compañera —repuso, poniendo en voz alta lo que sabía, lo que siempre le habían inculcado, el corazón de sus raíces—, pero no necesito su amor. Ni tampoco lo quiero.

E incluso mientras pronunciaba esas palabras, la carita de esa niña aparecía en su mente y su cuerpo y su alma despertaba al deseo y una calidez y sentimiento de protección que se decía solo podía ser parte de ese extraño vínculo que envolvía a una pareja.

No se rendiría ante esa mujer. La conquistaría, derribaría sus defensas y la haría suya, le sería fiel y leal, pero no se enamoraría de ella.

Su amigo chasqueó en voz alta y le palmeó el hombro.

—Nunca digas de esta agua no beberé.

Lo miró de soslayo.

—¿Te das cuenta que te estás contradiciendo?

—No soy yo el que está de agua hasta el cuello —se encogió de hombros—, y solo para que lo tengas presente, la opción de tu hermana tampoco es la adecuada.

No, si tomaba a su compañera se quedaría con ella, la mantendría a distancia, pero bajo su mismo techo. No estaba dispuesto a pasar por lo mismo que estaban pasando esos dos cabezotas.

—Y, ya que estás pensando en seducirla...

—No estoy...

Lo apuntó con el dedo.

—Solo te falta dejar la lengua colgando ...

Gruñó.

—Hakim, estás cruzando la línea de lo tolerable.

—Claro, como tienes tanta tolerancia...

Se obligó a respirar y recordarse, por enésima vez, que no podía matarle.

—¿Has venido a tocarme las narices, dejarme ciego con ese absurdo color de pelo o ardías en deseos de que te muerda?

—Te gusta mi nuevo pelo, aunque te niegues a aceptarlo —aseguró complacido—. Y, ni lo uno ni lo otro. Venía a pasarte el parte. Tenemos problemas en la explotación ganadera del sur.

Frunció el ceño.

—¿Qué problema hay?

—Jusuf no está muy seguro, pero algunos animales han empezado a perder peso, han dejado de comer y tienen síntomas de enfermedad.

Suspiró. Tendría que encargarse de ello personalmente. La explotación ganadera del sur era una de las principales fuentes de ingreso de la tribu, junto con el cultivo de la palma y la plantación de dátiles que tenían en Al-Hofuf.

—Teme que pueda tratarse de algo contagioso.

Si su veterinario de confianza estaba preocupado, la cosa tenía que ser grave.

—Me pasaré por allí esta tarde —aceptó montando la visita en su mente—, creo que alguien disfrutará viendo las cabras.

Hakim se echó a reír. La broma que había surgido a raíz de la errónea suposición de Brenda, se había convertido en un secreto a voces.

CAPÍTULO 14

—¿Dónde estamos?

—En Gabal Al Gara.

—¿Perdona?

—Las cuevas de la montaña Al Gara —explicó deteniendo el *jeep* junto a un montículo de piedra caliza que se alzaba ante ellos. El sol se reflejaba creando sombras en las altísimas rocas que invitaban a escapar de ese asfixiante calor—. Más conocida por creer que podría haber sido el lugar que inspiraría el cuento de *Ali Babá y los Cuarenta Ladrones*.

Apagó el motor, quitó las llaves y bajó, invitándola a hacer lo mismo.

—Y también son famosas por ofrecer un lugar fresco en el que poder huir del asfixiante calor del verano saudí —las señaló con un gesto de la barbilla—. Frescas en verano y cálidas en invierno.

Bajó del coche e hizo una mueca al sentir la elevada temperatura, rodeó el vehículo y buscó la sombra bajo su divertida atención.

—¿Qué? —lo fulminó con la mirada—. Hace demasiado calor.

—Ni siquiera ha comenzado a calentar, Brenda Rose.

—Diablos, vives en el mismísimo infierno.

—En realidad, el infierno está un poquito más al sur —replicó irónico y comenzó a andar hacia la separación de las enormes piedras dónde había una cutre puerta de latón que invitaba a entrar a los turistas—. No te quedes atrás, el sol pronto se pondrá a calentar en todo su esplendor.

Echó un vistazo a su alrededor, la aridez de la zona contrastaba con el verde de las palmeras que cercaban Al-Hasa.

—Es un lugar extraño, bello, pero extraño —murmuró yendo tras él—. Toda esa zona de palmeras que hemos rodeado, la que bordea la ciudad...

—Forma parte del mayor oasis del mundo —le dijo, esperándola en la entrada—. Al-Hasa es la única ciudad que encontrarás en un emplazamiento similar, es única.

Sí, sin duda lo era. Se había asombrado al ver las apiñadas casas de arenisca que formaban una especie de laberinto, los aromas de las tiendas, el atuendo de las personas, todo era nuevo y mágico, como emerger en un mundo muy distinto, el mundo de ese maldito hombre.

—Sin duda, todo aquí es distinto —aceptó—, de un modo extraño y exótico... ¿podríamos incluir en este *tour* una parada en algún bazar?

La miró con esos intensos ojos marrones.

—Suenas como la típica turista.

Se encogió de hombros.

—Soy una turista, pero de típica no tengo nada —rumió—. Una no viene a hacer

turismo a un país para que se la coman.

Puso los ojos en blanco.

—Empiezo a desear morderte solo para que tengas la razón, aunque sea por una vez.

—¡Ja! —se llevó las manos a las caderas—. Hazlo y te pongo la vacuna de la rabia.

—Podrás visitar algunos puestos de orfebrería durante nuestro viaje de regreso —concedió—. Ahora, ¿por favor?

Hizo una mueca, pero aceptó entrar, el calor fuera era sofocante y allí dentro se estaba tan bien.

—¿No tienes trabajo o algo que hacer? —comentó deshaciéndose del pañuelo, le molestaba todo—. No quisiera interrumpir tu horario laboral.

—Eres mi invitada, es mi obligación atenderte, así que todo lo demás puede esperar.

—Eres tu propio jefe, ¿no?

Asintió.

—Y no trabajas en un despacho.

—Suelo llevar mis negocios desde casa, viajo cuando es necesario o tengo que hacerme cargo de algún asunto, pero hoy por hoy, con una buena conexión a internet o un teléfono vía satélite, se soluciona todo.

—Tienes todas las vías cubiertas.

—Es mi trabajo —se encogió de hombros y la instó a continuar—. Bienvenida a la cueva de Ali Babá.

Se quedó sin palabras, no solo había un cambio considerable de temperatura, sino que la estancia era como un gran salón, con columnas naturales.

Una estancia tras otra formaba un pequeño laberinto, había entradas imposibles de penetrar a menos que fueses delgadísimo o un ratón. Y su altura era imponente. Pequeños recovecos en las paredes o en el techo, grietas naturales, dejaban pasar la luz recordándoles el calor que los esperaba fuera.

Paseando de una estancia a otra se encontraron con otros turistas e incluso una familia que intercambió un efusivo saludo con su acompañante. Khalid le explicó que los habían invitado a compartir su mesa, pero rechazó agradecido la invitación.

—Es increíble —admitió—, ¿y suelen utilizarlo los lugareños?

—Sí, ya has visto a una familia disponiendo la comida, muchos vienen huyendo del calor.

—Eso puedo entenderlo —aceptó mirando hacia el techo—. Ahora mismo, ahí fuera, debe poder freírse hasta el beicon sobre una piedra.

—En realidad, solo si existiese de oveja, cabra o ternera —la corrigió—. Los musulmanes no comen carne de cerdo.

Lo miró curiosa.

—¿Tú tampoco?

—Yo soy un lobo —comentó en voz baja—. Me gusta demasiado la carne como para negarme a comer una buena chuleta de cerdo o un jamón.

Se estremeció, la naturalidad con la que aceptaba su naturaleza era inquietante.

—¿Naciste así?

Su pregunta lo sorprendió.

—¿Así como?

Se lamió los labios.

—Siendo... un lobo.

Le sostuvo la mirada.

—Sí, Brenda —aceptó y casi diría que parecía divertido—, nací siendo lobo. No es algo que se pueda contagiar. O lo eres o no lo eres.

Arrugó la nariz.

—Tienes suerte de que me haga dado incluso por preguntar —suspiró—, no es algo que me...

—Eres auxiliar de veterinaria —la interrumpió—. Cabría suponer que eres amante de los animales.

—Y lo soy —le soltó—. Amo los gatos.

Bufó.

—De entre todas las mujeres disponibles del mundo, tenía que tocarme una amante de los gatos —farfulló—. Tengo mucho trabajo contigo, ¿no?

Enarcó una ceja.

—Puedo liberarte de él ahora mismo, solo tienes que llevarme al aeropuerto.

—Ni lo sueñes.

Resopló.

—Eres muy terco.

—Eso me han dicho.

—Y te importa un comino.

—Tú lo has dicho, no yo.

Estaba más que dispuesta a decirle un par de cosas, pero una dulce y clásica melodía los interrumpió. Lo vio sacar el teléfono y fruncir el ceño al ver el nombre en la pantalla.

—Discúlpame un segundo —le pidió girándose hacia él—. Me han informado esta mañana sobre un problema y quiero asegurarme de que no se ha acuciado.

—Por favor —le concedió—, es tu trabajo, no quiero interrumpirte.

La miró a los ojos.

—No me interrumpes —le aseguró—. He sido yo el que te ha traído y el que ha dispuesto esta salida...

Levantó las manos.

—No he dicho nada.

Sacudió la cabeza.

—Me vas a dar guerra.

—¿Quién? ¿Yo?

—No te muevas de aquí.

—Como si pudiese ir a algún sitio —puso los ojos en blanco y suspiró—. Creo que investigaré por si Alí Babá se dejó algo detrás.

—Si lo encuentras, tienes mi permiso para quedártelo.

¿Se estaba riendo? No pudo ni comprobarlo, pues se había llevado el teléfono al oído y hablaba ya en árabe con su interlocutor.

—Hombres y sus juguetitos —puso los ojos en blanco y disfrutó de la fresca cueva natural, tratando de imaginarse hombres fornidos estudiándola, dividiéndose el botín y brindando por sus golpes de suerte.

Su mente activa compuso una imagen de Khalid en aquellas lides, esos enigmáticos ojos, la tez oscura, la ropa adecuada... no podía evitar ver la realidad; era un hombre muy atractivo y sexual.

Se le hizo la boca agua, el calor la sofocó y tuvo que obligarse a hacer esas imágenes a un lado. Demonios, ¿por qué, de entre todos los hombres existentes, tenía que ser él el amigo de su hermano?

Todavía le gustaba y era muy consciente de que ella también a él.

—Ni hablar. No en esta vida.

—¿Qué no piensas hacer en esta vida?

Dio un salo ante la inesperada voz. Ni siquiera lo había escuchado llegar.

—Dios, cuélgate un cascabel o algo.

—Soy un lobo, no un gato, Brenda.

Bufó.

—Lo que sea.

La miró con intensidad, pero optó por cambiar de tema.

—Al final tendré que acercarme antes a la explotación...

Se encogió de hombros y le indicó la salida.

—No hay problema, puedes dejarme en el aeropuerto de camino...

—... y vas a venir conmigo.

Se detuvo en seco.

—¿Qué? No, gracias.

Se inclinó sobre ella, lo justo para acariciarle los labios con su aliento.

—Claro que sí —ronroneó—, y podrás ver esas cabras en las que has estado tan interesada.

—Yo no estoy... —resopló y entrecerró los ojos—. Oh, a la mierda. Sigamos con la fauna autóctona.

CAPÍTULO 15

Desde luego, ese hombre no era nada común, cada uno de sus actos le rompía los esquemas. Agachado al lado del dueño de la explotación y el veterinario, examinaba las cabezas de ganado que presentaban problemas.

—¿Y han estado pastoreando en el mismo lugar?

—Sí, en el mismo que el año pasado, *sheikh*, pero estas dos empezaron a enfermar.

—Es extraño —se incorporó y miró el resto del ganado desde la empalizada—. Es la zona más rica del oasis, nunca ha dado problemas...

—No podré confirmarlo hasta tener los resultados, pero diría que es alguna clase de envenenamiento —comentó el veterinario.

—¿Envenenamiento?

El gruñido de Khalid la sobresaltó, pero ni siquiera estaba dirigido a ella. El ganado respondió inquieto a la presencia de un depredador y empezaron a balar y protestar.

Los dos hombres que estaban con él ni siquiera se inmutaron.

El lugar estaba protegido por palmeras, con unos refugios bastante modernos, pero el calor seguía siendo insoportable.

Miró a su alrededor y optó por aprovechar la sombra de una palmera, se sacó la gorra y se sacudió el pelo antes de volver a ponérsela de nuevo.

El ver al veterinario y la manera en que trabajaba le había traído nostalgia de sus prácticas. Añoraba su profesión, pero aquel episodio pasado la había convertido en una mujer insegura. Le temblaban las manos, era incapaz de entrar en un quirófano sin temblar y cada vez que recordaba a ese pobre animalito y toda la sangre que había perdido. Se abrazó. Le había fallado, se había fallado a sí misma y a su profesión.

—¿Hay alguna posibilidad de que haya sido intencionado?

—Es ridículo...

—¿Se ha revisado el terreno?

—Sí. Y no se ha encontrado nada ilegal —aseguró el hombre limpiándose el sudor con un pañuelo—. Se ha empezado ya con la construcción del sistema de regadío, pero eso no tendría que afectar en absoluto al terreno en el que pastorea el ganado.

Brenda había perdido el hilo de la conversación hacía bastante tiempo, el más anciano no hablaba inglés por lo que Khalid tenía que hablar en su idioma natal y traducir. El veterinario, por deferencia a ella, había hablado en inglés, pero desde su punto de vista la que sobraba allí era ella y entorpecía el trabajo.

Dejó su lado y empezó a deambular por los terrenos, cada vez que se giraba para comprobar que los hombres seguían allí cruzaba miradas con él, era como si quisiera

asegurarse de que no desaparecía.

Tenía que admitir que el paraje era precioso, un increíble vergel en medio del desierto y lo inquietante era que fuesen lobos quienes ejercían trabajos tan humanos como el pastoreo, la medicina o la ingeniería. Nada estaba resultando como debería, nada era lo que pensaba y eso hacía que todo lo ocurrido últimamente empezara a resquebrajarse.

—Esto es una locura.

Se alejó caminando, aprovechando las sombras de las palmeras mientras se sumía en sus propios pensamientos. Necesitaba paz, necesitaba un momento para sí misma, pero no sabía ni cómo obtenerlo.

—¡Sayyida! ¡Sayyida!

Los inesperados gritos le llamaron la atención, levantó la mirada y entrecerró los ojos ante la luz del sol, una figura menuda se acercaba en su dirección gesticulando y hablando en ese idioma que no comprendía. Poco a poco comprobó que se trataba de un niño de corta edad el cual se detuvo en seco solo para volver a decir algunas cosas de forma atropellada.

—No... no te entiendo...

Pero el crío parecía no darle importancia a eso, porque la cogió de la mano y tiró de ella, hablando al mismo tiempo que señalaba un punto más allá del horizonte.

—¿Ha pasado algo? ¿Qué quieres? Yo no...

Se dejó guiar, acelerando el paso para poder igualar la carrera del niño. A medida que avanzaba las palmeras se hacían más escasas, el color verde desaparecida convertido en el dorado y seco desierto de piedra a dónde la conducía. No llevaba ni quince minutos caminando cuando escuchó un quejumbroso sonido, uno que la catapultó de nuevo a aquella tarde y a la horrible escena que había tenido que presenciar.

Se congeló, no pudo evitarlo, el sonido trajo ese horrible recuerdo a su mente y con él llegaron también los temblores. Ajeno a sus miedos, el niño empezó a tironear de ella sin saber por qué se había detenido. Gesticulaba en dirección a las piedras que había unos metros más adelante, a lo que parecía una grieta en el suelo, pero al no conseguir la respuesta que buscaba la soltó y corrió hacia allí. El sonido pareció incrementarse ante la cercanía del niño, un gemido de dolor que le atenazaba el corazón.

La desesperación infantil unida a ese dolor la obligó a dar un nuevo paso adelante, a seguir a pesar de los temblores, se acercó al muchachito y siguió hacia el lugar que señalizaba para ver que se trababa de una grieta, con arena y piedras removidas en cuyo fondo estaba tendido un pequeño perro pastor.

—Oh joder...

Se le partió el corazón al verlo. El animal no debía ser más que un cachorro y, a juzgar por la manera en que estaba tumbado y los quejidos que daba cuando intentaba incorporarse sin éxito, sugería que debía estar atrapado.

—¿Cómo diablos has terminado ahí abajo?

Recorrió la zona con la mirada, siguió al niño y encontró el paso por el que podría bajar. No era un camino propiamente dicho y, viendo dónde estaba el animalito, tendría que escalar para poder descender hasta el fondo y luego subir, pero esos lloriqueos... No podía dejarle allí.

Evitó que el crío siguiera adelante, tiró de él hacia atrás y negó con la cabeza.

—No. —Hizo hincapié en la palabra con la cabeza y pronunció un nombre que esperaba comprendiese—. Khalid.

El niño abrió los ojos y empezó a gesticular de nuevo al tiempo que hablaba sin saber lo que hacía.

—Escúchame. —Lo cogió por los brazos, manteniéndolo quieto, buscando su mirada—. Ve a buscar a Khalid.

Le hizo señales para que partiese con la mano y, tras unos momentos, el niño pareció comprender, pues asintió con la cabeza y salió disparado a la velocidad que le permitían sus pequeñas piernas.

—Maravilloso —resopló—, esperemos y haya entendido lo que he intentado decirle.

Volvió a mirar hacia el otro lado y comprobó que el cachorro seguía intentando moverse sin conseguir soltarse.

—Está bien, pequeño, ahora bajo en tu ayuda.

Comprobó por última vez la zona y empezó a bajar con cuidado, avanzando sobre pies y manos, arrastrándose y quedándose sin aliento cuando resbalaba y sentía como la gravedad tiraba de ella hacia abajo. Se arañó las piernas, se despellejó las rodillas, las manos y empezaba a pensar que no podría volver a tocar siquiera la pantalla del teléfono con el ardor que sentía en los dedos, pero eso no la detuvo. Los quejidos y gimoteos del animalito la impulsaban a seguir, tiraban de lo que era, de su pasión y su alma, la instaban a continuar.

«¿Brenda Rose? ¿Dónde estás? ¿Qué ha ocurrido?».

La inesperada voz la hizo perder pie y terminó bajando el resto del camino de golpe y llevándose piedras y arena con ella.

—Joder... eso duele...

«¡Brenda!».

Se mordió un exabrupto y, tras comprobar que seguía de una pieza, se arrastró hasta el pobre animalillo.

—¡Estoy dentro de la grieta! —gritó levantando la mirada hacia arriba esperando verle, pero allí no había nadie—. ¿Khalid?

El eco de su propia voz resonó en el espacio al mismo tiempo que el animal a su lado intentaba responder y moverse al ver que ya no estaba solo.

¿Le había llevado tanto tiempo llegar hasta ahí abajo?

Sacudió la cabeza y se concentró en el perro.

—Espera, espera —le habló con suavidad—. No te muevas, cariño, tengo que ver

cómo...

El can gimoteó y le lamió los dedos en un claro gesto de agradecimiento.

—Sí, pequeño, lo sé, sé que duele —lo tranquilizó mientras lo palpaba, examinándolo hasta encontrar una de sus patas delanteras atrapada en una abertura en el suelo—. De acuerdo, solo déjame ver...

Resbaló la mano entre la pata del animal, haciendo una mueca de dolor al rasparse con las dentadas paredes, usando los dedos para escarbar y liberarle.

—¡Sí! —exclamó aliviada.

El animal intentó retirarse, pero no se lo permitió.

—Espacio, amiguito, déjame ver cómo está esa pata.

Empezó a examinarla con las manos, palpando, buscando alguna posible factura, pero todo lo que encontró fue hinchazón.

—Bien, creo que has tenido suerte, no está rota —canturreó, calmando al excitado cachorro para evitar que se moviese por si acaso tenía alguna contusión interna o algo.

—Vamos a ver...

—¡Brenda! ¡Brenda Rose!

—¡Sayyida!

La voz de Khalid unida al del que imaginaba era el veterinario se oyeron por encima de su cabeza junto al sonido de pasos.

—¡Aquí abajo! —alzó la voz, levantando la mirada.

No tardó mucho en ver unas sombras y después a sus rescatadores.

—Brenda, ¿estás bien? —Khalid fue el primero en asomarse, buscándola con la mirada.

—Sí, sí, estoy bien —replicó—. Los dos lo estamos.

Escuchó unas cuantas frases en árabe y vio al niño, a quién él tuvo que sujetar para que no acabase cayendo de cabeza dentro de la grieta.

—Dime que tienes alguna buena forma de sacarnos de aquí —pidió entrecerrando los ojos. Le molestaba el polvo y la luz que entraba desde arriba—. Creo que puedo llevarlo hasta el saliente más cercano, pero no tendré la fuerza necesaria para izarlo.

La respuesta del *sheikh* fue un gruñido, pero ya no le importaba, estaba demasiado emocionada consigo misma como para preocuparse por un lobo gruñón.

—Ni se te ocurra moverte de ahí.

Bufó.

—¿Te parece que puedo salir corriendo?

Él no respondió, volvió a desaparecer y al momento siguiente lo vio acercarse por el mismo lugar por dónde había bajado ella.

Khalid había encanecido durante el breve paseo que separaba la granja del límite de la región. Había estado pendiente de ella en todo momento, había sido consciente de

que se había apartado, la había visto deambular sumida en sus pensamientos y la dejó a su aire pues no detectaba peligro alguno.

Entonces algo cambió, sintió el nerviosismo, la ansiedad y el miedo ante alguna cosa ajena a él y a sus pesquisas. No había terminado de contactar con ella la primera vez cuando vio a uno de los cachorros del pastor llamándole a gritos.

No se detuvo a pedir más explicaciones que las justas, escuchó brevemente al niño y salió a toda prisa. Había tenido que hacer un verdadero esfuerzo para mantener el control, para no cambiar a su forma lupina y volar a través del terreno, pero no quería matar de un susto a su compañera.

«*Sayyida ha bajado a rescatar al cachorro, sheikh. Ve a ayudarla*».

El pequeño había intentado explicarle lo ocurrido, pero apenas había escuchado que su compañera había empezado a descender por una grieta para rescatar a un perro para salir como alma que lleva el diablo. Y allí estaba ahora, sonriendo como una niña a la que habían concedido un premio, con un cachorro blanco y negro en el regazo y tan tranquila como solo podría estarlo alguien ajeno al tumulto que se agitaba dentro de él.

—Empiezo a acariciar la idea de dejarte ahí abajo un ratito.

Para su sorpresa, se encogió de hombros.

—Vale, pero sácalo a él y que lo vea el veterinario —pidió acariciando al cachorro—. ¿Está todavía contigo? Que le eche un vistazo. Creo que no tiene nada roto, pero si se ha caído es posible que tenga alguna contusión interna...

Esa mujer era increíble, estaba loca, no pensaba las cosas, pero era increíble.

—¿Cómo demonios ha terminado el perro ahí abajo? —preguntó buscando al niño con la mirada.

—Estaba persiguiendo un conejo y no vio la zanja —comentó el niño con aspecto un tanto culpable—, la otra vez no estaba.

—Gabal, ¿cómo se te ha podido ocurrir traer aquí a la compañera del *sheikh*? —lo amonestó su padre—. ¿Qué te tengo dicho sobre venir aquí tú solo? ¡Y cómo se te ha ocurrido traer al perro!

El niño se vio muy compungido y arrepentido.

—Es mi único amigo... —musitó con voz temblorosa—. Se cayó y estaba muy alto... —lo miró ahora a él y tenía los ojos brillantes, a punto de llorar—. Yo no quería que la dama se hiciese daño, *sayyid*, lo siento.

Contempló al niño, sacudió la cabeza y se agachó para quedar a su altura y hablar con él.

—Mi compañera ha podido hacerse mucho daño al bajar ahí, ¿te das cuenta?

Se mordió el diminuto labio inferior el cual empezaba a temblarle.

—Yo solo quería que alguien sacase a *Flash* del agujero —musitó con un puchero, las lágrimas acudiendo ya a sus ojos—. Es mi mejor amigo...

—Lo entiendo —le aseguró con suavidad—. Pero ella es una hembra y nuestra misión como hombres, es cuidar de ellas, ¿no?

Empezó a arrugar la nariz de manera pensativa, entonces asintió.

—Sí. Papá dice que no debo tirarle del pelo a Aisha porque es una chica y tengo que cuidar a las mujeres de la casa.

Sonrió ante el tono infantil y asintió.

—Y tienes que hacerle caso a tu papá.

El crío asintió.

—¿Vas a ayudarme a sacar de ahí abajo a mi compañera?

Asintió con fervor, ilusionado por poder hacer algo para arreglar su falta.

—Sí —asintió y miró a su padre quién se había quedado a un lado, dejando que él hablase con el niño.

Podía sentir su orgullo y agradecimiento porque el líder de su manada le hubiese prestado atención a un niño tan pequeño.

—¿Hola? ¿Sigues ahí? ¿Vas a sacarnos de aquí o no?

—Su compañera es muy ruidosa y habla raro, *sayyid*.

Sonrió ante la respuesta infantil ante algo que desconocía o no entendía.

—Sí, es ruidosa —aseguró, le revolvió el pelo y miró a sus compañeros—. Aunque me inclino por dejarla ahí un rato, el cachorro puede necesitar ayuda.

Jusuf sacudió la cabeza y asintió.

—Es el encanto de tener compañera, Khalid, te acostumbrarás a ello.

—Habrà que buscar un arnés para subir al cachorro y a su señora, *sheikh* —añadió el pastor examinando el terreno—. Tengo herramientas en el cobertizo, las traeré.

Asintió.

—Por favor —pidió—, si no la sacamos de ahí pronto, empezará a protestar.

—¿Khalid? ¿Sigues ahí o te has ido?

Puso los ojos en blanco, sacudió la cabeza y se asomó.

—Sigo aquí.

—Bien, ¿vas a sacarnos o no?

—Estamos en ello, Brenda, estamos en ello.

Les llevó algo más de veinte minutos reunir las cosas y sacar al perro accidentado y a la locuela de su compañera de la grieta. Su tranquilidad inicial empezó a esfumarse cuando le vio los dedos ensangrentados, los rasguños y pequeños cortes; parecía haber tenido un *têt a têt* con las paredes.

El cachorro tenía la pata delantera lastimada, los dos entendidos pensaban que no la tenía rota, pero el veterinario lo llevaría a la clínica para comprobar su estado.

Como agradecimiento, la familia los había invitado a un refrigerio tardío, la mujer del pastor se había encargado de curar las heridas y rasguños aplicándole un ungüento que conocía bien.

—¿Qué? —preguntó al ver que se la había quedado mirando.

—¿Siempre eres así de impulsiva?

—Si me estás preguntando si suelo meterme en grietas para rescatar perros, la respuesta es no.

—Me alegra saberlo —replicó con ironía—. Me dejas mucho más tranquilo.

Puso los ojos en blanco y se miró los dedos vendados.

—¿Son siempre tan hospitalarios?

—Somos beduinos, conocidos por nuestra hospitalidad —se encogió de hombros—. Es lo normal cuando recibimos invitados.

—¿Y también es normal que te hagan ojitos?

Enarcó una ceja.

—¿Quién me ha estado haciendo ojitos?

Sacudió la cabeza. Hombres.

—Ya veo que no te has dado ni cuenta.

—He estado demasiado ocupado asegurándome de que no te habías roto el cuello.

Suspiró, estaba cansada, podía verlo en sus ojos y en las bolsas bajo ellos, pero estaba disfrutando de este pequeño respiro sin pullas o insultos.

—Lo que me recuerda que no te he dado las gracias por sacarnos de ese agujero.

Le sostuvo la mirada y sacudió la cabeza.

—No debiste marcharte sin decirme nada —la amonestó con suavidad.

—No me perdonaría jamás interrumpirte a ti y a tus cabras —le soltó tan tranquila.

Puso los ojos en blanco y resopló.

—Blake siempre ha sido muy ocurrente.

Sonrió de soslayo.

—Me amenazó con enviarme a ordeñar tus cabras si no venía de manera voluntaria, ¿qué esperabas que pensase? Desde luego no que fueses tú.

—Parece que ambos nos encontramos con cosas que no sabíamos o esperábamos —aseguró sin dejar de mirarla—, aunque puede que no resulte tan mal después de todo.

Enarcó una ceja.

—En menos de cuatro días me he encontrado cara a cara con mis pesadillas, me ha perseguido un chucho con una pizarra al cuello y he terminado en el fondo de un agujero para rescatar un perro —resopló—. ¿Dime qué hay de bueno en eso?

—Te he visto sonreír —la desarmó por completo—. Dado todo lo que has enumerado, creo que es una buena señal.

Lo miró a los ojos.

—Tienes más confianza en mí que yo misma.

—Alguien debe tenerla, Brenda Rose —aseguró antes de dar media vuelta y dejarla sola.

—¿Khalid?

Él se giró.

—¿Sí?

Se mordió el labio inferior y esquivó un poco su mirada.

—Gracias por no habernos dejado ahí abajo.

Sonrió, ese gesto que no llegaba a iluminarle los ojos y que no sabías si se burlaba o era solo una mueca.

—Un placer, compañera, un placer.

CAPÍTULO 16

La noche ya había caído sobre la ciudad cuando por fin aparcó el coche delante de la casa. Había sido un día extraño, uno en el que había disfrutado de la compañía de esa mujer en otras lides que las que ya conocía. Con todo, no había dejado de desearla ni un poco, su lobo seguía revolviéndose en su interior, ansioso, deseoso de salir a la superficie y pegarle un mordisquito.

Apagó el motor y echó un vistazo al asiento del copiloto. Se había quedado dormida durante el trayecto. Recostada contra la ventanilla, con una expresión dulce y serena parecía incluso más joven y frágil de lo que era en realidad. Se permitió observarla durante unos momentos, concienciándose de que esa muñequita era suya.

—Brenda Rose, ya hemos llegado.

La oyó musitar alguna cosa para luego acurrucarse en busca de una posición más cómoda.

Dejó escapar un breve suspiro, le quitó el cinturón y bajó del coche. El frío aire nocturno lo despejó como siempre hacía, el cielo cubierto de estrellas le dio la bienvenida y no pudo evitar sucumbir a la tentación de admirar esa cúpula llena de luz. Le gustaba la noche, disfrutaba internándose en el oasis y en el desierto para contemplar esa inmensidad en silencio.

Rodeó el vehículo y abrió la puerta del copiloto dejando que el frescor nocturno la acariciase también.

—Brenda, es hora de entrar en casa.

Ella masculló alguna cosa al tiempo que arrugaba la nariz.

—Cierra la puerta y déjame en paz.

Sonrió ante el típico refunfuño femenino.

—Estarías mucho más cómoda en una cama —le aseguró. Y demonios, ya podía imaginársela extendida en la de él, desnuda y dispuesta—. Vamos, arriba...

—No quiero —rezongó de nuevo.

No pudo menos que reír ante su refunfuño.

—¿Piensas quedarte a dormir en el coche?

La vio abrir un ojo y mirarle.

—¿Hay algún lugar mejor?

La respuesta surgió antes de poder meditarla.

—Mi cama.

Abrió ambos ojos y lo miró, no pudo evitar un pequeño bostezo que escudó con la mano.

—Dudo que estés pensando en dormir.

—No, no estaba pensado en ello.

Se lamió los labios, casi le recordó a su propio lobo cuando paladeaba algo.

—Y dudo que tú pensases en ello.

Por Alá, olía tan bien y parecía tan dulce y tierna en esos momentos que se le hacía la boca agua.

—No es una buena idea dormir contigo.

—Como dije, no estaba pensando en dormir.

—Y esa es una idea mucho peor.

—No necesariamente —aseguró inclinándose sobre ella—, no cuando tú me deseas tanto como yo a ti.

—¿Te das cuentas de que te estás aprovechando de una mujer medio dormida?

—¿Lo dice la misma mujer que tuvo la osadía de atarme una vez a la cama?

Su respuesta le arrancó un leve sonrojo que le cubrió las mejillas y la hizo más apetitosa si cabía a sus ojos.

—Eso fue... un... pequeño episodio de enajenamiento mental...

Sonrió.

—Pues te aseguro que yo estoy en pleno uso de mis facultades al hacer esto.

Hundió la mano en el suave pelo, le sujetó la nuca y saqueó sus labios como llevaba deseando hacerlo desde la noche anterior.

—Te quiero en mi cama... —tiró de ella fuera del coche, sin dejar de besarla, apretándola entre su cuerpo y el vehículo—. Te quiero ahora...

—Sí... —jadeó en su boca—, por favor...

Sonrió contra sus labios, capturó el inferior entre los dientes y tiró con suavidad.

—Y esa es la respuesta que quería oír.

Volvió a besarla con más intensidad, disfrutando de su sabor y de la hembra que tenía debajo. La acercó más a él, permitiéndole notar su excitación y encendiendo en ella la propia.

—Quiero...

No llegó a terminar la frase pues la puerta principal se abrió y un inoportuno Hakim hizo acto de aparición.

—¡Al fin! —clamó el lobo de pelo azul descendiendo por las escaleras sin importarle un ápice que estuviese interrumpiendo algo—. ¿Dónde demonios has estado metido toda la tarde? ¿Para qué tienes el maldito teléfono?

Gruñó, un sonido de advertencia. Su lobo no quería a ningún hombre cerca de su compañera y él tampoco.

—Hakim, lárgate —siseó, su voz mucho más oscura, profundamente animal.

Escuchó el jadeo de su compañera y sintió cómo se ponía rígida en sus brazos, lo que contribuyó a enfadarlo aún más con su maldito beta.

—Lo siento, pero voy a tener que decir «ni lo sueñes» —declaró el lobo suicida caminando hacia ellos.

Y era suicida, en esos momentos no era una buena idea acercarse a él, no cuando tenía a su hembra entre los brazos.

—Si vuelves a hacer eso otra vez, duermes solo —apuntó también ella con tono

tembloroso.

Se obligó a morderse un nuevo gruñido y le acarició la espalda hasta que empezó a relajarse de nuevo contra él.

—Me alegra saber que habéis progresado, pero vais a tener que dejar el polvo para más tarde.

Ella se apartó un poco de él para ver a Hakim.

—¿Eso es azul? —preguntó hablando de su pelo—. ¿En serio?

—Perdí una apuesta —le soltó con un ligero encogimiento de hombros antes de volverse a él—, y tú vas a perder las pulgas como no entres, pero ya. Tienes al Voda instalado en el salón de tu casa desde hace un par de horas.

Sus palabras obraron como un jarrón de agua fría.

—¿Qué?

—¡Ah! ¡Ahora me escuchas! —se jactó llevándose las manos a las caderas—. Bien, bien... ya era hora.

—¿Velkan está aquí?

Si le hubiesen golpeado con algo contundente no lo habría dejado tan fuera de combate como esas palabras.

—¿Quién es Velkan?

Preguntó ella con gesto curioso.

—Un lobo un poco bipolar, dicho, eso sí, con todo el respeto de la sangre que corre por mis venas —aseguró Hakim y se giró hacia el interior—. ¿Lo has oído, no Arik? ¡Soy muy respetuoso!

Escuchó un bufido procedente de la puerta de la entrada y cuando levantó la mirada se encontró con el último par de personas que esperaba ver en su hogar.

—Dime que no se acaba de desatar una guerra o algún cataclismo peor.

Velkan se limitó a sonreír de soslayo.

—No traería ante las puertas de tu casa algo como eso, *sheikh* AlRashid —respondió con voz grave, con ese acento europeo tan característico de él—, solo he venido a pedirte un favor.

Dicho eso miró a su compañera y luego a él.

—Y en mi defensa diré, que habría llamado si tuviese tiempo.

Bufó, no pudo evitarlo, ambos sabían que eso no ocurriría ni en mil años.

—¿Quién es? —escuchó el susurro de Brenda.

—La mayor plaga de la historia —rezongó Hakim al tiempo que él añadía.

—Nuestro príncipe.

A Velkan no había cosa que le resultase más divertida que ver el rostro de sus alfas cuando se presentaba ante ellos sin avisar. Era una de esas pequeñas cosas de las que podía permitirse disfrutar, la libertad que el Ejecutor le permitía sin terminar con síndrome premenstrual agudo.

Miró a los presentes y sonrió para sí. De todos, solo la hembra humana y el *sheikh* parecían conservar todavía cierto grado de espontaneidad; posiblemente porque el alfa del desierto todavía no había reaccionado a su presencia o estuviese más preocupado por su compañera que tenía entre los brazos.

—Espera, ¿has dicho príncipe? —se giró hacia su compañero—. ¿Tenéis de eso?

Ahogó una sonrisa ante la incredulidad de la muchacha y acortó la distancia entre ellos para tenderle la mano. Sabía quién era ella y por lo que había tenido que pasar.

—Con Velkan es más que suficiente —le aseguró con respetuosa calidez—. Tú debes de ser Brenda Rose. Lamento que te hayas visto envuelta en el atentado de hace un año.

Miró su mano con abierto recelo, pero se la estrechó.

—¿Qué pasa? ¿Hay alguien que no sepa sobre lo ocurrido en Nebraska?

—Poca gente —declaró Arik, quién, hasta ese momento, había permanecido apoyado en el umbral de la puerta. Su guardián se tomaba muy en serio su seguridad, al punto de no importarle empezar una reyerta allí mismo.

«Empezarán a salirte canas como no empieces a relajarte, Arik».

«Claro. Lo haré cuando dejes de ponerte delante del peligro. Estás tocándole las narices a un alfa, en su propio territorio y sosteniendo la mano de su compañera, la cual todavía no ha reclamado».

Puso los ojos en blanco y soltó la mano de la muchacha para concentrarse en el motivo de su visita.

—Me alegra ver que sigues gozando de buena salud.

—Lo hacía hasta hace cosa de dos minutos —declaró Khalid con un resoplido, entonces estrechó su mano e inclinó la cabeza con respeto—. Bienvenido a mi hogar, Voda.

A pesar de sus buenas intenciones, no podía dejar de notar que el lobo estaba incómodo y bastante inquieto por su presencia y la cercanía de su compañera.

—No he venido a revolver tu vida y sí a pedirte un favor —declaró sin más vueltas—. Necesito a tu joven sanador.

La sorpresa se reflejó en los ojos del otro alfa.

—¿A Malik?

Él asintió.

—Pero solo es un cachorro.

—Es un chamán —concretó Arik, quién había empezado a caminar hacia ellos—. Y necesitamos de su presencia y conocimientos.

Vio cómo pasaba de la sorpresa al recelo.

—Es mi hermano pequeño y necesitaré un poquito de información antes de dar una respuesta —sentenció dejando claro que no pensaba ceder ni un milímetro a menos que se le explicasen las cosas.

Velkan asintió y buscó la mejor manera de exponer lo que ni el mismo entendía bien.

La reciente estancia de Dawn y Quinn en su propio hogar había traído consigo una serie de descubrimientos que había removido el pasado; su propio pasado. La joven loba era una de las pocas supervivientes del clan Daratraz y, hasta dónde sabían, la única que recordaba aquella noche. Sin embargo, su juventud en aquella época y el extenso periodo que pasó en un hospital de salud mental habían hecho que su mente se volviese inestable y perdiese mucha de la información de la que había dispuesto entonces.

La loba había llegado a confundir realidad y pesadillas, el episodio del asesinato de sus propios padres, la necesidad de poner a salvo a su hermana pequeña, todo había contribuido a desestabilizarla y solo ahora, con la llegada de su compañero y la salida a la luz de la verdad, empezaba a recuperar la esencia de lo que había sido.

—Dawn es una de las lobas supervivientes de la masacre que exterminó al clan Daratraz —expuso en voz alta—, y es la única que puede arrojar un poco de luz real a lo sucedido aquella noche. Por desgracia, no era más que una niña en aquel entonces y, los sucesos vividos, así como otros posteriores han hecho que su mente se vuelva inestable.

—Se ha pasado más de dos años encerrada en un sanatorio mental —acotó Arik con su diplomacia y tacto de siempre.

Se giró para mirarle y el Ejecutor se limitó a enarcar una ceja.

—¿Qué? Por mucho que te guste esa lobita, es la verdad.

Optó por no responder y volvió a lo suyo.

—Ella piensa que hay más, que algunos de sus recuerdos están reprimidos de alguna manera —explicó—, y si hay alguien que puede ayudarla es Malik.

El joven lobo de la tribu AlRashid era un chamán, un sanador espiritual, una rareza entre los de su especie y que se atesoraba como a él mismo. Y ahora, más que nunca, era la única oportunidad que tenía para poder unir las piezas de ese rocambolesco puzzle y descubrir si las sospechas de Dawn eran solo parte de sus confusos recuerdos o una minúscula y real posibilidad de que la mujer que estaba destinada a él desde su nacimiento, no estuviese perdida para siempre en las sombras.

—Hay una pequeñísima posibilidad de que... mi princesa esté viva y ahí fuera —le aseguró encontrándose con la mirada del otro hombre, una admisión que hacía por primera vez en voz alta, una esperanza a la que daba más eco que el de su propia mente—. Pero estamos totalmente a ciegas sin los recuerdos de Dawn.

El hombre acusó el golpe de sus palabras, la forma en que abrió los ojos, la imperceptible emoción en sus pupilas. Los lobos sabían lo importante que era una compañera, pero en este caso, era mucho más, la esperanza de que su línea de sangre pura tuviese continuidad.

—No me corresponde a mí disponer del destino de mi hermano —le dijo entonces Khalid—. Si alguien tiene que dar su consentimiento es él.

Dicho eso, señaló el umbral de su hogar y lo invitó a volver dentro. Su compañera temblaba a su lado, algo de lo que el alfa era muy consciente y estaba dispuesto a

poner remedio de la forma más diplomática posible.

—Veamos qué tiene que decir.

CAPÍTULO 17

La reunión se había extendido hasta bien entrada la madrugada. Lo que había empezado como una pequeña introducción del motivo que había traído a Velkan hasta su hogar, se convirtió en un *dossier* bien elaborado en el que cada punto fue tratado y estudiado con cuidado. Había muchas incógnitas, mucho suspense y hechos que ni siquiera estaban probados, de hecho, se movían a base de esperanza. Pero, ¿qué otra cosa le quedaba a alguien cuando el mundo y el destino se habían olvidado de él?

Malik había estado tanto o más sorprendido que él ante la inusual petición. Su hermano pequeño podía tener muchos defectos, ser demasiado joven y no tener todavía la cabeza sobre los hombros, pero cuando se trataba de la familia o su pueblo y la posibilidad de serles útil, jamás dudaba y eso hacía que se sintiese orgulloso del lobo en el que se había convertido.

No era una empresa fácil la que tenía por delante, ni siquiera estaban seguros de que los dones del joven lobo fuesen a ser útiles, pero no podían dejar de intentarlo; todos los lobos, desde los alfas hasta los omegas, tenían un vínculo especial con el príncipe.

Su hermano era un chico despierto, inteligente, pero hasta el momento esa habilidad que poseía no había sido explotada, no tenía un verdadero dominio sobre ella y ahora, la tarea que tenía por delante iba a ponerlo a prueba.

Se pasó la mano por el pelo y acarició el vaso con el pulgar. No sabía cuánto tiempo llevaba con él en la misma posición, dudaba incluso que hubiese dado un solo sorbo al líquido anisado, su mente seguía en otro lugar.

—Oh, sigues aquí.

Se giró y vio a Zulema apoyada en la puerta, su rostro evidenciaba el cansancio que él mismo sentía.

—He perdido la noción del tiempo —aceptó, se tomó la bebida de un solo trago y dejó el vaso en su lugar—. ¿Brenda ya se ha acostado?

La sonrisa compasiva que le dedicó su hermana decía mucho más que cualquier puñado de palabras.

—Hace un par de horas, por lo que pude escuchar —aseguró deteniéndose a su lado—. Ha tenido un día lleno de emociones.

No tantas como le hubiese gustado, pensó al recordar esos últimos momentos que habían compartido antes de ser interrumpidos por el cataclismo con nombre de príncipe. Se consumía por ella, incluso ahora, con tantos problemas en la cabeza, solo podía pensar en reunirse con esa mujer y perderse durante unas horas en las curvas de su cuerpo.

—Malik estará bien —le aseguró entonces posando la mano sobre su hombro, buscando su mirada y acariciándole la mejilla como solía hacer cuando era solo un

niño y lo veía con el ceño fruncido—. Velkan se ocupará de que así sea y nuestro Ejecutor, bueno, dudo que alguien en su sano juicio tenga la intención de desafiarle.

Sabía que su hermano estaría en buenas manos, de eso no le cabía duda, pero no podía evitar preocuparse cuando un miembro de la familia dejaba su hogar.

—Es solo un niño.

Zulema se rio, le acarició la nariz y le revolvió el pelo.

—Tiene la misma edad que tu compañera.

—Y ella también es una niña —replicó con un resoplido—. Estoy jodido, realmente me han jodido por todos lados.

Chasqueó la lengua.

—Lo que necesitas es una buena noche de sueño, a poder ser junto a tu compañera.

Se echó a reír, no pudo evitarlo.

—Eso podría haber sido factible a primera hora de la noche —resopló—, pero no ahora. No voy a molestarla cuando he sentido su cansancio.

—Eres un buen hombre, Khalid, pero hay momentos en los que es necesario dejar a un lado las buenas intenciones y centrarse en uno mismo —lo sorprendió con aquel consejo—. Ve con ella, quizá así puedas mantener a raya los demonios que la atormentan en sus pesadillas y ambos podréis dormir una noche en paz.

Sin una palabra más, lo besó en la frente, le palmeó el brazo y salió de la habitación dejándole de nuevo solo.

«¿Brenda?».

La buscó a través del vínculo de pareja. Sabía que esa unión se había establecido ya, no tenía idea de cuándo o cómo, pero podía sentirla cuando estaba lejos, si bien, no había probado a hablar con ella de esa manera. Sí, era capaz de escucharle, lo había comprobado una vez más cuando estaba en el interior de la zanja, pero no creía que se hubiese dado cuenta de que no la había llamado en voz alta.

«¿Duermes, compañera?».

«Lo hacía hasta que una mosca cojonera me ha despertado».

La inesperada contestación se filtró en su mente de forma apagada, casi lejana. Su lobo levantó las orejas, interesado. Había somnolencia en su respuesta, no parecía estar despierta.

Movido por la curiosidad, contactó de nuevo con ella, tocó su mente y se encontró con el patrón propio del sueño.

«Brenda».

Abandonó la habitación, recorrió los pasillos y cambió de ala hasta detenerse finalmente delante de la puerta del dormitorio que le había asignado.

«¿Puedes oírme?».

No respondió, sin embargo, sus sensibles oídos captaron un profundo suspiro al otro lado de la puerta. Giró el pomo y empujó con suavidad la madera. Su compañera dormía con las lámparas encendidas, el aroma de la habitación ahora la representaba

a ella, era su perfume, su calidez y antes de poder detenerse se coló furtivo en el interior.

Sus ojos se adaptaron a la penumbra, la figura femenina acurrucada en el centro de la cama captó su atención al momento y no pudo evitar relamerse como sabía que lo estaba haciendo su lobo. La deseaba, la deseaba de una forma enloquecedora e irracional, no soportaba que ningún hombre estuviese cerca de ella y cada vez que intentaba encontrar un poco de raciocinio a su conducta su lobo enseñaba los dientes y decía «mía».

Caminó hacia ella sintiéndose como un ladrón, excitándose por lo clandestino de la visita y encontrando objeciones al ir en contra de sus propias normas. No podía evitarlo, ella era como un faro en medio del desierto, esa luz que lo llamaba, que le prometía acogerlo en la paz de un oasis.

Dormía plácidamente, con las manos debajo del rostro y unos mechones de pelo cubriéndole la mejilla. Las largas pestañas parecían ahora abanicos oscuros que realzaban el rubor del sueño.

—Una niña —musitó, le dolían los dedos por tocarla, por retirar esos traviosos rizos y deleitarse con la tersura de su piel—. Me envían a una niña como compañera y todo en lo que puedo pensar es en lo mujer que te sentí entre mis brazos esa noche.

Ese recuerdo lo perseguía, lo atormentaba, ahora más que nunca.

—Una niña solitaria y asustada —se inclinó, sentándose en el borde de la cama, cediendo a la tentación de tocarla—, contra una traviesa cortesana.

Se revolvió bajo su toque, arrugó la nariz y parpadeó abriendo un poco los ojos.

—¿Puedo dormir contigo?

La pregunta surgió sola. De repente volvía a sentirse como un niño, a necesitar la calidez de una mano amiga y amorosa que lo aceptase por él mismo y no por lo que era.

La vio parpadear como si no estuviese muy segura de si estaba soñando o despierta.

—Solo si no roncas.

Dicho eso se desplazó bajo las sábanas, le dio la espalda y le dejó sitio.

—Creo que nadie se ha quejado todavía de eso.

Pero ella no contestó, estaba dormida, entregada a los brazos de Morfeo.

Más divertido que otra cosa, se quitó la ropa y se metió en su cama, atrayéndola a sus brazos, envolviéndola, respirando su aroma y dejando que el calor de su cuerpo penetrase en el suyo.

—Buenas noches, Brenda Rose —la besó en la cabeza y dejó que el sueño acudiese en su búsqueda.

—Buenas noches, Khalid —musitó somnolienta.

CAPÍTULO 18

Brenda no podía dejar de darle vueltas al café, la tostada a medio comer y las piezas de fruta que le había dejado Zulema delante seguían sin tocar. Esa mañana se había levantado tarde, descansada y con una extraña sensación que no podía quitarse de encima. Curiosamente no recordaba haberse despertado en medio de la noche, o bien sus pesadillas habían optado por concederle un respiro o la experiencia del día anterior la había agotado por completo.

Suspiró y miró el oscuro líquido. No era muy aficionada al café, pero no iba a declinar el amable trato y la deferencia que sus anfitriones tenían para con ella.

—Si sigues revolviéndolo así, terminará por marearse.

Parpadeó un par de veces y levantó la mirada para ver a Charisma. Al contrario que el día en que la conoció, hoy vestía un atuendo más occidental con pantalón y blusa.

Dejó la cucharilla a un lado y medio sonrió.

—Creo que ya lo está.

Al contrario que Zulema, la menuda mujer era mucho más directa, se conducía con un poco más de rudeza, pero sin ser ofensiva, como si necesitase hacerse oír.

—¿Y Khalid? —preguntó apoyándose en el respaldo de una de las sillas—. Esperaba que se tomase unos días sabáticos ya que estás aquí.

—Ha tenido que salir —le brindó la información que Zulema le había transmitido antes—. Velkan vino a buscar a Malik y él los ha acompañado al aeropuerto. Ha sido una visita relámpago.

La mujer abrió los ojos tanto que parecía que se le fuesen a salir de las órbitas.

—¿Cómo? ¿Velkan? ¿Velkan Voda? ¿Nuestro... Velkan?

Abrió la boca para decir algo, pero no hizo falta, pues la chica ya se había levantado como un resorte y empezó a hablar en árabe. De toda su perorara solo comprendió un nombre; Zulema.

—Vale, parece que el principito levanta pasiones —masculló para sí. Desechó lo que le quedaba de tostada, cogió un par de dátiles y abandonó la mesa.

Khalid no estaba, tal y como le acababa de informar, había salido y no tenía la menor idea de cuándo iba a volver y quedarse en casa encerrada tampoco era una cosa que le apeteciese, así que optó por salir a dar un paseo. Había prestado atención a los alrededores cuando salió el día anterior, sabía que no estaban lejos del núcleo comercial, si podía llamársele así a los puestos y pequeñas tiendas artesanales que había visto. De hecho, casi parecía que la casa estuviese en el centro de la ciudad, con todos los demás edificios ejerciendo de guardianes de la guarida del *sheikh*.

Cogió la chaqueta y la gorra, se colgó la pequeña mochila de cuero al hombro y echó un último vistazo al interior de la casa para finalmente encogerse de hombros y

salir. Zulema le había pedido que esperase un par de horas, que él volvería y la acompañaría, pero necesitaba un respiro, ese hombre era demasiado intenso.

La mañana la recibió igual de soleada que el día anterior, los aromas a especias y una suave brisa hacían medio soportable el pegajoso calor. Se encasquetó la gorra, se puso las gafas de sol y echó a andar.

Tenía que admitir que, con excepción del pegajoso calor, el lugar era precioso. Era como sumergirse en otro mundo, uno en el que todos los problemas dejaban de importar y salían a la luz cosas más importantes.

Deambuló con tranquilidad, sin ser molestada, aunque sí sintiéndose observada de vez en cuando. Era como si su aspecto de turista destacase en medio de todo lo demás.

—*Sayyida, sayyida...*

La voz infantil llegó acompañada de un par de bracitos rodeándole la cintura. Su sorpresa fue tal que se quedó helada sin saber qué decir o hacer hasta que ese chiquillo levantó la mirada y lo reconoció.

—Oh, pero si eres el niño de ayer —respiró tranquila, le sonrió y le revolvió el pelo—. Gabal, ¿verdad? ¿Cómo está el cachorro? ¿Lo estás cuidando bien?

Sabía que el cachorrito había vuelto con su familia, Zulema le había dicho que había llamado al veterinario y se había enterado de todo lo ocurrido.

El niño se limitó a mirarla, entonces la soltó, le cogió la mano y tiró de ella.

—Ay dios, ¿otra vez? —jadeó al ver que el crío quería que la siguiese a través del bazar—. Espera, espera... er... Gabal, espera.

El niño se detuvo solo para acercarse de nuevo a ella y señalarle uno de los puestos. Allí, comerciando y disponiendo productos sobre el expositor estaban dos mujeres y, una de ellas, era la esposa del pastor.

Un nuevo tirón la obligó a caminar, dejándose conducir a través de la muchedumbre hasta el puesto. La rápida perorata infantil atrajo la atención de las presentes e incluso de algún que otro transeúnte, su madre, al reconocerla acusó la sorpresa de verla allí, para entrar luego en un modo nervioso y sonreír sin saber qué decir; la barrera del idioma era un asco.

—Er... hola —saludó con una mano, después de todo aquello era como un símbolo internacional y reconocido.

La mujer respondió con una sonrisa y un asentimiento de cabeza, mientras que la chica que la acompañaba hacía lo mismo. Ari se había colado ya en el puesto y tiraba de la falda de su madre mientras parloteaba con esa rapidez que la mareaba.

Mientras ellos charlaban, la otra chica intercambió un par de frases con ella y se movió detrás del mostrador hasta tenderle por encima de la tabla en la que tenían dispuestos diversos productos típicos, un trozo de hoja seca en la que había una selección de quesos y otros productos.

Le dedicó algunas palabras que no acabó de comprender.

—No sé...

—Dice que es para ti, un obsequio por cuidar de su sobrino.

Se giró para encontrarse con un hombre de tez canela y vivos ojos azules.

—Err... —se giró hacia ella—. Gracias.

El hombre habló de nuevo en su idioma y ambas mujeres sonrieron y empezaron a asentir.

—Ah... —se giró entonces a ella—. Eres la compañera de nuestro *sheikh*.

—¿Su compañera? —negó con la cabeza—. No, más bien su indeseada invitada.

Soy Brenda Santoro.

Enarcó una ceja, la miró y añadió.

—¿Eres pariente de Blake Santoro?

¿Es que allí todo el mundo conocía a su hermano?

—Su hermana.

La sorpresa se reflejó en sus ojos durante un breve instante.

—Vaya, el mundo es un pañuelo.

—Supongo... —murmuró, ladeó la cabeza y preguntó—. ¿Y tú eres?

Sonrió.

—Xavier Mosses —le tendió la mano—. Soy el marido de Charisma.

Hablando de coincidencias, esta era sin duda la más rocambolesca de todas.

—Bueno, parece que vamos a tener al menos unas semanas de libertad condicional sin el cachorro.

Khalid resopló, acababan de dejar a sus inesperados invitados en el aeropuerto junto con su hermano. No le había sorprendido que hubiesen viajado en avión privado, Arik no permitiría que el príncipe posara un pie fuera de casa si no era bajo estricta vigilancia. En ocasiones le daba pena Velkan, una vida enjaulada no podía ser realmente una vida.

—Solo espero que no le saque canas verdes al Voda.

Hakim resopló.

—A mí me preocuparía más que se las sacase al Ejecutor —aseguró—. Aunque, bien mirado, quizá eso lo espabilase un poco.

—El que va a tener vacaciones eres tú como no empieces a controlar la lengua.

—¿Todavía no te has llevado a tu lobita al huerto?

Lo fulminó con la mirada, su lobo reflejándose en ella.

—Nos interrumpiste cuando estaba en ello —le soltó.

—¡Ey! Échale la culpa al que se acaba de ir, yo no...

La melodía del teléfono empezó a sonar concediéndole un tiempo muerto a su beta.

—Dime, Zule.

La voz de su hermana cruzó la línea con rapidez y cierto nerviosismo.

—¿Dónde estás?

¿Por qué todo el mundo quería saber últimamente de su paradero?

—En el aeropuerto, acabamos de dejar a Malik y a Velkan —le informó por inercia.

Hubo un suspiro, un momento de silencio y tal vacilación que a su lobo se le erizó el pelo.

—Zulema, ¿qué ocurre? —el recelo se instaló en su voz, al igual que la creciente preocupación—. ¿Brenda Rose está bien?

Una nueva vacilación.

—Lo estaba cuando la vi durante el desayuno.

¿Qué demonios quería decir con eso?

—Zulema... —No pudo evitar que su lobo tomase el mando, que el alfa respondiese ante el mal presentimiento que le erizaba el pelo—. ¿Dónde está mi compañera?

Un bajo resoplido. No le iba a gustar la respuesta.

—Me atrevería a suponer que en el bazar.

Y ahí era dónde empezaban los problemas.

—¿Sola?

—Charisma vino para invitarnos a una comida familiar, Xavier acaba de volver a casa y...

Un bajo y letal gruñido atravesó la línea telefónica. Su lobo había levantado las orejas y desnudado los dientes al escuchar ese nombre.

—Dime que no está en mi territorio.

La mujer resopló.

—Khalid, es nuestro cuñado... el compañero de nuestra hermana —le recordó como siempre.

—Eso solo hará que no lo mate, pero no que no le dé una paliza.

Ahora fue la loba la que gruñó.

—No estás siendo justo, *sheikh* —lo amonestó a pesar de que él era el cabeza de familia. Esa hembra no le tenía el más mínimo respeto cuando se trataba de ponerle los puntos sobre las íes—. Xavier siempre ha sido como un hermano para ti, incluso antes de que se vinculase con Charisma. Tendría que ser él quién te pegase a ti una patada en el culo por la actitud infantil que tuviste durante su emparejamiento y no lo hizo. Te respeta y te quiere.

Se obligó a apretar los dientes y contar hasta diez antes de responder. No quería gritarle a su hermana.

—Dile a Char que aceptamos su invitación —consiguió articular sin morderse la lengua.

Un nuevo suspiro y su tono cambió. El alivio en su voz era palpable.

—Estupendo, así podrás presentarle a Brenda —aseguró tranquila y confiada—. Se ha llevado toda una sorpresa al enterarse de que te habías emparejado y no le dijiste nada, deberíamos hacer una fiesta para presentársela a la tribu...

Entrecerró los ojos ante las palabras de su hermana.

—¿Quién le dijo que me había emparejado? —No pudo evitar sisear.

—Charisma, por supuesto, ¿acaso crees que podría callarse algo como eso? ¿Ante su compañero?

Gruñó y se pasó la mano por el pelo.

—Estás gruñendo mucho y muy alto, lobito —comentó Hakim—. ¿A quién vamos a dar caza?

No respondió, de hacerlo aullaría. Su lobo estaba deseoso de hacerse con el control.

—Zule, has dicho que Brenda se ha ido sola al bazar —rebobinó. Si bien no le hacía la más mínima gracia que su hembra estuviese ahí fuera sola, sabía que con su aroma sobre ella y el vínculo que detectaría cualquier lobo, estaría a salvo. Su gente la protegería—. ¿Todavía no ha vuelto?

—No. Por eso te llamaba, tengo miedo de que haya podido perderse —chasqueó la lengua—. Yo misma le dije que la acompañaría, pero obviamente, quería estar sola.

Dejarla sola no era una opción, no ahora, no en un lugar que todavía no conocía, con un idioma que ni siquiera hablaba. El saber que andaba por ahí ella sola le preocupaba más de lo que debería.

«Le hice una promesa a su hermano, eso es todo».

Su lobo bufó en disconformidad, lo que él deseaba no tenía nada que ver con su lealtad para con Blake, sino con el hecho de que esa hembra fuese suya. La quería bajo su estrecha vigilancia y punto.

—Brenda ha ido sola al bazar —comentó en voz alta, poniendo a Hakim al tanto de lo ocurrido, aunque ambos sabían que había escuchado la conversación alto y claro—, y aún no ha vuelto a casa.

—Se habrá perdido —aceptó el joven lobo—. Pondré la nariz en modo búsqueda. Sacudió la cabeza y se dirigió a mi hermana.

—Iremos a buscarla y subiremos a casa.

—No seas duro con ella, no debe de ser fácil para ella enfrentarse con todo esto, como tampoco debe serlo el tratar contigo como compañero —le espetó—. Si me entero de que le has puesto una mano encima...

—Zulema, pienso ponerle algo más que una mano —le soltó hastiado—, le pondré las cuatro patas de modo que no pueda volver a caminar en una buena temporada.

Su hermana jadeó y empezó a insultarle, pero no quiso escucharle. Cortó la llamada y se volvió hacia su beta, quien tenía una beatífica sonrisa en los labios.

—¿Vamos a buscar a la niña de tus ojos?

No respondió, le dio la espalda y echó a andar.

CAPÍTULO 19

—Voy a hacerlo pedazos.

—Abajo, lobo, abajo —lo tranquilizó Hakim—. No puedes hacer pedazos a tu cuñado solo porque se ha llevado a tu compañera.

El recordatorio hizo que gruñese con más fuerza, atrayendo la atención de los comerciantes y su gente. Habían llegado al bazar solo para encontrarse de nuevo al hijo del pastor, quién le había hablado de su encuentro con Brenda y cómo ella se había ido con el jefe de policía.

Los dedos se le curvaron solos, casi podía sentir las garras emergiendo bajo sus uñas ante la necesidad de dejar salir a su bestia.

—Oh, puedo y lo haré —siseó, su voz dominada por el lobo—. Se ha atrevido a tocar lo que es mío, a quitármelo... esto ya no es un juego y él lo sabe; me lo advirtió.

Desde niños, Xavier y él habían mantenido una sana rivalidad, una que los llevaba a competir entre ellos y a defender al otro de cualquier amenaza que le sobreviniese. El que su mejor amigo de la infancia fuese además un lobo omega no hacía sino afinar su carácter hacia la despreocupación y el juego. Y, de cachorros, era algo que podían permitirse, pero de adultos, los juegos podían volverse peligrosos.

El mestizo ya había cruzado la línea una vez y se había ganado la cicatriz que le partía el mentón, un recuerdo al que hacían colación en cada reunión que tenían y que exhibía con orgullo, pues decía lo hacía todo un héroe a ojos de su compañera; su hermana pequeña.

Charisma había sido el motivo principal de esa cicatriz. Un malentendido añadido a la ignorancia y la falta de comunicación que le había llevado a defender el honor de su hermana ante el único hombre que, de manera absurda y perversa, podía deshonrarla cuando quisiera; su compañero. No solo se había metido entre dos lobos en pleno emparejamiento, sino que había desafiado a su mejor amigo y lo había condenado por algo que solo ahora empezaba a comprender.

«Cuando encuentres a tu compañera, me aseguraré de estar ahí para robártela y mantenerla alejada de ti. Así verás lo divertido que resulta que te arranquen un pedazo de tu alma cuando ni siquiera eres consciente de que la tienes».

Lo había dicho entre risas, con la nariz sangrando, un ojo a la funerals y la barbilla cortada por una profunda herida después de que ambos se hubiesen enzarzado en una sangrienta pelea. Esta terminó con la aparición de su hermana que los insultó a ambos y lo amenazó a él con extirparle las joyas de la corona si volvía a tocar a su compañero.

Aquel episodio lo había llevado a jurar ante su familia y ante él mismo que nunca volvería a interponerse entre sus hermanos y las elecciones que hiciesen. Y lo había mantenido; el desastre entre Blake y Zulema era la prueba de ello.

Pero ahora, Xavier le estaba recordando su promesa y su falta. Se había llevado a su compañera para que probase en carne propia lo que él había sentido cuando, irracionalmente, le quitó lo que le pertenecía.

—Te has puesto blanco, Khalid —la voz de Hakim lo arrancó de sus peligrosas cavilaciones—. Y no creo que eso sea una buena señal. El blanco no es para nada tu color.

Sacudió la cabeza y se obligó a resoplar. Brenda estaría bien, sabía que ningún lobo que se preciase, por muy cabrón que fuese, le haría daño a una hembra. Y Xavier, por mucha rivalidad que hubiese entre ellos, por mucho que quisiera castigarle con la misma moneda, la protegería con su propia vida si era necesario; era leal a él.

Además, Charisma se encargaría de que el idiota de su compañero durmiese en la caseta del perro si le tocaba un solo pelo a su nueva hermana. Pero eso no era suficiente para él y mucho menos para su lobo.

Su espíritu animal quería sangre, quería venganza, estaba rabioso, furioso porque le habían quitado lo que le pertenecía, pero no estaba furioso con su amigo, sino con él mismo por no haber hecho todavía lo que cualquier lobo inteligente haría; reclamar definitivamente a su hembra, marcarla para que nadie tuviese duda de a quién pertenecía.

Con toda la tranquilidad y el temple que pudo reunir cogió el teléfono y marcó el número de su hermana pequeña. La respuesta no se hizo de esperar.

—¿A ti te parece normal perder a tu compañera a las pocas horas de encontrarla? —el bufido de su hermana le quitó un poco de la tensión que lo llenaba—. Xavier la encontró en el bazar, más perdida que una almeja en el desierto. Tienes que empezar a enseñarle nuestro idioma, lobo idiota o la pobre chica no se enterará de nada.

Sintió cómo los colmillos le estallaban en la boca y se reflejó en su voz.

—¿Brenda está bien?

Un bajo suspiro y el tono enfadado de su hermana se diluyó.

—Sí, está perfectamente —lo tranquilizó—. Ahora mismo está sentada a mi lado tomándose un té y unos pastelillos. Ni siquiera ha comido.

Aquella admisión le provocó una punzada de culpabilidad, pero solo le duró un momento. Su lobo seguía queriendo destrozarle.

—Ha cruzado la raya al quitármela...

Su hermana bufó.

—Te lo juro, Khalid, sois como dos niños pequeños —resopló—. ¿Cuándo vais a comportaros como adultos serios y responsables?

—Cuando termine de pegarle una paliza por haberme robado a mi compañera.

Dicho aquello, apagó el teléfono y se lo tendió a Hakim que chasqueó la lengua.

—No, esto no va a gustarme, ¿verdad?

No perdió el tiempo en respuestas inútiles, se quitó parte de la ropa y cambió a su forma lupina. Sacudió el pelaje y emprendió un cómodo trote a través del bazar.

Quería volar como el viento, atravesar el oasis, driblar el campo de tupidas palmeras y penetrar en la propiedad del hijo de puta sin darle tiempo siquiera a sentir su respiración, pero hacerlo significaría romper con todas las reglas y, sobre todo, lo llevaría a rasgarle la garganta primero y preguntar después.

Baladi Wahh era el rancho que la pareja poseía a las afueras de Al-Hasa. Xavier trabajaba como jefe de policía en la estación central de Al-Hofuf, pero prefería la tranquilidad de las afueras, al contrario que Charisma, quién era sin duda más cosmopolita. Su hermana pequeña siempre había sido muy occidental, si bien no renegaba de sus raíces, la joven loba era, posiblemente, la más liberal de todos sus hermanos y actuaba en consecuencia. Su preocupación por los demás, en especial por los niños, la había llevado a convertirse en profesora, de hecho, había sido en una manifestación por los derechos de los niños dónde la pareja se había visto después de mucho tiempo y descubrieron que había más entre ellos que una amistad de la infancia.

Disminuyó la velocidad, emergió por la zona sur de la enorme casa de dos plantas y saltó el cierre. Su fino olfato le confirmó al momento lo que necesitaba saber; su compañera estaba allí y su amigo de la infancia le esperaba en su patio favorito.

—Veo que recuerdas el camino, Khal, aunque hubiese esperado que vinieses en coche y no... a patas.

Su respuesta fue desnudar los dientes y gruñirle. No estaba por la labor de escuchar sus malos chistes.

«*No has elegido un buen día para tocarme las narices*».

Chasqueando la lengua, el despreocupado policía dejó la bebida que estaba degustando sobre la bandeja de una mesa baja y señaló con un gesto de la mano el interior.

—De entre todas las mujeres disponibles del mundo, ¿tenías que elegir a una humana? —declaró con un mohín—. No negaré que es encantadora, aunque tan desconfiada como una llama.

«*Es mía*».

Enarcó una ceja y chasqueó la lengua.

—¿Sabes? Tengo ciertas dudas sobre ello. Veamos, huele a ti sí, pero no de la forma en que debería hacerlo... vamos, que no te la has tirado, al menos no últimamente. Muy mal, lobo, muy mal. Eso significa que tampoco la has reclamado —empezó a enumerar como si le diese igual que estuviese allí, con el pelo erizado, los dientes desnudos y a punto de irle a la yugular—. Es bastante jovencita, sí, pero eso no quita que tenga un par de...

Gruñó amenazante.

—Vale, vale, eso ha estado fuera de lugar —levantó las manos—. Ya sé que no es asunto mío, pero, ¿qué edad tiene? ¿Veinte?

«Veinticinco y es mía».

Se rascó el mentón, la pálida cicatriz le tensaba la piel.

—Cierto es que, en cuestión de emparejamientos, la edad no es el impedimento, cuando nos golpea el momento, no vemos más allá de nuestra nariz —continuó ajeno al peligro—. Así que o tienes la nariz atrofiada y no hueles un coco o la niña no te gusta lo suficiente como para...

«Es mía. Te acercaste a ella. Te llevaste lo que es mío. Lo mínimo que te mereces es un mordisco. Así que dime, ¿dónde lo quieres?».

El hombre se echó a reír, se llevó las manos a las caderas y ladeó la cabeza.

—Bueno, ahora ya sabes lo mucho que jode que te toquen la fibra cuando se trata de tu compañera —declaró confiado—. No es agradable, ¿verdad? Escuece un poquito, o algo más que un poquito, dependiendo el caso.

Desnudó los dientes, echó las orejas hacia atrás y erizó el pelo.

«Y tú vas a saber exactamente lo que escuece el que le toques esa fibra a un alfa y a tu sheikh».

El aludido levantó ambas manos a modo de rendición.

—Ey, ey, ey... ¿No podemos hablarlo?

Tensó el cuerpo listo para saltar.

«No».

CAPÍTULO 20

Brenda dio un salto en la silla al escuchar el sonoro aullido que reverberó en las paredes de la casa. El té que estaba degustando saltó de la taza y casi se lo tiró encima mientras su anfitriona se limitaba a resoplar y empezar a frotarse la sien como si le doliese la cabeza.

—¿Qué... qué ha sido eso?

—Dos imbéciles dándose por culo.

—¿Qué?

Negó con la cabeza y se fijó en ella para darse cuenta de lo que había pasado.

—Oh, ¿te has quemado? —se levantó como un resorte y acudió a su lado—. Maldita sea, si te pasa algo, juro que los castraré a ambos.

Estaba temblando, los sonidos que venían del exterior despertaron en ella los gritos y la pelea que había presencia hace más de un año atrás.

—¿Qué... qué es eso? ¿Qué está pasando? —se giró hacia Charisma incapaz de dejar de temblar—. No van a entrar aquí, ¿verdad? No pueden entrar.

—Oh, diablos —jadeó la mujer y no se lo pensó dos veces, le cogió las manos y se las apretó—. No son más que Xavier y Khalid haciendo el idiota, no tienes que preocuparte por nada. Ninguno de ellos te hará jamás daño alguno. Nadie de esta familia o tribu te lo hará, darían su vida por ti.

Negó con la cabeza sin comprender.

—Pero, eso... se están peleando... pueden... pueden matarse... alguien puede morir.

Su compañera chasqueó la lengua.

—De lo único que pueden morir es de aburrimiento o de la paliza que yo les vaya a dar a ambos —siseó, su voz reflejó su propia naturaleza haciendo que retrocediese una vez más—. Oh, lo siento, es que no puedo evitarlo, me ponen de los nervios.

—No eres la única...

Un topetazo se escuchó por encima de sus cabezas haciéndolas saltar a las dos.

—¡La madre que os parió! —saltó de pronto la pequeña mujer mirando hacia el techo, su voz a gritos—. ¡Cómo rompáis alguna cosa juro que os esterilizo a los dos!

Se estremeció y no tenía idea si era por el miedo o por la humedad de la blusa. Por fortuna el té ya no estaba caliente cuando se lo echó encima.

—Si lo destripa, me lo cargo —continuó la mujer con su monólogo—. Y si no lo hace, lo mataré yo misma. ¿En qué demonios estaba pensando ese imbécil al traerte sin el permiso de Khalid? Y sobre todo después de lo que pasó la primera vez.

¿El permiso de Khalid? Sacudió la cabeza ante la absurda idea.

—No sé qué normas... culturales... tendréis por aquí, pero en mi país soy mayor de edad y hace tiempo que vivo sola —comentó intentando no sonar maleducada,

aunque a la luz de los acontecimientos eso debería ser lo último que debía preocuparle—. No necesito el permiso de nadie... y ciertamente, no el suyo.

Los ojos castaños de la chica se posaron en ella, curvó los labios en una divertida sonrisa que enseguida le llegó a los ojos.

—Y eso hace que me gustes todavía más —aseguró sincera, entonces señaló hacia arriba—, pero el problema es que él todavía no entiende ese pequeño detalle y le va a costar aceptarlo. Mi hermano es muy sobreprotector con los suyos, prueba de ello es que casi le arranca la cabeza a mi marido cuando nos emparejamos. Pensaba que me había deshonrado, él, su mejor amigo. El muy idiota siempre ha querido lo mejor para mí y mis hermanos, pero no se da cuenta de que crecemos y queremos hacer nuestras propias vidas. Fue todo un malentendido, no sabía que era mi compañero y... bueno... digamos que Xavier le tenía guardada la revancha y se la acaba de cobrar.

Parpadeó sorprendida por sus palabras y levantó la mirada cuando volvió a escuchar otro gruñido y el sonido de algo rompiéndose.

—¡Ay dios! ¡Mi jarrón! —jadeó—. ¡Ese era mi jarrón!

Se lamió los labios, era incapaz de dejar de temblar, sobre todo cuando escuchaba uno de esos gruñidos.

—Por favor, dime que esto no ocurre a menudo.

Sacudió la cabeza y señaló hacia arriba.

—Xavier y Khalid ha sido amigos desde la infancia, se adoran —aseguró y parecía muy convencida de ello.

—Pues cualquiera lo diría.

—Son como niños, aunque ellos digan lo contrario —chasqueó la mujer—. Han sido tan buenos amigos como rivales, siempre compitiendo el uno con el otro solo para echarse una mano si se caían y volver a levantarse. Aunque hoy, Xavier se ha coronado. ¿Cómo diablos se le ocurre y con un lobo alfa?

El sonido ahora parecía haberse desplazado a otra parte de la casa.

—¿Estás segura de que no deberías... er... pararlos? No sé, llamar a control de animales o algo.

Charisma se echó a reír.

—Aunque la idea es de lo más apetecible, dudo que ni mi marido ni mi hermano estén dispuestos a pasar por algo tan vergonzoso —aseguró risueña.

Marido. Hermano. Le costaba un mundo asimilar el hecho de que los sonidos que estaba escuchando, la batalla de lo que obviamente eran dos animales pudiese ser tomada como algo tan normal para un ser humano.

Pero ella no es humana, es una loba, como ellos.

Sí, ella era como ellos y, al mismo tiempo, parecía tan distinta... Todos ellos lo eran, no tenía nada que ver con lo ocurrido en la clínica, no habían poseído esa maldad, esa sed de sangre.

«Ni yo ni nadie de mi familia te dañará jamás, Brenda».

Sabía que había verdad en sus palabras, era un hombre recto, con fuertes ideales y grandes responsabilidades. No se tomaría la molestia de engañar a alguien tan insignificante como ella. Y entonces estaba Blake, quien la había freído a llamadas que no había atendido y a mensajes en los que le pedía perdón y le decía que confiase en Khalid, que estaba en buenas manos.

Sacudió al cabeza.

—Nada de esto tiene sentido —murmuró atrayendo la atención de su acompañante—. Lo intento, pero no puedo entenderlo. Esto me supera... no... Ni siquiera puedo dejar de temblar.

Ella asintió comprensiva.

—Pero sigues aquí —la sorprendió con sus palabras—. Sí, estás temblando y también tienes miedo, pero sigues aquí, Brenda. Y eso es lo que tiene que darte esperanzas. Todos hemos pasado antes o después por malas experiencias en la vida, algunas peores que otras, pero lo importante es sobreponerse y seguir adelante, enfrentarse con esos demonios que quieren destruirnos y decirles esto —levantó el dedo corazón—, «jodeos».

La expresión le resultó tan cómica que no pudo hacer otra cosa que reírse.

—Mira, te seré muy sincera —le dijo y se llevó las manos a las caderas—. Hace unos días pensé que no durarías ni un par de horas, que Khalid tendría que devolverte a tu hogar o terminarías enloqueciendo. Y mírate ahora, aquí de pie, escuchando cómo dos lobos idiotas se dan la paliza del año y lo máximo a lo que has llegado es a tirarte encima el té. Chica, creo que eso es un gran adelanto.

Y lo era, lo aceptase o no, lo era.

—Gracias. —No sabía qué otra cosa decir.

Negó con la cabeza.

—No me las des, todavía te queda un camino muy largo por delante —le aseguró—. Mi hermano tiene sus propios demonios, pero creo que tú puedes ayudarlo a lidiar con ellos, que tu sola presencia está haciéndole mucho bien... ahora solo falta que él se dé cuenta.

Ahora fue ella la que sacudió la cabeza.

—No sé por qué me da la sensación de que os estáis haciendo una idea equivocada.

La miró y suspiró.

—A veces se me olvida que eres una humana y que apenas estás aterrizando en mi mundo —comentó—. Pregúntale a Khalid, dile que te explique con pelos y señales qué significa ser la compañera de un lobo.

Parpadeó ante su respuesta.

—Yo no soy su compañera...

Sus labios se curvaron con palpable ironía.

—Oh, cariño, sí que lo eres y la de un alfa nada más y nada menos —asintió divertida—. Te daría el pésame si no fuese porque dicho culo peludo es mi hermano.

Abrió la boca para decir algo, pero no supo por dónde empezar.

—Mira, ¿por qué no te indico dónde está el baño y aprovechas para relajarte un poco? Te dejaré algo de ropa —la instó a ello—. Y mientras yo sacaré la escopeta y detendré esa estupidez machista.

La idea de desaparecer y evitar enfrentarse con esos inhumanos gruñidos la seducía demasiado, pero al mismo tiempo, de algún modo inexplicable, necesitaba saber si ese idiota que la volvía loca estaba bien.

—Creo que...

Antes de que pudiese formular una respuesta, las puertas del hogareño salón se abrieron de par en par y un hombre desnudo, arrogante y con lo que parecían algunos frescos arañazos en el pecho y muslos atravesó la habitación directo hacia ella.

—Por lo más sagrado, Khalid, ¿es que no te han enseñado a llevar la ropa puesta cuando visitas a alguien?

El recién llegado la ignoró por completo, su mirada estaba puesta sobre ella, inhumana, feroz, lo que estaba viendo era al lobo no al hombre. Intentó retroceder, pero se encontró con el sillón y terminó sentada.

—No, espera...

Pero no esperó, llegó a ella en un par de zancadas, la levantó de golpe y bajó sobre su boca mientras la estrechaba contra su cuerpo. Jadeó en sus labios, la sorpresa batallando con el miedo hasta que su lengua incursionó en su húmeda cavidad y se enlazó con la de ella. Su sabor era conocido, su aroma y la calidez que la rodeaba empezó a relajarla y con ello llegó también el aflojamiento de sus propios brazos.

—No vuelvas a hacerme esto —murmuró rompiendo el beso, acariciándole todavía los labios.

—¿El qué? —Fue todo lo que se le ocurrió preguntar, su mente estaba hecha papilla.

—No dejes que nadie más te toque —gruñó sobresaltándola, sus ojos encontrándose de nuevo con los de ella—. Eres mía.

Parpadeó ante la agresividad de sus palabras.

—¿Te importaría dejar de hacer eso? —lo empujó—. Me... me está costando un mundo no ponerme a gritar...

No solo no cedió un milímetro, sino que gruñó otra vez.

—No vuelvas a salir sola de casa.

Aquello era el colmo.

—¿Por qué tú lo digas? —le espetó—. No soy una niña pequeña.

—Brenda Rose...

Un ligero carraspeo detuvo aquella extraña pelea.

—Khalid, hace tiempo que dejé de considerar mono ver tu desnudo culo ante mí —le soltó su hermana—, así que haz el favor de ponerte algo de ropa encima o vomitaré. —Dicho eso le entregó lo que a todas luces parecía una manta del sofá—. Espero, por tu propio bien, que Xavier no tenga peor aspecto que tú. Me llegó la

primera vez, la cual, por cierto, también fue motivada por tu estupidez.

La fulminó con la mirada, pero ella ni se inmutó.

—Solo un poco más golpeado y ensangrentado —rumió, su voz empezaba a adquirir ya el tono normal—, sobrevivirá.

Chasqueó la lengua y negó con la cabeza.

—No puedo creer que hayáis caído de nuevo en lo mismo.

Su respuesta fue un gruñido.

—Se ha atrevido a quitarme lo que es mío.

Ella le dedicó una mirada del todo irónica.

—Pues qué casualidad, ¿no? —bufó, entonces se giró en su dirección—. Brenda, tesoro, ¿por qué no te das ese baño? Me encargaré de que estos dos estén presentables y listos para disculparse como corresponde cuando termines.

—Ella no se moverá de aquí.

Lo que a todas luces parecía una orden contribuyó a sacarla de quicio.

—¿Perdona? Yo hago lo que me da la santa real gana, especialmente cuando... — lo señaló de arriba abajo, intentando no mirar demasiado—. Estás así... Dios, me vuelves loca. Por tu culpa voy a terminar en un psiquiátrico.

—Ya, ya —la cogió Charisma del brazo, apartándola de él—. Ven, te enseñaré dónde está el baño y te dejaré todo lo que necesites. Ignora al lobo malo, está de un humor de perros.

Dicho eso, la pequeña mujer se giró por encima del hombro y miró una vez más a su hermano.

—Dile al imbécil de tu cuñado que te preste algo de ropa o juro que te dejaré yo algo mío.

Khalid hervía por dentro varios minutos después. Su lobo gruñía furioso y divertido a partes iguales con la mujer que lo había desafiado abiertamente; su compañera.

Cuando la vio solo pensó en tocarla, en tenerla, quería arrancarle la ropa del cuerpo y poseerla allí mismo, solo la pizca de dignidad que todavía conservaba le impidió dejarlos a ambos en evidencia.

Estaba desesperado, la pelea no había hecho más que enardecer las ansias del lobo, su aroma había sido todo en lo que había podido concentrarse y el hecho de que dicho aroma estuviese en la casa de otro lobo, emparejado o no, lo había vuelto loco.

Se estaba perdiendo a sí mismo en el febril estado del emparejamiento y no estaba preparado para pasar por semejantes trances. Él no era así, era cabal, juicioso, meditaba las cosas en profundidad antes de dar un paso, pero con esa mujer era todo a base de instinto y espontaneidad.

Se pasó las manos por el pelo con gesto desesperado. Ni siquiera se había movido del salón, seguía descalzo y con la manta de plaid rodeándole la cintura. No se sentía lo suficiente en calma como para moverse de allí, no todavía.

—¿Qué diablos se te ha metido en el cuerpo?

La voz de su hermana lo sacudió, se giró y levantó justo a tiempo las manos para evitar que le diese en la cara las prendas que le acababa de lanzar; una camisa y un pantalón de lino.

—Pensé que tendrías un poco más de sentido común a tu edad —le espetó ella sin detenerse hasta estar casi nariz con nariz—. Es una niña...

Bufó ante el reincidente recordatorio de su juventud.

—No es una niña y es mi compañera.

—Sí, una compañera humana a la que han vapuleado y desquiciado durante las últimas veinticuatro horas —resumió, dejando claro que se había enterado de todo lo ocurrido—. ¿Tienes idea de por lo que la estás haciendo pasar?

—No te metas en lo que no te incumbe.

—Estás en mi casa, le has pegado a mi compañero, así que si vuelves a decir que no me incumbe, te arranco las pelotas.

Gruñó, no toleraba que ninguna mujer le hablase así, ni siquiera su hermana.

—Te estás olvidando con quién hablas, Charisma.

Alzó la barbilla con gesto desafiante.

—Eso se debe a que no estás actuando de acuerdo a tu posición, *sheikh* AlRashid —le espetó con toda intención—. ¡Te estás comportando igual que un chiquillo! Tu compañera está muy perdida, no entiende de la misa la mitad y tú, en vez de explicarle las cosas, como es tu deber, te lías a mordiscos con el primero que pasa por delante.

—¡No tenía derecho a tocarla! ¡Es mía!

—¡También yo era suya y eso te importó una mierda! —le espetó igualando sus gritos—. ¡Baja los pies a la jodida tierra ahora mismo, camello estúpido! ¡Es una chica humana! ¡Hu-ma-na! ¡Tienes que explicarle lo que significa ser una compañera, porque está claro que no sabe en qué circo se ha metido!

Se midieron con la mirada, ambos estaban exaltados, ambos tenían razones más que suficientes para querer sacarle los ojos al contrario, o al menos ella las tenía.

—No sé qué hacer con ella —confesó irritado—. Ni siquiera sé por dónde empezar, Char. Joder, no lo sé.

Aquella admisión pareció contribuir a bajar el nivel de intensidad de su hermana. De los cuatro, ellos dos eran los más parecidos, tanto en lo físico como en su forma de actuar. Charisma siempre había sido su debilidad, su cachorrita, su vena protectora se había volcado sobre ella incluso cuando sabía que debía hacerse a un lado y dejar que siguiese su propio camino.

—Ninguno lo sabemos cuándo nos llega el momento, Khal —contestó con voz calmada—. Las dudas son lo que más abunda en un emparejamiento, pero te aseguro que pueden disiparse, sobre todo si se ponen las cartas sobre la mesa y se hablan las cosas.

—Es humana, es joven, es irritante y dios, la deseo con toda el alma —confesó y

le irritaba que así fuese—. Mi lobo la ansía...

—Entonces, ¿por qué no dejas que las cosas sigan su curso? —le recomendó—. ¿Por qué insistes en ponerte un freno? Sigue tus instintos, eres un lobo después de todo, deja que ese culo peludo que tienes guíe tus pasos. Porque si tengo que encontrarme otra vez con el desastre de la primera planta, no te salvará ni toda la tribu unida y armada hasta los dientes. ¿He sido clara?

Resopló.

—Se lo merecía, él...

—Khalid, a menos que quieres que te pegue en la cabeza con algo contundente, vístete y sal de mi vista —lo despachó—. Ya sabes dónde está tu mujer, así que ve a ella.

Resopló, aquello tenía que ser la cosa más denigrante que le podía pasar a un hombre; que su hermana pequeña le diese lecciones y le dijese qué debía hacer.

Como un buen lobo, agachó las orejas, le dio al rabo y siguió órdenes.

CAPÍTULO 21

¿Qué demonios le pasaba a ese hombre? ¿Cómo se atrevía a hablarle de esa manera? ¿Y por qué demonios seguía deseándolo cuando lo único que había traído a su vida eran problemas?

Brenda dejó escapar un resoplido y salió de la ducha, se secó el pelo con brío y miró a su alrededor maravillándose, una vez más, con la opulencia a la que parecían inclinados por aquellas tierras. El cuarto de baño podía compararse con un caro *spa* en el que podía encontrar de todo, incluso una sauna.

Limpió uno de los espejos de cuerpo entero con la mano, dejó la toalla con la que se había estado secando el pelo y contempló su reflejo. Pequeña, curvilínea, con pechos grandes, ¿de verdad existían las mujeres de 90-60-90? El suyo era más bien el cuerpo de un reloj de arena.

—Un reloj de arena con tetas —se rio de sí misma y se deshizo de la toalla con la que se había envuelto. De tez clara, con algunos lunares aquí y allá y curvas generosas era una mujer real—. Bueno, está claro que no me parezco en nada a las nativas.

Su piel era más blanca, el pelo le caía ahora en húmedas ondas sobre los hombros y le acariciaba la parte superior de los senos, su color era terruño, con alguna que otra mecha aclarada por el sol.

Se llevó las manos a los pechos, levantándolos, posando ante el espejo y se rio de sí misma.

—No soy material para revistas de modas eso está claro, pero quién dice que las curvas no son *sexis*. —Con una perezosa sonrisa le dio la espalda al espejo y devolvió su atención a la línea de cremas y aceites que había visto al entrar. Charisma le había dicho que utilizase lo que necesitase, así que decidió indultarse a sí misma y mimarse un poco—. A él no le han molestado lo más mínimo.

La forma en la que la miraba no era la de un hombre ignorante de su presencia, el desnudo deseo que a menudo veía en los ojos marrones y el abierto deseo que le transmitían sus besos era prueba suficiente de que la deseaba.

Pensar en Khalid la llevó a fruncir el ceño. Ese hombre podía ser caliente como el desierto, pero su manera de actuar la confundía, hacía que añorase en cierto modo esa otra faceta suya que ya conocía.

—Ojalá volviésemos a encontrarnos detrás de una máscara —murmuró pensando en ese primer encuentro que la había hecho estremecer hasta los dedos de los pies—. Sí, está claro que lo mío son los deseos imposibles.

Chasqueó la lengua haciendo a un lado sus pensamientos y vertió un poco del contenido de un frasco en las manos, las frotó y empezó a deslizarlas por sus brazos.

—Algo solo se convierte en imposible cuando dejas de intentarlo.

La sexy y ronca voz resonó en el baño haciéndola dar un respingo. Parpadeó y se giró solo para encontrar su borroso reflejo en el espejo que ya empezaba a nublarse de nuevo con el vapor. Caminaba hacia ella con gesto perezoso, unos pantalones de lino blanco se aferraban ahora a sus caderas jugando al escondite con el rastro de vello oscuro que bajaba desde su ombligo, su forma de andar era cruda y sexual. Tan pronto como llegó a su espalda y posó una de sus manos sobre su hombro comprobó que ni era un espejismo ni parte de su imaginación, él estaba allí, parcialmente vestido, mientras ella permanecía desnuda a su mirada.

—Yo me haré cargo de esto. —Un ramalazo de deseo la atravesó ante el ronco tono de sus palabras y recaló en la uve entre sus piernas. Recuperó el bote de aceite que había empezado a utilizar y un instante después eran sus manos las que se deslizaban sobre sus hombros, masajeándole la piel.

—No recuerdo haberte invitado.

La ignoró, deslizó las manos por sus brazos y volvió a ascender solo para deslizarse ahora alrededor de su cuello y bajar por su clavícula.

—No necesito una invitación contigo, aunque no la despreciaré si decides dármela.

Notaba sus manos callosas sobre la piel, pero eso no la molestaba ni un poquito, por el contrario, hacía que sus caricias fueran incluso más eróticas.

—¿Se me permite decir algo al respecto?

Se inclinó sobre ella, rozándole la oreja con los labios.

—No —replicó de nuevo, su aliento le hizo cosquillas—. En estos momentos yo soy el que habla y tú la que escuchas.

—Estás dando por sentado que acataré esas órdenes —se lamió los labios y cerró los ojos cuando esas manos bajaron sobre su clavícula, surfeando sus pechos sin llegar a tocarlos—. Y siento decirte que estás muy equivocado si piensas que...

—Deja de hablar, Brenda —la amonestó al tiempo que esas codiciosas manos ascendían por sus costillas, le rodeaban los pechos y los masajeaban para luego deslizarse sobre sus duras cúspides dejándola temblorosa y jadeante—. No quiero discutir, ahora no.

—¿Quién está discutiendo? —protestó ella—. Yo no he sido la que entró en casa de su hermana y se puso a pegarle una paliza a su cuñado.

Sus miradas se encontraron a través del espejo, dos siluetas difusas que se encontraban en una inesperada intimidad.

—Se la merecía.

—¿Por qué? ¿Qué te hizo?

Esas codiciosas manos volvieron a subir y le masajearon los hombros.

—Se atrevió a alejar de mi lado aquello que me pertenece.

Se giró para mirarle a la cara, pero esa caliente boca cayó sobre su cuello, mordisqueándola, arrancándole un quejido de la garganta mientras su cuerpo sucumbía apoyándose en el de él.

—No, no te entiendo.

—Eres mi compañera —musitó ascendiendo por la suave columna para mordisquearle la oreja—, y no soporto que nadie, que no sea yo, te toque.

Se estremeció bajo su contacto y sus palabras, parecía tan sincero, tan seguro y, al mismo tiempo, esa seguridad le provocaba un nudo en el estómago.

—No soy una propiedad y, por encima de todo, no soy tu propiedad.

Gimió cuando sintió sus dientes mordiéndole el lóbulo antes de continuar sobre su rostro en busca de su boca.

—No eres mi propiedad, eres mi compañera —declaró antes de tomar sus labios, uniéndolos a los suyos y penetrar en esa húmeda cavidad con la lengua—. Mi lobo te desea... yo te deseo... pero... tenerte es demasiado complicado.

Los duros dedos ascendían y descendían por su cuerpo expandiendo el aceite, la tocaban tan íntimamente que le estaba resultando muy difícil no gemir de placer, no rogarle y decirle que ella también lo deseaba.

—¿Por qué?

—Porque si cedo, después es muy posible que no quiera parar.

Su voz sonó ronca, su lengua le acarició los labios y lo escuchó gruñir antes de besarla una vez más, arrebatándole el aliento y la cordura.

—Y tú todavía no comprendes lo que eso significa.

Interrumpió el beso solo para volver a acariciarle los labios.

—Pues explícamelo, no puede ser tan difícil.

Le acarició la mejilla y la miró a los ojos como si estuviese decidiendo qué decir a continuación.

—Para ti puede que lo sea —declaró pensativo—, no por lo que significa, sino por lo que encierra, por lo que trae consigo.

—Khalid, cuanto más hablas, menos entiendo y juraría que ambos estamos comunicándonos en inglés.

—Quizá es porque este no es el momento adecuado para tratar estas cosas y sí para otras.

Cuando sus labios capturaron de nuevo los suyos, se dejó ir. Su cuerpo sucumbió al suyo, solo respondía a sus demandas y obedecía al hombre que sabía qué tecla era la adecuada para presionar. Dejó de resistirse, se restregó contra él, le rodeó el cuello con un brazo y le devolvió el beso mientras abría las piernas a esa dura mano que resbalaba ya entre ellas.

—Mi compañera —musitó abandonando su boca, resbalando sobre su cuello, lamiéndola y mordiéndola a placer para luego detenerse y susurrarle aquellas palabras al oído—, dilo, Brenda, di que eres mía...

Se lamió los labios y dejó escapar un quejido cuando los duros y largos dedos acariciaron su sexo y la penetraron sin previo aviso.

—Dilo —insistió en su oído, su voz ronca, oscura, animal.

No podía ni hablar, se estiró contra él, poniéndose de puntillas, deseando escapar

de esa íntima posesión sin poder hacerlo.

—Khalid —pronunció en cambio su nombre.

Volvió a penetrarla una vez más, sus dedos la volvían loca, la excitaban y conducían al borde con eficiente pericia.

—Dilo —gruñó, bajando la boca sobre su hombro, arañándole la piel con los dientes, saboreándola—. Mía.

No dejó de masturbarla, el deseo escalaba en su interior y apenas podía contenerlo ya.

—Tuya —acabó claudicando.

Sus labios se presionaron sobre el hueco entre el cuello y el hombro, la beso allí y deslizó los dedos fuera de ella. Como una película a cámara lenta sus ojos se encontraron y vio en los de él esa hambre salvaje que lo dominaba. El color se había aclarado y contenía unos pequeños puntos dorados que los hacían resplandecer. Se llevó los dedos a la boca y los lamió sin dejar de mirarla, probando su sabor para luego recorrerla de arriba abajo.

—Recuérdalo —comentó rompiendo ese extraño momento—, tenlo muy presente cada vez que esté cerca de ti y también cuando esté lejos.

Parpadeó sin entender.

—¿Qué?

—Esto es lo que significa ser el compañero de un lobo —respondió dando un paso atrás, alejándose de ella—. El desearse sin remedio, el sucumbir el uno al otro y necesitarse incluso aunque en dicho momento queramos odiarnos.

Volvió a retroceder y supo sin necesidad de palabras que iba a marcharse.

—No, no puedes...

—Hakim te recogerá para llevarte a casa —le informó dejándola sin aliento, pasmada. La incredulidad batallaba en sus ojos—. Disfruta de este pequeño indulto, Brenda Rose, porque mañana, cuando salga el sol, este lobo reclamará lo que le pertenece.

Inclinó la cabeza a modo de despedida, dio media vuelta y se marchó tan rápidamente como había entrado dejándola sola, excitada y alucinada.

Ese hombre no podía haber hecho lo que acababa de hacer, ¿verdad?

—¡Será hijo de perra!

CAPÍTULO 22

Su llanto dolía y hacía que él mismo quisiera aullar, quería arrancarse el corazón y el alma para dejar de sentirse así de miserable y volver a ser el mismo hombre que había sido antes de conocerla. No se reconocía a sí mismo, no sabía quién era el hombre que le miraba desde el otro lado de un espejo o el lobo que veía reflejado en el estanque.

La necesidad crecía cada vez más fuerte en su interior como también lo hacía la desesperación, su parte animal empezaba a tomar el control y luchaba a mandíbula batiente con la humana.

El lobo la quería, la deseaba, la necesitaba y no entendía de momentos, de conveniencias o de paciencia. Era suya y como tal, deseaba reclamarla.

Se mantuvo agazapado, con el morro apoyado sobre las patas delanteras escuchando, acompañándola en silencio y deseando gruñir por el hecho de verla así.

No había dicho ni una sola palabra desde que Hakim la había traído de vuelta a casa a media tarde, no había respondido a los intentos de nadie por entablar conversación, por animarla e incluso se había negado a comer. Giró la cabeza y vio la bandeja en el mismo lugar en el que la había dejado su hermana; no la había tocado.

Desde el momento en que dejó el umbral de la casa de Charisma se había sumido en un silencioso e irritado mutismo, al principio había notado su furia, su frustración y el enfado que la había envuelto pero una vez que atravesó la puerta de su casa, fue como si toda esa fuerza se esfumase y en su lugar quedase tan solo la pena.

Estaba llorando, no había dejado de hacerlo desde el instante en que cerró la puerta de su alcoba. La había escuchado incluso desde el jardín y ya no había podido abandonarla.

Gimoteó y se frotó el hocico con la pata.

Había adoptado la forma lupina después de dejarla en el baño y no había vuelto a cambiar ni a comunicarse con nadie en ese tiempo. Sí, su familia sabía que estaba en casa, pero ni siquiera se habían molestado en contactar con él; todos estaban enfadados con él.

Y lo más gracioso es que él mismo también lo estaba, lo suficiente como para castigarse a sí mismo a contemplarla desde lejos, a vigilarla sin poder tocarla.

Esto era lo que había intentado evitar con todas sus fuerzas, lo que no quería repetir y sin embargo esa hembra no se lo permitía. Su presencia tiraba de él, sus lágrimas lo destrozaban y su mutismo alimentaba el suyo propio.

Escuchó el frufú de la tela y levantó la cabeza. Se había dado la vuelta, solo se había tapado con la colcha y los suaves hipidos habían cesado hacía rato dejándole saber que se había dormido.

Se lamió el hocico una vez más, se incorporó y abandonó la oscuridad de su

escondite para penetrar en el dormitorio. Sus patas amortiguaban el sonido de sus pasos, se sacudió por inercia y finalmente rodeó la cama, vigilándola a través de sus lupinos ojos.

«¿Brenda?».

No le contestó, ni a través de su vínculo ni con su voz.

«¿Duermes, compañera?».

De nuevo el silencio.

Se acercó hasta el cabecero y se incorporó sobre las patas traseras, posó las delanteras en el colchón y contuvo el aliento mientras la miraba. Había lágrimas en sus ojos, las mejillas mojadas como también lo estaban las sábanas allí donde habían caído. Apoyó la peluda cabeza sobre el colchón con un bajo quejido; él la había hecho llorar.

«Lo siento».

Gimoteó al compás de sus palabras.

«Nadie me dijo que esto sería tan complicado».

Levantó de nuevo la cabeza y la olfateó. Le gustaba su aroma, le gustaba su voz, la calidez que la envolvía, incluso le gustaba cuando le hablaba con esa palpable ironía.

Vaciló unos segundos, entonces se encaramó a la cama y se quedó quieto, esperando. Casi deseaba que abriese los ojos y lo mirase, que le gritase, que le dijese algo, cualquier cosa.

Ella no se movió, ni siquiera suspiró y tanta quietud le dolía.

«Soy nuevo en esto, compañera, entiéndelo».

Se acurrucó a su lado, pegando su cuerpo al de ella por encima de la colcha. Recogió el rabo y apoyó de nuevo el hocico sobre las patas.

«Te he hecho llorar».

Eso era lo que lo mortificaba, lo que lo hacía sentirse como un canalla.

«Lo siento, compañera, lo siento mucho».

Cerró los ojos y una solitaria lágrima brotó de sus ojos caninos.

Que él supiera, los lobos no podían llorar, ¿o sí?

CAPÍTULO 23

No quería despertarse, pero tenía calor. Las mantas la agobiaban, se sentía atrapada. Pataleó y solo encontró una ligera colcha, intentó girarse, pero no podía moverse hacia la derecha. Parpadeó, la luz inundaba ya la habitación, los aromas y el blando colchón le dijeron enseguida dónde estaba. Se quedó boca arriba, estiró los brazos fuera de la colcha y palpó lo que solo podía ser un mullido y cálido cojín. Solo había un problema, el cojín era enorme, de pelo largo, cálido y respiraba.

Abrió los ojos de golpe, luchó con las lágrimas que le provocaba la luz y se giró para encontrarse con una enorme mola peluda durmiendo plácidamente.

—Oh... oh, oh, oh, oh... joder —escupió, atragantándose con el aire—. Por dios... qué coño... oh, joder...

Se quedó helada, luchando por respirar entre toses y mirando alucinada al peluche que descansaba a su lado.

No era un perro. Un jodido perro no era tan grande y diablos, los lobos no eran tampoco tan grandes, ni siquiera los siberianos, ¿verdad?

Levantó la barbilla, husmeando y le pareció ver que movía las orejas de manera espasmódica, pero fue todo el movimiento que hizo.

El pelaje espeso y de color arena estaba espolvoreado con pelos negros, lo que le daba un aspecto curioso.

—Oye... —susurró temerosa de levantar la voz—... amiguito... —otro susurro.

El lobo volvió a sacudir las orejas haciendo que se tensase aún más. Dios, podía escuchar su propio corazón laténdole en los oídos.

Deslizó la mano hacia todo ese pelo y se maravilló con la suavidad en la que se enterraron sus dedos.

Como si hubiese esperado esa señal, el animal levantó la cabeza, bostezó y giró para mirarla con unos ambarinos ojos.

«*Buenos días*».

Abrió los ojos de golpe e hizo lo que no había podido hacer hasta ahora; gritó.

Pateó la colcha, saltó en la cama y terminó cayendo al suelo por el otro lado solo para continuar gateando alrededor de la cama y encontrarse con él sobre sus cuatro patas.

«*¿Esta es la manera en la que sueles despertarte?*».

Lo miró a los ojos.

—No acabas de hablarme.

«*Sí, lo he hecho*».

Negó con la cabeza.

—No. Los lobos no hablan, aúllan.

El animal echó una de las orejas hacia atrás, parecía estar a punto de poner los

ojos en blanco.

«*Si eso es lo que quieres*».

El aullido resonó en toda la casa, se tapó los oídos y empezó a hiperventilar.

—No, no, no y no —jadeó—. Deja de hacer eso.

El can suspiró.

«*Será mejor que adopte forma humana antes de que empieces a hacer la ambulancia o algo peor*».

—Yo no hago la ambulancia.

«*Sí, la haces. Cada vez que gritas estás a punto de perforarme los tímpanos*».

—No es verdad —se ofuscó. Entonces sacudió la cabeza—. ¿Pero qué demonios hago hablando contigo?

«*¿Mantener una conversación?*».

Aquello no era real, nada de aquello estaba pasando.

—No, voy a cerrar los ojos y cuando vuelva a abrirlos ya no estarás.

«*Sí, claro, hagamos un poco de Hocus Pocus*».

Se tapó los ojos y escuchó un resoplido muy masculino.

—Y esa es la actitud más infantil que he visto en una mujer adulta —escuchó su voz alta y clara—. Brenda, ya puedes quitar las manos.

Bajó los dedos y lo vio allí. De pie. Desnudo. Completamente humano. Se desató el infierno.

—¡Eres un cabrón hijo de perra! —chilló—. ¡Me has asustado! ¡Casi me matas de un ataque al corazón!

—Para... basta...

—¿Qué demonios hacías en mi cama? —lo acusó—. No tienes permiso para entrar, ¿y por qué tienes que estar siempre desnudo a mi alrededor? Diablos, Khalid, me vas a volver loca... ¡Me estás desquiciando!

—¡Basta!

La empujó sobre la cama y la inmovilizó con un gruñido.

—He dicho basta, Brenda.

Entrecerró los ojos, apretó los dientes y siseó.

—Te he dicho una y mil veces que no hagas eso.

—Pues deja de comportarte como una histérica —le soltó en el mismo tono—. Si quisiera morderte ya lo habría hecho.

—Hijo de perra...

No se lo pensó dos veces, ni siquiera lo meditó, sencillamente sucumbió al momento de enajenación mental que se apoderó de ella y cerró los dientes con saña sobre la carne blanda de su antebrazo.

Zulema no sabía a quién de los dos mirar. Sentados cada uno en una esquina de la mesa, parecían dos fieras enjauladas a punto de saltar la una sobre la otra.

Brenda no dejaba de llevarse la mano a la boca como si quisiera asegurarse que no se le había movido ningún diente, mientras que su hermano se dedicaba a desayunar en silencio, echando de vez en cuando furtivas miradas al vendaje que acababa de ponerle en el brazo; su compañera le había mordido.

Lo más absurdo de todo es que había parecido más incrédulo y divertido por el hecho que enfadado. Ella, otro lado, parecía estar hirviendo a fuego lento.

—Buenos días familia —se presentó Hakim. Cogió un par de panes de la mesa y se sentó al lado de Khalid—. Ya tengo listo lo que me has pedido, puedes cogerte esas vacaciones cuando quieras.

—¿Vacaciones? —se interesó ella.

—Ya es hora de poner las cosas en su sitio.

Parpadeó miró de uno a otro, pero Brenda los ignoraba.

—Bien, pues ya que te vas, ¿por qué no me dejas en el aeropuerto? Voy a cambiar mi billete y me marcharé...

—Tú vienes conmigo —lo atajó.

—Claro, cómo no, porque tú lo digas.

—Sí, exactamente por eso —replicó cortante—. Eres mi compañera y ya va siendo hora de que aprendas unas cuantas cosas sobre lo que eso significa.

—Te lo repito, no soy nada tuyo. Nada —silabeó la palabra—. Y si vuelves a hacer lo de esta mañana, te corto los huevos.

—Nos iremos en un par de horas —la ignoró—. Te sugiero que cojas lo que creas que puedes necesitar para unos pocos días.

—¿Te has vuelto sordo de repente o qué?

—Y empieza a controlar esa lengua, Brenda Rose —le advirtió—. Vamos a poner los dos de nuestra parte para solucionar esto.

—Haría falta un milagro.

—Pues empieza a rogar por uno.

CAPÍTULO 24

Blake estaba jodido, realmente jodido pensó al colgar de nuevo el móvil por enésima vez en los últimos seis días. Brenda seguía sin cogerle el teléfono y Khalid tampoco respondía a sus mensajes. ¿En qué estaba pensando al reclamar a su amigo cuando él no había hecho las cosas mucho mejor? No era quién para dar lecciones de moral u otra cosa, no cuando había dejado a su propia compañera, cuando la había alejado de él provocándoles a ambos este infierno en vida.

Zulema. Su pensamiento a menudo volvía a ella, no podía quitarse de la cabeza el aroma de su pelo, la suavidad de su cuerpo, el tono de su voz. La añoraba como si fuese una parte de sí mismo que había perdido y, a pesar de ello, seguía manteniéndose a distancia para no provocarle más dolor del que ya le provocaba.

Echó un vistazo a su alrededor y su resolución no hizo más que consolidarse. Este no era el lugar para una mujer, ni siquiera para una loba. La pequeña clínica era quizá el edificio más moderno en todo el poblado, era el único que se había hecho de ladrillo y que poseía, junto con la escuela, electricidad y agua corriente.

Niños corriendo descalzos, con ropas gastadas y una enorme sonrisa en sus flacos rostros, mujeres cargando a sus bebés y hombres dedicados a la caza o la agricultura, la pobreza era la consigna en esa parte de África, una que por más que se esforzaban las ONG no eran capaces de erradicar, solo de paliar y darles a los habitantes el conocimiento y los recursos necesarios para salir adelante.

Sacudió la cabeza. No, aquel no era lugar para Zulema, a su pequeña y tierna loba se le rompería el corazón al ver a los niños que trataban en la clínica o en el hospital de la ciudad, desearía ayudar, desearía quedarse junto a él y eso sería exponerla al peligro, a las zonas de conflicto por las que solía transitar; hoy por hoy ni los cuerpos humanitarios estaban a salvo de las milicias, los bombardeos o la estupidez colectiva de las guerras.

—No puedo arriesgarme a perderte así —murmuró para sí mismo. Dio la espalda a la ventana y pasó a hacer su primera ronda.

No tenían muchos pacientes en la clínica, apenas estaban ocupadas dos de las cuatro camas con las que contaban y ninguno de sus dos pacientes era de gravedad.

Intercambió un par de saludos con el anciano aquejado de insuficiencia respiratoria por culpa de un catarro y pasó a ver a la niña que había pasado la noche con fiebre. Por fortuna la temperatura le había bajado y poseía mucho mejor color, ajustó el gotero de suero y salió para respirar un poco de aire puro.

—Ey, Blake.

Se giró justo a tiempo de ver al misionero que solía viajar de tribu en tribu con su *jeep*.

—Padre O'Connor —lo recibió.

El hombre detuvo su premura al llegar a su altura.

—Te necesitan en el hospital —lo avisó casi sin aliento—. Ha habido un accidente en la carretera y hay varios heridos.

No esperó a escuchar más, recogió su bolsa con el material médico y salió con él.

—¿Cuántos cirujanos hay disponibles? —preguntó ayudando a caminar al hombre, que tenía una leve cojera hacia el *jeep*.

—Contigo, dos.

Juró por lo bajo.

Cuando había decidido cursar la carrera de medicina no pensó especializarse en cirugía, pero entonces había asistido a un seminario de Médicos del Mundo y tras escuchar las cadencias con las que solían encontrarse, supo que ese era el camino que quería seguir.

El trabajo había llenado su vida de muchas maneras, creía que no necesitaba nada más, pero entonces había sufrido el accidente y su mundo cambio por completo.

Zulema había sido la única capaz de hacer que sacase la cabeza del culo y se pusiese las pilas, ella le había mostrado que había mostrado que había mucho más ahí fuera de lo que había pensado jamás.

Lobos. Una raza auténtica y real que le había salvado la vida en más de una manera. Khalid era en gran medida responsable de ello, y el destino se encargó después de hacer el resto poniendo en su camino a una mujer indescriptible. Una loba, una hembra cálida, tierna, fiera que lo había seducido y reclamado sin que pudiese protestar siquiera.

El hombre que lo había tratado como un hermano le había asestado un puñetazo al enterarse y no lo había destrozado solo porque estaba vinculado con su hermana. Lo que había comenzado como una atracción irresistible, una acuciante necesidad de estar cerca de ella y tocarla, los condujo a la semana más excitante que había vivido en toda su vida y a una conexión tan intensa que al principio se vio incapaz de abandonar su lado.

—¿Quieres conducir, hijo?

Las palabras del misionero le sacaron de sus cavilaciones, cogió las llaves y subió al *jeep*. Posiblemente llegasen antes al hospital si conducía él.

Siempre que pensaba en su mujer perdía la noción del tiempo, hacía que la añorase cada vez más y pensase en el momento exacto en que todo cambió.

«¿*Vas a marcharte otra vez?*».

Nunca le había hecho un reproche, se limitaba a verlo partir con un tinte de pena en los ojos, pero sabía que cada separación le laceraba el alma, que cada vez que se negaba a hablar con ella de sus experiencias cuando volvía a casa, los separaba un poco más.

No quería cargar todo aquello sobre sus hombros, no quería que viese lo que él tenía que enfrentar cada día, quería protegerla y la única manera en que podía hacerlo era separándose de ella.

«Esto no funciona, Zule, no puede funcionar».

«¿Y ya está? ¿Esa es tu excusa?».

«No son excusas, es la realidad. No puedo pasarme toda la vida aquí metido. Soy médico».

«Puedes trabajar en el hospital de la ciudad».

«Ese no es mi sitio y lo sabes».

«¿Y cuál es, Blake? Dímelo para que lo entienda, para que podamos buscar una solución. No me cuentas nada, no me hablas, no...».

«¿Qué quieres que te cuente, Zule? ¿Cuántos niños han muerto hoy en mis brazos? ¿Cuántos han caído por los conflictos armados? ¿Cuántos miembros amputados he tenido que suturar?».

La había enfrentado con la realidad, se la había mostrado de la forma más cruel y las discusiones habían empezado substituyendo cualquier muestra de cariño. Se limitó a estar allí, a usarla si la necesitaba y a abandonarla un momento después. Se había comportado como un auténtico hijo de puta, la había desilusionado, pero era preferible mantenerla a salvo que el que estuviese a su lado y acabase como sus compañeros del convoy.

La separación había sido la consecuencia natural a sus actos, una que lo había llevado a volverse loco en su ausencia, a necesitar de toda su fuerza de voluntad para no volver a buscarla y sufrir en silencio su ausencia.

Y lo había sufrido, vaya si lo había sufrido, le había faltado abrirse las venas y verter ácido en su interior para mitigar el dolor de la separación. Pero entonces Brenda había llamado a su puerta, su hermana pequeña lo había arrancado de esa espiral en la que estaba metido con su presencia y sus propios problemas solo para pagarle el favor dejándola sola durante meses y obviando el hecho de que la chica acababa de pasar por una pesadilla.

Había tenido que verla consumirse, convertirse en una sombra de lo que era para reaccionar y tomar medidas al respecto, unas medidas que habían resultado ser una solución peor que el problema; su mejor amigo había resultado ser el compañero de Brenda Rose.

Dio un volantazo para evitar atropellar a un par de ovejas y piso el acelerador.

—Hijo, la idea es llegar al hospital para encargarse de los heridos del accidente, no convertimos nosotros en dos de ellos.

—No se preocupe, padre, llegaremos.

—De una pieza, espero.

Sonrió y miró al hombre de soslayo.

—Sí, padre, de una pieza —aseguró apretando el acelerador—. De lo contrario, mi mujer es capaz de cruzar el desierto para resucitarme de modo que pueda volver a matarme ella misma.

Y lo haría, sabía que Zulema lo haría.

—Mierda.

El hombrecillo se sobresaltó.

—¿Qué ocurre, hijo?

—Que soy un gilipollas, padre, eso es lo que ocurre, que soy un gilipollas — aseguró cambiando de marcha—. Pero lo solucionaré, así tenga que hincarme de rodillas y arrastrarme como un perro, lo arreglaré.

Ya era hora de que sacase la cabeza del culo y arreglase las cosas. Sí, había llegado el momento de recuperar a su mujer.

CAPÍTULO 25

El oasis de Al Hasa era sin duda un lugar en el que, cada pequeño recoveco ocultaba una sorpresa y la que Khalid acababa de desvelarle la dejaba sin aliento. Siempre había sentido curiosidad por cómo era posible que, en medio de un hábitat inhóspito, pudiesen darse ese tipo de ecosistemas. Las palmeras rodeaban el terreno convirtiéndolo en un pequeño vergel, la vegetación se hacía más espesa a orillas de la desigual charca que reflejaba el azul del cielo, así como el verde de las copas y los desgarrados troncos. La temperatura parecía haber bajado un par de grados entre la ciudad y ese inesperado lugar.

Habían llegado hasta allí en todoterreno, un lugar situado a las afueras de la enorme ciudad saudita cuyas casas no eran visibles a menos que subiese la colina de piedra que servía de pared protectora. El viaje había estado cargado de hostilidad, silencios y miradas de reproche que parecían lanzarse el uno al otro.

—¿Por qué me has traído aquí?

Intentó que su voz sonase molesta, quería seguir enfurruñada con él, quería que supiese que no podía salirse siempre con la suya y quedar impune, pero la tranquilidad que se respiraba en ese lugar parecía de otro mundo.

—Necesitamos tiempo para hablar y hacerlo sin interrupciones —respondió mientras deambulaba por la enorme y tienda beduina semi abierta a la que la había conducido.

Esa era otra de las enormes sorpresas con las que se encontró tras unos buenos quince minutos de caminata entre palmeras. La tienda estaba anclada al suelo, emplazada junto a una zona de abundantes datileras y cerca de la charca. La comodidad de unos quinqués eléctricos contrastaba con las típicas alfombras y pieles que cubrían el suelo, las toscas mesas de madera o la plana cama ubicada en la zona más interior de la extraña vivienda nómada.

—Me comprometí con tu hermano a cuidar de ti, a ayudarte a superar el horrible episodio por el que habías pasado, el problema es que ya no se trata solo de una promesa a un amigo, sino de la salud de mi propia compañera.

Resopló.

—No hago más que escuchar esa palabra y no sé ni lo que significa —replicó—. No en el contexto que vosotros le dais.

Sacudió la cabeza y salió de la tienda, deteniéndose en el borde, contemplando el hermoso paisaje.

—Charisma me sugirió que te lo preguntase.

Escuchó el sonido de metal y otros objetos antes de que se hiciese de nuevo el silencio y fuese su presencia la que ocupase su atención.

—Parece que nos ha leído la cartilla a los dos —aceptó deteniéndose a su lado,

contemplando también la charca—. Pero tiene razón —se volvió ahora hacia ella—, debes preguntarme lo que quieres o necesites saber, solo así podremos empezar a entendernos y terminar con este estúpido juego del gato y el ratón.

Lo miró y no pudo evitar preguntarse a sí misma si de verdad quería respuesta a esa pregunta y a otras que no dejaban de darle vueltas en la cabeza.

—Ni siquiera estoy segura de querer saber la respuesta —expuso en voz alta.

Le sostuvo la mirada, parecía estar buscando algo en el fondo de sus ojos, quizá leyéndole el alma.

—En ocasiones, yo ni siquiera quiero hacer las preguntas, pero es necesario hacerlas.

Desvió de nuevo la atención hacia el agua y la paz que le transmitía.

—Se me hace muy difícil reconciliarme con la idea de que... tú eres un lobo... cuando pareces tan humano que...

—Soy humano, Brenda —respondió tranquilo—. Piensa en mi pueblo como... una etnia diferente. Costumbres propias, una cultura distinta a la que conoces, un modo de vida... alternativo. Como todo pueblo, nos hemos adaptado al lugar en el que moramos, hemos adoptado una forma de vida diferente, pero eso no nos hace menos humanos que... no sé, los etíopes o los inuit por ponerte algún ejemplo que comprendas. Solo somos una nueva sociedad, con unas normas básicas y una cultura propia.

Y esa era una explicación que podía entender, un hecho aceptable y válido, pero al mismo tiempo, él, su gente, poseían una habilidad que los hacía distintos a los demás; podían transformarse en lobos, en auténticos animales salvajes.

—Pero tú puedes transformarte en un lobo —lo miró—, y no veo a un inuit transformándose en salmón.

Lo absurdo de su respuesta la llevó a componer una mueca.

—Vale, esa ha sido una réplica absurda.

—Bueno, no conozco a ningún inuit con esa capacidad, pero son un pueblo de chamanes, con su propia magia y creencias populares.

Y de nuevo hacía diana.

—No es lo mismo —insistió tozuda—. Tú eres un lobo, uno de verdad, un bicho peludo y enorme.

—Sí, soy un lobo alfa, solemos ser un poquito más grandes que la media en nuestra forma lupina —le informó como si estuviese acostumbrado a hablar de ello—. Es cuestión de genética.

Le miró de soslayo.

—Y el título de *sheikh*, ¿de dónde viene?

—Es mi herencia —se acuclilló, cogió una piedra y la lanzó haciéndola saltar un par de veces antes de que se hundiera—. Lo heredé de mi padre, él lo hizo de mi abuelo, este de mi bisabuelo y así sucesivamente unas diez generaciones.

—¿Todos eran como tú? —preguntó—. Quiero decir, ¿eran lobos?

—Mi linaje paterno sí —respondió girándose hacia ella—, aunque creo que hubo alguna compañera que, al igual que tú, eran humanas. El mío es un pueblo nómada, solían hacer grandes travesías por el desierto, se encontraban con otras tribus, formaban alianzas, vínculos y la raza empezó a extenderse hasta ser lo que es hoy en día por estas latitudes. Es posible que algunos de mis antepasados se hubiesen emparejado con humanas.

—Hablas de emparejamientos como si fuese algo concertado —arrugó la nariz—. Entiendo que por la época y la cultura se diese de ese modo, pero hoy en día...

—Hoy en día puedes llamarlo como quieras: matrimonio, pareja de hecho, novios, parejas que se van a vivir juntas... —enumeró—, el caso es que, dentro de mi pueblo, va mucho más allá de un simple vínculo de unión, es... como una comunión de almas.

Suspiró.

—Suenas demasiado enrevesado para mí.

—Eres veterinaria —le recordó—. Tienes que conocer la conducta de ciertos especímenes, entre ellos la de los lobos.

Hizo una mueca.

—No estoy especializada en conducta animal, lobito, solo en cómo curarlos —señaló con un gesto de la mano—. Mi conocimiento sobre la conducta de los lobos se limita a... ver a tu hermano llamar a mi puerta con un cartel colgado al cuello.

—Corramos un tupido velo sobre ese episodio —pidió—. Mi pueblo tiene características muy similares a la de los lobos salvajes. Vivimos en manadas o clanes, si lo entiendes mejor. Existe un alfa que rige esa manada, que se encarga de la tribu o tribus que tenga bajo su cuidado, tenemos una jerarquía establecida adaptada a las normas de la sociedad de hoy en día y, al igual que nuestros homónimos, cuando nos emparejamos, lo hacemos de por vida.

Enarcó una ceja.

—¿Vas a decirme que entre tu... pueblo... no existe el divorcio?

—No de la manera en que tú estás acostumbrada a verlo —negó—. Piensa en esto. Dos personas pueden estar juntas o separadas si así lo desean, pueden decidir con quién desean estar o si esa relación ya no funciona. Nosotros también podemos vivir de esa forma siempre y cuando no estemos emparejados.

Arrugó la nariz.

—No lo entiendo, ¿cuál es la diferencia?

—Un lobo tiene una pareja predestinada —resumió—, una compañera. Él o ella han sido hechos solo para ese lobo en particular y solo encajan con esa otra mitad. Tú puedes elegir estar libremente con una persona, pero solo tu verdadero compañero te complementará y dará sentido a quién eres.

Creía entender lo que le estaba diciendo, pero sonaba demasiado a cuento de hadas no a la realidad de hoy en día dónde, el amor, no era para siempre.

—¿Conoces la leyenda del hilo rojo del destino?

La pregunta la cogió por sorpresa.

—Um... ¿no?

—Tu educación cultural deja mucho que desear, pequeña.

Abrió la boca y jadeó incrédula.

—Vaya, gracias, su Eminencia.

El muy canalla sonrió, se estaba burlando de ella.

—Venga, decano de la Universidad de Al-Hasa, si es que tenéis universidad, ilustra a esta pobre inculta.

—No te enfurruñes tan pronto, Brenda, no hemos hecho más que empezar —replicó en tono distendido—. Es una leyenda presente en la mitología china y en la japonesa, pero también puede encontrarse en otras culturas bajo distintas formas. En esencia, es lo que se conoce como almas gemelas —explicó—. Según el mito, los dioses ataban un cordón rojo alrededor del tobillo o del dedo meñique de aquellas dos almas que están destinadas a encontrarse y convertirse en amantes. El hilo invisible los conectará a lo largo del tiempo, sin importar el lugar, la época o las circunstancias, hasta que ambos se junten y, si bien puede estirarse o contraerse, nunca se romperá.

Enarcó una ceja ante su explicación.

—Estás hablando sobre la teoría de las almas gemelas —se encogió de hombros. Asintió.

—Con mi pueblo ocurre algo similar —continuó sin dejar de mirarla—. Cada uno de nosotros tiene otra mitad, una que está ahí fuera, esperándonos y, si tenemos la suerte de encontrarla, la reconocemos al momento o, a veces, tardamos un poco más de la cuenta, pero no hay equivocación posible.

—¿Me estás diciendo que crees en eso? ¿En almas gemelas?

—Creo que lo que mi lobo reconoce, en lo que mi instinto me dice y mi cuerpo desea —respondió sin más ambages—. Deseo, necesidad, instinto sobreprotector, descontrol hormonal, bipolaridad... los síntomas siempre están ahí cuando encontramos a nuestra compañera, a veces varían pues ningún emparejamiento es igual a otro, pero sí hay siempre una misma conexión: el hambre por nuestra pareja.

Dio un paso atrás sin proponérselo.

—No estoy en ese menú.

Sonrió de soslayo, una sonrisa perezosa, traviesa y demasiado sensual.

—No es hambre de comida, Brenda, sino sexual —fue muy claro y directo—, y no es algo exclusivo de los lobos, afecta a ambos lados de la pareja.

Empezó a ponerse nerviosa, la forma en que la estaba mirando había dejado de ser inocente, si es que alguna vez lo había sido.

—Abajo, *sheikh*, abajo —replicó en voz baja—, estamos teniendo una conversación, aquí no cabe el sexo.

—Porque tú lo digas... —la recorrió con la mirada y no disimuló sus ganas de ella—. Me lo estás poniendo muy difícil, compañera, jodidamente difícil.

Optó por alejarse y caminar, al menos eso le permitía pensar con claridad.

—Entonces, dices que, como lobo, tienes una compañera predestinada, un alma gemela y que la reconoces porque, ¿te pone?

Bufó.

—Es un poquito más complicado que eso —aseguró con palpable ironía.

—¿Y cómo demonios puedes estar seguro que esa es tu... pareja?

—Porque cuando encontramos a nuestra compañera se establece entre la pareja un vínculo que se hace más fuerte con la intimidad —explicó—, este nos permite hablar sin necesidad de palabras...

«*Tal que así*».

Lo escuchó en su cabeza, era su voz, pero él ni siquiera había separado los labios.

—¿Cómo...?

«*Es muy útil cuando estamos en forma lupina*». Escuchó de nuevo y lo vio avanzar hacia ella. «*De ese modo podemos comunicarnos a pesar de no estar en el mismo lugar. La distancia depende de lo antigua que sea la pareja y de la sintonía que tengan*».

Parpadeó, ahora lo tenía frente a ella, sacándole más de una cabeza como siempre.

—Así que no hay posibilidad de errores —dijo ahora en voz alta—. Cuando encontramos a nuestra compañera, lo sabemos.

Se estremeció, fue incapaz de evitarlo.

—Esto es... difícil de digerir.

—Sí, lo es —asintió—. Para ambos bandos, he de añadir.

Era cosa suya o había sonado un poco irritado.

—Eres mi compañera, mi pareja y eres la mujercita más irritante con la que me he cruzado en mi vida —le soltó sin más—. Eres humana, no tienes la menor idea de dónde has ido a caer y aquí estás, justo aquí. Sí, es jodidamente complicado.

—¿Complicado? ¿Para ti? —No pudo evitar reírse, pero no le veía la menor gracia—. Soy yo la que casi se muere del susto hace un año, a la que querían internar en una clínica de reposo y darme medicación para los nervios porque tenía alucinaciones y ahora, vas y me dices que, según tú y tu cultura, soy tu pareja predestinada... ¿Quién diablos es el loco aquí?

—Acabas de insultarme.

—No ha sido la primera vez, no sé si lo habrás notado, pero lo hago cada vez que puedo —entrecerró los ojos.

—No tienes respeto por tus mayores.

¿Se estaba burlando de ella?

—Oh, vuelve con tus jodidas cabras, Khalid AlRashid —le soltó pegando una patada en el suelo—. No puedes hacer siempre lo que te dé la gana y esperar que los demás nos pleguemos a tus deseos.

—Soy un lobo alfa, Brenda, estoy acostumbrado a que se haga exactamente eso

—aseguró con abrumadora sinceridad—. Soy *sheikh* de mi tribu, ellos me reconocen como su cabeza de familia, reconocen mi autoría, me respetan y obedecen por ello, es su obligación, como lo es la mía el velar por su seguridad, su bienestar y que nunca falte nada a ninguno de los míos. No puedes echar por tierra las enseñanzas de toda una vida en unos pocos días. Esto es lo que soy, no esperes de mí otra cosa.

—El problema es, Khalid, que yo no soy tu gente —le recordó con firme rotundidad—. Mis patrones mentales no son los de las ovejas... o los lobos.

La miró de arriba abajo y chasqueó la lengua.

—Y con esa determinación y seguridad, sigo sin entender cómo puedes tener todavía tantos temores —comentó con palpable curiosidad—. Deberías haber podido dejar atrás todo lo que te asusta y condiciona mucho antes.

Lo fulminó con la mirada.

—Toda posible mejoría sin duda se ha ido al garete en los últimos dos días gracias a ti.

Le sostuvo la mirada, pero su tono ahora fue tranquilo, sosegado.

—Culpar a otros no hace menor tu culpa ni disminuye el problema.

—Lo hace cuando ese otro es el único responsable de todos esos problemas.

Sacudió la cabeza.

—No soy responsable de los actos de otros que han cometido otras personas, Brenda...

—No, pero sí de los tuyos —bufó y señaló lo obvio—. Y está claro que todo este escenario ha sido cosa tuya. La pregunta es, ¿qué demonios quieres de mí? ¿Volverme más loca de lo que ya estoy?

—Como ya te dije, hay cosas de las que debemos hablar y lo mejor es hacerlo sin interrupciones —admitió sin más—. Este es el lugar perfecto para ello, se respira la tranquilidad que ambos necesitamos.

—Mi tranquilidad se volatilizó en el momento en que bajé del maldito avión y puse los pies en tu país —replicó en tono acusatorio.

—Tu tranquilidad se esfumó mucho tiempo antes, Brenda Rose, y ahora es cuando tienes la posibilidad de recuperarla.

—A veces no sé si tú y yo hablamos el mismo idioma.

Lo vio resoplar.

—Hablamos el mismo idioma, solo hay que saber escuchar.

—Sí, claro —puso los ojos en blanco—. Abuelita, abuelita qué orejas más grandes tienes...

—Son para oírte mejor, querida —replicó, sorprendiéndola con ello.

Resopló. Quería pegarle, quería ahogarlo en esa dichosa charca, lo que fuese para borrar esa expresión satisfecha de su cara.

—Dime la verdad —sacudió la cabeza—. ¿Qué quieres, qué buscas realmente de mí?

No dudó en su respuesta.

—Lo quiero todo, lo busco todo, pero la pregunta correcta sería, ¿qué estás dispuesta a darme?

Le sostuvo la mirada, algo difícil, esos ojos la chamuscaban, la dejaban débil y temblorosa y deseando... ¿qué? ¿A él? ¿Más? No estaba segura de ello.

Sonrió, esos labios se curvaron y, para su sorpresa, lo vio regresar a la tienda y empezar a desvestirse.

—¿Qué estás haciendo?

Su mirada era sincera, caliente e hizo que se le hiciera el estómago un nudo cuando se volvió a mirarla.

—Darte tiempo para encontrar la respuesta a esa pregunta —le dijo sin más y continuó desnudándose—. Hoy promete ser un día bastante caluroso, en el oasis la temperatura suele bajar algunos grados con respecto a la general, pero aun así va a querer refrescarte antes o después. Y a mí me gusta empezar la mañana con un buen baño. ¿Te apuntas?

¿Hablabas en serio? ¿Iba a bañarse? ¿Allí? ¿En pelotas?

—No gracias, yo ya me he bañado...

Las palabras, así como cualquier pensamiento coherente, volaron de un plumazo ante la escena que se desarrollaba delante de sus narices. Se quitó la túnica dejando a la vista un cuerpo perfecto, salpicado de vello oscuro, sus manos descendieron al cordón del pantalón, deshicieron el nudo y se los quitó mostrando que no llevaba nada más que una orgullosa erección que ni se molestó en disimular.

Se lamió los labios, recordaba su cuerpo, recordaba cómo se sentía bajo sus manos, la manera en que se movían esas caderas y...

—¿Admirando las vistas?

Un instantáneo calor se instaló en sus mejillas, apartó la mirada en el acto, pero fue incapaz de moverse, estaba como petrificada.

—No tengo nada que no hayas visto ya —insistió en tono inocente—, y, como puedes volver a comprobar, no me diferencio en nada de un hombre normal.

Bueno, eso era relativo si juzgaba por la magnífica dotación que poseía.

—Si ya has terminado de exhibirte...

Lo oyó soltar un bufido, murmuró algo en árabe y se dirigió con paso decidido hacia el agua. No pudo evitar seguirlo con la mirada, se le secó la boca al ver la amplia espalda surcada por alguna blanquecina cicatriz y esas prietas nalgas. Sus manos se hundieron en el agua solo para deslizarse luego sobre su cuerpo, refrescándole. Las gotas le perlaban la piel mientras el sol se reflejaba en el agua convirtiéndolo en el rey de todos los espejismos, uno del que era incapaz de escapar.

Lo vio sumergirse y emerger de nuevo, las manos resbalando por su pelo, limpiándose la cara, los pectorales y los brazos.

Se licuó por dentro, se le secó la boca y su sexo empezó a palpar de deseo. No podía dejar de mirarlo y él parecía ajeno a tal escrutinio.

Se removió inquieta. Él tenía razón, la mañana había empezado bastante pegajosa

y el calor no había hecho más que aumentar con el paso de las horas. El viaje en coche había sido agotador y el verle ahora allí, bañándose, hacía que le apeteciese a ella también.

—Brenda, piensas demasiado las cosas —escuchó su voz—, no es necesario que busques la respuesta ahora. Sé que tienes calor, quítate la ropa y ven aquí. No hay nada que pueda morderte en el agua.

¿Qué no lo había? Él era un lobo.

—¿Te das cuenta de que te estás bañando en pelotas en un lugar que puede ver cualquiera? —intentó sonar razonable, convencerse a sí misma de ello.

Él se limitó a darle la espalda y continuó disfrutando del chapuzón.

—Este lugar es privado —le informó—. Mi gente lo sabe. No tienes que preocuparte por que alguien más que yo, te vea desnuda.

Se lamió los labios y contempló una vez más el agua.

«*Vamos, compañera, un poquito de valor*».

Dio un salto al escucharle en su cabeza.

—¡Deja de hacer eso! Me... me desconcentras.

La ignoró, ni siquiera respondió en voz alta y eso le dio tiempo para tomar una decisión. Se lamió los labios, volvió a mirar a su alrededor y suspiró.

—De aquí, directa al manicomio —musitó para sí.

Se quitó la camisa y los *shorts*, los dobló con cuidado y los dejó en un lado de la tienda. Le llevó un poco más de tiempo decidirse entre conservar o quitarse la ropa interior, al final, un nuevo vistazo a ese cuerpo hecho para el pecado la decidió por la desnudez total.

—No dejes que me arrepienta —musitó en voz muy baja, no sabía si lo decía para sí misma o para alguien más.

El agua estaba más cálida de lo que había pensado, pero se iba enfriando a medida que avanzaba dentro del charco. El frescor era un bálsamo sobre la caliente piel y disminuía la sofocante temperatura.

Se tomó unos instantes para disfrutar de la peculiar sensación del agua sobre su piel, nunca se había bañado desnuda fuera de la ducha, ni siquiera hacía *topless* y el estar ahora en cueros y al aire libre era una experiencia nueva y excitante, más aún en su compañía.

Se sumergió despacio, dejando que el agua le empapase el pelo para finalmente volver a salir escurriéndose el agua del rostro y encontrándose al momento con esos sagaces y misteriosos ojos puestos sobre su cuerpo.

—Te has quemado con el sol.

Su voz la sobresaltó, ni siquiera le había sentido acercarse, había estado tan concentrada en sí misma y en la maravilla de poder refrescarse que no midió las distancias.

Bajó la mirada sobre sí misma y comprobó que tenía pedazos de piel más rojos que otros, un gran contraste contra sus pechos blancos y su trasero.

—¿Me he quemado?

—Aquí —deslizó un dedo sobre los hombros—, y aquí —le acarició la parte superior de sus pechos al tiempo que bajaba la mirada sobre su cuerpo para luego subir—, y tienes también la cara colorada.

—Tengo tendencia a quemarme con el sol y eso que me he echado protector —aceptó con un suspiro.

—Tienes una piel muy blanca, delicada —comentó recreándose en ella—. Tienes que ser más cuidadosa.

Le sostuvo la mirada.

—¿Qué puedo decir? No esperaba que fueses a arrastrarme por el desierto.

Sacudió la cabeza.

—El desierto está todavía a unos cuantos kilómetros y no es lugar para pasear.

—Coincido totalmente.

La miró con atención, deslizando las manos de sus hombros a sus brazos, acariciándola con la mirada, pero sin tocarla como deseaba que lo hiciese.

Porque lo deseaba. Tanto como le temía en cierto grado, lo deseaba con una intensidad que la angustiaba. No había dejado de hacerlo desde la perrería que le hizo la otra noche, cuando la dejó excitada y sola en el baño.

—¿Qué está perturbando tu mente, Brenda?

—Tú —aceptó con sinceridad—. Y lo que quieres.

Sus caricias ascendieron, le acariciaron la clavícula, el cuello e hicieron que se quedase floja, deseando apoyarse en él.

—Ya sabes lo que quiero —le aseguró—, te lo he dicho hace unos minutos.

Se lamió los labios.

—Sí, quieres todo y no es algo que pueda darte.

Se acercó un poco más a ella, sus cuerpos ahora rozándose, pero todavía no era lo suficiente cerca para ella.

—Repito, ¿qué estás dispuesta a darme?

—¿Un día?

Chasqueó la lengua.

—Quiero más.

Sus ojos marrones se encontraron con los suyos, le acarició la cara con los dedos y se acercó a ella o quizá fuese su propio cuerpo el que se acercó al de él.

—¿Dos días?

Se rio, su palma le acunó la mejilla.

—No hay trato —la miró a los ojos—. Sigue, ¿qué más me ofreces?

—¿Qué es lo que quieres realmente?

No hubo vacilación en su respuesta.

—Todo el tiempo que estemos aquí —replicó en tono serio y sincero—, para empezar, te quiero durante todo el tiempo que permanezcamos en el oasis.

—Eso es demasiado —jadeó al sentir ahora su erección anidada contra su vientre

—, es...

—Es lo que vas a darme —bajó sobre su boca—, lo que ya me has dado una vez y lo que quiero que me des de nuevo.

Respiró en su boca.

—¿Y si no puedo?

—Podrás, compañera...

La rodeó con los brazos, soportando su peso, pegando sus cuerpos de la misma forma que lo hacían sus bocas. Bebió de él tanto como él de ella y se sintió incluso más caliente al sentir esa gruesa erección frotándose contra ella.

—Eres la única que puede —ronroneó, le acarició las nalgas y la instó a rodearle con las piernas la cintura.

Volvió a besarla mientras se introducía en ella sin preámbulos, montándola, deslizándose de su interior solo para volver a salir, marcándola como lo hacía su boca. Fue un encuentro breve pero intenso, lo suficiente para que sus ganas aumentasen y continuasen con ese erótico juego en la tienda, mientras todo a su alrededor entraba en combustión.

CAPÍTULO 26

Khalid no tenía suficiente, probarla no había hecho más que despertar su apetito y desperezar a su lobo. Quería morderla, necesitaba reclamarla, cerrar ya el vínculo que los unía como compañeros, pero sabía que debía ir despacio y no precipitarse. La rendición de Brenda no era total, ni siquiera creía que fuese una rendición sino más bien una claudicación ante él y la necesidad que los superaba a ambos.

Troceó una nueva hoja de aloe y derramó el jugo sobre los quemados hombros allí dónde la camiseta dejaba al descubierto su piel. Extendió la salvia con cuidado, deleitándose en el tacto de su piel, resbalando por sus brazos, sus hombros y su espalda hasta las prietas y redondas nalgas. Jugó con ellas y continuó con sus piernas, las cuales habían sufrido también las inclemencias del sol abrasador de su tierra.

—Aunque disfruto mucho teniéndote desnuda, cuando salgas de la tienda, usarás una túnica —le informó—, tienes que proteger toda esta piel.

—Hmmm.

Su respuesta adormilada lo llevó a sonreír de masculina satisfacción. Así es como quería tenerla, saciada, junto a él, sin discusiones que los llevaran a encontrarse cada dos por tres en un campo de batalla.

Terminó con sus pies, provocándole cosquillas y haciendo que se girase regalándole una magnífica visión de su parte delante.

—Eso huele bien, ¿qué es?

—Aloe —le mostró la hoja de la planta y cortó otro trozo—. Disminuirá la rojez hasta que pueda embadurnarte en otra cosa. Gírate.

Lo hizo sin protestar, mansa, relajada, aunque el deseo todavía burbujeaba en sus venas respondiendo al suyo propio. Su compañera podía ser humana, pero respondía a su deseo y lujuria como lo haría una loba. Podía sentir su confusión, su hambre, oler su necesidad y su disponibilidad haciendo que se endureciese de nuevo.

—Tienes la mirada de un depredador.

Sus palabras lo devolvieron a la realidad.

—Es como me siento —aseguró mirándola sin subterfugios—. Tengo hambre de ti, tanta o más de la que guardas tú por mí. Pero lo primero es lo primero.

Continuó cuidando de sus quemaduras, observando cómo la caliente piel absorbía el líquido hidratándola y dotándola de la humedad que necesitaba. Se deleitó deslizando las manos sobre cada una de sus curvas, por cada recoveco de su cuerpo, en lo bien que olía y en la inesperada paz que encontraba en algo tan sencillo como cuidar de esa mujer.

—Un penique por tus pensamientos.

Bajó la mirada sobre ella y sacudió la cabeza.

—Ofreces muy poco por algo de tanto valor.

Le respondió con una tímida sonrisa.

—En ese caso, tú decidirás si merece que los compartas o no.

—Pienso en cómo te devoraré a continuación —la acarició, siguiendo las caricias de sus manos con la mirada—, en cómo deseo ver de nuevo la pasión en tus ojos, en cómo me apretarás cuando esté dentro de ti y en cómo jadearás pidiendo más mientras gritas mi nombre.

La sintió estremecerse bajo él.

—Y todo ello se ajusta a mis deseos y a lo que deseo de ti, lo que quiero de ti —aseguró bajando la boca sobre la suya, rozándole los labios, esperando a que abriese voluntariamente la boca para poseer su voluntad—. Eres una cosita fogosa a la par que obstinada.

Puso los ojos en blanco.

—Me viene de familia —declaró, entonces añadió—. Lo de obstinada, quiero decir.

Se rio entre dientes.

—Sí, puedo imaginarme de qué rama te viene —aseguró divertido ante la respuesta de la chica—. Blake es tan obstinado o más que tú.

—Más, sin duda mucho más —aseguró con una mueca, entonces se relajó, acercándose más a él—. Es curiosa la forma en que funciona la vida.

—Curiosa e incomprensible la mayor parte del tiempo —añadió deslizando de nuevo las manos sobre su cuerpo, aplicándole más aloe—. Pero esa es la manera en la que funcionan las cosas.

—Tiendes a creer en el destino, ¿no? —la sorprendió con su comentario.

—¿Qué te ha llevado a pensar en eso?

—La forma en la que hablas sobre la trascendencia de las cosas, la manera en que llegan —se encogió de hombros. Sus ojos se encontraron y le sonrió con tibieza, una sonrisa que había visto muy poco en sus labios—. Cuéntame algo de ti.

—¿Algo como qué?

No vaciló, tampoco lo hicieron sus ojos.

—Algo que nunca le hayas contado a nadie.

—Si no se lo he contado a nadie, ¿qué te hace pensar que te lo diré a ti?

Ladeó la cabeza y negó.

—No lo sé —aceptó—, supongo que necesito entender por qué eres cómo eres, por qué eres quién eres. Nadie puede actuar las veinticuatro horas. Te he visto con tu familia, con tu príncipe, con tu pueblo... pero, ¿quién es realmente Khalid?

—El hombre que ves ahora mismo ante ti —respondió resbalando las manos sobre sus brazos, inclinándose sobre ella—, el que te está dando el mejor masaje de tu vida.

Se echó a reír y sonrió con ella.

—Sí, ego sin duda tienes para aburrir.

Sacudió la cabeza, la besó en los labios y giró la cabeza para indicarle el exterior

de la tienda con un golpe de barbilla.

—Hay un motivo por el que me gusta este lugar, por el que me gusta salir a correr por la noche por las ya frías arenas del desierto y tenderme sobre las silenciosas y solitarias colinas a contemplar las estrellas —comentó extrayendo las palabras de sus recuerdos—, en ese momento, estoy conmigo mismo, la quietud que lo envuelve todo se adueña de mi lobo y calma la fiebre animal que vive en mi interior y deja que mi alma humana viaje a través del tiempo a lugares en los que solo moran mis antepasados. En momentos como esos, me siento libre de toda atadura y esa libertad me es un bien muy preciado, *habibity*.

Se detuvo en seco, parpadeó y bajó de nuevo la mirada sobre la mujer que permanecía a su lado, su compañera.

—Tienes muchas responsabilidades —comentó ella ajena a su inesperado e imperceptible sobresalto—. Tu familia, los aldeanos, tu... tribu... ¿dónde encuentras la fuerza para levantarte cada mañana y enfrentarte al mundo sabiendo lo que te espera en él?

—Porque toda esa gente que has enumerado, cuenta conmigo, Brenda, creen en mí y en mi liderazgo —le acarició el rostro—. Saben que si me necesitan, estoy justo ahí, que si están heridos, intentaré ayudarles, que si alguien los abandona, yo los acogeré... ¿No es lo mismo que sentiste tú cuando encontraste a ese pequeño cachorro desvalido y necesitado de ayuda?

Sabía que ese había sido un momento de inflexión para ella, un instante demasiado importante como para permitirle que lo olvidase o lo hiciese a un lado.

—Hubo un tiempo en que era así... pero ahora... ya no estoy segura de nada.

—Debes buscar esa respuesta —le aconsejó—. Quizá una vez que la tengas descubras que puedes aplicarla a más cosas de tu vida y le conceda esa seguridad que has perdido.

—Hablas como mi hermano.

—En ciertos aspectos nos parecemos mucho, en otros... somos como el día y la noche.

—¿Tú tienes un culo peludo y él no?

Se rio entre dientes.

—Principalmente.

Sacudió la cabeza y suspiró. Podía notar que empezaba a agobiarse, pero era capaz de salir del atolladero ella sola.

—Blake nunca me habló de Zulema —murmuró optando por cambiar de tema—. No es que haya tenido mucho contacto con él en los últimos meses, la verdad sea dicha, pero algo como esto es... importante y no lo compartió conmigo.

Y esa falta de confianza le escocía. Brenda era una muchacha necesitada de afecto, privada de confianza y a pesar de ello, era lo bastante fuerte como para seguir adelante con su vida y luchar contra monstruos y pesadillas.

—Conozco a tu hermano desde hace años, mi gente lo rescató tras un atentado al

convoy médico del que formaba parte —le permitió conocer ese pequeño detalle de la vida de un hombre que, aunque ella no fuese consciente de ello, la adoraba—. Sé que no ha contado esto a nadie, pero deberías saberlo pues quizá así lo entiendas mejor el motivo por el que te mandó aquí. En ese atentado murieron varios compañeros suyos, de hecho, él fue el único superviviente, ni siquiera recuerda cómo consiguió llegar tan lejos de la zona siniestrada, pero allí fue dónde lo encontraron. Blake se siente responsable de haber sido el único en salir con vida, dada la naturaleza de su espíritu es un hombre compasivo, siempre piensa en los demás antes que en sí mismo y eso, según creo, tiene mucho que ver con lo que quiera que esté afectando a su vínculo de pareja con Zulema. Hay algo que le impide reconciliarse consigo mismo y con la felicidad que tiene al alcance de la mano.

—Ese vínculo es como...

«¿El nuestro? Sí, en esencia, es lo mismo».

Se sobresaltó, lo notó por la repentina tensión que notó bajo sus manos.

—¿Y qué ocurre cuando no funciona? ¿Qué pasa si... no sé, no se llevan bien, descubren que no son compatibles, que ya no se soportan o se cansan el uno del otro?

La miró intentando ver más allá de sus palabras, porque sabía que había algo, lo intuía y su lobo estaba convencido de ello.

—¿Eso es lo que te pasó a ti?

La sorpresa y la culpabilidad atravesaron su mirada a la velocidad de la luz dejando claro que había dado en el clavo.

—No eras virgen cuando nos conocimos, ni tampoco inexperta —le soltó sin anestesia. No tenía intención de andarse por las ramas, era su compañera y, si bien no tenía el más mínimo interés en saber cuántos hombres habían pasado antes de él por su vida, sí quería conocer el motivo por el que le tenía tanto miedo al hecho de depender de alguien, de sentir algo más que lujuria—, así que obviamente, has tenido que tener al menos un amante.

—Eres muy directo, ¿los lobos saben lo que es el tacto?

—Preferimos el gusto o el olfato —se encogió de hombros.

—No es eso lo que...

—Para saber a dónde vamos, tenemos que saber de dónde venimos —la interrumpió—. Yo quiero saber de dónde vienes tú para entender quién eres y hacia dónde vas.

—Todo lo que necesitas entender es que fue un auténtico capullo, me di cuenta de ello a tiempo y supe pasar página —sentenció de manera rápida e incómoda.

—Y esa es una forma inteligente de enfrentarse a la vida —la tranquilizó—. Lo inteligente es saber que se ha cometido un error, de ese modo, no vuelves a tropezar de nuevo con esa piedra... o a perseguir el mismo conejo.

—Me gustan tus metáforas lupinas —sonrió—, pero me gustaría aún más que me dieras una respuesta a la primera pregunta que te hice.

—Cuando se forja nuestro vínculo, se produce una especie de... unión entre la

pareja —buscó la forma de dar explicación a algo que él aún empezaba a descubrir por sí mismo—. Una unión bastante intensa... —deslizó la mano sobre su pierna desnuda, subiendo hacia el muslo. No podía evitar desearla, ya estaba duro y la quería de nuevo—. Al principio, puede ser un poco intenso, la necesidad de estar... juntos, de tocarse, de saber que tienes a tu compañera cerca es bastante acuciante... pero con el paso del tiempo se va relajando la cosa y se hace más soportable seguir con la rutina de siempre.

—¿Por qué me da la sensación de que estás hablando de algo que has oído?

Sonrió, esa muchachita suya era muy avispada.

—Porque es la primera vez que me emparejo y, hasta ahora, creo que nos hemos saltado buena parte de las reglas básicas —se encogió de hombros—. Esta atracción —deslizó la mano en el interior del muslo haciéndola jadear—, el deseo, la fervorosa necesidad, debería haber estado en ambos desde el minuto uno... desde esa noche en la que una traviesa cortesana me ató al cabezal de la cama.

Se sonrojó, estaba avergonzada.

—¿Podemos correr un tupido velo también sobre eso?

Negó con la cabeza.

—El caso es que no fue así, no supe quién eras hasta que te vi en el aeropuerto —aceptó. Estaba confundido por ese pasado episodio—. Ni siquiera sabía que se hubiese creado ya el vínculo entre compañeros... No sé, Brenda, dicen que cada emparejamiento es distinto.

—Entonces, los resultados de las elecciones de cada pareja también podrían serlo, ¿no?

Sabía a dónde quería llegar o por lo menos lo intuía.

—No. La esencia al final es la misma, son dos mitades que se reúnen después de mucho tiempo —comentó—, con lo que separarlas... ya sea a la fuerza o por propia voluntad, es doloroso. Los lobos nos emparejamos de por vida, perder a nuestra compañera es como perder parte de nosotros mismos.

—Le estás dando un enfoque un tanto romántico a todo esto.

Se rio, no pudo evitarlo, que lo acusase a él de darle un enfoque romántico a algo tan físico y químico como un emparejamiento, era realmente divertido.

—¿He dicho algo gracioso?

—En realidad sí —confesó y deslizó la mano que tenía entre las piernas femeninas hacia arriba, acariciándola—. Nunca he mencionado el amor. Esto es más bien cuestión de química, deseo, lujuria...

Jadeó, su pequeño cuerpo se arqueó sobre la alfombra.

—Una pareja de compañeros ha de basarse en el respeto mutuo, en la lealtad y la fidelidad —defendió su postura, pero por la misma razón por la que antes había vacilado, ahora sus palabras no le sonaban tan firmes como siempre—. Es natural que el tiempo traiga consigo el cariño, pero no considero indispensable el amor.

—¿No crees en el amor?

Se inclinó sobre ella y le acarició el pezón con la lengua, sus dedos sumergiéndose ya en el calor entre sus piernas.

—Nunca me he enamorado —murmuró contra su pecho, la succionó en su boca y luego la soltó—, y no es algo que quiera hacer.

Brenda se contorsionó bajo él, gimiendo, deshaciéndose de placer en una contagiosa cadencia.

—No es algo que puedas decidir hacer o no, simplemente ocurre.

Abandonó sus apetitosos pechos y pasó a su boca.

—No si puedo evitarlo —declaró con firmeza, bajó sobre su boca y empezó a besarla con hambre—. Ahora deja de hablar y gime para mí.

No quería pensar en algo que no tenía intención de permitir que sucediese. ¿Qué era el amor sino una forma de ponerse en ridículo y hacer cosas estúpidas? La quería como compañera, iba a respetarla y serle fiel, eso tendría sería suficiente para ambos, ¿verdad?

Sacudió mentalmente la cabeza, le separó las piernas y la penetró, ya estaba más que listo para tomarla otra vez y perderse en esa mojada calidez que lo volvía loco.

Su lobo se desperezó dispuesto a compartir ese juego de placer, su lado salvaje quería más, quería que lo dejase salir a jugar y reclamarla como solo un lobo alfa reclamaba a una hembra, pero ese momento todavía no había llegado.

La poseyó una vez más, disfrutó de su cuerpo, de sus gemidos, de las uñas que se le clavaban en la piel y aulló de placer.

CAPÍTULO 27

—Entonces, ¿te marchas ya?

Blake levantó la cabeza del macuto y contempló a su compañera. La nueva doctora había hecho un magnífico trabajo en el quirófano después de haber puesto a caer de un burro a todos los presentes. No era muy querida por el resto de los voluntarios, probablemente por el carácter hosco y tajante con el que solía responder a la gente, pero por experiencia sabía que no había que juzgar a alguien por las apariencias.

—Mis primeras vacaciones de verdad en... ni siquiera lo recuerdo.

Sonrió, un gesto que no llegó a iluminarle los ojos. Miró alrededor y luego a fuera, el calor de los últimos días había sido agotador, pero eso no impedía que hiciesen el trabajo por el que habían decidido unirse a Médicos del Mundo.

—Yo ni siquiera conozco esa palabra.

Rio en respuesta y continuó con su tarea.

—¿Puedo preguntar quién es ella?

La pregunta lo cogió por sorpresa, ladeó la cabeza y se encontró con sus ojos.

—¿Qué te hace pensar que se trata de una mujer?

Lo miró de arriba abajo con abierto descaso.

—Porque si fueses gay sería un verdadero desperdicio, Santoro —aseguró con profunda sinceridad.

Asintió divertido.

—Buen punto.

—¿Entonces?

Su interés lo puso alerta. No era la primera vez que alguna compañera de trabajo se interesaba en él, pero hacía tiempo que él había cerrado dicha puerta.

—Es una mujer —aceptó esperando que eso la disuadiese de intentar algo más—, una muy importante.

Se detuvo a su lado y asintió.

—Entonces no la hagas esperar —le dijo pasando por su lado—. Y recuérdale todos los días lo afortunado que eres por tenerla en tu vida.

Cerró la cremallera del macuto y la contempló en silencio, había una melancolía en ella que le llamaba la atención. Fijándose bien se daba cuenta de que era mucho más joven de lo que parecía, quizá de la edad que su propia hermana.

—Esa es mi intención —comentó sin saber siquiera por qué confesaba aquello—, eso y pedirle perdón por comportarme como un completo idiota y haberla hecho sufrir cuando no se lo merecía.

La mujer se giró entonces hacia él y cuando sonrió, pareció una persona distinta.

—Suerte —le dijo ella y desapareció por la parte de atrás de la tienda.

Blake se quedó mirando unos instantes el lugar en el que había estado la mujer con una sensación extraña. Sacudiendo la cabeza, recogió su macuto y se lo echó al hombro, comprobó que no le quedaba nada en lo que había sido su alojamiento de los últimos meses y salió para encontrarse con el misionero que se había ofrecido a llevarlo hasta el aeropuerto.

Sabía que había cometido una enorme lista de errores a lo largo de este último año, pero el mayor de ellos era no darse cuenta de que por mucho que lo intentase, era imposible huir del amor.

Tenía una loba a la que recuperar, solo esperaba que no fuese demasiado tarde.

CAPÍTULO 28

Después de la primera noche contemplando las estrellas, tuvo que admitir que Khalid tenía razón, no había nada más hermoso y más relajante. Los tres días que llevaban acampando como nómadas en una tienda les estaba permitiendo conocerse en profundidad, dejar a un lado las pullas y las acusaciones y disfrutar de la vida en general.

Brenda nunca se había considerado una mujer rural, le gustaba bastante la ciudad, pero, no sabía si era por la compañía, por la gastronomía o porque no tenía que pensar en nada más que en el aquí y el ahora, esos días a solas con él se estaban convirtiendo en algo inolvidable.

El calor asfixiante del día empezaba a decaer hacia media tarde, para ese momento era necesario encender la fogata que les daría luz y calor mientras retozaban frente al fuego o en el suelo de la tienda. Otras veces se conformaban con estar uno al lado del otro, mirando el cielo estrellado, riendo y tratando de adivinar cuál era cada constelación. En esos momentos el mundo parecía detenerse, un momento durar una eternidad y los miedos que había arrastrado con ella dejaban de tener sentido.

—¿Estás muy callado?

Murmuró girando sobre sí misma para encontrarse con su mirada. Vestida con tan solo una túnica, pues había sido una tontería volver a ponerse la ropa interior cuando él no se la dejaba puesta demasiado tiempo, descansaba tranquila al calor de la lumbre.

—Estaba pensando.

Se apoyó en el brazo.

—¿Puedo preguntar en qué?

—En mi familia —aceptó con un suspiro—. En mis padres, en mis hermanas... en mi hermano Malik... en cómo cada uno de ellos tomaron sus propias decisiones y a dónde las han conducido estas.

—Zulema me dijo que perdisteis a vuestros padres cuando erais tan solo unos niños.

Aquella había sido una de las cosas de las que había hablado su cuñada en los momentos en que habían estado a solas en la casa, anécdotas que habían surgido en la comunión de dos mujeres.

—Zule es la mayor de los cuatro, pero al ser mujer, el que heredó el título de la tribu fui yo —contestó—. Ella tenía veinte años cuando perdimos a mi padre. Yo contaba con dieciséis y los más pequeños, Charisma y Malik, siete y seis respectivamente. Éramos unos críos y mi hermana tuvo que hacerse cargo de todos.

—¿Tu madre...?

—Murió dos meses antes de que lo hiciese mi padre.

La forma brusca con la que le dio aquella respuesta la dejó helada. Casi podía decir que había odio o rencor en sus palabras.

Como si se hubiese dado cuenta de su reacción, suspiró y se giró hacia ella.

—Lo siento, no es por ti, es solo, no me gusta hablar de esto —aceptó y parecía incómodo con ello—. Es algo... demasiado personal.

—No es necesario que digas nada, yo solo...

Negó de nuevo.

—No, está bien. Hay cosas que tienen que salir a la luz, que deben decirse para que dejen de tener el peso que tienen —aseguró y la miró—. Y tú has demostrado ser buena oyente.

Sonrió de soslayo.

—Tengo un buen par de oídos.

Asintió y continuó.

—Mi padre era un lobo fuerte o eso creía yo. Siempre lo he visto como la figura perfecta, el modelo que quería seguir y, como *sheikh*, lo es —aseguró convencido—. Era un hombre sabio, justo, equitativo. Era capaz de quitarse hasta su propia camisa y dársela a alguien más si la necesitaba. Pero también estaba muy enamorado de mi madre. La adoraba por encima de todo, creo que incluso de sus propios hijos.

Se detuvo para encontrar una posición más cómoda.

—Ambos fueron buenos padres, no puedo reprocharle eso a ninguno de ellos —aceptó—. Nos quisieron a todos por igual, nos educaron y protegieron, pero...

Sacudió la cabeza.

—Para que veas que los lobos somos como cualquier otra raza, a mi madre le diagnosticaron leucemia en fase avanzada —comentó mirándola—. Ella era una loba fuerte, muy querida por su tribu, una mujer con voz y voto en el consejo, era la consejera perfecta y tan querida como mi padre. A veces, he llegado a pensar que tenía más voz ella que él en los asuntos de la tribu. Como fuese... esa fortaleza no pudo con la enfermedad.

—Lo siento mucho, Khalid —se sentó, le cogió la mano y se la apretó.

Él no la miraba, estaba sumido en sus propios pensamientos, en sus recuerdos.

—Mi padre no pudo soportar su pérdida —declaró ahora con voz fría, baja, casi carente de expresión—. Una vez le pregunté por qué lloraba... fue la primera vez en mi vida que lo vi llorar y me dijo que porque su corazón había dejado de latir el mismo día en que su compañera abandonó este mundo. Yo sabía que se habían querido, vi ese amor como lo vieron todos... Lo he visto en mi hermana Charisma y en Zulema... pero, el final siempre ha sido tan amargo que...

Sacudió la cabeza y la miró.

—Siempre he sabido que antes o después encontraría a mi compañera —continuó y se incorporó también, quedándose sentado—. La respetaría, la trataría con cortesía, la protegería con mi propia vida y le sería fiel, el tiempo traería el cariño... pero no la

amaría.

No supo que decir ante esa admisión.

—¿Por eso dices que no crees en el amor?

—He visto lo que puede hacer en alguien que tiene una gran responsabilidad, lo que puede quitarle —negó con la cabeza—. No sé si yo podría enfrentarme a algo así, dejar a mis hijos solos... Mi primogénito varón será el próximo *sheikh* o, en caso de no tener hijos, esa responsabilidad caería sobre Malik. ¿Qué derecho tengo a dejar todo el peso de una tribu sobre los hombros de un niño?

Hijos. Khalid pensaba ya en los hijos que un día tendría con su... compañera.

—No tiene por qué ocurrir lo mismo.

Asintió, sabía que era una posibilidad.

—Lo sé —suspiró—. Pero también sé lo que ocurre cuando dos compañeros se separan, Brenda, y no es algo agradable.

Sabía que estaba hablando de su hermano y Zulema.

—Tú no eres responsable de las decisiones de los demás.

—No, pero lo soy de las mías —aceptó y fue muy franco—. Y tú eres mi compañera, lo que nos deja en el mismo punto muerto.

Abrió la y volvió a cerrarla, ¿qué podía decir? Él parecía no esperar respuesta alguna, pues se levantó y empezó a caminar hacia la charca.

—¿Khalid?

Lo vio empezar a desnudarse. No tenía intención de meterse en el agua ahora, ¿no?

—No estarás pensando en bañarte ahora.

Sonrió de soslayo y negó con la cabeza, pero se quitó los pantalones.

—No, compañera, pero necesito alejarme de ti un rato o todo esto se nos irá de las manos.

Levantó la cabeza al verle caminar hacia ella.

—¿Qué? ¿Qué vas a hacer? ¿A dónde...?

Le cubrió un dedo con los labios.

—Cuando vuelva, serás mía —declaró, su voz oscura, sus ojos sobrenaturales—, y entonces entenderás lo que significa ser la compañera de un lobo y un alfa.

—Pero...

No la dejó hablar, la besó con fuerza y brusquedad, pero eso más que molestarla o asustarla la excitó.

Ante sus ojos, el hombre se convirtió en el enorme lobo, sacudió el pelaje, se restregó contra ella arrebatándole el aliento.

«No huyas de mí, Brenda, o tendré que darte caza».

Las palabras resonaron en su cabeza, sus ojos se encontraron con los del animal un instante antes de que girase sobre sus patas y se perdiese en la oscuridad.

Lo último que escuchó fue un sonoro aullido que le aceleró el corazón.

—¿Huir? —murmuró llevándose la mano al pecho—. Estúpidamente quiero

correr hacia ti. ¿Cómo de loca me hace estar eso?

CAPÍTULO 29

Brenda no era capaz de quitarse esa imagen de la cabeza. Si cerraba los ojos la veía detrás de los párpados, el momento exacto en que lo vio cambiar y en lugar del hombre apareció el lobo. Si bien era un hecho que ya había presenciado con anterioridad, esta ocasión había sido distinta; el miedo que siempre acompañaba a esa presencia lupina no había hecho acto de presencia.

Oh, sí, se había tensado, ¿cómo no hacerlo si asistes a algo que solo podría existir en los libros o en el cine? ¿Cómo no contener el aliento cuando escuchabas una voz, su voz, en la cabeza y sabías que le pertenecía a él y solo a él?

El hombre se había convertido en un lobo, aquel cuyas caricias todavía recordaba su piel, aquel que había hecho suya la paciencia para explicarle quién y qué era, que había hecho hasta lo imposible por borrar el miedo de sus ojos e instarla a encontrarse de nuevo a sí misma.

Esos últimos días había conocido a otro Khalid, al hombre que estaba más allá del *sheikh*, más allá del lobo y que al mismo tiempo había representado a los dos. Sí, se habían pasado mucho tiempo jugando dentro y fuera del agua, había algo en él que la encendía, que la hacía arder y desearle con frenesí, pero también habían compartido momentos junto al fuego, paseando, recorriendo el oasis, charlando sobre sus respectivas vidas.

«*No huyas de mí, Brenda, o tendré que darte caza*».

No podía evitar recordar su mirada, el ansia predatoria que había visto y le había provocado un estremecimiento de placer. Estaba loca, no había otra explicación para describir lo caliente que la habían puesto sus palabras, el miedo que le habían provocado solo parecía una mueca en todo el conjunto en comparación.

Esa era la otra parte de ese hombre, la que se convertía en ese impresionante ejemplar con el color del oscuro desierto, la única demasiado parecida a sus pesadillas y que al mismo tiempo la atraía con malsana locura.

Respiró hondo y alimentó el fuego. El agitar las cenizas hizo que se levantasen algunas ascuas, que la leña crepitase y la distrajese de sus pensamientos. Miró a su alrededor, aguzó el oído, pero no escuchó nada, sabía que estaba ahí fuera, quizá corriendo por el desierto, quizá vigilándola desde las sombras... La incertidumbre la mantenía al borde, atenta y nerviosa. Quería que volviese, quería que estuviese allí a su lado pues ese no era un tipo de soledad que desease.

Se levantó, era incapaz de mantenerse más tiempo quieta en el mismo sitio, empezó a caminar de un lado a otro, se acercó al borde de la charca y contempló absorta como la luz de la luz se reflejaba en el pozo oscuro que formaba ese espejo.

—¿Dónde estás?

Un leve sonido a su derecha, otro un poco más a su izquierda, los ruidos adquirían

otra dimensión en plena noche y a la intemperie.

—¿Khalid?

Sintió su presencia incluso antes de escuchar un nuevo sonido y ver dos ojos amarillos emergiendo de las sombras. Se giró como un resorte, la silueta empezó a tomar forma bajo la luz de la luna y las danzarinas llamas de la lumbre hasta encontrarse con un enorme ejemplar lupino de color arena salpicada de negro caminando hacia ella.

Se quedó quieta, era incapaz de hacer otra cosa que mirarle. La rosada lengua emergió de entre sus fauces para lamerse la nariz, las orejas se movieron espasmódicamente, pero eran sus ojos los que, fijos en los de ella, la mantenían presa de un extraño hechizo.

«*Compañera*».

Su voz sonó más ronca, más oscura, animal y le provocó un estremecimiento. Apretó inadvertidamente los muslos al sentir como su sexo empezaba a palpar, empezó a respirar más rápido y jugaría que incluso podía escuchar los latidos de su propio corazón en los oídos.

«*Hueles tan bien*».

Se estremeció ante sus palabras, pero no sintió miedo, todo lo que podía hacer era sostener esa mirada hasta que estuvieron cara a cara. Él le llegaba casi a la cintura, era un ejemplar grandísimo y sabía que si decidía atacarla no podría hacer nada.

«*Mía*».

Un susurro, una sencilla admisión tan oscura y erótica que la dejó sin aire. Y entonces ocurrió de nuevo, el lobo empezó a perder su forma y ante ella emergió de nuevo él. Sus ojos seguían siendo inhumanos, pero había inteligencia en ellos, poco a poco empezaron a aclararse y adquirir su aspecto normal.

—Deberías haberte quedado en la tienda...

—No creí que unos pocos metros supusiesen una diferencia —murmuró.

Era incapaz de apartar la mirada de él, con cada nuevo paso que daba hacia ella, su corazón se aceleraba, la sangre se le espesaba en las venas y se le hacía la boca agua.

—¿Qué te dije si salías?

Su voz era ronca, mucho más profunda de lo habitual.

—¿Khalid?

—¿Me tienes miedo, Brenda?

Negó con la cabeza.

—No.

Entrecerró los ojos y la recorrió con abierta mirada predatoria.

—Bien, porque te necesito —masculló acechándola—, tengo hambre de ti, mucha hambre...

Tragó.

—¿No podemos hablarlo?

Gruñó y no pudo evitar sobresaltarse.

—Ya hemos hablado bastante, compañera —declaró con voz rasgada—, es hora de poner punto y final a toda esta persecución sin sentido.

Retrocedió, era algo instintivo, especialmente cuando él daba un paso hacia delante por cada uno que ella daba hacia atrás. La acechó, la persiguió cuando empezó a correr solo para capturarla y empujarla contra el tronco de una palmera dejándole notar su rugosidad mientras la demandante boca descendía sobre la suya y se la devoraba.

No fue tierno, sus manos la ciñeron, se deshicieron de su ropa, tiraron, desgarraron, hizo a un lado todo lo que le estorbaba para llegar a ella. En un abrir y cerrar de ojos le había separado las piernas y se introdujo en su interior con fuerza. Sentía sus dedos hundiéndosele en las nalgas, sujetándole en cada embate y hundiéndose en ella una y otra vez, acariciándola con su cuerpo, follándosela sin más.

El pensamiento salió volando, cualquier posible negativa o reticencia se esfumó y le rodeó el cuello con los brazos, sujetándose a él, envolviendo las piernas alrededor de su cintura para disfrutar de esa cabalgada delirante.

—Khalid —jadeó su nombre, reconociéndole, reconociendo al hombre que era, deseándolo sin trabas.

—Eres mía, Brenda —murmuró su nombre con esa suave cadencia, entonces deslizó la boca sobre su cuello, le besó el hueco del hombro y la mordió.

«Mía, compañera, solo mía».

El dolor fue ardiente y fugaz, se mezcló con su voz, pero sonaba más intensa y en su cabeza. Se excitó aún más, su cuerpo reaccionó al instante, su sexo lo aprisionó y gimió ante la dura sensación de tenerle dentro, empotrándola contra el tronco del árbol, buscando su placer al tiempo que lo ofrecía.

Se derritió, se entregó por completo, correspondió a su pasión y salvajismo con uno que ni siquiera era consciente de que estuviese en su interior. Sabía cosas sin siquiera preguntarlas, reconoció y sintió al lobo bajo su piel y no le temió, sino que sintió deseo por él. Nada tenía sentido y, al mismo tiempo, todo parecía asentarse.

—Khalid —pronunció su nombre.

Sintió su boca lamiéndola en el hombro, depositando un beso para luego continuar con su boca.

—Relájate —le susurró—, soy yo...

Se lamió los labios y lo miró a los ojos.

—Lo sé.

—Bien —replicó besándola de nuevo en los labios, succionándole el labio inferior antes de chuparle la lengua disfrutando del beso sin dejar de mecerse contra ella—. No necesitas más.

Empujó con más fuerza, podía notar cómo se empotraba contra el tronco con sus embestidas, la noche tiñéndose con sus jadeos y el aroma del sexo hasta que todo su mundo explotó en un demoledor orgasmo.

No estaba segura del tiempo que pasó, ni siquiera de cómo terminó con los pies en el suelo, pero ese cuerpo la sostenía, entreteniéndose en sacarle los restos de la túnica por la cabeza sin que opusiese resistencia alguna.

—¿Qué...?

—¿Estoy haciendo? —terminó por ella—. Quitarte la ropa.

Sí, eso era obvio y, aun así.

—¿Por qué?

—Porque todavía no he acabado contigo, porque deseo empujarte al suelo sobre manos y rodillas y follarte desde atrás...

Su sexo palpitó, sus palabras obraban en su cuerpo como un maldito afrodisíaco.

—Cosa que haré tan pronto te tenga dentro de la tienda.

Abrió la boca, pero le tapó los labios con un dedo.

—Solo juega conmigo, compañera, por esta noche, no busquemos nada más.

La besó y ese fue solo el principio de una salvaje e inolvidable noche.

CAPÍTULO 30

—¿En qué piensas?

Ladeó la cabeza para poder mirarle, aquello era todo lo que pensaba hacer.

—¿Qué te hace pensar que estoy pensando en algo?

Se incorporó sobre un codo y la recorrió con perezosa mirada.

—El hecho de que no estés durmiendo, sigas tumbada a mi lado y no hayas protestado ni una sola vez por la... desinhibida forma en la que hemos follado.

Imitó su gesto y lo miró. Tan desnudo como ella, tibio, tranquilo y saciado se limitaba a servirle de colchón y acariciarla. Su placidez y relajación contrastaba con la rigidez y estirados modales que parecía exhibir cuando iba vestido.

Entrecerró los ojos y lo miró.

—¿Tenías esto en mente desde el principio?

—No —aceptó con sinceridad—. No tenía pensado dejar salir a mi lobo, estaba tan desesperado por ti como yo mismo.

Deslizó la mano sobre su cuerpo, acariciándola, palpándola.

—¿Te sientes bien?

Se estiró y deslizó la pierna sobre la suya.

—Tan bien como puede sentirse alguien cuando le duele de una manera deliciosa partes del cuerpo que ni siquiera sabía que tenía —aceptó con cierta timidez—. Sí, estoy bien.

La miró como si estuviese dilucidando si le decía la verdad o le mentía.

—Soy lo que soy —declaró entonces—, y la de arriba, tiene bastante parte de culpa.

Frunció el ceño y levantó la mirada hacia el cielo. La noche ya iba terminando para dar paso al amanecer, pero la luna se veía en el horizonte.

—¿La luna?

Asintió.

—La luna llena suele tener cierto influjo sobre mi naturaleza lupina, digamos que... la dispara —carraspeó—. Me disculpo por mi conducta poco racional...

No pudo evitarlo, se echó a reír.

—Ay, Khalid, debes de ser el primer hombre...

—Lobo...

—... sobre la faz de la tierra que se disculpa por haber sido deliciosamente salvaje en la cama.

Resopló, un sonido muy masculino.

—No me estoy disculpando por follarte como un loco, sino por no haberte puesto sobre aviso —aclaró—. Esta es otra de esas cosas sobre el comportamiento del emparejamiento del que no tenía constancia.

No pudo evitarlo, parecía tan mono con ese gesto altanero que se inclinó sobre él y le besó los labios.

—No tienes que disculparte cuando yo también lo he disfrutado.

Sacudió la cabeza, hundió la mano en su pelo y profundizó el beso.

—Mi cometido y buenas intenciones se han ido al garete contigo, tu hermano va a matarme —comentó rompiendo el beso—. Le dije que cuidaría de ti.

Puso los ojos en blanco.

—Si quieres seguir, así como estás, conmigo como manta, yo que tú no mencionaría a mi hermano —replicó con un mohín.

La miró con gesto curioso.

—¿No has vuelto a hablar con él desde que llegaste?

Resopló y optó por acostarse a su lado.

—No he encontrado el momento.

—Mentirosa.

Resopló.

—Y tampoco he querido —aceptó con sinceridad—. La verdad es que no sabría qué decirle. Me mintió, Khalid, desde el principio sabía a dónde me enviaba y con quién.

—Hizo lo que hizo por tu bienestar —lo defendió él—, lo demás... ninguno sabía lo que iba a pasar y, puedo asegurarte que no le hizo demasiada ilusión que fueses mi compañera.

Se incorporó de nuevo.

—¿Le dijiste que yo era tu compañera?

Su tono indignado lo llevó a sonreír. Deslizó la mano sobre su hombro y la besó allí.

—¿De qué sirve ocultar una verdad que antes o después se sabría?

Abrió la boca y volvió a cerrarla.

—Eres mi compañera —insistió, empujándola contra la alfombra, cubriéndola parcialmente con su cuerpo—, estás emparejada conmigo y eso es todo lo que necesita preocuparte ahora mismo.

Sus palabras le provocaron un nudo en el estómago y optó por la salida fácil.

—Solo ha sido sexo... —replicó—. Vale, sexo del bueno, pero sexo a fin de cuentas... y eres un lobo.

—Algo que parece haber superado —replicó acariciándole la cadera.

Hizo una mueca e intentó apartarse, pero él no le dejó.

—No me has dado otra salida —se quejó—. Este lugar parece una jodida reserva con lobos por doquier.

Bajó sobre ella, aprisionándola con su cuerpo.

—Tú solo tendrás que preocuparte de uno; yo.

Y él era una preocupación tan enorme como el jodido desierto, una que, a pesar de todo, encontraba *sexy*, caliente y muy atractiva.

—Las cosas no son tan sencillas como las planteas —puso sus preocupaciones en voz alta—. ¿La locura en la que me encuentro sumergida?

Aflojó su presión para permitirle cierta movilidad.

—Entiendo que necesitarás tiempo para adaptarte a este vínculo y a mí —le concedió sin más—. Que necesitarás de guía y que tendré que tener paciencia contigo.

No pudo evitar reír ante la arrogancia presente en su voz y la seguridad con la que marcaba cada palabra.

—¿Te resultan graciosas mis palabras?

Le miró y se dio el lujo de deslizar los dedos por su pecho, jugando con el vello de su oscura piel.

—No entraré a catalogar tus palabras, *sheikh* —intentó ser políticamente correcta—. Pero sí diré que tu arrogancia me resulta graciosa, al menos, en este momento. He aprendido algunas cosas sobre ti estos días, pero el considerarte chistoso, no es una de ellas.

Sin mediar palabra, la atrajo hacia él, le separó las piernas y la penetró despacio dejándola sin respiración.

—¿Y cuáles son esas cosas que crees haber aprendido sobre mí, compañera? —movió las caderas, clavándola al suelo—. Enuméralas.

Jadeó al sentirle de nuevo entrando en ella, llenándola, consumiéndola y despertando de nuevo el placer.

—No puedes esperar que... oh joder... no... ni hablar... ay dios...

Sonrió. Esa sonrisa traviesa, burlona y *sexy* que recién empezaba a asomar en sus labios.

—Sí, claro que puedo —empujó un poco más, sosteniendo su propio peso con los brazos—, y quiero que me lo digas ahora. ¿Cuál es la primera?

Gimió.

—Khalid, no puedes...

Se retiró casi por completo y la penetró de nuevo con fuerza.

—Habla, Brenda.

—¡Eres un mandón! —jadeó arqueándose bajo él—. No haces más que dar órdenes... ay dios...

Le acarició la oreja con los labios.

—¿Y qué más?

—Eso ocupa la mayor parte... oh dios...

«*Concéntrate, Brenda Rose, ¿qué más?*».

Se estremeció de placer, su voz resonando en el interior de su cabeza.

—Eres jodidamente *sexy*...

Se rio.

«*Dime más...*».

—Y arrogante, muy arrogante...

Le mordisqueó el lóbulo de la oreja.

—No lo negaré.

Gimió.

—Me estoy quedando sin aire.

—Pues respira —le acarició el arco de la oreja con la lengua.

—¡No me dejas! —chilló retorciéndose debajo de él—. Me consumes, eres demasiado... intenso.

Bajó por su garganta y empezó a mordisquearla.

—Tú también eres intensa —mordisquito—, respondona, terca —mordisquito—, liberal y me resultas muy atractiva y deliciosa.

La besó en la boca, succionando su lengua y enlazándola con la suya.

—Tú también me pareces sorprendente —jadeó desesperada—, y me gustarás mucho más aún si te mueves.

Lo escuchó reír contra su garganta antes de mordisquearla de nuevo.

—Te gustaré igualmente haga lo que haga —declaró empujando de nuevo en su interior—, tu cuerpo lo sabe...

La estaba volviendo loca.

—Tienes un morro que te lo pisas... —farfulló.

—No, no soy tan torpe...

—No hablo de tu culo peludo —chilló sin poder evitarlo.

—Lo sé... —la besó de nuevo.

—Eres irritante...

—No es verdad, solo que te molesta no poder salirte con la tuya —aseguró divertido. Ese maldito se lo estaba pasando en grande mientras la volvía loca manteniéndola al borde—. Y ahora no te saldrás...

—¿Quieres dejar la charla y follarme? —suplicó—. Por favor.

Chasqueó la lengua.

—Vamos a tener que hacer algo con tu impaciencia, Brenda Rose —la atrajo hacia él, sentándola a ahorcajadas en su propio regazo—, pero hasta entonces, vas a gritar para mí.

Y lo hizo, vaya si lo hizo, él se encargó de ello, de que gritase su nombre una y otra vez.

CAPÍTULO 31

—¿Esto es un mordisco?

Levantó la mirada de la bolsa en la que había estado buceando y la miró. De espaldas a él, vestida con sus *shorts* y una camiseta que dejaba muy poco a la imaginación, se contorsionaba se contorsionaba intentando ver la herida que tenía sobre el hombro.

—¿Me... me has mordido?

Dejó la bolsa y caminó hacia ella, quedándose a su espalda, acechándola sin llegar a tocarla. Parecía tan frágil, tan inocente, tan pequeña que le daba miedo que se rompiera. Sin embargo, sabía que no era así. Ella era fuerte, se había enfrentado a su lobo y se había sometido a él con tanto placer como desafío.

—Si me dices que me puedes transmitir la rabia, te castro ahora mismo.

Tal insinuación lo llevó a gruñir, su lobo levantó la nariz ofendido.

—Mi pueblo no transmite ese tipo de enfermedades caninas.

—¿Y de otro tipo?

Acarició la marca que tanto le preocupaba, la que habían dejado sus colmillos sobre el hombro. La marca que la reclamaba como suya, su compañera y pareja alfa.

—No, Brenda Rose, no te transmitiré ninguna enfermedad que deba preocuparte.

Arrugó la nariz y volvió a mirar su hombro.

—¿Y otras cosas? —insistió mirándose la herida—. Como me salga también pelo y cola... juro que te mato.

Puso los ojos en blanco. Esa mujer poseía una imaginación desbordante.

—No has nacido loba, así que no vas a convertirte en una por arte de magia —bajó sobre su hombro, le lamió la herida y le sopló la enrojecida marca—. Eres y seguirás siendo una bonita e irritante muchachita humana.

Lo miró de soslayo.

—¿Irritante?

Se encogió de hombros con sencillez.

—Lo eres y mucho —corroboró—, pero es parte de tu encanto.

—Solo tú pensarías algo como eso —sacudió la cabeza y volvió a tocarse la herida—. ¿Por qué lo has hecho? Y espero una respuesta algo más extendida que un simple «*me apetecía*», porque no es una costumbre que me guste. Duele, ¿sabes? Y me está volviendo loca el picor.

—Quería que llevaras mi marca —declaró tocando la herida con la punta del dedo—. Algo que te recuerde a quién perteneces.

—Pertenecer es una palabra demasiado fuerte —rezongó incómoda.

—Y también tenía ganas de ti —se relamió, aspirando su aroma—. De hecho, sigo teniendo ganas de ti.

Esas mejillas se colorearon y la encontró atractiva, deseable. Sabía que esa atracción inmediata, el ferviente deseo obedecía a su reciente emparejamiento.

—Estás haciendo que mi vida sea más y más complicada por momentos —resopló—, y no sé si quiero o puedo afrontar este tipo de complicaciones ahora mismo.

«*Ya no hay marcha atrás, solo podemos seguir hacia delante*».

Hizo una mueca al escucharle en su mente.

—Corres demasiado —suspiró, parecía bastante sobrepasada, como si no fuese capaz de comprender que ella era suya—. Apenas estoy aceptando, y lo digo entre comillas, que eres un lobo y lo que eso supone.

—Que aceptes mi naturaleza, es un buen comienzo —aceptó. Sabía lo que eso significaba para ella, el paso que suponía—. Es mucho más de lo que habrías podido pensar que conseguirías cuando llegaste hace unos días.

Asintió lentamente, sabía que era un logro y lo veía como tal, pero había algo más que no le contaba, algo que parecía preocuparla.

—Algo te preocupa, ¿qué es?

Sus ojos le dijeron que había dado en el clavo.

—¿Qué te hace pensar que algo me preocupa?

Sacudió la cabeza.

—Conmigo no juegues a ese juego, pequeña —la amonestó con suavidad—. Te siento, te huelo, sé que estás preocupada y también molesta por algo... ¿qué es?

—Hay cosas que simplemente no están hechas para compartir —le dijo sorprendiéndole con su negativa—, o para las que todavía no es el momento.

Y tenía que aceptar sus palabras como válidas, pues era un hecho que él compartía.

—Me has arrastrado a algo para lo que no sé si estoy preparada...

—Lo estarás.

—... y que no tiene garantías para que salga... bien.

—Lo hará —le aseguró. Buscó su mirada y se la sostuvo—. Lo principal lo tenemos...

Ella enarcó una ceja con palpable ironía.

—¿Sexo?

Se rio. No podía culparla por suponer lo obvio.

—Es mucho más que deseo —le aseguró, pero el hecho de que se fijase en sus tetas no era de mucha ayuda.

Sus labios se curvaron con pereza y esa pequeña traviesa soltó un par de botones para recalcar su respuesta.

—Es sexo...

Se relamió. Ya podía imaginarse degustando uno de esos deliciosos pechos.

—Siempre es un buen comienzo el tener algo en común.

Sacudió la cabeza, pero eso no evitó que siguiese deshaciéndose de los botones

hasta mostrar que no llevaba nada debajo de la camiseta.

—Eres mayor que yo —le soltó—, se acabaron las cosas en común.

Enarcó una ceja, estaba realmente divertido.

—Eso no ha parecido preocuparte lo más mínimo.

Se abrió la prenda y dejó sus pechos expuestos.

—Tu cultura no es la mía —replicó.

La miró.

—La mía es muy flexible en lo que a ti respecta.

Cuando intentó tocarla, se alejó de él, le dio la espalda y dejó que la camiseta cayese al suelo.

—Odio el calor.

La madre que... ¿Estaba intentando seducirle o sacarle de quicio?

—Yo creo que te hace gemir —se detuvo detrás de ella y le acarició la espalda con las manos.

—No ese calor... —le miró por encima del hombro y se apartó para girarse hacia él—. ¿Ves? A esto es a lo que me refiero. Deseo, lujuria, sexo... sí, nos llevamos genial en la cama, pero, ¿es eso suficiente para lo que esperas de mí?

Se detuvo, sus palabras, el tono de su voz, la clave de todo estaba allí, pero qué... La comprensión lo golpeó.

—No quiero nada más.

La forma en que se tensó fue suficiente respuesta.

—Brenda...

Sacudió la cabeza, le dio la espalda, se quitó los *shorts* y se fue hacia la charca.

«Brenda, detente ahora mismo».

Vio cómo su paso vacilaba, obviamente lo había escuchado alto y claro.

—Tengo calor, voy a darme un baño.

No, no le permitiría escapar así. Caminó hacia ella, la cogió por el brazo y la detuvo.

—Mírame —le estaba evitando—. Pequeña, mírame.

Lo hizo y su mirada ahora estaba apagada, casi triste, pero no había ni una sola lágrima. Gracias a dios.

—No puedo ofrecerte algo que... no siento —le dijo con aplastante sinceridad—. Sé que te deseo, que eres lo que necesito y como mi compañera siempre me tendrás.

Levantó un poco la mirada.

—No te estoy pidiendo un romance...

—Bien, porque yo no sé nada de amor.

Se mordió el labio inferior.

—Pero no puedo decir que, si seguimos juntos, no pueda llegar a pedírtelo con el tiempo —le dijo con voz quebrada—, que yo no... que yo no me enamore de ti.

—No voy a prohibirte que lo hagas.

Bufó y utilizó la ironía para escudarse como solía hacer.

—Añadamos egocéntrico a la lista.

Le cogió el rostro entre las manos y se acercó a ella.

—Te has encontrado con un *sheikh* del desierto, el egocentrismo va con el cargo, al igual que la pasión —buscó sus ojos—. Y como dije, es una buena forma de empezar.

—¿Por qué estás tan seguro de ello?

Le acarició las mejillas con los pulgares.

—Porque soy, por encima de todo, un hombre que sabe lo que quiere —declaró con firmeza—, y tú eres lo que yo quiero, lo que deseo.

Hubo un momento de silencio, entonces dejó caer una losa sobre él.

—¿Y si esto no es lo que yo deseo?

—Entonces, con todo el dolor de mi corazón y a riesgo de la muerte de mi alma, te dejaré ir.

Y lo haría, era un lobo de palabra y si ella no era feliz a su lado, la dejaría ir. No sería como su padre, no ataría a nadie a su lado para verla languidecer. Intentaría conservarla y, si con el tiempo veía que ella no era feliz a su lado, que no podía darle la estabilidad que necesitaba, la dejaría ir.

—¿Puedes encontrar el valor necesario para intentarlo, Brenda Rose?

Respiró hondo y asintió.

—Tendré que hacerlo.

CAPÍTULO 32

Había algo delicioso y erótico en la manera en la que se movía una mujer, una elegante cadencia en los pasos que daba sobre unos altísimos tacones, pero todo aquello se hacía mucho más importante cuando veías su rostro y te dabas cuenta de que era la única que tenía el poder para salvarte la vida o condenarte al infierno.

Seguía de espaldas a él, lo que le dio la oportunidad de contemplar a placer a la mujer. Su compañera, su amante, su loba. Una hembra que le había sorbido el seso, que hacía que se pusiese duro con tan solo su presencia y a la que había alejado de su lado por miedo y egoísmo.

No había querido enamorarse de ella, si hubiese sido inteligente, se habría marchado nada más conocerla, pero el deseo había estado presente, un hambre desconocida y la sensación de que ella era todo lo que necesitaba en el mundo.

Tenía que haber sospechado, tenía que haber escuchado a Khalid, pero el destino era una perra dispuesta a morderle.

Se llevó la mano con gesto distraído al hombro, dónde conservaba una pequeña cicatriz que lo marcaba como compañero de una loba. Se relamió por dentro al verla, todo su cuerpo cobró vida y con él llegó también la intensidad y el dolor que provocaba una extensa separación.

Le dolían los dedos por tocarla, su sexo se hinchaba por ella y solo por ella y, antes de ser consciente de lo que estaba haciendo, atravesó la puerta pronunciando su nombre.

—Zulema.

Notó su temblor, la esperanza en su mirada cuando la posó sobre él y ese dulce rostro le devolvió un poco de la vida que había perdido durante los últimos tiempos.

—¿Blake?

Hakim había cumplido con su palabra, no le había dicho que era él quien llegaba. Se había compinchado con el primo de su compañera y beta de la tribu para orquestar esta reunión, pues intuía que ella no aceptaría si no lo hacía de esta manera.

La había herido, en su ignorancia y egoísmo le había hecho mucho daño. Su separación casi acaba con él, pero tenía que haber sido mucho peor para ella.

Esos intensos y sorprendidos ojos marrones se clavaron en él. Estaba preciosa, con el pelo suelto sobre los hombros y vestida con esa manera occidental que tanto le gustaba. Era lo mejor de dos mundos en uno solo y era suya.

Acortó la distancia entre los dos hasta detenerse delante de ella.

—Tenemos que hablar.

Abrió la boca, miró a su alrededor y sacudió la cabeza. Estaba visiblemente confundida.

—¿Qué haces aquí? Se suponía que no llegarías hasta dentro de un par de

semanas.

¿Podía ser una mujer ser más bonita y tierna que esta? Si le preguntaban a él, diría que no.

—Khalid no está al tanto de mi visita, ha sido una decisión de última hora —comentó—. Supongo que ya has conocido a mi hermana.

La mujer parpadeó y asintió.

—Sí —aceptó y lo miró—. Sí, por fin la he conocido.

Una ligera acusación, una que se merecía al cien por cien.

—Te pediría perdón por habértelo ocultado, pero para eso debería empezar primero con otras cosas y...

Negó con la cabeza.

—Tú tienes tus motivos, como yo tengo los míos —lo atajó. No quería escuchar sus excusas.

—Zule...

Sacudió de nuevo la cabeza y lo miró.

—Enviaste a una niña asustada, marcada por el pasado y el terror al seno de una manada de lobos —era una acusación en toda regla—. No ha sido fácil para ella...

—Lo sé...

—Pero creo que se está adaptando.

—Me alegro.

—Khalid se la ha llevado al desierto...

Y aquello era algo que en verdad no quería saber. No quería pensar en su mejor amigo y en su hermana juntos, ni en un millón de años. Eso era otra cosa que tenía que digerir, algo que no había esperado que sucediese cuando envió a su hermanita a Al-Hasa.

—Zulema, no estoy aquí por Brenda —la atajó, cogiéndola de nuevo con la guardia baja—. Lo estoy por ti.

La expresión que vio en su rostro y las emociones que cruzaron por sus ojos le estrujó el corazón.

«¿Es demasiado tarde, Zule?».

Ella se sobresaltó, su mirada se fijó en la suya.

—¿Lo es? —preguntó ella en voz alta.

—Por tu dios y el mío espero que no, *habibity*, espero que no.

Una solitaria lágrima se deslizó por la tersa mejilla de su compañera, podía notar su incomodidad, su miedo en cierto modo e hizo lo único que podía, aquello por lo que llevaba tiempo muriéndose de nostalgia; la abrazó.

—¿Me dejarás volver a tu lado, lobita?

Ella le abrazó, rodeándole la cintura con los brazos, ahogando sus sollozos contra su pecho.

—¿Por qué has tardado tanto?

Porque había sido un cabrón egoísta, alguien que pensó que manteniéndose lejos

podría solucionar las cosas y no se dio cuenta de que lo único que estaba haciendo era condenar su amor.

CAPÍTULO 33

Esa mañana juraría que el aire tenía un aroma distinto, el sol no brillaban con tanta fuerza y los sonidos ambientales parecían enmudecidos. Brenda bajó la mirada al suelo, a la arena bajo sus pies, a la línea de hierbajos que salpicaba los bordes de la charca y a las altas palmeras cuyas copas le hacían de techo. A su espalda estaba la tienda beduina en la que había pasado los últimos días y en cuyo interior se habían creados sueños imposibles de olvidar.

Levantó el rostro hacia el cielo y esperó que los rayos del sol la calentasen, que sacudiesen el temor que se había instalado en su interior ante esas palabras.

«Entonces, con todo el dolor de mi corazón y a riesgo de la muerte de mi alma, te dejaré ir».

¿Qué podía decir una mujer ante una declaración semejante? ¿Cómo esperaba que la interpretase?

«No puedo ofrecerte algo que no siento. Sé que te deseo, que eres lo que necesito y como mi compañera siempre me tendrás».

No se le podía acusar de falta de claridad, de no ser sincero, pero, ¿era suficiente? ¿Lo sería a largo plazo?

Ni siquiera sabía si habría un a largo plazo, apenas si podía hacerse cargo del aquí y ahora como para pensar en el mañana.

—¿Por qué tuve que venir aquí? ¿Por qué he dejado que ocurriese?

Cerró los ojos y se obligó a respirar. Podía sentirle cerca, de una forma que no podía explicar sabía que no estaba lejos y que podría alcanzarle con tan solo un pensamiento a pesar de no estar físicamente con ella. Se llevó la mano al hombro que dejaba descubierto la túnica y tocó con los dedos la pequeña cicatriz desigual que le rompía la piel.

Sabía que esa pequeña marca era lo que marcaba la diferencia, lo que hacía las cosas incluso más complicadas, la que hacía que toda su vida hubiese cambiado por completo en un abrir y cerrar de ojos.

«Quiero volver a casa».

Las palabras se formaron en su mente antes de que pudiese pensárselo mejor.

«¿Qué ocurre, Brenda?».

Su respuesta fue inmediata, su tono más profundo que de costumbre, acariciado por la fuerza animal que vivía en su interior y que ahora ocupaba su alma.

«Necesito volver».

Necesitaba salir de ese oasis, dejar atrás los espejismos para intentar enfrentarse de nuevo a la realidad y ver si todavía era capaz de vivir en ella.

«Por favor».

Notó como una suave caricia en su mente y las lágrimas aparecieron en sus ojos

sin invitación.

«Llegaré en unos quince minutos».

Ese extraño canal se enmudeció, pero no lo hicieron así sus oídos, los cuales escucharon el lejano sonido de un aullido lobuno. Se estremeció de los pies a la cabeza, se rodeó con los brazos y se obligó a respirar. Ya no le tenía miedo, al menos no de una forma irracional, pero todavía recelaba del lobo, en especial cuando le hacía perrerías como la de esa mañana.

Nunca le había parecido la tienda tan pequeña como cuando esa mole peluda entró en ella y la sorprendió todavía en la cama. Acababa de despertarse y se estaba despezando cuando escuchó la voz de Khalid.

«Voy a salir a estirar las patas un rato. Si me necesitas, solo piensa en lo que quieres decirme y te oiré».

—Vale —había respondido somnolienta, pensando que estaría fuera de la tienda, tan sexy como podía serlo en su forma humana—. Ve a perseguir conejos un rato, sí. Lo que sea y yo dormiré otro poquito... buenas noches.

Se dejó caer de nuevo sobre las mantas dispuesta a hacer eso, dormir. La noche había sido tan intensa como las anteriores, llena de pasión, sexo y poco descanso.

«No deberías dormir por el día, se te descompensará el sueño».

—Pues por la noche cierto mosquito no me deja dormir.

Escuchó un fuerte resoplido bastante canino.

«¿Acabas de llamarme mosquito, compañera?».

Sonrió para sí, le encantaba cómo se ponía cuando le tocaba la fibra orgullosa.

—No te preocupes, me gusta que me piques...

Pero no era un mosquito, era un lobo, un lobo con muy malos modales como pudo comprobar cuando tiró de la colcha dejándola desnuda, y una enorme manta de pelo ocupó su lugar mientras una babosa y caliente lengua le lavaba la cara.

Habría jurado que lo dejó sordo con sus gritos, el temor se había mezclado con la sorpresa, el sueño se esfumó al instante bajo una nueva inyección de adrenalina que la llevó a revolverse debajo de él y chillar como una loca mientras esa suave y húmeda lengua le lavaba el rostro para toda la vida.

—Basta... oh dios... para... *puaj*... eso son babas... basta... ¡Khalid!

El asalto de lengüetazos se detuvo el tiempo suficiente para permitirle abrir los ojos y encontrarse con esa enorme cabeza peluda que le paró el corazón en el acto.

«Respira».

Sacudió la cabeza.

—No puedo.

«Sí, puedes».

Volvió a negar y empujó con las manos hundidas en toda esa caliente piel.

—No, no puedo cuando me estás aplastando —gimió.

La liberó de su peso, pero solo un poco, no salió de encima de ella.

«Buenos días».

Lo fulminó con la mirada.

—¿Buenos días? ¿Te parece a ti esta la manera de dar los buenos días? —protestó empujándole de nuevo—. Dios, quítate de encima. Sal. Ahora. Como me pique alguna de tus pulgas.

Un bufido, se incorporó y dio un paso atrás, liberándola de su peso.

«*Esta mañana estás insultante*».

—¡Y tú como un perro salido! —lo acusó con el dedo.

El lobo movió las orejas e incluso juraría que lo vio poner los ojos en blanco.

«*El término correcto es lobo y no estoy salido. Estoy muy, pero que muy relajado*».

Se incorporó sobre sus cuatro patas y se sacudió de la cabeza a la cola.

«*Y ahora que ya estás despierta y no en coma, puedo irme a correr un rato*».

—¡Serás hijo de... de perra!

Le dio la espalda, sacudió la cola y saltó fuera de la tienda para echar a correr y perderse más allá de su línea de visión.

Si todavía guardaba algo de miedo hacia los lobos, ese maldito hombre iba a quitárselo a base de ataques al corazón y lengüetazos.

Sacudió la cabeza y regresó a la tienda. Una vez pasado el susto inicial tenía que admitir que se había quedado maravillada, toda esa piel, ese calor, había sido una sensación indescriptible contra su cuerpo desnudo. Él era como un enorme peluche vivo y calentito y, mal que le pesara, le habría gustado estar lo suficiente lúcida para poder disfrutarlo un poquito más. Ahora sí, a poder ser, totalmente vestida.

—No sé cómo no me he vuelto loca todavía —dejó escapar un profundo suspiro—. Estoy segura de que, lo que me ha pasado a mí estos días, no le ha pasado a nadie. Pero que digo, si alguien lo cuenta, lo encierran y tiran la llave.

Deambuló por la tienda un rato para dejarse caer a continuación en uno de los almohadones y picotear un poco de fruta. Estaba cansada, pero se trataba de un cansancio que iba mucho más allá de lo físico. Necesitaba volver a la civilización, hablar con alguien más que ese pomposo *sheikh*, alguien que pudiese arrojar un poco de luz a esa amalgama de emociones que se agitaban en su interior.

Se dejó caer de espaldas y suspiró.

—Un lobo, de todos los hombres disponibles en el universo, he tenido que ir a medio enamorarme de un lobo.

Decirlo en voz alta le ayudaba a asimilar algo que le parecía tan imposible como absurdo. Apenas le conocía, solo habían convivido unos cuantos días y el sexo era casi el núcleo de su relación. Así que ¿cómo diablos podía sentir algo por él?

—No, no es amor —se dijo a sí misma en voz alta, dejando que las palabras resonasen en la tienda—. Una no puede enamorarse en un par de días. Es lujuria, sí, es lujuria y unas ganas locas de arrancarle la piel a tiras cuando se pone en modo capullo.

Cerró los ojos y se obligó a respirar, la herida del hombro empezó a cosquillearle

de nuevo. Era como un vivo recordatorio de que su vida era mucho más complicada de lo que pensaba, que nada era tan sencillo de explicar.

—Su compañera —se acarició la zona—, la compañera de un lobo. Su pareja.

Echó la cabeza hacia atrás y gritó con todas sus fuerzas. Necesitaba desahogarse, necesitaba liberarse de toda la tensión que llevaba en su interior.

«¿Brenda? ¿Qué ocurre?».

Resopló al escucharle en la cabeza.

«Tú. Tú eres lo que ocurre».

Casi podía verlo fruncir el ceño de esa manera tan suya.

«No lo entiendo».

No pudo evitar echarse a reír.

«Bien, porque yo tampoco».

Un nuevo silencio, pero él seguía allí, no había dejado esa vía de comunicación.

«Has gritado. ¿Estás bien?».

Resopló y se incorporó de golpe.

«He gritado porque no puedo aullar». Le soltó hastiada. «Sí. Estoy bien. Necesito desahogarme, eso es todo».

Ahora fue él quien suspiró.

«Te agradecería que me informases de estas aficiones tuyas antes de que termine con más canas negras de las que ya tengo».

Sacudió la cabeza y optó por ignorarle. No tenía ganas de continuar con esa conversación.

Se dio la vuelta y quedó ahora boca abajo, cruzó los tobillos y los levantó en el aire en un breve ejercicio. Hablar de aquella manera con él la ponía muy nerviosa, la forma en que sus palabras hacían eco en su mente le daba algo parecido a un dolor de cabeza; no le gustaba.

Dejó escapar un bajo resoplido y estaba a punto de cerrar los ojos cuando escuchó la melodía de un móvil.

Era la primera vez en casi una semana que escuchaba algo así. Khalid le había hecho apagar incluso el suyo, no quería interrupciones y no las habían tenido hasta ahora. Guiada por el sonido, buscó por la tienda hasta dar con el teléfono de su compañero.

«Khalid. Está sonando tu teléfono, ¿estás muy lejos?».

«A cinco minutos. ¿Quién es?».

Miró el identificador y frunció el ceño.

«¿Por qué demonios tienes un teléfono con letras árabes? No tengo ni idea de lo que pone».

Lo escuchó reír en su mente.

«Es el teléfono que tengo aquí. Responde y si no te hablan en inglés, cuelga».

Dicho eso, cortó la comunicación.

—Cojonudo, ahora también hago de secretaria.

Sacudió la cabeza y atendió a la llamada.

—Ha llamado usted al teléfono del *sheikh* AlRashid, acaba de decirme que, si no habla inglés, cuelgue y vuelva a llamar más tarde —soltó en su mejor tono de teleoperadora.

Una carcajada atravesó la línea del teléfono.

—Me alegra oír que sigues viva, Brenda Rose —reconoció la voz de Hakim con ese marcado acento—. ¿Tu compañero no anda cerca?

—Está sacándose a pasear a sí mismo —respondió con palpable ironía.

—Um, eso me lo apunto —el chico parecía estar pasándose muy bien a su costa—. Le prometí que no os interrumpiría a menos que fuese algo importante.

Se tensó. Su primer pensamiento fue para la familia de Khalid.

—¿Zulema está bien? ¿Charisma? ¿Le ha pasado algo a Malik?

Se hizo un leve silencio en la línea antes de que volviese a hablar y, esta vez, parecía haber cierto orgullo en su voz.

—Tu familia está bien, mejor que bien en algunos aspectos —declaró de nuevo con ese tono jocosos—. De hecho, mi llamada era para los dos. Tu hermano ya ha llegado a Al-Hasa.

Blake estaba allí. La noticia la emocionó, pero también le provocó un inesperado ataque de ansiedad.

—Esa comadreja del desierto... —siseó—. Se suponía que no llegaría hasta final de mes.

—Alguien ha hecho que adelantase su viaje —canturreó—. Solo dile a Khalid que la paz ha vuelto a su hogar.

Dicho aquello cortó la llamada dejándola escuchando la interrupción de la línea.

—Me ha colgado el teléfono...

Miró el aparato como si fuese un objeto extraño, sacudió la cabeza y lo devolvió a su lugar.

—Blake —murmuró el nombre de su hermano en voz alta, intentando asimilar lo que estaba pasando.

Su hermano estaba en Al-Hasa. Ese cabronazo estaba allí, en la casa de Khalid, dónde vivía su propia compañera, una mujer de la que no había sabido nada hasta que ella misma se presentó como tal.

«*Alguien ha hecho que adelantase su viaje*».

Si bien no le había cogido el teléfono después de esa primera conversación en la que se dedicó a gritarle de todo, creía conocerlo lo suficiente para saber que no adelantaría su visita si no fuese por una razón de peso.

—Zulema.

La respuesta era clara.

—¿Le ha pasado algo a mi hermana?

La inesperada aparición de Khalid la llevó a dar un salto en el lugar en el que estaba. Se llevó la mano al corazón y se giró para verlo, desnudo, cómo no, con el

pelo revuelto y la sombra de su lobo todavía en los ojos.

—Era Hakim —le informó—. Me ha pedido que te diga que la paz ha vuelto a tu hogar.

Los ojos marrones de su compañero acusaron cierto grado de sorpresa.

—Y que mi hermano está en Al-Hasa.

Un enorme y aliviado suspiro emergió de los labios del recién llegado antes de que estos se curvasen en una sonrisa.

—Y parece que al fin nuestros antepasados han escuchado nuestras plegarias.

Enarcó una ceja ante su enigmática respuesta.

—¿Quieres explicármelo?

Caminó hacia ella y la abrazó, su boca se encontró a medio camino y la besó hasta dejarla sin sentido.

—Después —la bajó sobre la alfombra—. Ahora tengo ganas de ti.

Debería protestar, debería patalear, empujarle y decirle que no podía existir solo sexo entre ellos. Pero cuando la tocaba, cuando la besaba de esa forma, su cuerpo respondía, su cerebro se hacía papilla y solo podía gemir de placer.

CAPÍTULO 34

—Es increíble cómo todo puede cambiar en un instante.

Estaba lloviendo, lo que había comenzado como una soleada y calurosa mañana en un abrir y cerrar de ojos se había tornado en un increíble chaparrón que lo había mojado todo, realzando los aromas y dotando el aire de una ligera humedad que resultaba de lo más agradable. Apenas se habían dado cuenta de ello hasta que las primeras gotas empezaron a entrar en la tienda y su caliente amante se vio obligado a dejar los juegos y cerrar las cortinas que servían de puerta.

La tienda estaba construida para soportar tanto el calor como la lluvia, así que el agua se quedó fuera mientras ellos continuaban acostados, saciados y tranquilos en su refugio.

—Las tormentas estacionales son típicas en esta época del año —comentó girándose de lado para mirarla y dedicarle toda su atención—. Esta ha sido una de las más livianas.

—El aire huele distinto, los aromas parecen haberse agudizado...

—La tierra mojada tiene su propio aroma —respondió deslizando la mano sobre su espalda, acariciándola con pereza—. ¿Te gusta?

La pregunta la sorprendió, pero no era la primera vez.

Esa última semana había sido un continuo viaje de aprendizaje, uno en el que ambos habían aprendido a conocerse, dónde la sinceridad había sido la consigna y la paciencia la clave de todo. Khalid podía ser insoportable y arrogante, pero también era paciente, tierno a su manera y poseía una paz interior que resultaba contagiosa y a menudo le servía de apoyo para encontrar la suya propia y no terminar a gritos.

—Sí, la verdad es que sí, me gusta —aceptó apoyándose en él—. Prefiero con mucho este frescor al asfixiante calor.

Lo escuchó reír por lo bajo un segundo antes de sentirse rodeada por sus brazos.

—Lleva un tiempo acostumbrarse —aceptó con la practicidad de un hombre acostumbrado a salirse con la suya—. Te acostumbrarás si te quedas el tiempo suficiente.

Su comentario hizo que lo mirase, aquella no era la primera vez que hacía alusión a su continuidad en Al-Hasa o al hecho de que deseaba que se quedase junto a él.

Esos días también los habían dedicado a hablar y casi podría jurar que nunca había hablado con un hombre tanto como con él. A través de sus palabras conoció su infancia, lo que significaba su pueblo y, tras un poco de insistencia y algunos trucos femeninos, le había hablado también de su hermana, de la historia existente entre Blake y ella así como de la ignorancia del motivo por el que la pareja hubiesen elegido distanciarse.

—¿Crees que las cosas entre Blake y Zule se habrán arreglado?

Khalid la miró con esos exóticos ojos marrones y dejó escapar un suave suspiro.

—Solo sé que si alguien puede arreglar lo que quiera que se haya roto, son ellos dos —aceptó con sencillez—. No es natural entre compañeros el permanecer tanto tiempo separados.

—¿Por qué no?

—Porque la distancia duele —la miró a los ojos—, física y psicológicamente. Somos lobos, necesitamos de la unidad, de la familia, estamos acostumbrados a vivir en manada o al menos junto a nuestros compañeros. La separación, ya sea física o emocional, es como una barrera que siembra incertidumbre, temor e incomprensión.

—Pero mi hermano no lo es.

—No, pero está vinculado a una —se movió para poder mantener ese control sin el que parecía sentirse desnudo—. Y eso hace que sea uno de nosotros.

Bajó la mirada sobre su cuerpo, deteniéndose sobre su seno izquierdo.

—Una vez que nos emparejamos, que el vínculo se crea, somos dos mitades de un todo —deslizó los dedos sobre su pecho, acariciando la zona del corazón—, uno puede ser el lobo, pero el otro es su alma.

Levantó la cabeza y la miró.

—He visto en los ojos de Zulema e incluso lo he notado en Blake —comentó sin dejar de mirarla—, y no es algo que quiera experimentar, ni dejarte experimentar a ti.

—Mi vida se paró hace algo más de un año —murmuró poniendo en palabras la realidad a la que se enfrentaba—. El tiempo que he pasado aquí, me ha ayudado como nunca pensé que lo haría, pero no puedo... no sé si podría...

—Tu vida se paró hace un año y ya es hora de que vuelva a ponerse en funcionamiento —lo atajó él con total seriedad—. Esta no es más que una parada en medio del desierto, un oasis en el que descansar y sanar, en el que volver a conectar con quién eres, lo sé, Brenda. Pero también sé que esta parada ha cambiado el ritmo de la mía y, cuando ambas vuelvan a ponerse en movimiento, tendré que buscar la mejor manera para encajar ambas.

Bajó la mirada.

—Pero no eres tú el único que tiene que hacer concesiones —negó, eso era algo que tenía claro. No quería que nadie se sacrificase por ella, que cambiase por ella—. Esto... este vínculo tuyo...

—Nuestro.

—... también me afecta a mí. Yo también estoy en este... oasis... —utilizó su misma metáfora—. Pero no sé si podré permanecer en él, no si quiero... retomar mi vida.

—Eres mi compañera —le recordó y lo decía como si eso lo explicase todo—, formas parte de mí como yo de ti. Ya iremos viendo las cosas a medida vayan viniendo.

Había muchas decisiones por tomar, mucho que sopesar. Su mundo era muy distinto al suyo, su cultura un salto de fe demasiado grande, ¿cómo podían llegar a

encajar? Una cosa era disfrutar del ahora, de una aventura porque era algo finito, algo que no condicionaría a ninguno de los dos, pero, ¿y si ella no podía quedarse? ¿Y si no podía adaptarse? ¿Y si deseaba volver a la vida que había tenido?

Necesitaba saberlo, aún si su respuesta acababa con sus sueños, tenía que tenerla.

—¿Y si decido irme? —se incorporó hasta quedar sentada, la colcha se escurrió formando un charco alrededor de la cintura, dejándola desnuda ante él, expuesta y no solo físicamente—. ¿Y si no puedo quedarme?

Se incorporó a su vez, pero no la miró, se sentó y contempló la suave lluvia que se veía a través de la rendija de la cortina.

—Lo que he hecho toda mi vida —respondió y se giró a ella—, seguir mis instintos. Soy nómada, Brenda, mi hogar está allá dónde esté mi familia y mi corazón.

Parpadeó sorprendida por su respuesta. Sabía que era un hombre cabal y práctico, pero no podía olvidar que había toda una tribu que dependía de él.

—Pero, tendrías que renunciar a quién eres, dejar atrás a la gente que depende de ti.

Sonrió al tiempo que dejaba escapar un bajo resoplido y negó la cabeza.

—Todavía no lo entiendes, compañera —levantó la mano y le acarició la mejilla—. Soy quién soy porque así estaba escrito, porque esos son mis orígenes y estoy orgulloso de ellos, pero el lugar en el que esté no cambia ese hecho, no cambia lo que soy y seré hasta el día de mi muerte.

No. Nunca dejaría de ser lo que era porque lo llevaba en la sangre. Era un dirigente por naturaleza, un hombre responsable de la gente a su cuidado. Poseía el mayor oasis de la tierra, uno en el que vivían infinidad de familias, dónde nadie era juzgado por sus creencias o por el tono de su piel, dónde un humilde pastor abría sus puertas a una completa extraña, dónde un jeque no dudaba en remangarse y ayudar en las tareas más insignificantes. Él era el oasis de los deseos de muchas personas, el lugar dónde las pesadillas se convertían en enormes lobos lametones o con tablillas que daban la bienvenida.

—Nunca renunciaré a lo que soy, Brenda —concluyó con sencillez—, pero tampoco renunciaré a ti. Tendremos que hacer algunas concesiones por ambas partes y ver a dónde nos conduce la vida.

Y esa era la concesión más grande que podía hacer alguien por ella.

—Yo tampoco quiero renunciar a lo que soy, si es que todavía puedo recordarlo...

Le acunó la cara con ambas manos, manteniendo así su mirada en la de ella, impidiéndole escapar.

—Lo recordarás, seguirás adelante y te convertirás en lo que quieras ser —le aseguró—. No importa el lugar que elijas, sabré conformarme si sé que estás cerca de mí.

Suspiró y tomó la iniciativa para besarlo, un gesto de agradecimiento por su paciencia y comprensión más que un acto de deseo.

—Quiero volver a casa.

Él asintió y la abrazó.

—Llevamos fuera una semana —contabilizó—, y, si bien prefiero esta tienda y el mundo que hemos creado para nosotros dos, me temo que si no volvemos a la civilización terminarán por venir a buscarnos. Y, dado el hecho de que pasas más tiempo desnuda que vestida, me inclino a pensar que no iban a ser muy bien recibidos por mi lobo.

Enarcó una ceja ante la tirante respuesta.

—Sabes, te inclinas demasiado hacia la violencia.

Chasqueó desechando la respuesta.

—De ninguna manera, es solo que no soporto que toquen lo que me pertenece —rezongó con el típico tono orgulloso con el que siempre se vestía—. Soy muy celoso de lo que es mío y tú, compañera, eres mía.

Ahora fue ella la que sacudió la cabeza.

—Solo te ha faltado rematar la frase con un gruñido.

Enarcó una ceja.

—¿Quieres que gruña?

Sacudió la cabeza.

—No gracias —lo miró a los ojos e hizo una mueca—. Me pones de los nervios cuando lo haces.

Sonrió de medio lado.

—En ese caso, supongo que ha llegado el momento de recoger y volver a la civilización.

Asintió de acuerdo con él.

—Sí, ya es hora de enfrentarse a la realidad.

Y esa realidad la esperaba en Al-Hasa y quizá, más allá.

CAPÍTULO 35

Había recibimientos memorables y el que le pegasen un puñetazo a tu pareja, nada más traspasar la puerta de su casa, era sin duda uno de ellos. Khalid acusó el golpe con estoicidad, soltó un bufido y escupió al suelo.

—Eso por liarte con mi hermana.

No sabía que le sorprendía más, si el que su hermano le hubiese dado la bienvenida al lobo de esa manera o que este no hiciese ni un solo intento por devolverle el golpe.

—Y tú...

Levantó la barbilla cuando los ojos de Blake se posaron en ella, dio un paso a un lado sorteando a su compañero y se enfrentó con el imbécil que le había pegado.

—¿Yo qué, capullo integral? —siseó poniéndose de puntillas. Demonios, necesitaba sus tacones. Al igual que con Khalid, enfrentarse con un hombre de esa altura con su estatura, no surtía el efecto deseado—. Ese puñetazo debería de asestártelo yo a ti. ¡Me la jugaste!

El visible enfado dio paso a cierta expresión de culpabilidad.

—Brenda Rose...

No cedió un ápice, de hecho, dio otro paso adelante y le clavó el dedo índice en el pecho recalcando cada una de sus palabras.

—Me enviaste con una manada de lobos —siseó de manera acusativa—. Me ocultaste la verdad, me ocultaste que sabías que ellos eran reales, que existían y me enviaste con él —señaló a Khalid, quién se estaba limpiando la comisura de la boca. Debía haberse mordido la boca por dentro, porque estaba sangrando—. ¡Con un maldito lobo!

—Pensé que habíamos superado ya esa parte —se metió Hakim, que había permanecido en silencio al igual que Zulema.

—¡Cállate! —la orden llegó al mismo tiempo de ella y de su alfa.

—¡Ostia! Ya os ponéis de acuerdo y todo para gritarme, estoy emocionado.

Un bajo gruñido emergió de la garganta de su lobo.

—¿Tienes idea de lo que fue para mí llegar aquí y encontrarme con todo esto? ¿De lo que han sido esta semana y media? —lo acusó—. ¿En qué mierda estabas pensando?

Su mirada la recorrió, entonces levantó la barbilla y empezó a sonreír.

—En esto —aseguró con un tono tan satisfecho que la cogió por sorpresa—. Justamente en esto —entonces se giró hacia Khalid y su expresión cambió—, aunque sin la parte en la que tú te la cepillas...

Su amigo enarcó una ceja.

—¿Vas a pegarme otra vez?

Negó con la cabeza y acabó sonriendo también.

—No. Ahora estamos a mano.

Para su sorpresa Khalid se echó a reír.

—No puedo creer que hayas hecho eso —añadió entonces Zulema mirando a su hermano con las manos en las caderas—. ¿Era necesario?

—Él me pegó primero —le recordó—. Se lo debía.

La chica puso los ojos en blanco y empezó a soltar algo en árabe al tiempo que levantaba ambas manos.

—Bueno, supongo que me corresponde darte la bienvenida a casa —añadió al mismo tiempo Khalid abrazando a su hermano. Blake correspondió a su saludo.

—Gracias por haber cuidado de ella en mi ausencia —le dijo en voz baja—, de las dos en realidad.

—Una es mi responsabilidad —declaró y deslizó la mirada hasta encontrarse con la suya—, la otra, estoy más que encantado de entregártela. Y llegas tarde, por cierto.

Puso los ojos en blanco.

—Cómo se nota que sois hermanos.

El *sheikh* se rio.

—Diría lo mismo, pero... ella es incluso peor que tú y es mujer.

Aquello era demasiado, pensó Brenda con gesto irritado y, a juzgar por la mirada fulminante que les lanzaba Zulema, no era la única con ese pensamiento.

—Si ya habéis terminado con la competición de monos en pleno lanzamiento de cocos —les soltó mirándolos de uno a otro para finalmente recalar en Blake—. Tú y yo no hemos terminado.

—Demonios, ya no recordaba lo que era sentir este zumbido en la oreja —comentó el aludido echándole un vistazo a su compañero—. Buen trabajo.

Él puso los ojos en blanco, entonces volvió a su lado solo para terminar fulminado por su mirada.

—Abajo, lobita —le dijo en voz baja, divertido para luego girarse hacia su hermana con quién intercambió unas palabras en árabe.

Su animosidad empezó a bajar de intensidad, entonces miró a Blake, quién asintió y entonces a su hermano.

—Voy a llevármela —le informó dando respuesta a alguna pregunta que hubiese sido formulada—. Ya es hora de que cumpla con la palabra dada a mi compañera.

Zulema se limitó a sostenerle la mirada, pero incluso ella podía ver que había cambiado algo en su expresión. Ya no había esa tristeza, ni esa soledad, en su lugar había esperanza y se atrevería a decir que incluso amor.

Su compañero asintió.

—Mi hogar será siempre vuestro hogar, hermanos míos —dicho eso, acarició la mejilla de Zulema con la mano y se giró hacia ella.

«*La sangre es difícil de quitar de las alfombras, habibity. No lo embadurnes todo*».

Bufó al escuchar su voz en la cabeza.

—No soñaría con hacer tal cosa, me gustan demasiado estos trabajos artesanales para joderlos —declaró en voz alta, cogiéndolos a todos por sorpresa. Entonces miró intencionadamente a su hermano—. Lo mataré fuera.

Su compañero se rio entre dientes, la besó en la frente y se apartó.

—Pórtate bien, Brenda, ahora eres la señora de la casa —le anunció, se despidió con un gesto del otro hombre y se perdió por el pasillo seguido por Hakim.

—La madre que te...

No llegó a terminar la frase, pues Zulema la interrumpió.

—Me alegra tenerte de nuevo en casa y bien, Brenda —le sonrió su cuñada, entonces miró a su compañero—. Os dejaré para que podáis hablar.

—Gracias, Zule —le agradeció él y obtuvo una bonita sonrisa en respuesta.

Ambos se quedaron unos segundos en silencio, era como si pasado el primer momento de impacto ninguno de los dos supiese muy bien qué decir y eso no hacía más que confirmar lo que había pensado esos días. No conocía a Blake.

En realidad, ninguno de los dos conocía al otro. Podía haberle echado en cara mil cosas, reclamarle otras tantas, pero solo tenía que ver lo que acababa de darse delante de sus ojos para entender que no sabía gran cosa de su vida, como él tampoco sabía gran cosa de la de ella.

—Tienes buen aspecto —Blake rompió el silencio—. Incluso estás morena.

Levantó la mirada y resopló.

—Eso es porque no me viste hace unos días, parecía un cangrejo según el entendido en materia —señaló con la barbilla hacia el interior de la casa.

—De pequeña siempre te quemabas —comentó ciñéndose a una zona segura para ambos—, mamá tenía que embadurnarte en crema. Parecías...

—... un muñeco de nieve —dijeron los dos al mismo tiempo.

Volvieron a callar, el silencio cada vez más incómodo.

—¿Cuándo dejamos de tener contacto? —Ahora fue su turno de retomar la conversación—. ¿Cuándo dejamos de... ser una familia?

Lo vio suspirar, caminó hacia ella y, sin pedir permiso, la abrazó.

—Después de la separación de papá y mamá —aceptó él besándola en la cabeza—. Yo me fui a la universidad y todo cambió, supongo...

Se separó de él lo justo para poder mirarle.

—Y entonces me presento como si no hubiese pasado el tiempo en tu casa e invado tu espacio personal —resumió lo ocurrido durante el último año—. No pensé en lo que hacía, yo solo... necesitaba... ayuda.

La cogió de los hombros y la apartó a una distancia que pudiese mirarla a los ojos.

—Te habría pegado una paliza si no lo hubieses hecho —le aseguró.

No pudo evitar componer una mueca, no estaba segura de que fuese siquiera una sonrisa.

—¿Por qué me lo ocultaste? —Ahí estaba la verdadera pregunta, la que dolía, la que la había hecho sentirse traicionada—. Un año, Blake, estuve un año... Y tú...

Respiró profundamente y dejó escapar el aire.

—Me temo que ha sido más por mi propia culpabilidad que por otra cosa —resopló—. No es fácil de explicar... lo de Zulema fue inesperado, yo acaba de tener un accidente y... ella fue mi motor para seguir adelante. Pero era una loba, una loba de verdad... fue un *shock* y al mismo tiempo. Bueno, qué diablos, estás emparejada con Khalid, puedes hacerte una idea de lo que ocurre.

Se sonrojó, sabía a qué se estaba refiriendo.

—Khalid me habló de lo que ocurrió, del atentado que sufrió tu convoy y...

Asintió, dio un par de pasos hacia atrás y le dio la espalda mientras se pasaba la mano por el pelo.

—Eso... eso no debería haber pasado —aceptó con voz rota—. Éramos un convoy humanitario, estábamos bajo el mando de la ONU... —dejó escapar una risa sin emoción—. Dijeron que fue un error, que pensaban que se trataba de un objetivo hostil y todo lo que hicieron fue disculparse. Ese día murieron cinco personas incluyendo al conductor. Habrían sido seis si la gente de Khalid no me hubiese encontrado a unos cuantos metros más muerto que vivo.

Se acercó a él, le aferró por los brazos y lo obligó a enfrentarse a su mirada.

—No fue culpa tuya.

El dolor en sus ojos, la culpabilidad, le hizo daño.

—Sé que no habría podido hacer nada, que no habría podido evitarlo, pero no puedo evitar pensar en que, si hubiese sido yo, uno de ellos podría estar vivo.

Contuvo el aliento, las lágrimas le quemaban la garganta. Ese era el Blake que conocía, el que partía en misión humanitaria para salvar vidas a costa de perder la suya.

—Si hubieses muerto, Zulema estaría sola —le espetó, cosa que lo hizo mirarla con sorpresa—, y yo no habría tenido a nadie a quién acudir. ¿De verdad crees que mamá habría hecho algo por mí? ¿O papá? Ese gilipollas del nuevo marido de nuestra madre quiso internarme...

Gruñó, un sonido que le recordaba demasiado a Khalid.

—Si hubieses muerto, pedazo estúpido, yo no habría conocido a Khalid y no estaría muriéndome ahora mismo por encontrar la manera para que me quiera.

Una solitaria lágrima se escurrió por su mejilla.

—Brenda...

Aspiró con fuerza y se arrancó las lágrimas de la cara de una pasada de la mano.

—Así que deja de compadecerte y da gracias por lo que tienes, imbécil —lo acusó y señaló hacia el interior de la casa—. Tienes una compañera que es un cielo, me ha tratado mejor que mi propia familia cuando lo que debería haber hecho es darme una patada por tener siquiera relación contigo. ¿Cómo has podido dejarla sola tanto tiempo? ¿Es que no sabes lo que duele que la persona a la que amas no quiera

siquiera pensar en el amor? ¿Qué no quiera enamorarse de ti? ¿No lo sabes?

Las lágrimas se revelaron y empezaron a escurrirse por sus mejillas sin control.

—Tú tienes suerte —volvió a limpiarse las lágrimas—, así que si me entero de que le haces algo a mi nueva hermana, de que tan siquiera la haces llorar, te arrancaré los huevos y se los daré de comer a las cabras.

Luchó con el dolor que le oprimía la garganta, con las lágrimas que una y otra vez le empañaban los ojos.

—¿He sido clara?

Él no respondió, se limitó a mirarla durante unos instantes, entonces chasqueó la lengua.

—¿Voy a tener que pegarle otra vez?

Resopló.

—No —protestó.

Un nuevo momento de silencio, entonces un pañuelo blanco apareció ante sus narices y lo cogió.

—¿Ha sido él quién te ha dicho esa majadería?

Se sonó la nariz.

—No es una majadería —replicó como una niña enfurruñada—, no cuando alguien lo dice alto y claro, sin dejarte lugar a dudas.

Suspiró y caminó hacia ella, le quitó el pañuelo y le secó la cara.

—Créeme, cuando se trata de lobos, eso es una enorme majadería —le aseguró—. Te lo dice alguien que está emparejado con una y que ha luchado con uñas y dientes para mantenerse alejado. Pensé que era lo mejor, que ella no sufriría viéndome partir, sin saber si volvería o no a entrar por la puerta. No quería que tuviese que enfrentarse a perderme y no me di cuenta que, con mi actitud, había sido yo mismo el que la estaba haciendo pasar por eso.

Negó con la cabeza.

—Te juro que no tenía la menor idea de que esto iba a pasar cuando le pedí a Khalid que te acogiese —sus palabras eran veraces, había incluso desesperación en ellas—. Me quedé sin ideas, hermanita, necesitaba hacerte reaccionar de algún modo para que salieses de ese bucle de pesadillas en el que estabas metida. Pensé que un cambio de aires te sentaría bien, que un *shock* cultural sería bueno para que espabilases... pero mis buenas intenciones se han mezclado con las del diablo.

Terminó de sonarse y respiró hondo en busca de su propio dominio.

—No eres responsable de los actos de los demás, Blake.

—Khalid sabía que eras mi hermana, joder —maldijo en voz baja—. Tenía que haber...

—¿Haber qué, Blake? —lo miró—. A mí me la jugaste metiéndome aquí, pero a él lo pusiste entre la espada y la pared sin ni siquiera saberlo.

Y aquella era la verdad, había visto la dicotomía en los ojos de su lobo, la lucha interior que había batallado consigo mismo hasta que no le quedó más remedio que

sucumbir al deseo propio de su raza.

—No se puede luchar contra la naturaleza —resumió—, y la suya era... la misma que la tuya con Zulema. Dios, ¿sabes lo raro que resulta todo esto y evitar hablar de sexo?

Se rio entre dientes.

—Sí, lo sé muy bien —aseguró con la misma cautela que ella—. Con lo que será mejor que corramos un tupido velo.

Asintió, sí, sin duda era la mejor opción.

—Entonces, ¿qué vas a hacer? —le preguntó mirándola a los ojos—. ¿Vas a quedarte o vas a volver a casa? Zulema y yo nos iremos a finales de semana.

Se lamió los labios. ¿Qué iba a hacer? ¿Quedarse con él, intentar... qué? ¿Conquistarle? ¿O volvería a casa? A la soledad, a las paredes vacías, al frío de Londres o incluso a Estados Unidos.

—Sabes que él no renunciará a lo que le pertenece por derecho, ¿verdad?

—Sé que no renunciará y tampoco quiero que lo haga —lo interrumpió—. Su gente lo necesita.

Su hermano sonrió de medio lado.

—En realidad me refería a ti.

Bufó.

—Yo no soy una pertenencia...

Se inclinó para encontrarse a su altura.

—Tampoco eras de las que se dejaba llevar por el corazón, siempre has sido muy juiciosa —le recordó—, pero quizá es hora de que empieces a hacer las cosas de otra manera.

Abrió la boca para rebatirle, pero no se lo permitió.

—Si quieres volver a casa, te llevaré de vuelta.

Ambos se miraron y sacudió la cabeza.

—Quizá no hayamos tenido mucho tiempo para conocernos bien, Blake, pero no lo estás haciendo tan mal como hermano mayor después de todo.

Él le sonrió y la atrajo a sus brazos, engulléndola.

—Todo va a salir bien, hermanita, solo mantén la mente abierta y deja que tu corazón guíe tus pasos.

Mantener la mente abierta era algo a lo que empezaba a acostumbrarse a hacer, lo otro, quizá le costase un poco más. El riesgo que correría su corazón era demasiado grande y no estaba segura de si podría permitirse perderlo en el intento.

CAPÍTULO 36

Los días que siguieron le permitieron acercarse un poco más a Blake, hablar con él del pasado, de la familia y de sus miedos. Lo que no habían conseguido poner en palabras durante el pasado año, empezó a emerger por sí solo durante esos días y dejó una puerta abierta para el futuro. Decidiese lo que decidiese, sabía que lo tendría ahí cuando lo necesitase.

La vuelta a la realidad había requerido que Khalid abandonase su hogar durante buena parte del día, si bien seguía intentando pasar tiempo con ella y pasaban todas las noches uno en brazos del otro, la presencia de su hermano parecía actuar como un freno para la dignidad del *sheikh*; no deshonraría a su compañera con su hermano bajo el mismo techo.

Esa noche, su hermano y Zulema se marchaban. Blake quería tener a su mujer consigo durante algunas semanas, permitirles a ambos volver a encontrar lo que habían tenido y, como le había dicho, a partir de ahí ya verían. En la casa se había hablado de celebrar una reunión íntima, una fiesta de despedida, pero estaba claro que su concepto de algo íntimo no era el mismo que el de ella.

Zulema y Charisma, quién había llegado con su marido Xavier, se habían vuelto locas cocinando, toda la casa olía a especies y cordero, aromas a los que se había empezado a acostumbrar. Las mujeres habían intentado arrastrarla al fragor de la cocina, pero tras descubrir que sus dotes culinarias se limitaban a hervir agua, le habían permitido marcharse, no sin que antes su nueva cuñada le hubiese dicho que la enseñaría a cocinar.

Khalid es capaz de subsistir a base de carne cruda, pero no te veo despellejando un conejo.

Su rostro había mostrado tal desazón que las tres se habían echado a reír.

Charisma había sido igual de cálida y directa que la última vez que había estado en su casa y su marido le había plantado un beso en los labios solo para escuchar gruñir, de forma amenazadora, a Khalid.

Con todo, la confianza y la familiaridad estaban presentes en esa reunión, incluso su hermano parecía encajar en ese cuadro, como si siempre hubiese pertenecido a él.

Los observó desde la distancia, hablaban en árabe y Blake la había sorprendido ya días atrás desenvolviéndose bien con el idioma, con lo que escucharlo ahora no le resultaba tan extraño; con todo, seguía sin entender ni una sola palabra de lo que decían.

Tengo que tomar una decisión.

No podía retrasarlo más tiempo, tenía que tomar una decisión y debía hacerlo ya.

Son lobos. Una familia entera de lobos.

Y sin embargo nada tenían que ver con sus pesadillas, no eran los seres

desalmados con los que se había topado más de un año atrás y que la habían dejado tocada.

Pero esta es su cultura y tú no encajas.

¿No lo hacía?

Miró a su alrededor una vez más. Ellos no seguían una estricta vida musulmana o beduina. En muchos aspectos, así como en la decoración de su hogar, eran muy occidentales, muy europeos. Khalid hablaba un fluido inglés y, si bien tenía algunos rasgos que la sacaban de quicio, había esgrimido una exquisita educación europea. Incluso Zulema, quién poseía una belleza típica árabe, era muy occidental y la unidad que había entre ellos hablaba de lo importante que era la familia para ellos.

Podría llegar a encajar.

Quería encajar, quería hacerlo por él. Porque lo quería y no quería dejarle.

Al principio se había negado a considerarlo siquiera, se había negado a reconocer los sentimientos que despertaba en ella, se había empeñado en buscar la manera de alejarse de él, de marcharse. Khalid lo había cambiado todo, su presencia, su paciencia, esa pasión que la atraía inexorable a él y que hacía que le doliese hasta el pelo por tenerlo, había sentenciado todo.

Él es un lobo.

Sí, lo era. Un ejemplar que le quitaba el aliento. Un hombre que la dejaba sin respiración en su forma lupina y que la asombraba con cada uno de sus actos y la generosidad de ellos.

La había ganado al verle remangarse y no dudar un segundo en ayudar al pastor, al preocuparse por ella y por el cachorro que había caído en la zanja incluso después de haberlo dejado en manos del veterinario, la había sorprendido despojándose de su coraza elegante y cara para convertirse en un verdadero nómada del desierto y la había conquistado al retenerla en ese oasis particular. Allí le había permitido verle, conocerle y enamorarse de él.

—¿Brenda?

Se sobresaltó al escuchar su nombre. Se giró y allí estaba él, con los ojos del resto de los hombres puestos sobre ellos.

—¿Estás bien, compañera?

Se lamió los labios, se obligó a asentir y señalar hacia la puerta.

—Necesito tomar un poco de aire —declaró y le dio la espalda, intentando alejarse del lugar a la mayor brevedad posible—. La cocina no es lo mío...

—Bren... —se acercó su hermano—. Estás blanca como el papel, ¿qué pasa?

Negó con la cabeza e intentó recuperar su usual humor y parecer despreocupada.

—Creo que es por el olor —declaró acariciándose la nariz—. Voy a salir al jardín y que me dé un poco el aire.

Antes de alguno de ellos pudiese decir algo al respecto, enfiló por el pasillo. Necesitaba salir de aquellas cuatro paredes, necesitaba un poco de espacio para respirar, para dominarse o terminaría rompiéndose. Todas sus defensas, sus muros,

amenazaban con venirse abajo, todo se le estaba viniendo encima de golpe y no era capaz de pactar con ello.

Se obligó a respirar lentamente, a meter aire en los pulmones y tranquilizarse, pero las lágrimas aparecieron para nublarle la vista.

¿Qué voy a hacer? ¿Qué?

No podía retrasar más esa decisión, no podía hacerle eso a Khalid. Si decidía irse, tenía que saberlo y si decidía quedarse, entonces se lo diría, le gustase o no, se lo diría. Necesitaba ser honesta consigo misma, continuar con esa vida que había quedado parada tiempo atrás.

No pudo luchar más tiempo con las lágrimas, le dolía el pecho y se estaba viniendo abajo poco a poco. Se cubrió la boca para ahogar sus propios sollozos y se dejó caer en uno de los bancos que adornaban el pequeño vergel interior.

«¿Brenda?».

El sonido de su voz se filtró en su mente con la misma fuerza de siempre.

«¿Qué es lo que pasa?».

No pudo responder, ni siquiera sabía qué decir al respecto. Le dolía el pecho, las lágrimas seguían cayendo y era incapaz de refrenarlas.

Se esforzó por dar una respuesta, pero ni siquiera estaba segura de que la hubiese escuchado o de que la creyese.

«Nada».

«No me mientas, compañera».

Sacudió la cabeza. No podía, no quería que la viese así, no quería parecer tan débil ante sus ojos.

«Brenda, respira profundamente».

Tembló, juraría que le temblaban hasta los dientes.

«Hazlo, pequeña, respira».

Abrió la boca, pero todo lo que salió de ella fue un sollozo.

—Despacio... así.

Su voz traspasó ahora sus oídos, su presencia se hizo tangible y sintió su mano posándose sobre el hombro, desenvolviéndola y atrayéndola hacia él.

Calidez, un aroma especiado, la dureza de su cuerpo, todo contribuyó a anclarla y la hizo sentir de nuevo como una niña pequeña, sola y aislada.

—Escucha el latido de mi corazón, siéntelo y respira despacio —la acarició con su voz, le cogió la mano y aplanó la palma contra su pecho. La había envuelto con su cuerpo, reemplazando su lugar para poder cogerla en brazos—. Respira, *habibity*, despacio.

Lo intentó, hizo un verdadero esfuerzo para meter aire en sus pulmones, pero apenas podía dejarlo pasar con sus sollozos.

«Está bien, puedes dejarlo ir, deja que salga».

Se aferró a él, dejó que el temporal avanzase y la consumiese mientras se aferraba a él, sintiéndole como una fuerte roca en medio de la tempestad.

—¿Qué te ha perturbado?

Se acurrucó contra él, necesitando tan solo su presencia.

—Brenda, contéstame.

—No... no quiero —escondió la cara en su pecho.

Sabía que era una respuesta infantil, pero no se sentía con fuerzas para enfrentarle ahora mismo.

—¿Y hay un motivo para que no quieras?

—No —lloriqueó de nuevo—. No me preguntes... no vete, Khalid... no... no puedo, ahora yo no...

La acunó, la sostuvo como si fuese un bien preciado y más lágrimas cayeron de sus ojos.

Ansiaba esto, lo deseaba a él, era una necesidad interna, un anhelo que solo se calmaba con su presencia, con sus caricias. ¡Era una locura!

—No lo haré, no lo haré, no lo haré.

No le haría eso, no cuando le había dejado claro que no quería su amor, que no podría dárselo a cambio.

«¿Conoces la leyenda del hilo rojo del destino?».

Recordó esa conversación, recordó la manera en que hablaba, la falta de empatía y la obvia falta de creencia en algo más allá que el simple vínculo que unía a los compañeros.

—Brenda...

—No lo haré... no me enamoraré de ti.

Notó como se tensaba y eso la partió por dentro. Intentó soltarse, bajar de su regazo, pero no se lo permitió.

—Brenda, Bren, espera...

—No, suéltame... lo siento, ¿vale? No lo haré, se me pasará y...

—Brenda...

Lloró y empujó con fuerza.

—Por favor, déjame ir ahora...

Pero no lo hizo, de hecho, la apretó contra sí.

—Basta —le susurró, su voz fuerte, dominante—. Para, no quiero que te hagas daño.

Se echó a reír, pero eran las lágrimas las que acompañaban sus risas.

—Llegas tarde, ya me lo he hecho, me lo he hecho yo solita porque te quiero y tú...

Le escuchó suspirar.

—Entonces, ¿sí te quedarás conmigo?

La inesperada pregunta tardó en filtrarse en su mente. Dejó de pelear y la miró.

—¿Qué?

Le escuchó gruñir.

—No hagas eso —le regañó—. Sabes que no me gusta.

—Y a mí no me gusta verte llorar y menos si el motivo de esas lágrimas y el dolor que hay en tu pecho soy yo —gruñó de nuevo—. Ahora dímelo.

—¿El qué?

—¿Te vas a quedar conmigo?

Más lágrimas siguieron a las primeras.

—Quiero hacerlo, pero si lo hago me dolerá, a la larga me dolerá que tú no... que no me quieras y...

Notó su mano en el rostro, levantándole la cara.

—¿Y si te quiero? ¿Dejaría de dolerte si te digo que te quiero?

Le empujó y le pegó con la mano.

—¡No juegues conmigo! ¡No es justo! —protestó—. Dijiste que no te enamorarías, que no tenías interés en hacerlo...

—En realidad dije que nunca me había enamorado —le recordó—, dije que no estaba interesado en el amor y lo dije porque no lo conocía, porque hasta entonces no te conocía a ti ni sabía lo loco que ibas a volverme.

Hipó un poco y lo miró a través de las lágrimas.

—Dímelo, Brenda Rose, dime lo que deseo escuchar —pidió con tranquilidad—, dime eso que no quieres que escuche, que no quieres que sepa.

Apretó los labios y negó con la cabeza.

—No.

—Dímelo, compañera.

Gimió.

—No me hagas esto...

Apoyó la frente en la suya y susurró en sus labios.

—Dime lo que jamás has confesado antes a nadie...

Ya no podía más.

—Oh, maldito lobo idiota, ¿por qué no puedes dejarlo estar? —lloriqueó—. No quiero decirlo, no quiero hacerlo... No quiero estar enamorada de ti.

—Pero lo estás.

Lo dijo con tal seguridad y satisfacción que quiso pegarle.

—Sí —le gritó enfadada—. Te quiero y ni siquiera entiendo el porqué. No he tenido tiempo, apenas si nos conocemos... no eres lo que necesito... no puedo ser lo que buscas... yo no...

Le cogió la barbilla.

—Eres la otra mitad de mi alma, esa otra punta del hilo rojo que está atado a mi corazón —le acarició la mejilla—. ¿Cómo no iba a quererte cuando estás hecha para mí y solo para mí?

—Pero tú dijiste.

Suspiró.

—He dicho muchas cosas, Brenda Rose, muchas de las cuales solo con el tiempo he venido a darme cuenta de lo equivocadas que eran —aseguró—. Ahora sé que no

puedo responsabilizarme por las decisiones de otros, que no puedo dejar de sentir porque otros hayan sido heridos por ello. Yo no soy mi padre, pero sí amo a mi compañera tanto o más de lo que él amó a la suya.

Parpadeó entre lágrimas, intentando digerir lo que le estaba diciendo, lo que le estaba confesando.

—¿Lo estás diciendo de verdad o es otra de tus artimañas para que deje de llorar?

Se echó a reír, una risa limpia, real y muy suya.

—Es verdad, amor —le aseguró y se derritió al escucharle llamarla así—. Eres mi vida, mi compañera, mi sangre y mi aliento, el oasis de todos mis deseos y el único en el que quiero sumergirme para toda la eternidad.

Se echó a llorar de nuevo, ahora incluso con más fuerza, lo rodeó con los brazos y se apretó a él.

—Lo siento, lo siento, lo siento —musitó pegada a su cuerpo—, no quería, tú me lo advertiste, pero no he podido evitarlo... te quiero, no sé ni por qué, pero te quiero, Khalid.

Los fuertes brazos se cerraron a su alrededor.

—Nunca te laments por ello, mi dulce niña —le acarició el pelo—, nunca te laments por amar a aquel que a cambio te regala su amor.

La sostuvo cerca, murmurándole palabras al oído mientras le acariciaba el pelo y le besaba el cuello. Poco a poco la congoja fue remitiendo hasta que sus sollozos se convirtieron en un breve hipido.

—¿Quieres que nos vayamos? —le preguntó entonces, sus ojos reflejaban de nuevo a su lobo, esa otra parte que la asustaba, la excitaba y la enamoraba como nunca.

—Tienes invitados...

Ladeó la cabeza y chasqueó la lengua.

—Zule y Charisma no nos necesitan...

—Es tu familia...

—Tú eres mi familia ahora —le acarició la mejilla—. Solo dilo, Brenda y nos iremos a dónde deseas.

Se lamió los labios, miró más allá del jardín, a la pared que cerraba el recinto y susurró.

—Quiero volver al desierto —murmuró buscando de nuevo sus ojos—, a nuestra tienda. Quiero volver a dónde me siento libre, dónde nadie más que tú puede alcanzarme.

—En ese caso, amor mío, será allí a dónde iremos, al oasis de todos nuestros deseos.

EPÍLOGO

Seis meses después...

La vida a menudo daba muchas vueltas, había llegado a ese país seis meses atrás para pasar una temporada y dejar atrás sus pesadillas, solo para terminar siendo perseguida, seducida y enamorada por hombre al que ahora iba a unir su vida en un rito nupcial beduino.

Había sido un camino largo, un cambio para ambos y un proceso de adaptación y de hacer concesiones, pero lo habían conseguido y, con cada nuevo día que pasaba, su relación se iba consolidando hasta llegar a la decisión actual.

—¿Lista?

Zulema estaba sonriente y radiante al lado de Charisma. Blake y ella se habían instalado provisionalmente en Londres, pero solían viajar a menudo a visitarles.

El desierto se había convertido en parte de su alma. La paz que encontraba en aquel mágico lugar le había devuelto a la vida en muchas formas, si bien seguía odiando el calor, las temporadas que pasaba en Al-Hasa siempre resultaban inolvidables.

Y en Al Hofuf, el núcleo urbano más cercano al gran oasis, dónde tenían ahora su nueva residencia, había podido volver a sus prácticas; el veterinario de la tribu había estado encantado de acogerla bajo su ala y darle trabajo en la clínica que tenía en la ciudad.

Así mismo había podido ver también a ese otro Khalid, el cosmopolita, el ingeniero, el hombre que la volvía completa y absolutamente loca en cualquiera de sus facetas. Su compañero y prometido la había sorprendido con una escapada de fin de semana a su refugio particular y allí, en plena noche de luna llena, le había pedido matrimonio a la manera humana.

Se miró una última vez en el espejo y sonrió ante el tintineo de las monedas del tocado, la exquisita tela dorada de su vestido con bordados azules de su vestido y el intrincado diseño de *hena* que cubrían sus manos y sus pies. Ambos sabían que no era musulmana, pero había querido participar de los rituales típicos de una boda beduina, demostrándole así a su futuro marido que respetaba y apreciaba su cultura de la misma manera que él reconocía y aceptaba la suya.

—Estoy lista.

Ambas mujeres asintieron y la acompañaron fuera de la tienda nupcial hacia la orilla de la charca frente a la que ya esperaba su marido. Habían decidido casarse al atardecer, con tan solo un pequeño grupo de invitados, pero era difícil ocultar el hecho de que el *Sheikh Al Rashid* se casaba, por lo que no le sorprendió encontrar a

buena parte de la tribu allí reunida.

Su hermano la interceptó al salir de la tienda, le tendió el brazo a la manera europea y ejerció de padrino.

—Todavía puedes echarte atrás, lo sabes, ¿no?

Se rio por lo bajo ante el tono mafioso de su voz.

—Es mi compañero.

Él asintió al escuchar el orgullo en su voz.

—Y mi mejor amigo —confirmó antes de añadir—, pero tú eres mi hermana, mi lealtad es primero para contigo y luego para con él.

Esas palabras le llegaron al corazón.

—Y ese es el motivo por el que estás ahora aquí y vas a entregarme con el hombre que amo —le sonrió y le echó la lengua por debajo del velo—, otra vez.

Puso los ojos en blanco, pero le cogió la mano y le besó los nudillos.

—Será todo un honor para mí.

El que Blake estuviese allí con ella era el mejor de los regalos. Esta era su familia, la que de verdad le importaba. Cuando le había dicho a su madre que iba a casarse, tras preguntarle con quién y decírselo, le había soltado una enorme retahíla de motivos por los que no sería el hombre indicado; no había llegado al final, después de la primera palabra despectiva le colgó el teléfono y no la había vuelto a llamar.

La respuesta de su padre, en cambio sí la había sorprendido tanto o más que el regalo que le había enviado por parte de Blake; se había disculpado por no poder asistir a su boda, le había deseado felicidad y le había enviado el intrincado tocado de estilo beduino que adornaba su frente.

Ese pequeño detalle la había hecho sentirse querida, no por el regalo, sino porque se había acordado de ella como para desearle felicidad en su nueva vida.

Apretó el brazo de su hermano y miró hacia adelante dónde le esperaba su lobo del desierto.

Khalid vestía de blanco, los bordados de su traje de bodas hacían juego con los de su vestido y el turbante azul del que escapaban algunos rebeldes mechones negros. Su mirada se encontró con la suya, serena, limpia y llena del amor y la pasión que corría por sus venas.

—¿Lista para unir tu vida a la mía? —le tendió la mano.

—Creía que eso ya lo habíamos hecho nada más conocernos.

Él le sonrió, la diversión se reflejó en sus ojos marrones mientras la acompañaba al lugar en el que pronunciarían sus propios votos.

De repente lo único que importaba era él, todo en lo que podía pensar o ver era él, a lo lejos escuchaba el murmullo de la gente, la voz del imán que los casaba y entonces, le descubrió el rostro, un gesto íntimo que la dejó temblorosa.

—Te encontré sin buscarte, te amé sin merecerte y ahora comparezco ante ti y ante mi pueblo, para entregarte mi vida, mi alma y todo lo que soy hasta que el desierto se inunde con las lágrimas de nuestros dioses y los mares que nos rodeen se

sequen por tu partida —pronunció sus votos mirándola a los ojos—. Eternamente tuyo, *ia habibity, ia haiati, ia qalbi*^[3].

Se lamió los labios e hizo un verdadero esfuerzo para no echarse a llorar o, peor aún, romper con todo el protocolo y besarlo allí y ahora.

—Llegaste a mí cuando ni siquiera te esperaba, entraste en mi alma con la única llave que puede abrirla y te quedaste en mi corazón reclamándome para toda la eternidad —pronunció sus propios votos—. Eternamente tuya, *ia habibi, ia haiati, ia qalbi*^[4].

Los cánticos se elevaron a su alrededor poniendo fin a la ceremonia, gritos de alegría y una lluvia de pétalos y almendras los inundaron hasta que sus labios se encontraron en un íntimo y delicioso beso que daba inicio al resto de sus vidas.

—Hasta que la muerte nos separe, *habibity* —le susurró pegado a sus labios.

Sonrió al escucharle llamarla «*amada*» en su idioma natal.

—Hasta que la muerte nos separe, mi *sheikh*.

Notas

[1] «Señor» en árabe. <<

[2] «Buenas noches» en árabe. <<

[3] «Mi amada», «mi vida», «mi alma» en árabe. <<

[4] «Mi amado» en árabe. <<